

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Métodos y Técnicas de Investigación Social



TESIS DOCTORAL

**La abstracción de lo concreto : elementos críticos previos a
la (futura) formulación de una teoría de las formas sociales**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Enrique, Gil Calvo

DIRECTOR:

José F. Vericat Núñez

Madrid, 2015

Enrique Gil Calvo

77
1123
066



* 5 3 0 9 8 6 0 7 3 3 *

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

v- 53-111424-7

LA ABSTRACCION DE LO CONCRETO

Departamento de Métodos y Técnicas
de Investigación Social
Sección de Sociología
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
1983



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº

66/83

© Enrique Gil Calvo

Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983

Xerox 9200 XB 480

Depósito Legal: M-6422-1983

(TESIS DOCTORAL)

Autor: ENRIQUE GIL CALVO

Título: "LA ABSTRACCION DE LO CONCRETO"

Subtítulo:

"Elementos críticos previos a la (futura) formulación de
una teoría de las formas sociales"

Director: JOSE VERICAT NUÑEZ

Doctor en Ciencias Económicas

Profesor Adjunto Numerario de

Metodología de las Ciencias Sociales

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Sección de Sociología

Año 1979

En este deprimente recinto académico, abrumado de la estrechez y fealdad de su construcción en cemento y de la propia degradación político-epistemológica de su glorioso papel en la contestación del Viejo Régimen, son contadas las veces en que el sufrido o desencantado profesional puede identificarse con su público locus laboral y obligado trabajo académico.

Sin ánimo de nostalgia ni comparación, la lectura de esta tesis me recuerda la mañana del curso pasado en que se leyeron las de J. Ibáñez y P. Navarro Alcalá-Zamora.

Alegre reiteración del significativo Fiesta sobre la animizante y deprimente articulación burocrática de la cotidianeidad del trabajo académico en esta aflictiva Facultad.

La lectura de la tesis de Enrique Gil Calvo dispara la pulsión epistemológica de todo avisado lector. Tanto más, cuanto más radicalmente conjurado está con este particular culto académico profesional que se denomina Ciencia Social, y así, quiero designar un género plural de disciplina científica y discurso lógico-conceptual en el que se incluye, implica y semióticamente concluye y se genera y regenera, produce y reproduce el edificio teórico-textual de la Sociología y de todas las otras disciplinas en que se enfrenta y fragmenta la actualidad contemporánea de las Ciencias Sociales: desde la Lingüística al Psicoanálisis, desde la consumida positividad más o menos crítica de la Economía Política, hasta la Antropología y la Etología.

Sin la previa disección analítico-epistemológica de las Canónicas Formas Teóricas del discurso científico-social, es harto difícil salir del estancado laberinto contemporáneo de la plural Academia Sociológica, Economía, Política, etc., etc. Quiero registrar aquí el desusado rigor con que tal operación crítica se produce en el texto de esta tesis, en simultaneidad secuencial con la coherencia sistemática de su predicativa articulación lógico-conceptual.

Baste sobre la calidad formal de esta tesis doctoral, como estratégica indicación sobre la propia calidad epistemológica de su desarrollo textual, de su autor. Su movilización de

la pasión teórica de todo avisado lector multiplica los posibles temas de encuentro, diálogo, discusión. En términos que exceden a la forzada economía verbal que este ritual académico fija para sus obligados y hablantes actores. Consciente de mi posible tangencia he preferido escribir esta intervención. En lo que sigue, intentaré indicar algunos de los argumentos substanciales que en esta tesis me resultan más inmediatamente relevantes. Con tal expresión considero explícitamente manifiesta la eventual distorsión egocéntrica, dentro de esta particular ocasión, de mi propia selección temática.

1) "Las formas no son mero reflejo supraestructural de las sustancias" (131). "Esperemos que la traducción del problema del trabajo alienado a la axiomática hjelmsleviana nos permita no sólo eliminar la retórica hegeliana sino "acabar" también con la alienación. "No hemos de extrañarnos nada de que Hjelmslev establezca analogías (aunque no totales) entre la función de signo (dependencia entre la forma de expresión y la del contenido) y la manifestación (dependencia entre la forma y la sustancia" (124).

Gil Calvo, como tantos otros, desde el territorio epistemológico alumbrado por la lingüística/semiótica contemporánea,

- a) desde los propios términos en que Hjelmslev repite y re-plantea los términos fundamentales de ese coetáneo cómplice de Durkheim que fue Saussure y con él y tras él, Levy-Strauss, y, a ratos Deleuze y Baudrillard, y todos los reiterables nombres que enmarcan un estratégico horizonte intelectual de las Ciencias Sociales contemporáneas,
- b) formaliza su propia digestión y reducción analítico-conceptual de la limitada particular validez científica que en este tiempo nuestro puede intentar y reclamar la originaria pretensión formal de Ciencia Absoluta que en su propio momento de producción esgrimió el discurso hegeliano-marxista de la Ciencia Social de la Historia del Hombre.

De la renovada vigilancia epistemológica como antídoto de la dogmática petrificación de la escritura que quiso decir, en nombre de la Ciencia y la Revolución, la última consistencia substancial del colectivo acontecer de lo humano y los humanos en el espacio/tiempo de su objetiva manifestación y memoria, de desaparición y metamorfosis. Cada tiempo histórico, cada escenario colectivo, tiene su propia figura, figuración y representación de aquello que llamamos 'verdad' y 'sentido'. 'La verdad' sobre la que se funda la plausibilidad epistemológica del Orden Racional de la Sociedad Burguesa sufre los propios avatares político-simbólicos del discurso objetivo de la Sociedad Industrial. En el contexto de nuestra propia cultura todo discurso fundacional, pronunciándose en nombre de la Razón, llega a agotarse y a saberse en sus particulares límites en el sucesivo proceso social de su reiteración/difusión/secularización/revisión crítica/metamorfosis. Sólo en este sentido sigue teniendo validez teórica la clásica sentencia hegeliana que dice: "la verdad se muestra como resultado".

Abstracta cancelación de toda entusiasta alucinación ideocrática. ¿Cómo no registrar aquí: en el texto de Gil Calvo se dice la actualidad epistemológica de nuestras Ciencias Sociales, tanto como en el de Althusser se momifica y estanca, definitivamente en términos 'ortodoxamente marxistas' la crítica pulsión epistemológica de la Ciencia Social marxiana. En su propio tiempo ya escribió Marx: "Yo no soy marxista". Frente a la piadosa ortodoxia que discrimina a los 'marxianos' en favor de los 'marxistas', imagino afilar y precisar mi propio lenguaje cuando reservo el predicado 'marxiano' para el discurso de Marx y el de 'marxista' para sus sucesivos y multiplicados, lúcidos y alucinados epígonos y escoliastas.

2) Un explícito presupuesto precategorial de toda esta argumentación donde Gil Calvo reitera la propia posición de Hjelmslev. A saber: la identidad analógico-formal entre la 'idea objetiva' que mueve y constituye la base de la invención de la escritura, con la 'idea fundamental' que presupone toda esta formalizada tradición de la Teoría lingüística que va desde Saussure a Jakobson y Hjelmslev, Levy-Strauss, Eco, el propio Chomsky.

ki: "La idea de proporcionar el análisis que conduzca a entidades de la menor extensión y en el menor número posible" (71).

Una idea fundamental, 'motriz', para todo el movimiento objetivo de la reflexividad analítica que manifiesta el sucesivo discurso de la Ciencia Occidental desde Galileo y Hobbes, hasta nuestros propios días. Principio de economía política en la sucesiva formación categorial del repertorio analítico-instrumental de nuestra acumulativa tradición científica.

El sucesivo descubrimiento y formalización teórica de la "analogía entre signo y valor (mercantil)" (95), acelerándose desde Saussure a Hjelmslev y L. Strauss hasta Octavio Paz y Deleuze, Derrida y Baudrillard, el propio Gil Calvo, se hace pensable como fundamentación y explicitación de una Teoría Semiótica General a partir de la reflexión analítico-científica sobre la subyacente y deslizante identidad substancial que piensa el 'signo' desde nuestra avanzada escritura alfabética, sobredeterminando, con su propia autorrepresentación especulativa, nuestra hablante inteligencia racional del espacio/tiempo/mundo que incluye el acontecimiento físico-social de nuestro plural y ancestral presente como mortales humanos. Pero aquí no voy a insistir sobre el juego de identidad y diferencia en que se reúne y despliega el 'acontecimiento histórico-universal' de lo humano. Y, en este contexto, debiésemos pensar 'lo humano', antes que como 'identidad de naturaleza generación', diciéndose conceptualmente en una hipostasiada y reificada figura única y universal, como 'analogía genérico-histórico universal' fundando epistemológicamente la posibilidad de entendimiento y retraducción analítica de la multiplicada y sucesiva diferencia etnocultural en que los humanos se sueñan y saben en su particular figura histórica de 'Humanidad'.

Esta Semiótica General, a la vez que piensa el signo y la palabra desde la escritura, hace pensable analíticamente la historia colectiva de la escritura, en su posible conexión genético estructural con la colectiva historia de los modos de producción y las formaciones sociales. Se permite y legitima así, en términos analítico-analógicos, una comparación decisiva: aquella

que conecta las "economías capitalistas con las escrituras alfabéticas y las escrituras precapitalistas con las escrituras ideográficas" (107). Me atrevería a pensar críticamente los términos de esta afirmación con que Gil Calvo reitera y digiere, por su propia cuenta, toda la compleja tradición científico-social que su propia investigación tan rigurosamente diseña y sistematiza en términos analítico/axiomáticos.

La circulación monetaria y la circulación social de la escritura son dos hechos sociales en íntima conexión genético-estructural en aquellas formaciones sociales donde conjuntamente se presentan. Se trata de dos dimensiones objetivamente manifiestas y analíticamente reducibles a una común y subyacente pauta genético-estructural: la 'cultura escrita urbana' propia de la articulación social de una cierta formación estatal de Soberanía. La invención del mercado de la economía monetaria reposa sobre la previa existencia cultural de la escritura. Allí donde se ha producido históricamente la invención y difusión social de la escritura, la invención y organización de escribas como una categoría social dominante, controlando colectivamente tan decisiva tecnología político-epistemológica se ha producido como resultado de la propia expansión territorial de una cultura urbana.

No puedo entrar ahora, con más detalle, en la conexión genético-estructural entre la aparición de esos hechos sociales que son las 'clases sociales' y el 'estado' con la invención colectiva de la escritura y sus corporados escribas. Forma de representación simbólica y articulación política colectiva: la colectiva invención y desarrollo histórico de aquello que hoy llamamos Estado en su sentido más general se identifica con la invención y desarrollo de la escritura en sus sucesivas y múltiples formas. Entender la objetiva identidad físico-social de la historia del Estado con la de la escritura equivale a entender analíticamente la identidad objetiva, substancial, entre formación política y forma de representación simbólica. Desde este axiomatizable y esquematizado conjunto de enunciados, hay que replantearse teóricamente la vieja conexión dialéctica entre 'modos de producción' y 'clases sociales'.

Para concluir esta excesiva intervención, disparada por la rigurosa calidad teórica de la tesis de Gil Calvo, deseo hacer dos últimas indicaciones temáticas.

1) Allí donde la Ciencia Natural de la Historia Humana (Marx) reiteraba la dramaturgia teológico-política de la dialéctica hegeliana, la Analítica Semiótica de Hjelmslev se prolonga explícitamente sobre esa meta-ciencia que sería la Física Universal o Lógica Física, y reiterando críticamente el concepto 'arjé' de 'substancia'. Tal vez haya que volver a repensar la lógica científica como 'lógica física', más acá y más allá de todo instrumental lógico científico-natural. La idealista escisión entre 'noumenon' y 'fenómeno', supuesto categorial del empirismo analítico de la Lógica científica contemporánea, se resuelve así en una nueva reconstrucción fisicalista de la construcción lógica de las Ciencias Sociales.

2) Dentro de ese colectivo trabajo y discurso teórico, tan decisivo instrumento de construcción/de-construcción es el 'concepto lógico' como la recuperación de la 'analogía fisicalista'. En texto incluido en "El Ogro Filantrópico" (1979), Octavio Paz critica la superstición positivista, científicista, de la Sociología. Creyendo "la posibilidad de una ciencia de la sociedad distinta de la etnografía y la historia". "Una superstición que ha sobrevenido al positivismo y que incluso ha contagiado a muchos marxistas. Que olvidan que la ciencia de la sociedad era, para Marx, la Historia... Pero no es necesario seguir a Marx para darse cuenta que los sociólogos, cuando lo son de verdad, son historiadores que se ignoran. ... En verdad la sociología nos propone, como la historia, analogías entre una situación y otra. La diferencia consiste en que el historiador se contenta con esas analogías mientras que el sociólogo trata de hacerlas pasar por leyes" (Laz, 1979, 71). Acaso sea el momento, frente a la banalizada apariencia de transparencia teórica de ciertos discursos sociológicos, demasiado a la moda en la académica actualidad de nuestras ciencias sociales, de dar un paso decisivo. La lógica analítica de tales ciencias no presupone la lógica analógica del entendimiento verbal humano. Parece obligado recuperar la lógica analógica como controlable instrumento del análisis científico-social del conjunto humano. Registramos el papel estratégico de

la analogía en todo el riguroso discurso teórico de esta decisi
va investigación sobre "la abstracción de lo concreto. Elementos
críticos previos a la (futura) formulación de una teoría de las
formas sociales".

25-2-80

CARLOS MOYA VALCÁNOR
Catedrático Sociología
Director Departamento
"Cambio Social"
Decano Facultad Ciencias
Políticas y Sociología
Universidad Complutense

a la memoria de Talcott Parsons
en el año de su fallecimiento.

I N D I C E

Preámbulo.....(páginas viii a xxxi)

C A P Í T U L O P R I M E R O

"CRITICA DE LA LEY DEL VALOR"

(I).: <u>LA POSTURA DE MARX</u>	página 1
(I.1) <u>Carácter dual o bifacético de las mercancías</u>	2
(I.2) <u>La forma natural de valor</u>	3
(I.2,a) Su naturaleza física.....	5
(I.2,b) Su adecuación antropomórfica.....	5
(I.2,c) Su satisfactoriedad inmediata.....	5
(I.2,d) Su diversidad cualitativa.....	5
(I.3) <u>La forma concreta de trabajo</u>	5
(I.3,a) Es trabajo útil el productor de valor de uso.....	8
(I.3,b) La utilidad es el único denominador común de los trabajos útiles.....	8
(I.3,c) Fuera de su común utilidad, los distintos tipos de trabajo útil son entre sí heterogéneos.....	8
(I.3,d) La diversidad de trabajos útiles heterogéneos exige la división social del trabajo y posibilita el intercambio mercantil.....	8
(I.4) <u>La forma abstracta de trabajo</u>	9
(I.5) <u>El trabajo abstracto como sustancia del valor absoluto</u>	10
(I.6) <u>La forma social de valor</u>	14
(I.6,a) El trabajo abstracto supone la homogeneización social de los trabajos concretos.....	16
(I.6,b) El trabajo abstracto es la sustancia del valor absoluto.....	16
(I.6,c) El valor absoluto es la objetivación del trabajo abstracto.....	16
(I.6,d) El valor absoluto supone la homogeneización social de las mercancías.....	16

(iii)

(I,7) <u>La magnitud de valor (absoluto)</u>	16
(I,8) <u>La forma mercantil de valor o valor de cambio</u>	18
(I,9) <u>Conveniencia del modelo</u>	25
(II).: <u>ANTINOMIAS DE TAL POSTURA</u>	26
(II,1) <u>Colletti: la abstracción del trabajo</u>	27
(II,1,a) Alienación supone "igualación".....	36
(II,1,b) Alienación supone "abstracción".....	36
(II,1,c) Alienación supone "separación".....	37
(II,1,d) Alienación supone "inversión".....	37
(II,2) <u>Las antinomias del trabajo alienado</u>	37
(II,3) <u>Baudrillard: la crítica de la utilidad</u>	43
(II,3,a) El valor de uso es una relación social.....	50
(II,3,b) La utilidad es una homogeneidad social.....	50
(II,3,c) El concepto de "necesidad" es una hipóstasis.....	50
(II,3,d) El consumo abstracto es consumo alienado.....	50
(II,4) <u>La forma dual de valor</u>	51
(II,4,a) Los "consumos concretos".....	53
(II,4,b) La "Necesidad abstracta".....	53
(II,4,c) La "Utilidad absoluta".....	54
(II,4,d) El "valor de uso".....	55
(III).: <u>AXIOMATICA DE HJELMSLEV</u>	57
(III,1) <u>Método relacional</u>	58
(III,1,a) Método nominalista.....	63
(III,1,b) Método basado en la deducción.....	64
(III,1,c) Método analítico.....	64
(III,1,d) Método de dependencias funcionales.....	64
(III,2) <u>Relaciones y correlaciones</u>	64
(III,2,a) Constantes y variables.....	68
(III,2,b) Tipos de dependencias.....	68
(III,2,c) La función de determinación.....	68
(III,2,d) Sintagma y paradigma.....	69
(III,3) <u>La función de Signo</u>	69
(III,3,a) Contextualidad de la significación.....	77
(III,3,b) Analizabilidad subsignica.....	77

(iv)

(III,3,c) Función biplanar.....	77
(III,3,d) Conmutabilidad interplanar.....	78
(III,4) <u>La estratificación sónica</u>	79
(III,4,a) Materia, sustancia y forma.....	94
(III,4,b) Dualidad denotativa.....	94
(III,4,c) Analogía manifestación-significación.....	95
(III,4,d) Conflictividad de la manifestación.....	95
(IV).: <u>LA FUNCION DE VALOR (HIPOTESIS FINAL)</u>	95
(IV,1) <u>Analogía conceptual</u>	98
(IV,2) <u>Conveniencia de la analogía</u>	102
(IV,3) <u>Significación de la función de valor</u>	114
(IV,4) <u>Manifestación del trabajo alienado</u>	123
FIGURA UNO: <u>El modelo marxista del valor</u>	137
FIGURA DOS: <u>El síndrome formal de alienación</u>	137
FIGURA TRES: <u>La abstracción del trabajo como síndrome de alienación</u>	138
FIGURA CUATRO: <u>La forma dual de valor</u>	139
FIGURA CINCO: <u>La doble abstracción del trabajo y la utilidad como síndrome de alienación</u>	140
FIGURA SEIS: <u>El modelo axiomático de Hjelmslev</u>	141
NOTAS AL PRIMER CAPITULO.....	142

(v)

C A P I T U L O S E G U N D O

"CRITICA DEL VALOR DE LA LEY".....150

La doble verdad (página 150).- El nominalismo (página 151).- El neonominalismo de Marx (página 155).- La equivocidad de la construcción de la realidad: teoría y práctica (página 162).- La crítica de los universales-abstractos objetivados (página 167).- La abstracción como divinidad: dioses Ases y dioses Vanes (página 172).- El sistema de las seis hipóstasis universal-abstractas objetivadas (página 177).- La hipóstasis del Estado como "función de Ley" (página 184).- La hipóstasis de la Ciencia como "función de Verdad" (página 190).- Las hipóstasis obstructivamente objetivadas (página 196).- La hipóstasis del Arte como "función de Imagen" (página 201).- La hipóstasis del Juego como "función de Lucha" (página 208).- La hipóstasis del Amor como "función de Trance" (página 214).- La abstracción de las obstrucciones (página 223).- Crisis de racionalidad y sociología (página 227). Acción social y formas sociales: Durkheim, Weber y las dos teorías parsonianas (página 232).- La superación de la polémica de los universales (página 237).-

- FIGURA SIETE: El sistema de las seis hipóstasis universal-
-abstractas objetivadas.....239
- FIGURA OCHO: La hipóstasis del Estado como "función de Ley".....240
- FIGURA NUEVE: La hipóstasis de la Ciencia como
"función de Verdad".....241
- FIGURA DIEZ: La hipóstasis del Arte como "función de Imagen"...242

(vi)

FIGURA ONCE: <u>La hipóstasis del Juego como "función de Lucha"</u>	243
FIGURA DOCE: <u>La hipóstasis del Amor como "función de Trance"</u>	244
FIGURA TRECE: <u>Esquema hjelmsleviano de Weber</u>	245
FIGURA CATORCE: <u>Esquema hjelmsleviano del primer Parsons</u>	245
FIGURA QUINCE: <u>Esquema hjelmsleviano del segundo Parsons</u>	246
 NOTAS AL SEGUNDO CAPITULO.....	 247
 BIBLIOGRAFIA.....	 280

P R E A M B U L O

En 1946, M. C. Escher ejecutó una litografía a la que puso por título "Zauberspiegel" (espejo mágico). En el centro de una habitación cerrada y sobre un suelo de baldosas cuadrangulares aparece oblicuamente situado un gran espejo apaisado que atraviesa la habitación en toda su profundidad anteroposterior y se yergue verticalmente sostenido por dos pies triangulares situados a ambos extremos del espejo al que adosan al suelo. Indudablemente, y aunque sólo pueda contemplarse una de sus caras debido a su oblicua posición, el espejo tiene que estar dotado por ambos lados de superficie reflectante. A cierta distancia del espejo y colocadas simétricamente respecto al plano especular, a derecha e izquierda, aparecen posadas e inmóviles sobre el suelo de baldosas dos esferas idénticas: de tal modo que el reflejo de cada una de ellas coincide exactamente con la real presencia física de la otra. Y desde el interior del espejo, como si hubiesen permanecido ocultos en el estrechísimo volumen que separa ambas superficies reflectantes, surge una hilera de pequeños felinos alados que caminan sucediéndose. Tal procesión de leoncitos que marchan en fila india tiene su origen en el extremo del espejo que más próximo se encuentra respecto al observador; y ello de tal modo que del primer felino que está surgiendo sólo se vislumbra el extremo de un ala y la pezuña de una de sus patas delanteras; del felino que le precede ya puede verse el ala y la pata completas así como media cabeza y el muslo de la pata posterior; del siguiente todo su medio cuerpo simétricamente reflejado en el espejo; el ante

rior a éste cuenta ya con toda la cabeza separada de la luna reflejante de modo que su reflejo especular le dota de apariencia bicéfala; y, en fin, el felino precedente, situado en el extremo del espejo más alejado del observador, aparece ya como totalmente separado de la superficie reflectante, quedando todo su cuerpo exento y por completo reflejado duplicadamente en el azogue. Pero, dado lo que puede observarse al otro lado del espejo, es evidente que otra hilera de alados leoncitos, simétricamente idéntica a la anterior, surge sucesivamente de la opuesta superficie: y de tal modo que ambas hileras de felinos alados coinciden con sus reflejos opuestos puesto que cada león real ocupa exactamente el espacio que corresponde al reflejo duplicado de su correspondiente león simétrico; y así se suceden y superponen cuatro hileras de leones alados: dos hileras reales, simétricas entre sí, y otras dos hileras reflejadas, también simétricas entre sí, pero de forma que cada una de ellas coincide con la hilera real de la que no es reflejo. Pues bien, una vez que cada hilera real ha abandonado por completo el espejo, los distintos leoncitos rodean la esfera correspondiente a su lado del espejo y acceden uno tras otro hacia la zona anterior de la habitación situada en el plano más cercano al observador: y lo hacen simétrica y doblemente reflejados, como es lógico. Pero, una vez accedidos al suelo más próximo al observador, las dos hileras de leones se bifurcan, y cada bifurcación vuelve a bifurcarse, y así sucesivamente hasta que cada león comienza a confundirse con los baldosines: y ello de modo que el dibujo de las dos formaciones simétricas y opuestas de leones, marcando la una al encuentro de la otra, se difunde e identifica con el dibujo ajedrezado de los baldosines. Así, dado que el espe-

(x)

jo se apoya directamente sobre el suelo de baldosas, y dado que cada una de éstas consiste en un león alado que marcha de izquierda a derecha o en un león alado que marcha de derecha a izquierda (siendo cada león "izquierdista" el hueco que separa a cuatro leones "derechistas" y viceversa), de todo ello resulta que no parece sino que son las propias formaciones de leones quienes se deslizan bajo la base inferior del espejo, procedentes bien de la zona de la derecha o bien de la zona de la izquierda, y que, una vez ahí, "se levantan" desde el suelo en que acostados descansaban y, ocultos en el pequeño espacio de volumen que separa ambas lunas simétricamente adosadas, comienzan de nuevo a surgir desde el interior del espejo en dos hileras simétricas de leones que sucesivamente se separan reflejándose duplicadamente. Y queda así gráficamente representado un doble circuito biplanar, un cuádruple círculo vicioso: en cada lado del espejo, los leones alados surgen desde detrás del cristal, rodean la esfera, se confunden con las baldosas, ascienden por el interior oculto del espejo y vuelven de nuevo a surgir al exterior atravesando el cristal, en una cadena sin fin que se sucede indefinidamente; tal cadena de leones queda naturalmente reflejada en el espejo; pero, al mismo tiempo, y al otro lado del espejo, tiene lugar otra cadena sin fin de leones alados que marchan sucesivamente surgiendo del espejo, rodeando la esfera y volviendo a introducirse en él disfrazados de baldosas pero sin dejar en ningún momento de reflejarse en el azogue; y ello de tal modo que cada cadena sin fin de leones reales coincide exactamente con el reflejo que produce la opuesta y simétrica cadena sin fin de leones reales.

Pues bien: nada mejor que semejante espejo mágico de Escher para simbolizar la hipótesis fundamental que en estas páginas se propo-

ne: los objetos culturales son como los leoncitos alados de Escher que, mediante la función de espejo, se escinden en dos formas opuestas y simétricas para mejor fundirse en la nítida concreción de las baldosas de donde resurgen otra vez biplanarmente escindidos en opuestas y simétricas cadenas sin fin de leones distintos que se renuevan indefinida e ininterrumpidamente.

En efecto, aquí va a defenderse la hipótesis de que tanto los objetos culturales (procesos económicos, jurídico-políticos, científicos, artísticos, belico-lúdicos y amorosos) como la metodología apropiada para su estudio presentan en común la característica de la bi-formalidad. Implícita o explícitamente, ello se desprende tanto de los análisis de Marx acerca de la constitución de las mercancías en el seno de la sociedad burguesa, como de los análisis de Hjelmslev acerca de las funciones de signo que constituyen las lenguas. El autor de estas páginas se ha limitado a extender y sistematizar la bi-formalidad rastreada en Hjelmslev y Marx.

¿Qué ha de entenderse por "bi-formalidad de los objetos"? el hecho de que todo objeto, por concreto y singular que parezca, responde a una doble contextualidad abstracta, es decir, se con-forma con arreglo a dos planos distintos. Dado un objeto, ~~amp~~ predicar su conformación biplanar implica el afirmar que su concreta singularidad está en función (o depende) tanto de las relaciones y correlaciones que contrae con una serie de objetos en el seno de uno de los planos, como de las relaciones y correlaciones que contrae con una serie distinta de objetos distintos en el otro plano. Así, la concreta singularidad de una mercancía está en función tanto de las relaciones y correlaciones que contrae con otras mercancías consideradas como va-

lores absolutos (es decir, consideradas como objetivaciones de trabajo igual y abstracto), como de las relaciones y correlaciones que contrae con otras mercancías consideradas como valores de uso: y por ello decimos que las mercancías se conforman biplanar o biformalmente, siendo sus dos formas conformantes el valor absoluto (objetivación del trabajo abstracto) y el valor de uso. Y, de igual modo, la concreta singularidad de un texto idiomático depende tanto de las relaciones y correlaciones que contrae con otros textos considerados como expresiones significantes como de las relaciones y correlaciones que contrae con otros textos considerados como significados contenidos: y por ello decimos que las lenguas se conforman biplanar o biformalmente, siendo sus dos formas conformantes la expresión significante y el significado contenido.

Desde Platón y Aristóteles, por lo menos, los europeos occidentales estamos acostumbrados a considerar, por el contrario, que cada objeto singular y concreto está en función o depende de una sola forma conformante: llámesele forma, esencia, idea, causa, razón de ser, verdad interna, ley constitutiva, función generatriz interna, principio explicativo, lógica determinante inserta, etc, etc. Pues bien, debe comenzarse a rechazar tal consideración a partir de ahora. Desde luego, tampoco es una novedad en la historia del pensamiento occidental europeo el considerar que cada objeto singular y concreto está en función o depende de dos formas distintas y diferentes pero simultáneamente conformantes; sin embargo, tal consideración biformal ha solido permanecer relegada más allá de los límites de la razón empírica o analítica: confinada en las zonas nebulosas de la metafísica y la poesía. Pues bien, ya es hora de reivindicar, tras los pasos de Marx y Hjelmslev, la utilización teórica y no idealista de la bi-

formalidad como principio explicativo de la consistencia singular--concreta de las cosas.

En principio podría considerarse que la bi-formalidad constituyese la "diferencia específica" que identificase la metodología propia de la ciencia social --en contraposición a una hipotética "mono-formalidad" privativa de las "ciencias de la naturaleza"--: y, de aceptarse tal proposición, nada se hallará en las páginas que siguen que pueda contradecirla. Sin embargo, el autor no defiende ni rechaza tal postura. Es más: todo parece indicar que es ilegítimo distinguir entre ciencias sociales y ciencias fisiconaturales como si fuesen incompatibles, inconformables o mutuamente externas. En todo caso, lo único que aquí se afirma es que, al menos por lo que respecta a la ciencia social, la metodología debe estar centrada en la biformalidad --sin que nada se afirme ni se niegue respecto a la hipotética posibilidad de que también las ciencias fisiconaturales deban reconvertir sus instrumentos metodológicos para adaptarlos a la idéntica exigencia de biformalidad--.

Pero quizá convenga insistir algo más sobre el tema: ¿son biformales los objetos o los métodos de las llamadas "ciencias de la naturaleza"? Siendo un profano en la materia, el autor de estas páginas debe limitarse a apuntar intuiciones de sentido común: reservando a los especialistas un juicio más fundado sobre el tema. Pero, en cualquier caso, cabe plantearse la pregunta de si ciertos fenómenos fisiconaturales no serían mejor y más completamente explicables de recurrirse a una metodología biformal como la que se propone en estas páginas. Piénsese, por ejemplo, en todos los fenómenos relacionados con la reproducción celular: duplicación cromosómica, doble función del ácido nucleico, etc, etc; piénsese, también, en la irreductibili-

(xiv)

dad de la ecuación fundamental de la física actual, donde la relación sintagmática de simultaneidad entre el plano de la Masa y el plano de la Energía es una indeterminación entre variables mediada por un shifter constante (dado un contingente de partículas subatómicas, o se identifica la velocidad de las partículas a costa de no poder identificar su masa o, por el contrario, se identifica su masa a costa de no poder identificar su velocidad: tales son las ecuaciones o relaciones de indeterminación de Heisenberg y Schrödinger); o, en fin, piénsese por último, en el teorema de la incompletud de Gödel, según el cual dado un sistema logístico razonablemente rico (el sistema de los Principia Mathematica de Russell y Whitehead, o el sistema axiomático de los conjuntos de Zermelo, Fraenkel y von Neumann), tal sistema es esencialmente incompleto, por aparecer cuando menos un enunciado o teorema que no es decidible en el sistema: teorema gödeliano de la incompletud que parece garantizar por completo la imposibilidad de construir una metalógica mono-formal.

No obstante, se hace preciso repetir una vez más que el autor de estas páginas no se atreve a afirmar que la exigencia de biformalidad metodológica sea apropiada para la ciencia fisico-natural —por mucho que haya anidado tal sospecha—. En todo caso, lo que sí es preciso reconocer es que, si consideramos a la ciencia fisico-natural como un objeto social, como un proceso social (es decir, como la objetivación-subjetivación de objetos sociales producidos por sujetos sociales), en tal caso se hace imprescindible aplicar una metodología consecuentemente bi-formal, dado que todos los objetos y procesos sociales son biformales y deben ser analizados como tales: y la ciencia fisico-social no puede ser una excepción a semejante e ineludible regla.

Pero, de todos modos, es preciso repetir que la única —o, al menos, la principal— (hipo) tesis fundamental que se propone en estas páginas es la de que los procesos sociales (es decir, la objetivación y subjetivación de los objetos sociales por parte de los sujetos sociales) son, siempre, biformales. A este respecto, y antes de pasar a desarrollar mínimamente tal hipótesis fundamental, parece conveniente comenzar por describir su génesis.

Todo tuvo su origen en la teoría marxista de la alienación que critica la igualdad abstracta de inigualables procesos concretos. Son suficientemente conocidas las implicaciones de la teoría de la alienación tal y como ha sido descrita y analizada por la escuela marxista italiana, especialmente por Colletti: dada una diversidad de sujetos singulares y concretos, la alienación consiste en su abstracta igualdad y en la hipostatización ilegítima de un universal—abstracto objetivado que mediatice las relaciones entre aquellos sujetos singulares así particularizados. El problema residía en "demostrar" teóricamente la "ilegitimidad" —lógica, social e histórica— de tales procesos de hipostatización universal—abstracta objetivada: tales procesos suceden, en efecto, pero ¿por qué el hecho de que sucedan es denunciado como ilegítimo?.

En tal encrucijada, al autor de estas páginas le fue sugerida una posible correlación entre el pensamiento de Marx y el de Nietzsche. En efecto, ¿acaso la teoría nietzscheana de "la transvaloración de todos los valores" no "equivale" —salvadas todas las distancias que sea preciso salvar— a la denuncia marxista de las hipostatizaciones de universales—abstractos objetivados?. De modo que la investigación prosiguió por este camino: en la esperanza de que mediante

la correlación entre Marx y Nietzsche fuese posible elaborar una re construcción crítica de la teoría de la alienación que pareciera lo suficientemente fructífera. Pero tales esperanzas se vieron pronto defraudadas o, al menos, aplazadas indefinidamente. De Nietzsche no se podía extraer ninguna certidumbre mínimamente teórica, dado su uso y abuso de retóricas delirantes, válidas tan sólo en contextos mitopoéticos y metafísicos. Si a ello añadimos que tampoco el propio Marx estaba libre del mismo pecado puesto que casi todas sus argumentaciones se hallan perniciosamente contaminadas por las incoherentes antinomias autocontradictorias de la dialéctica hegeliana, podremos llegar a desesperarnos ante la evidencia de que está lloviendo sobre mojado. En definitiva, tanto con Marx como con Nietzsche, el problema seguía planteándose exactamente en los mismos términos: ¿por qué parecen ilegítimas las objetivaciones sometidas a la ley de los universales-abstractos?.

Era preciso hallar alguna salida ante semejante cul-de-sac, alguna llave capaz de abrir tal callejón sin salida. Y el autor de estas páginas decidió recurrir a la lingüística. Quizá fuese un recurso a ciegas, un salirse por la tangente sin más justificación válida. Pero sí que había razones o, al menos, excusas. En efecto, ¿qué mejor universal-abstracto objetivado que el código de la lengua?: también los inigualables sujetos singulares quedan abstractamente igualados ante la hipóstasis universal-abstracta del sistema formal de la lengua. Y, puesto que una teoría crítica de la alienación debía ser lo suficientemente extensa y consistente como para dar también cuenta de las hipostatizaciones de la lengua —concretamente denunciadas por Nietzsche como tales—, ¿por qué no comenzar por

analizar el propio sistema del lenguaje, en la esperanza de que mediante sus resultados fuese posible iluminar la más amplia cuestión de las generalizaciones abstractamente objetivadas?.

De modo que se recurrió a la ayuda de un manual riguroso y puesto al día --en concreto: el de Malmberg--, con el objetivo de dar un repaso centrado en la problemática de la alienación a las distintas teorías que sobre el lenguaje han propuesto sus especialistas. Y así pudo descubrirse a Hjelmslev, el único lingüista que ha propuesto una teoría del lenguaje merecedora de estima teórica. ¿Por qué no es más conocido Hjelmslev? Su obra cumbre, los Prolegómena, aparece en 1943 en danés; en 1953 es traducida al inglés en una edición que prácticamente no se difunde; habrá que esperar a 1963 para que la segunda traducción inglesa comience a circular entre los lingüistas norteamericanos; es muy significativo que, dada la dictadura intelectual ejercida por Paris, hasta 1968 no aparezca la primera traducción francesa; y, en fin, hasta 1974 no aparece la traducción castellana. Pero, hoy en día, Hjelmslev todavía es un desconocido para los especialistas en lingüística profesional; la prensa cultural, los comunicólogos, los filósofos del lenguaje, los modistos latínoeuropeos del estructuralismo y la semiótica, etc, para nada lo citan. Y, sin embargo, ninguno otro lingüista teórico, a no ser el precursor Saussure, es digno de compararse a Hjelmslev: su superioridad epistemológica y metodológica es concluyentemente definitiva: de ahí que el resto de los lingüistas profesionales, burdamente empiricistas, le hayan temerosamente ignorado fingiendo menospreciarle hasta la fecha. No es extraño, pues, que el propio Hjelmslev tuviera conciencia de ruptura teórica revolucionaria respecto al resto de sus colegas: no en balde estamos ante el Galileo de la lingüística.

Aquello fue la revelación. De hecho, aplicando la axiomática hjelmsleviana a la problemática de la alienación, quedan iluminadas, si no resueltas, todas las contradicciones que se plantean. Más aún: todo parece indicar que tal metodología es aplicable no sólo a los objetos lingüísticos sino, en general, a todos los objetos sociales. Tal es la hipótesis que en estas páginas se desarrolla. El lector juzgará.

Pero entremos ya de lleno en el desarrollo sintético de la hipótesis fundamental. La más esencial aportación de Marx a la teoría sociológica consiste en su afirmación de que los individuos carecen de esencia, singular o genérica, puesto que su ser se constituye única y exclusivamente en función de aquellas relaciones sociales en cuya objetivación participan. Las relaciones sociales objetivadas por los diversos sujetos son entidades objetivas, y los distintos sujetos se constituyen precisamente en función de tales relaciones sociales que unos con otros objetivan. Así, cada sujeto se constituye tan sólo en relación (social) a otros sujetos (pre) constituidos, y la propia relación (social) sólo puede constituirse tras su recíproca objetivación por parte de los sujetos. Aquí subyace el germen de la biplanaridad, de la biformalidad de las objetivaciones sociales. Si el sujeto sólo puede constituirse en relación a su exterioridad ello implica que su ser se caracteriza por la biformalidad: por la interdependencia entre la forma de su actividad volcada al exterior y la forma de su receptividad frente a los agentes procedentes del exterior. Eso en cuanto a los sujetos sociales. Pero es que lo mismo sucede respecto a los objetos. Puesto que todo objeto se constituye por la relación entre los sujetos, ello implica que su consistencia se caracterice por la biformalidad: por la interdepen-

(xix)

dencia entre la forma de la actividad del sujeto agente y la forma de la actividad del sujeto paciente.

Pues bien; la metodología hjelmsleviana es la más idónea para desarrollar esta intuición de Marx. Todas las distintas clases de objetos sociales (mercancías, leyes juridico-políticas, verdades teorico-prácticas, imágenes artísticas, competiciones belico-lúdicas, trances amorosos) presentan biplanaridad, es decir, se constituyen biformalmente: las mercancías se constituyen por la interdependencia entre la forma del trabajo y la forma de la utilidad, las leyes se constituyen por la ^{te}interdependencia entre la forma de la voluntad política y la forma de la normatividad jurídica, las verdades se constituyen por la interdependencia entre la forma de la expresión teórica y la forma del contenido práctico, las imágenes artísticas se constituyen por la interdependencia entre la forma de la invención compositiva y la forma del interés atencional, las competiciones belico-lúdicas se constituyen por la interdependencia entre la forma de la voluntad agonista y la forma de la resistencia antagonista, y los trances amorosos se constituyen por la interdependencia entre la forma de la presencia ofrecida y la forma de la ausencia anhelada. De igual modo que la mercancía es, a la vez, valor absoluto y valor de ~~una~~ uso, y de igual modo que la palabra es, a la vez, expresión significativa y significado contenido, también el resto de objetos sociales son, a la vez, objetivación y subjetivación, forma de exteriorización y forma de interiorización. Así, para cada clase de objetos, debe predicarse su constitución biplanar: de tal modo que se hace preciso analizar cada plano preconstitutivo por separado. Y todas las clases de objetos sociales presentarán los dos planos analizables por separado: el plano de la objetivación (plano de la

(xx)

"voluntad" o de la exteriorización, es decir, el plano de la actividad del sujeto agente) y el plano de la subjetivación (plano de la "satisfacción de necesidades" o de la interiorización, es decir, plano de la actividad del sujeto paciente); contrayendo ambos planos entre sí una relación de interdependencia que, en terminología hjelmsleviana, llamaremos "conmutación" (que es la relación entre las correlaciones de un plano y las correlaciones del plano opuesto).

Siendo esto así, en cada uno de ambos planos aparece al mismo tiempo la problemática que hemos llamado "la alienación", es decir, el modo en que lo concreto "manifiesta" o determina a lo abstracto. En cada plano por separado se predica la existencia de dos niveles analíticos: el nivel de las sustancias concretas manifestantes (determinantes) y el nivel de las formas abstractas manifestadas [determinadas]. Así, la sustancia del plano de la objetivación manifiesta o determina a la forma del plano de la objetivación y, separadamente, la sustancia del plano de la subjetivación manifiesta o determina a la forma del plano de la subjetivación. La conmutación entre un plano y su opuesto se contrae tan sólo al nivel de las formas, pero no al nivel de las sustancias, que permanecen entre sí independientes. Así, la sustancia de la objetivación sólo depende de la forma de la objetivación (a la que manifiesta o a la que determina), y la sustancia de la subjetivación sólo depende de la forma de la subjetivación (a la que manifiesta o a la que determina). En cambio, la forma de la objetivación depende tanto de la sustancia de la objetivación (por la que es manifestada o determinada) como de la forma de la subjetivación (con la que contrae conmutación); y, simultáneamente, la forma de la subjetivación depende tanto de la sustancia de la subjetivación (por la que es manifestada o determinada) como de la forma de la ~~xxx~~ objetivación (con la que contrae conmutación). Y en ello resi

de todo el secreto de la famosa alienación.

Pero regresemos a la descripción de nuestra hipótesis fundamental. ¿Qué supone la distinción entre el nivel de las formas y el nivel de las sustancias, es decir, la distinción entre lo abstracto y lo concreto?. Pues ni más ni menos que la aplicación del principio de la relacionalidad, tan caro a Hjelmslev y a Marx. El nivel de las sustancias designa los elementos singulares y discretos de las entidades concretas, procesuales u objetivas; es decir, "las cosas": los hechos tal y como se presentan en su realidad diferenciada, puntual y única. Sin embargo, tales entidades discretas aparecen coexistiendo las unas con las otras, y su presencia concreta no puede ser entendida más que en función de su relacionalidad contextual ~~interna~~. En efecto, un elemento concreto no vale nada considerado por sí mismo, como si se pudiese hacer abstracción de todo cuanto le rodea: esa es la falacia de la concreción inmediata. Por el contrario, cada elemento sólo vale en función de las relaciones y correlaciones que mantenga con el resto de elementos de presencia simultánea o alternativa: y esa es la forma que manifiesta tal sustancia. Así, el nivel de las formas designa las relaciones (sintagmáticas: función "tanto...como" o función de simultaneidad) y las correlaciones (paradigmáticas: función "o...o", es decir, función de alternancia o de equivalencia) contraídas por los distintos elementos singulares componentes del nivel de las sustancias; y tales relaciones y correlaciones habrán de ser determinaciones (función de dependencia entre constante determinada y variable determinante), interdependencias (función de dependencia entre constantes) o indeterminaciones (función de dependencia entre variables). Pero, en cualquier caso, siem

pre las formas son abstractas y las sustancias concretas. Y la dialéctica entre lo abstracto y lo concreto (función hjelmsleviana de "manifestación" o determinación) se presenta, así, en toda su aparente ambigüedad. Porque lo concreto, es decir, cada entidad singular, sólo es identificable a costa de hacer abstracción de las demás entidades singulares con las que se relaciona o correlaciona: de ahí que haya podido decirse que lo más concreto es, en el fondo, lo más abstracto. Mientras que lo abstracto propiamente dicho, es decir, las formas manifestadas por las sustancias, sólo es identificable en la presencia concreta de las entidades singulares que lo manifiestan: la abstracción sólo se presenta en la comparación relacional de las sustancias concretas. Tal es la contradicción fundamental que la abstracción de lo concreto encierra.

Sin embargo, más allá del problema que plantea la manifestación de las formas por las sustancias, subsiste el problema de la biformalidad: de la conmutación contraída por la forma de la objetivación con la forma de la subjetivación. Es un tópico tradicional el afirmar que tal conmutación es arbitraria; y, sin embargo, tal afirmación no nos dice teóricamente nada: es una de esas irrelevantes generalidades mudas. La arbitrariedad de la conmutación sólo designa la propia biformalidad, es decir, el hecho de que la forma de objetivación es irreductible a la forma de subjetivación —y a la inversa—: de la forma de la objetivación no se deduce necesariamente la forma de la subjetivación ni viceversa. Eso, y no otra cosa, es la biformalidad: la coexistencia de dos formas simultáneas que difieren irreductiblemente entre sí.

Pero el decir eso tampoco es decir nada. La conmutación es bi-

formal, es decir, presenta dos formas distintas e interdependientes cada una de las cuales es irreducible a la otra; ahora bien, con sólo decir eso, seguiríamos sin saber nada, puesto que tales dos formas diferentes podrían ser cualesquiera: lo que contradiría su p predicada interdependencia. En definitiva, se trata de averiguar, en cada caso, de qué clase concreta de arbitrariedad se trata, es decir, qué forma de la objetivación, y no otra cualquiera, es la que contrae conmutación con qué forma de subjetivación y no otra cualquiera. O, dicho de otro modo: de las infinitas combinaciones que permite la bi formalidad, ¿cuál es la exacta conmutación que, en cada caso, contrae en ambas formas relacionadas?. Y allí aparece, oportuna, la solución hjelmsleviana: la función de conmutación es la relación sintagmática contraída por las correlaciones de la forma de objetivación con las correlaciones de la forma de subjetivación: la coexistente simultaneidad (sintagma) entre las alternancias equivalentes (paradigma) en internas a la forma de la objetivación y las alternancias equivalentes internas a la forma de la subjetivación (el sintagma entre los paradigmas de la objetivación y los paradigmas de la subjetivación). Así, para cada clase de objetos, la "función de Objeto", es decir, el puente que indefectiblemente vincula la forma de su objetivación con la forma de su subjetivación, queda perfectamente definida: es una específica relación sintagmática, una específica interdependencia y una específica conmutación. Y la arbitrariedad ha quedado superada, eliminada.

Y, con la arbitrariedad de la "función de Objeto", queda también superada la arbitrariedad de la dialéctica hegeliana. Ya no cabe seguir hablando más de "identidad de opuestos o contrarios", ni de "unidad de opuestos o contrarios": basta con hablar inequívocamente de

conmutación biformal. Y la retórica mitopoética y metafísica de la dialéctica hegeliana quedará de una vez por todas eliminada de la faz de la teoría.

Pues bien: tal es una descripción apresurada y forzosamente sintética de la hipótesis fundamental que se desarrolla a lo largo de las subsiguientes páginas. Ello se lleva a cabo en dos extensos capítulos: el primero, titulado "Crítica de la ley del valor", analiza la biformalidad de las mercancías; y el segundo, titulado "Crítica del valor de la ley", analiza las respectivas biformalidades del resto de clases de objetos distintas de las mercancías: leyes jurídico-políticas, verdades teórico-prácticas, imágenes artísticas, competiciones ludico-bélicas y trances amorosos. Dado que la intención teórica del autor es la de proponer en el segundo capítulo una descripción global del sistema de la cultura, mientras que, por su parte, el primer capítulo se limita a analizar una sola clase de objetos culturales —las mercancías—, ello podría mover a pensar en la conveniencia de comenzar la lectura de estas páginas por su segundo capítulo: relegando al primero como mera ampliación erudita de cuanto se refiere a una de las entidades componentes del sistema de la cultura. Sin embargo, es preciso advertir que es precisamente en el análisis de la mercancía donde queda justificada la validez teórica de la metodología hjelmsleviana; mientras que, por el contrario, su aplicación al resto de clases de objetos sociales, a lo largo del segundo capítulo, ya no queda justificada específicamente —puesto que no parece preciso y, de paso, se aligera su legibilidad—, sino que su validez queda remitida a lo dicho respecto de las mercancías. Es por ello que, en contra de cuanto parecía conveniente, el análisis

sólo ha culminado en el todo tras comenzar por la parte.

Dentro de la tradición de la llamada Teoría Sociológica, es conocida la clásica distinción entre "Sociedad" y "Cultura": ésta se refiere a los objetos sociales (a su objetivación y subjetivación consideradas desde el punto de vista de los objetos), y aquella a los sujetos sociales (a cómo los sujetos objetivan y subjetivan objetos sociales pero desde el punto de vista de los sujetos); es decir, el estudio de la "Cultura" supone el análisis de las relaciones y correlaciones (determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) que entre sí contraen los objetos sociales, mientras que el estudio de la "Sociedad", por su parte, supone el análisis de las funciones de dependencia (relaciones y correlaciones; determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) que entre sí contraen los sujetos sociales. Pues bien, dado que cabe afirmar que el segundo capítulo es un intento de descripción hjelmsleviana del sistema de la cultura (siendo el primero un análisis de una clase de objetos sociales), debería poder esperarse que hubiese a continuación un tercer capítulo que intentase analizar o, al menos, describir, el sistema de la sociedad: el sistema de funciones de dependencia que contraen los sujetos sociales. Y, de hecho, así estaba previsto en el definitivo proyecto original. Pero, sin embargo, ello ha sido imposible por diversas razones: no siendo la menos importante la propia incapacidad del autor para elaborar hasta la fecha semejante tarea. A modo de disculpa, cabe decir que muy pocos autores, hasta ahora, han osado proponer intentos teóricos de análisis o descripción del sistema social --y ello no es extraño, dado el carácter todavía precientífico de la teoría sociológica--: y es por ello que estas páginas han quedado dedicadas a la memoria de Talcott Parsons, fallecido hace esca-

sas fechas, cuya tenaz voluntad teorizadora, a pesar de que quepa juzgarla como fallida, es todo un ejemplo a imitar.

Así que no quedó más remedio que limitarse a prolongar el capítulo segundo añadiendo unas páginas en las que, una vez globalizada la descripción de la cultura, se sientan unas pocas bases críticas referentes a las distintas teorizaciones propuestas sobre la acción social. Pero aquí cabe decir algo --muy poco-- más. Si el subtítulo que encabeza estas páginas alude a la intención de construir en el futuro una teoría de las "formas sociales", ello debe ser entendido en el sentido de la biformalidad del sistema de los sujetos sociales. Así, las "formas sociales" (es decir, las funciones de dependencia que contraen entre sí los sujetos sociales) quedan contrapuestas a las "formas culturales" (o funciones de dependencia que contraen entre sí los objetos sociales), analizadas o descritas en estas páginas. Si las "formas culturales" se refieren a la biformalidad manifestada por los objetos sociales, las "formas sociales" se referirán a la biformalidad manifestada por los sujetos sociales. Y, a partir de ahí, cabe plantearse la pregunta de qué clase de vínculo quedará establecido entre "cultura" y "sociedad", entre formas culturales y formas sociales. A modo de hipótesis, parece posible afirmar que entre ambas entidades se establece una función de dependencia que es una relación sintagmática de determinación. Relación sintagmática puesto que las formas sociales y las formas culturales coexisten simultáneamente presentes. Y relación sintagmática de determinación puesto que las formas culturales son variables respecto a las constantes formas sociales: una determinación en la que la cultura es la determinante y la sociedad la determinada; es decir, que son las

formas culturales (el sistema de los objetos biformales) las que determinan a las formas sociales (al sistema de los sujetos biformales). Y ello del mismo modo en que las consonantes determinan a las vocales en el sistema de la lengua: la metáfora vincularía consonantes y objetos sociales, por la parte determinante, y, por la determinada, vocales y sujetos sociales.

Por tanto, si lo determinante son los objetos en vez de los sujetos, no parece conveniente mantener el nombre de "teoría de la acción social" para el análisis de las relaciones y correlaciones que contraen los sujetos sociales, pues las implicaciones antropocéntricas que tal denominación encierra se contradicen con el carácter de terminado, y no determinante, del sistema de los sujetos sociales. En su lugar, ha quedado propuesta la expresión: teoría de las formas sociales. Y se emplea el término "formas" en tanto que la operación analítica de separar sujetos y objetos sociales lleva necesariamente aparejada la práctica de la abstracción: para poder considerar a los sujetos como tales hay que hacer abstracción de sus objetos, y para poder considerar a los objetos como tales hay que hacer abstracción de sus sujetos. Por ello, las dependencias que contraen los objetos entre sí, al considerarlos al margen por completo de los sujetos que objetivan y subjetivan tales objetos, habrán de ser abstractas necesariamente: y por ello se habla de formas culturales en términos exclusivamente formales. Y, a la inversa, las dependencias que contraigan los sujetos entre sí, cuando los consideremos al margen por completo de los objetos subjetivados y objetivados por tales sujetos, también habrán de ser abstractas necesariamente: de ahí que sólo en términos formales podamos referirnos a las formas sociales.

En fin, una (futura) teoría de las formas sociales habrá de re plantearse todo lo relativo a la interacción, las relaciones sociales, los grupos, las instituciones, las clases y demás categorías sociales extraculturales. Y tal replanteamiento del sistema de las formas sociales habrá de abordarse con arreglo a una doble hipótesis postulada aprioricamente: los sistemas de sujetos habrán de ser biformales y los sistemas de sujetos habrán de consistir en jerarquías de funciones de dependencia. Es decir, los sistemas de sujetos consistirán en las redes de relaciones y correlaciones —determinaciones, interdependencia e indeterminaciones— contraídas por los sujetos entre sí: apareciendo tales redes como necesariamente biformales. En suma, la (futura) teoría de las formas sociales habrá de proponer la biformalidad sintagmática y paradigmática de los sistemas de sujetos sociales.

Pero es posible que, a estas alturas, los planteamientos propuestos hasta el momento le parezcan al lector como excesivamente lastados de formalismo, de apriorismo. Decía Kant que: "cuando Galileo hizo rodar sobre un plano inclinado sus bolas con un peso elegido por él mismo, cuando Torricelli hizo que el aire soportara un peso del que él sabía de antemano que era igual al de una columna de agua que le era conocida (...), comprendieron que la razón sólo penetra aquello que ella misma ha producido según sus planes, que tiene que ir por delante con principios de sus juicios según leyes constantes y obligar a la naturaleza a contestar a sus preguntas, no limitarse a dejarse conducir por ella como con andadores (...). La razón debe abordar a la naturaleza llevando en una mano sus principios, con arreglo a los cuales —y sólo con arreglo a ellos— pueden los fenómenos

que se produzcan valer para constituir leyes (...), y debem abordar de este modo a la naturaleza, ciertamente, para ser instruida por ella, pero no en calidad de escolar, que se presta a que le sea dicho todo lo que el maestro quiera, sino en calidad de juez establecido, que obliga a los testigos a responder a las preguntas que les formula". La teoría no es el escolar que se cree todo cuanto los maestros hechos fenoménicos puedan decirle sino el juez inquisitivo que premeditadamente interroga a los testigos hechos fenoménicos a fin de hacerles confesar aquella verdad que el juez busca y no otra.

Por eso Martínez Marzosa —de quien se ha tomado la cita de Kant—, en contra de algunas apariencias, señala que Galileo fue recusado por la escolástica no debido a su empirismo sino precisamente a su apriorismo: se le acusaba a Galileo por no atenerse a los hechos, por establecer los principios de la física no en virtud de la experiencia sino en virtud de ciertas exigencias previas, formales y abstractas, construidas a priori por la mente misma: y ello vulneraba por completo el ciego y mudo empiricismo de la escolástica. Pues bien: es este mismo apriorismo de Galileo el defendido por Marx en sus Tesis sobre Feuerbach. La teoría no debe ser crédulo escolar si no juez inquisitorial capaz de obligar a la práctica a confesar: incluso mediante torturas (¿qué otra cosa es el método experimental más que la tortura inquisitorial ejercida sobre la naturaleza?).

Respecto a la acusación de formalismo que pueda, quizá, llegar a recaer sobre estas páginas, conviene recordar un comentario de Baudrillard: "Marx demostró que la objetividad de la producción material residía no en su materialidad sino en su forma". El valor absoluto de las mercancías es la objetivación no de los trabajos útiles concretos sino del trabajo igual y abstracto: de la forma del traba-

(xxx)

jo "libre" asalariado. Tanto las mercancías (el Capital) como los propios sujetos individuales (la Personalidad) no son otra cosa que pura relación social. Si "la esencia del hombre no es una abstracción inherente a cada individuo particular" sino "la totalidad de sus relaciones sociales" (Tesis VIª sobre Feuerbach), ello implica que la (id) entidad de sujetos y objetos aparece tan sólo en función de las relaciones y correlaciones que unos y otros entre sí contraen: personas y cosas existen tan sólo en tanto que elementos terminales de vinculaciones diferenciales. Y pensar otra cosa conduce necesariamente a hipostasiar alguna clase de teológica "Realidad" extrahistórica y extrasocial, autosubsistente y trascendental: a caer en la metafísica de la concreción inmediata o de la abstracción extrasustancial.

Pero, en este sentido, conviene subrayar que la metodología utilizada en estas páginas pretende situarse en las antípodas de la moda estructuralista latinoamericana. Lejos de admitir que "el nivel de las estructuras determine al nivel de las prácticas", aquí se afirma taxativamente, por el contrario, que las sustancias concretas determinan a las formas abstractas. Y, lejos de admitir que "las variaciones se combinan arbitraria y aleatoriamente", aquí se afirma taxativamente, por el contrario, que la conmutación biformal es una relación necesaria entre las correlaciones manifestadas por las sustancias. Nada, pues, más lejos de la moda estructural.

Y con lo dicho parece suficiente como para completar la introducción a estas páginas. Sólo queda expresar los debidos agradecimientos a todas aquellas personas sin cuya influencia hubiera sido imposible atreverse a redactarlas. Tal deuda es mucho mayor en el

(xxx)

caso del profesor José Vericat, quien, al margen de su académica dirección doctoral, reveló por vez primera al autor de estas páginas los misteriosos secretos de la teoría marxista de la alienación y, por si esto no fuera poco, le sugirió además de modo explícito la posibilidad de una analogía entre el pensamiento de Marx y el de Nietzsche. El profesor Luis Rodríguez Zúñiga fue quien apuntó las posibles convergencias con Baudrillard y con el profesor Julio Rodríguez Aramberri se mantuvieron interminables discusiones acerca del status epistemológico de la teoría parsoniana. Y, en fin, los debates mantenidos por el autor con sus alumnos del seminario sobre "Teoría de la alienación" (correspondiente a la asignatura "Historia de la teoría sociológica" dirigida por el profesor Zúñiga), a lo largo del curso 1978-79, fueron totalmente decisivos para la preparación de estas páginas. Queda, sin embargo, una deuda pendiente pero imposible de pagar: la contraída con dos autores, mal comprendidos por razones distintas, sin cuya obra estas páginas no podrían existir nunca: Hjelmslev y Marx.

Madrid, 18 de octubre de 1979.

(1)

P R I M E R C A P I T U L O

"CRITICA DE LA LEY DEL VALOR"

Aquí se pretende discutir las tesis del Marx maduro concernientes a su análisis de la naturaleza del valor mercantil, tal y como aparecen en el primer capítulo de "El capital" (en la versión definitiva correspondiente a la segunda edición preparada por su autor).⁽¹⁾

Para ello comenzará por diseñarse el modelo conceptual que parece más acorde con el texto de Marx; posteriormente, con la ayuda de investigaciones de Colletti y Baudrillard, se identificarán las antinomias fundamentales que en él subyacen; por último, y mediante una axiomática de control extraída de la metodología glosemática de Hjelmslev, se intentará eliminar el carácter antinómico de la concepción marxista del valor mercantil: obteniendo, de ser ello posible, algunas alternativas hipotéticas relevantes.

(I).: LA POSTURA DE MARX.-

Ante todo, es preciso advertir que el análisis marxista de la mercancía sólo es válido para el modo de producción capitalista, es decir, para una sociedad en que productores independientes unos de otros intercambian libre y generalizadamente sus productos; en tal caso, si son objeto de intercambio libre y generalizado por parte de sus productores individuales e independientes unos de otros, los productos adoptan la forma de "mercancías". Siendo esto así, las mercancías presentarán ante el análisis las siguientes características.

(I,1).: Carácter dual o bifacético de las mercancías.-

"Las mercancías vienen al mundo revistiendo la forma de valores de uso o cuerpos de mercancías (...). Es esta su prosaica forma natural. Sin embargo, sólo son mercancías debido a su dualidad, a que son objetos de uso y, simultáneamente, portadoras de valor. Sólo se presentan como mercancías, por ende, o sólo poseen la forma de mercancías, en la medida en que tienen una forma doble: la forma natural y la forma de valor" (CP, 58). "Los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, sea cual fuere la forma social de ésta. En la forma de sociedad que hemos de examinar, son a la vez los portadores materiales del valor de cambio" (CP, 44-5). "Toda cosa útil (...) ha de considerarse desde un punto de vista doble: según su cualidad" (valor de uso) "y con arreglo a su cantidad" (magnitud de valor) (CP, 43-4). "La mercancía se nos puso de manifiesto como algo bifacético, como valor de uso y valor de cambio" (CP, 51).

Esta dualidad valorativa de las mercancías no es una proposición original de Marx: por el contrario, era ya tradicional en la economía política. La innovación marxista residirá en profundizar el análisis de uno de los dos términos: el "otro" valor, distinto del prosaico valor de uso.

"Si bien (...) dijimos (...) que la mercancía es valor de uso y valor de cambio, esto, hablando con precisión, era falso. La mercancía es valor de uso u objeto para el uso y, 'valor'. Se presenta como ese ente dual que es cuando su valor posee una forma de manifestación propia --la del valor de cambio--, distinta de su forma

natural, pero considerada aisladamente nunca posee aquella" (CP, 74).

Esto es esencial. En efecto, la mercancía es una entidad dual, consistente en la relación entre dos elementos diferenciados: por un lado el valor de uso y por otro "el valor", *tout court*. No valor de uso y valor de cambio, sino valor de uso y "valor". El valor de cambio no es lo mismo que "el valor", como más adelante comprobaremos. Pero no sólo no es lo mismo, sino que ni siquiera son equivalentes, sinónimos ni análogos: en la jerarquía conceptual se hallan situados a muy diferente nivel. Por ello, la confusión entre ambos conceptos es particularmente perniciosa. La dificultad reside en que el propio Marx no parece ser muy consciente de la importancia de semejante distinción, puesto que muchas veces en su texto la confusión se mantiene. Ello le condujo, en la tercera y cuarta ediciones, a calificar "el valor" *tout court* con el atributo "mercantil", para mejor distinguirlo así del valor de cambio. Sin embargo, la elección del calificativo no parece muy feliz. Es preferible, sin lugar a dudas, la que aparece en su manuscrito conocido como "Teorías acerca de la plusvalía", donde escribe: "Se podría reprochar a Ricardo haber olvidado muy a menudo este "valor real" o "absoluto" y haberse atendido solamente al valor "relativo" o comparativo".⁽²⁾ Si tenemos en cuenta que, como más adelante veremos, el valor de cambio es precisamente el valor "relativo o comparativo" (forma relativa de valor), bueno será que, al "valor" *tout court* o "valor mercantil" (el famoso valor-trabajo), lo llamemos de ahora en adelante "valor absoluto".

(1,2).: La forma natural de valor.—

(4)

Dado que la mercancía consiste en la conjunción de valor absoluto y valor de uso, comencemos por analizar este último.

"La mercancía es, en primer lugar, un objeto exterior, una cosa que, merced a sus propiedades, satisface necesidades humanas del tipo que fueren" (CP., 43). "La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esa utilidad no flota por los aires. Está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía y no existe al margen de ellas. El cuerpo mismo de la mercancía (...) es pues un valor de uso o un bien" (CP., 44). La utilidad es la única "propiedad natural (...) de las mercancías. Sus propiedades corpóreas" (las de las mercancías)) "entran en consideración, única y exclusivamente, en la medida en que hacen útiles a las mercancías; en que las hacen ser, pues, valores de uso" (CP., 46). "El valor de uso se efectiviza únicamente en el uso o en el consumo" (CP., 44). Un bien "es un valor de uso que satisface una necesidad específica" (CP., 51). "En cuanto valores de uso, las mercancías son, ante todo, diferentes en cuanto a la cualidad" (CP., 46).

Así pues, para Marx, el valor de uso expresa o representa la la "forma natural" de las mercancías --de igual modo que, como luego veremos, el valor absoluto representa su forma social—. Implica, como se ha escrito,^③ una correlación positiva entre los hombres y las cosas, entre la humanidad y la naturaleza. La utilidad de las mercancías supone su adecuación para satisfacer necesidades humanas; por ello, dada la diversidad de estas necesidades, se impone la existencia de una diversidad de objetos útiles, heterogéneos y disímiles.

En suma, la utilidad, única "forma natural de valor" común a todas las mercancías --la otra forma común de valor ya no es natu-

(5))

ral sino social: el valor absoluto—, presenta las siguientes notas:

(I, 2, a).: SU NATURALEZA FISICA.— La utilidad de las mercancías deriva única y exclusivamente de su consistencia corpórea, es decir, de sus propiedades, cualidades o atributos físico-materiales.

(I, 2, b).: SU ADECUACION ANTROPOMORFICA.— Las mercancías sólo son útiles en la medida en que satisfagan el presupuesto antropológico de una "diversidad de necesidades humanas".

(I, 2, c).: SU SATISFACTORIEDAD INMEDIATA.— Para que las mercancías presenten utilidad han de poder ser prácticamente aprehendidas, operativamente asumidas, activamente aprovechadas; y ello sin mediaciones que separen al sujeto de necesidades de su objeto de satisfacciones: el valor de uso sólo se lleva a cabo mediante su consumo efectivo: mediante la de-terminación (consumación) subjetiva de sus potencialidades objetivas. Es decir, que el valor de uso de un objeto sólo se realiza (sólo llega a ser) en el momento en que, de hecho, activa y prácticamente, está satisfaciendo las necesidades de algún sujeto; mejor dicho: es el sujeto quién sólo realiza el valor de uso de un objeto al satisfacerse concretamente de él (lo que cuenta no es la inexistente acción del objeto que satisface al sujeto, sino la sí existente acción del sujeto al satisfacerse con su objeto)).

(I, 2, d).: SU DIVERSIDAD CUALITATIVA.— Para que las mercancías puedan presentar utilidad es condición necesaria que entre sí se diferencien cualitativamente hasta tal punto de heterogeneidad que su único común denominador cualitativo sea su misma utilidad.

(I, 3).: La forma concreta de trabajo.—

Un bien "es un valor de uso que satisface una necesidad específica. Para producirlo se requiere determinado tipo de actividad productiva. Esta se halla determinada por su finalidad, modo de operam., objeto, medio y resultado. Llamamos, sucintamente, trabajo útil al trabajo cuya utilidad se representa así en el valor de uso de su producto, o en que su producto sea un valor de uso. Desde este punto de vista, el trabajo siempre se considera con relación a su efecto útil" (CP, 51). "Todo trabajo (...) es gasto de fuerza humana de trabajo en una forma particular y orientada a un fin, y en esta condición de trabajo útil concreto produce valores de uso" (CP, 57). "El valor de uso de toda mercancía encierra determinada actividad productiva —o trabajo útil— orientada a un fin" (CP, 52).

"Como creador de valores de uso, como trabajo útil, pues, el trabajo es, independientemente de todas las formaciones sociales, condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana" (CP, 53).

"Así como la chaqueta y el lienzo son valores de uso cualitativamente diferentes, son" (también) "cualitativamente diferentes los trabajos" (útiles) "por medio de los cuales llegan a existir: el del sastre y el del tejedor. Si aquellas cosas no fueran valores de uso cualitativamente diferentes, y por tanto productos de trabajos útiles cualitativamente diferentes, en modo alguno podrían contraponerse como mercancías" (CP, 51). "Los valores de uso no pueden enfrentarse como mercancías si no encierran en sí trabajos útiles cualitativamente diferentes" (CP, 52). "En una sociedad de productores de mercancías, esa diferencia cualitativa entre los trabajos útiles —que se

(7))

ejercen independientemente unos de otros (...)— se desenvuelve hasta constituir un sistema multimembre, una división social del trabajo" (CP, 52). "A través del cúmulo de los diversos valores de uso o cuerpos de las mercancías se pone de manifiesto un conjunto de trabajos útiles igualmente disímiles, diferenciados por su tipo, género, familia, especie, variedad: una división social del trabajo. Esta constituye una condición para la existencia misma de la producción de mercancías, si bien la producción de mercancías no es, a la inversa, condición para la existencia misma de la división social del trabajo" (CP, 52)).

Así pues, Marx llama "trabajo útil concreto" (o trabajo útil, tout court) a toda forma particular, determinada y orientada a un fin, de trabajo, cuyo resultado sea la producción de un objeto dotado de valor de uso particular y determinado. En un sentido amplio, pues, todo trabajo es trabajo útil, sea cual sea el tiempo y el lugar en que el trabajo se produzca: el trabajo útil in abstracto es una "necesidad antropológica".

Pero, al margen de esta generalidad muda, que nada dice, resulta que, en cada sociedad concreta, unos trabajos útiles y concretos coexisten junto a otros trabajos útiles y concretos distintos. A la diversidad de valores de uso que los distintos miembros de una sociedad necesitan, se corresponde, pues, una diversidad de trabajos útiles concretos capaces de producirlos: a valores de uso distintos, trabajos útiles-concretos distintos. Ello es el origen de la división social del trabajo, algo consustancial a toda sociedad.

Sin embargo, como veremos al considerar el intercambio, la relación que se establece entre unos y otros trabajos ^{útiles} ~~simples~~, varía de

(8)

una sociedad a otra. Toda sociedad presenta una división social del trabajo, pero no todas las divisiones sociales del trabajo son idénticas: y la que aquí nos interesa es una muy precisa y restringida: aquella basada en el intercambio de mercancías entre productores independientes unos de otros.

Resumiendo, obtenemos las siguientes características:

(I,3,a): ES TRABAJO UTIL EL PRODUCTOR DE VALOR DE USO. Dado que el valor de uso de un producto reside en sus características físicas, naturales, materiales (véase I,2,a), todo trabajo útil consistirá en la producción de determinados efectos físicos, naturales, materiales.

(I,3,b): LA UTILIDAD ES EL UNICO DENOMINADOR COMUN DE LOS TRABAJOS UTILES. Todo trabajo debe producir utilidad, o dejaría de ser trabajo. Esta característica la satisfacen todos los trabajos, en cualquier tiempo y lugar, debido a la necesidad antropológica de "mediar el metabolismo entre naturaleza y sociedad": de satisfacer las necesidades mediante la transformación de la naturaleza (véase I,2,b y I,2,c).

(I,3,c): FUERA DE SU COMUN UTILIDAD, LOS DISTINTOS TIPOS DE TRABAJO UTIL SON ENTRE SI HETEROGENEOS. La utilidad es el único denominador común de los trabajos útiles: todo lo demás es diversidad irreductible a ningún común denominador. Cada valor de uso real y concreto es producido por su correspondiente ~~tipo~~ tipo de trabajo útil real y concreto. (véase I,2,d).

(I,3,d): LA DIVERSIDAD DE TRABAJOS UTILES HETEROGENEOS EXIGE LA DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO Y POSIBILITA EL INTERCAMBIO MERCANTIL.-

(I, 4).: La forma abstracta de trabajo.-

Dada esa específica división social del trabajo que consiste en el intercambio de mercancía por parte de productores independientes unos de otros, ¿cómo se relacionan en ella entre sí los diversos y heterogéneos trabajos útiles y concretos? O, dicho de otra forma: acabamos de ver que la utilidad es el único denominador común de los trabajos útiles, es decir, de los trabajos concretos considerados en relación a su fin productivo; ahora bien, ¿existe, acaso, algún otro común denominador? No, si consideramos el trabajo in toto, es decir, incluyendo en él su vinculación al fin productivo —valor de uso— con respecto al cual está realizado. Ahora bien, ¿qué sucede si desvinculamos a cada trabajo concreto de su concreto fin útil y productivo, es decir, si lo consideramos al margen del valor de uso que es su producto? En tal caso —pero sólo en tal caso—, sí podemos obtener otro común denominador a todos los trabajos: el de ser gastos de fuerza humana de trabajo. Pero ya no será un común denominador de trabajos útiles, sino un mero común denominador de "trabajos" tout court, considerados al margen de su concreta utilidad. Ya no será un común denominador de trabajos concretos, sino un común denominador de trabajos abstractos: obtenidos a partir de los trabajos útiles al hacer abstracción en ellos de su concreta y específica utilidad determinada. Así, una vez realizada esa abstracción, obtenemos un "algo" con el que todos los trabajos, si prescindimos de su concreta utilidad, están relacionados: la abstracción "gasto de fuerza humana de trabajo".

"Si se prescinde del carácter determinado de la actividad productiva y, por tanto, del carácter útil del trabajo, lo que subsiste de

(10)

éste es el ser un gasto de fuerza de trabajo humana" (CP, 54). "Existen condiciones sociales (...) en que (...) dos modos diferentes de trabajo" (útil) (...) "no son más que modificaciones del trabajo que efectúa el mismo individuo" (CP, 54). "Actividades productivas cualitativamente diferentes" (...) (no) "son nada más que (...) formas distintas de gastar la fuerza humana de trabajo" (CP, 54).

"El trabajo humano (...) es gasto de la fuerza de trabajo simple que, término medio, todo hombre común, sin necesidad de un desarrollo especial, posee en su organismo corporal. El carácter del TRABAJO MEDIO SIMPLE varía por cierto según los diversos países y épocas culturales, pero está dado para una sociedad determinada" (CP, 54).

"Los distintos tipos de trabajo" (útil) "son reducidos al trabajo simple como a su unidad de medida" (CP, 55).

Por tanto, si se cuenta con una "unidad de medida" capaz de relacionar entre sí los diversos trabajos útiles, éstos parecerán homogéneos y directamente intercambiables los unos por los otros. Ahora bien: esto más que otra cosa parece un truco. ¿Es una mera "apariencia", el trabajo simple o abstracto?: no, sino que, como vamos a ver a continuación, constituye precisamente la sustancia del valor.

(I, 5).: El trabajo abstracto como sustancia del valor (absoluto).—

Toda comunidad debe producir y repartir entre sus miembros una diversidad de valores de uso incomparables por heterogéneos (I, 2, d). De ahí que deba institucionalizar una división social del trabajo

(útil)) y su consiguiente intercambio de objetos para el uso. Semejantes división e intercambio siempre serán arbitrarios y al azar si los consideramos desde el punto de vista del trabajo útil y del valor de uso, dada su radical heterogeneidad (arbitrariedad y azar que no serán tales si los consideramos desde otros puntos de vista distintos del propio al valor de uso). Ahora bien, si los objetos para el uso producidos por los trabajos útiles concretos adoptan la forma de mercancías directamente intercambiables --lo que sucede en una sociedad de productores privados independientes los unos de los otros--, nos encontramos con el hecho de que, a la heterogeneidad de las mercancías consideradas desde el punto de vista de su valor de uso, se añade una homogeneidad nueva: la que le confiere su reductibilidad a mero gasto de fuerza humana de trabajo abstracto. De ahí que las mercancías puedan intercambiarse directamente sin más que comparar su respectiva proporcionalidad en términos de trabajo abstracto: es decir, sin más que comparar su valor absoluto.

Partamos, pues, del hecho empírico de que las mercancías se intercambian. "Tomemos (...) dos mercancías (...). Sea cual fuere su relación de cambio, ésta se podrá representar siempre por una ecuación (...). ¿Qué denota esta ecuación? Que existe algo común, de la misma magnitud, en dos cosas distintas (...). Ambas, por consiguiente, son iguales a una tercera que, en sí y para sí, no es ni la una ni la otra. Cada una de ellas, pues (...), tiene que ser reducible a esa tercera" (CP, 45-6). "Es preciso reducir (...) las mercancías a algo que les sea común" (CP, 46). "Ese algo común no puede ser una propiedad natural" (que) (...) "entran en consideración, única y exclusivamente, en la medida en que (...) las hacen ser (...) valores

de uso" (CP, 46)). "Salta a la vista que es precisamente la abstracción de sus valores de uso lo que caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías. Dentro de tal relación, un valor de uso vale exactamente lo mismo que cualquier otro" (CP, 46). Pero "si pongamos a un lado el valor de uso del cuerpo de las mercancías, únicamente les restará una propiedad: la de ser productos del trabajo" (simple, abstracto) (CP, 46). "No obstante" (al hacer abstracción del carácter útil de los trabajos), "también el producto del trabajo se nos ha transformado entre las manos. Si hacemos abstracción de su valor de uso, abstraemos también los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso" (concreto, y lo transformamos en valor absoluto abstracto) (CP, 47)).

"Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; éstos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano" (CP, 47).

"Examinemos ahora el residuo de los productos del trabajo" (una vez que en ellos se ha hecho abstracción de su concreta utilidad). "Nada ha quedado de ellos salvo una misma objetividad (...) de gasto de fuerza de trabajo humano sin consideración a la forma en que se gastó (...). En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común" (los productos) "son valores" (absolutos) (CP, 47). "Ese algo común que se manifiesta en la relación de intercambio (...) es, pues, su valor" (absoluto) (CP, 47).

"El valor" (absoluto) "de la mercancía representa trabajo humano puro y simple, gasto de trabajo humano en general" (CP, 54). "Así como en los valores" (absolutos) (...) "se hace abstracción de la di

ferencia entre sus valores de uso, otro tanto ocurre, en el caso de los trabajos" (simples) "que están representados en esos valores, con la diferencia entre las formas útiles de esos trabajos" (CP., 55).

"Así como los valores de uso (...) son combinaciones de actividades productivas orientadas a un fin (...), y en cambio los valores" (absolutos) (...) "sólo son mera gelatina homogénea de trabajo, también los trabajos contenidos en dichos valores" (absolutos) "no tienen validez por su relación productiva con el" (objeto de trabajo) "sino sólo como gastos de fuerza humana de trabajo" (CP., 55).

"Todo trabajo trabajo es (...) gasto de fuerza humana de trabajo en un sentido fisiológico, y es en esta condición de trabajo humano igual, o de trabajo abstractamente humano, como constituye el valor" (absoluto) "de la mercancía" (CP., 57).

Y con ello hemos cerrado el círculo y obtenido la otra cara já nica de la moneda "mercancía": el valor ~~de la~~ absoluto que se conjuga con el valor de uso. Repasemos los resultados hallados hasta el momento. El valor de uso era la forma natural de valor de las mercancías, forma caracterizada por su adecuación antropomórfica, corporeidad física, diversidad cualitativa y heterogeneidad. Semerjantes valores de uso eran los productos de los trabajos útiles, forma concreta del trabajo: igualmente heterogénea, cualitativamente diversificada y físicamente corpórea como los valores de uso que eran su resultado. Pero el conjunto de estos diferentes y heterogéneos trabajos útiles y concretos, podía ser reducido a su común denominador de gasto de fuerza humana de trabajo indiferenciado: el trabajo simple o forma abstracta del trabajo, obtenida a partir de los trabajos útiles concretos si en ellos se hace abstracción del

carácter determinado tanto de sus sujetos individuales como de sus objetos productivos. Y llegábamos a la conclusión de que semejante trabajo general-abstracto constituía la sustancia del valor absoluto de la mercancía o forma social de valor: valor absoluto que entra en combinación con el valor de uso (forma natural de valor) para constituir dualmente esa entidad bifacética llamada mercancía.

(I, 6).: La forma social de valor.-

"En su cualidad de valores" (absolutos) (...), las mercancías "son cosas de igual sustancia, expresiones objetivas del mismo tipo de trabajo" (CP, 53). Los trabajos útiles "son sustancia del valor" (absoluto) (...) "sólo en tanto se hace abstracción de su cualidad específica, en tanto (...) poseen la misma cualidad, la de trabajo humano" (abstracto) (CP, 55).

"En contradicción directa con la objetividad sensorialmente grosera del cuerpo de las mercancías" (valores de uso), "ni un sólo átomo de sustancia natural forma parte de su objetividad en cuanto valores" (CP, 58). "Las mercancías sólo poseen objetividad como valores" (absolutos) "en la medida en que son expresiones de la misma unidad social, del trabajo humano" (abstracto); (...) "su objetividad en cuanto valores" (absolutos), "por tanto, es de naturaleza puramente social" (CP, 58).

"El trabajo" (abstracto) "objetivado en el valor" (absoluto) "de las mercancías no sólo se representa negativamente, como trabajo en el que se hace abstracción de todas las formas concretas y propiedades útiles de los trabajos reales: su propia naturaleza positiva se pone expresamente de relieve. El es la reducción de todos los tra

bajos reales" (útiles, concretos)) "al carácter" (social), "que les es común, de trabajo humano" (abstracto); "al de gasto de fuerza humana de trabajo" (CP, 82). "La forma general de valor, la cual presenta a los productos del trabajo como simple gelatina de trabajo humano indiferenciado, deja ver en su propia estructura que es la expresión social del mundo de las mercancías" (CP, 82)).

Las relaciones entre trabajo abstracto y valor absoluto quedan confusas, a juzgar por el texto. Sabemos que el trabajo abstracto es la sustancia del valor absoluto, pero no sabemos qué es el valor absoluto respecto al trabajo abstracto, a no ser su "objetivación" (CP 82: "el trabajo" abstracto "objetivado en el valor" absoluto "de las mercancías...")). Establezcamos, pues, un paralelo: así como los trabajos útiles o concretos son la sustancia de los valores de uso, de igual forma el trabajo abstracto es la sustancia del valor absoluto; y así como los valores de uso son la objetivación de los trabajos útiles o concretos, de igual forma el valor absoluto es la objetivación del trabajo abstracto. El valor de uso representa la utilidad de los trabajos concretos: su adecuación a las necesidades humanas. ¿Qué representa, paralelamente, el valor absoluto?: no ya la utilidad de los trabajos concretos sino ahora su "trabajidad" (o "productividad genérica?"): el hecho de que todos participan de la ineludible necesidad social de tener que trabajar, de ser trabajo.

Los trabajos concretos aparecen socialmente divididos debido a su heterogénea diversidad física. El trabajo abstracto aparece socialmente unificado debido a su homogénea identidad social. En tanto que productos de trabajos concretos, las mercancías aparecen como heterogéneas, irreducibles a ningún común denominador. Mientras que, en tanto que productos de trabajo abstracto, las mercancías aparecen

homogeneizadas y, por tanto, reductibles a un común denominador que permita su relativa comparación e intercambio recíproco: homogeneidad que no es física —nunca podría serlo— sino formal, es decir, social. Y ello permite la cuadratura del círculo mercantil según se contempla en la figura uno (página 137). Anotemos los puntos esenciales que caracterizan la abstracción del trabajo y el valor:

(I,6,a).: EL TRABAJO ABSTRACTO SUPONE LA HOMOGENEIZACIÓN SOCIAL DE LOS TRABAJOS CONCRETOS.—

(I,6,b).: EL TRABAJO ABSTRACTO ES LA SUSTANCIA DEL VALOR ABSOLUTO.—

(I,6,c).: EL VALOR ABSOLUTO ES LA OBJETIVACIÓN DEL TRABAJO ABSTRACTO.—

(I,6,d).: EL VALOR ABSOLUTO SUPONE LA HOMOGENEIZACIÓN SOCIAL DE LAS MERCANCÍAS, es decir, su reductibilidad a un común denominador unitario susceptible de medida.

(I, 7).: La magnitud de valor (absoluto).—

"La forma de valor (...) no sólo tiene que expresar valor en general, sino valor" (absoluto), "o magnitud de valor, cuantitativamente determinado" (CP, 65). "Las magnitudes de cosas diferentes no llegan a ser comparables cuantitativamente sino después de su reducción a la misma unidad. Sólo en cuanto expresiones de la misma unidad son magnitudes de la misma denominación, y, por tanto, conmensurables" (CP, 61). "EL trabajo" (abstracto) "que genera la sustancia de los valores" (absolutos), "es trabajo humano indiferenciado, gasto de la misma fuerza humana de trabajo" (CP, 48). "Los distintos tipos de trabajo" (útil, concreto) "son reducidos al trabajo simple" (abstracto); "como a su unidad de medida" (CP, 55).

"Un valor de uso o un bien (...) sólo tiene valor" (absoluto) "porque en él está objetivado o materializado trabajo" (abstracto) "abstractamente humano. ¿Cómo medir, entonces, la magnitud de su valor" (absoluto)? "Por la cantidad de "sustancia generadora de valor"" --por la cantidad de trabajo" (abstracto)-- "contenida en ese valor de uso" (CP., 47-8). "Si en lo que se refiere al valor de uso el trabajo" (útil, concreto) "contenido en la mercancía sólo cuenta cualitativamente, en lo que tiene que ver con la magnitud de valor" (absoluto) "cuenta sólo cuantitativamente, una vez que ese trabajo" (útil, concreto) "se halla reducido a la condición de trabajo" (simple, abstracto) "humano sin más cualidad que esa" (CP., 56). "Allí" (valor de uso), "se trataba del cómo y del qué del trabajo" (útil, concreto); "aquí" (magnitud del valor absoluto), "del cuánto" (del trabajo simple, abstracto), "de su duración" (CP., 56).

"La cantidad de trabajo misma" (magnitud de valor absoluto) "se mide por su duración, y el tiempo de trabajo" (simple, abstracto), "a su vez, reconoce su patrón de medida en determinadas fracciones temporales, tales como hora, día, etc" (CP., 48). "Es sólo la cantidad de trabajo socialmente necesario, pues, o el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso, lo que determina su magnitud de valor" (CP., 48). "Cómo la magnitud de valor de una mercancía sólo representa la cantidad del trabajo en ella contenida, las mercancías, en cierta proporción, serán siempre, necesariamente, valores iguales" (CP., 56).

Este concepto de magnitud de valor apenas si merece mayores comentarios. Dado que el trabajo abstracto actúa de "unidad de medida" del valor absoluto de las mercancías, de ello se infiere que cada

determinada mercancía presentará una determinada cantidad de esa undad de medida que es el trabajo abstracto; es decir, cada mercancía concreta presentará un determinado "valor" (la magnitud de valor) de esa "variable" específica (la cantidad de trabajo abstracto).

Dicho de otra forma; si considerásemos al trabajo abstracto como divisible y obtuviésemos sus más pequeñas unidades constitutivas (los "trabajemas", por ejemplo, o "trabajo-unidad abstracto"), ello implicaría que la magnitud de valor de cada mercancía concreta consistiría en una determinada suma de esas "unidades de trabajo abstracto" (una determinada suma de trabajemas, una determinada suma de "trabajos-unidad abstractos"); "suma" de "trabajos-unidad" o "relación" de toda la serie de distintas "unidades-trabajo" que intervienen en su constitución como valor absoluto (dicho en el sentido que se le dá al término "relación" cuando se usa para designar una enumeración exhaustiva de elementos constitutivos: la relación de los distintos miembros de un colectivo, por ejemplo, es decir, el "relato" de todos sus distintos individuos). Pero dejemos esto por el momento, pues sólo más adelante podremos comprobar su utilidad. ④

Sólo resta añadir la constatación de una cierta ambigüedad en el texto de Marx. No parece sino que la "cantidad de trabajo" se utilizase prácticamente para medir trabajos útiles y concretos, en lugar de hacerlo, como sería inferible teóricamente, para medir trabajos simples y abstractos en exclusiva (en la suposición de que estos fuesen medibles, enumerables, "relatables"). ⑤

Hasta ahora hemos considerado tan sólo la forma natural de valor (o valor de uso), con su heterogeneidad incommensurable, por un lado, y la forma social de valor (o valor absoluto, de magnitud variable), con su homogénea commensurabilidad, por otro. Y, sin embargo, a pesar de haber considerado estos dos tipos de valor cada uno por su lado, aislada y separadamente, sin embargo —repito—, ambos tipos coexisten solidariamente en las mercancías reales. ¿Cuáles son, pues, las relaciones que, en el seno de las mercancías, se establecen entre sus formas naturales y sus formas sociales de valor; cuáles las relaciones que vinculan sus valores de uso con sus valores absolutos? O, lo que no deja de ser lo mismo: dado que las mercancías se definen como objetos producidos para el intercambio, ¿cómo es posible que las mercancías, de hecho, se intercambien proporcionalmente?

En tanto que valores absolutos las mercancías son, unas con otras, comparables, commensurables; mientras que, en tanto que valores de uso, permanecen incomparables, incommensurables. Si tenemos en cuenta que las mercancías son ambas cosas a la vez, tanto valores absolutos como valores de uso, simultáneamente, ello implica que son al mismo tiempo comparables e incomparables, commensurables e incommensurables. Es decir, en tanto valores absolutos son proporcionalmente intercambiables pero en tanto valores de uso no lo son en manera alguna, absolutamente. ¿Cómo resuelve Marx semejante problema, que su desarrollo argumental le ha conducido a plantearse?

"Si decimos que las mercancías, en cuanto valores" (absolutos), "no son más que mera gelatina de trabajo" (abstracto) "humano, nuestro análisis las reduce a la abstracción del valor" (absoluto), pero

no les confiere forma alguna de valor que difiera de sus formas naturales" (CP., 62). Es decir, "sabemos" que, en tanto objetivación de una cierta cantidad de trabajo abstracto, las mercancías poseen una determinada magnitud de valor absoluto; pero ¿dónde quedará objetiva esa magnitud de valor absoluto, si la forma natural de la mercancía no consiste en nada más que en valor de uso?. El trabajo útil y concreto queda objetivado en la forma natural de la mercancía, en su valor de uso; siendo esto así, ¿en qué forma, distinta de su forma útil natural, quedará, pues, objetivado el valor abstracto?. Marx continúa: "Otra cosa ocurre en la relación de valor entre una mercancía y otra. Lo que pone de relieve su carácter de valor es su propia relación con otra mercancía" (CP., 62). "Sólo la expresión de equivalencia de mercancías heterogéneas saca a la luz el carácter específico del trabajo" (abstracto) "en cuanto formador del valor" (absoluto), "reduciendo de hecho a lo que les es común, a trabajo humano en general" (abstracto), "los trabajos heterogéneos" (útiles, concretos) "que se encierran en las mercancías heterogéneas" (CP., 62). "Sin embargo, no basta con enunciar el carácter específico" (abstracto, socialmente homogéneo) "del trabajo del cual se compone el valor" (absoluto) (...). "La fuerza de trabajo humana en estado líquido, o el trabajo humano" (abstracto), "crea valor" (absoluto), "pero no es valor" (absoluto). "Se convierte en valor" (absoluto). "al solidificarse, al pasar a la forma objetiva. Para expresar el valor" (absoluto de una mercancía) "como una gelatina de trabajo humano" (abstracto), "es menester expresarlo en cuanto "objetividad" que, como cosa, sea distinta del" (cuerpo de la mercancía) "mismo, y, a la vez, común a él y a otra mercancía. El problema ya está resuelto" (CP., 63).

En una primera lectura, este "leureka!" de Marx suele dejarnos perplejos: ¿a qué problema se estará refiriendo cuando dice que por fin ya está resuelto?. Pues al de encontrarle una forma objetiva al valor absoluto que sea distinta de su mera forma natural --que no puede objetivar otra cosa que valor de uso--. Y encuentra la solución mediante el expediente de referir la forma objetivada del valor absoluto de una mercancía en la forma natural de otra mercancía equivalente por la cual pueda ser proporcionalmente intercambiada..

Supongamos que, de hecho, la mercancía A se intercambia proporcionalmente con la mercancía B. La mercancía A es aquella cuyo valor absoluto queremos averiguar o identificar, mientras que la mercancía B no es más su equivalente, es decir, otra mercancía por la cual sabemos que la podemos intercambiar. "En la relación de valor, pues, en que la "(mercancía B) "constituye el equivalente de" (la mercancía A), "la forma de" (B) "hace las veces de forma de valor" (es decir, de forma objetiva del valor absoluto de A). "Por tanto, el valor" (absoluto) "de la mercancía" (A) "queda expresado en el cuerpo" (o forma natural) "de la mercancía" (B), "el valor" (absoluto) "de una mercancía en el valor de uso de la otra" (CP, 62).

"Por intermedio de la relación de valor, pues, la forma natural de la mercancía B deviene la forma de valor" (absoluto) "de la mercancía A, o el cuerpo de la mercancía B se convierte, para la mercancía A, en espejo de su valor" (absoluto). "Al referirse a la mercancía B como cuerpo del valor" (absoluto), "como concreción material del trabajo humano" (abstracto), "la mercancía A transforma el valor de uso B en el material de su propia expresión de valor" (absoluto). "El valor" (absoluto) "de la mercancía A, expresado así en el valor de uso de la mercancía B, adopta la forma de valor relativo" (CP, 65).

"La forma (...) de valor de una mercancía está contenida en su relación de valor con otra mercancía de diferente clase, o en la relación de intercambio con la misma. El valor" (absoluto) "de la mercancía A se expresa cualitativamente en que la mercancía B es directamente intercambiable por la mercancía A. Cuantitativamente, se expresa en el hecho de que una determinada cantidad de la mercancía B es intercambiable por la cantidad dada de la mercancía A. En otras palabras: el valor de una mercancía se expresa de una manera autónoma mediante su presentación como "valor de cambio" (CP, 74). ⑥

Recuérdse lo que anotamos en I,1 acerca de la "falsedad" del dualismo valor de uso y valor de cambio. Ahora sabemos ya que el valor de cambio de la mercancía A consiste en la forma objetiva mediante la cual el valor de uso de la mercancía B expresa la magnitud de valor absoluto de la mercancía A. Repitamos la cita inicial: "La mercancía es valor de uso (...) y valor" (absoluto). Se presenta como ese ente dual que es cuando su valor" (absoluto) "posee una forma de manifestación propia --la de valor de cambio--, distinta de su forma natural, pero considerada aisladamente nunca posee aquella forma: únicamente lo hace en la relación de valor o de intercambio con una mercancía de diferente clase" (CP, 74). "Los valores de cambio vigentes de la misma mercancía expresan un algo que es igual (...). El valor de cambio únicamente puede ser el modo de expresión, o "forma de manifestarse", de un contenido diferenciable de él" (contenido consistente en la magnitud de valor absoluto) (CP, 45, sólo a partir de la tercera edición original). El "valor de cambio" (...) es el "modo de expresión o forma de manifestación necesaria del valor" (absoluto) (CP, 47).

Por lo demás, no merece la pena adentrarse en la compleja fenomenología del espíritu por la cual Marx avanza progresivamente desde la forma simple o singular de valor (donde la mercancía A, como forma relativa de valor, se intercambia aislada y sigilosamente con la mercancía B como forma de equivalente), hasta la forma de dinero, transitando a través de las formas total o desplegada y general, de valor. Basta apuntar que el auténtico valor de cambio de A no reside en el valor de uso de un contingente B, sino en la generalización a través de todos los B posibles. Así, para cualquier mercancía, si actúa de A, todas las demás son B; y, reciprocamente, toda mercancía es B respecto a todas las demás consideradas como A. Si por contingencias o arbitrariedades historicosociales surge una mercancía específica —el dinero—, encargada de desempeñar el monopolio de la expresión generalizada del valor con respecto a todas las demás,^① pues tanto mejor todavía —aunque no existe nada, en este esquema conceptual, que lo haga imprescindible—.

Sí podemos apuntar las tres antítesis que Marx señala como presentes en todas las formas de expresión de valor —sea la singular, la desplegada, la general o la de dinero—. "La primera peculiaridad que salta a la vista cuando se analiza la forma de equivalente" (es decir, cualquier mercancía que haga de B, expresando la forma objetiva de la magnitud de valor absoluto del A de que se trate), "es que el valor de uso se convierte en la forma en que se manifiesta su contrario, el valor" (absoluto). "La forma natural de la mercancía" (B) "se convierte en forma de valor" (absoluto de A) (...). "Ese quid pro quo sólo ocurre en el marco de la relación de valor que la enfrenta con otra mercancía (...); únicamente dentro de los límites

de esa relación". "Como ninguna mercancía puede referirse a sí misma como equivalente, y, por tanto, tampoco puede convertir a su propia corteza natural en expresión de su propio valor" (absoluto), "tiene que referirse a otra mercancía como equivalente, o sea, hacer de la corteza natural" (valor de uso) "de otra mercancía su propia forma de valor" (absoluto) (CP, 69-70). "El cuerpo de la mercancía que presta servicios de equivalente" (el valor de uso de la mercancía que hace de B) "cuenta siempre como encarnación de trabajo abstractamente humano" (puesto que debe expresar la magnitud de valor absoluto de A) "y en todos los casos es el producto de un trabajo determinado útil, concreto" (puesto que B hace de valor de uso). "Este trabajo concreto, pues, pues, se convierte en expresión de trabajo abstractamente humano" (CP, 71). "Es, pues, una segunda peculiaridad de la forma de equivalente, el hecho de que el trabajo concreto se convierta en la forma en que se manifiesta su contrario, el trabajo abstractamente humano" (CP, 72). "Pero en tanto ese trabajo concreto (...) oficia de simple expresión de trabajo humano indiferenciado" (en tanto el trabajo concreto que hay en B expresa el trabajo abstracto que hay en A), "posee la forma de igualdad con respecto a otro trabajo (...), y es, por tanto, aunque trabajo privado —como todos aquellos que producen mercancías—, trabajo en forma directamente social. Precisamente por eso se representa en un producto directamente intercambiable por otra mercancía" (el dinero). "Por ende, una tercera peculiaridad de la forma de equivalente, es que el trabajo privado adopta la forma de su contrario, del trabajo bajo la forma directamente social" (CP, 72).

(I, 9).: Conveniencia del modelo.--

Sería perfectamente legítimo sostener la inconveniencia del modelo conceptual que acabo de exponer. En efecto, no sólo han sido ignorados aspectos decisivos --como puedan ser todos los referentes a la diacronía, es decir, a las variaciones que aparecen en la fuerza productiva del trabajo (CP, 49-50, 56 y 66-7)--, sino que, más fundamentalmente, ha sido modificada en orden y sustancia la línea expositiva de Marx, quedando afectado por tanto el desarrollo lógico de sus argumentos.

Sin embargo, se puede sostener, por el contrario, que, aunque lo anterior fuese cierto, ello en nada invalida la relevancia del modelo utilizado, dados los fines del presente trabajo.

Sin perjuicio de que los problemas diacrónicos sean abordados en otro lugar, no cabe duda que todo modelo conceptual es forzosamente sincrónico --por mucho que en él intervenga la variable tiempo--: para poder definir el cambio de algo es preciso haber podido definir con anterioridad la consistencia de ese algo, so pena de vaciar al cambio de contenido.

En cuanto al desarrollo lógico de los argumentos, se ha seguido la línea considerada tradicionalmente como "ortodoxa": concreto-abstracto-concreto (en nuestro caso: del valor de uso al trabajo concreto, del trabajo concreto al trabajo abstracto, del trabajo abstracto al valor absoluto y del valor absoluto de nuevo al valor de uso).

"Nuestro análisis ha demostrado que la forma de valor o la expresión del valor de la mercancía" (valor de cambio) "surge de la naturaleza del valor mercantil" (absoluto), "y que, por el contrario, el valor" (absoluto) "y la magnitud de valor" (absoluto) "no derivan

de su forma de expresión en cuanto valor de cambio" (CP, 74). "No es el intercambio el que regula la magnitud de valor" (absoluto) "de la mercancía, sino, a la inversa, la magnitud de valor" (absoluto) "de la mercancía la que rige sus relaciones de intercambio" (CP, 78).

Así pues, en lugar de comenzar por el valor de cambio —como ha ce el propio Marx en el primer capítulo de "El capital", sin duda de bido a que el valor de cambio era el único concepto admitido como mo neda corriente en su tiempo—, era preciso dejarlo taxativamente pa- ra lo último. Marx tenía que explicar qué es lo que, según su opinión, era, en el fondo, el valor de cambio; pero, después de Marx, tenemos que explicar qué es lo que, según nuestra opinión, sea, en el fondo, el valor absoluto.

En suma —y para terminar esta sección—, los conceptos fundam tes sólo son cuatro; dos concretos (trabajo útil y valor de uso) y dos abstractos (trabajo simple y valor absoluto); los otros dos que aparecen (magnitud de valor y valbr de cambio), sólo lo hacen como derivados (la magnitud de valor es la relación existente entre tra- bajo abstracto y valor absoluto; el valor de cambio, la existente en tre valor de uso y valbr absoluto). Eso es todo.

(II).: ANTINOMIAS DE TAL POSTURA.—

El marxismo está en crisis, lo que implica la necesidad de su- misión a la crítica. ¿Por dónde empezar?: por el propio Marx, sin ninguna clase de dudas —el resto del marxismo es mero glosario obtu sísimo.

Como Nietzsche enseñó, cuanto más grande sea el genio de un pensador, con tanta mayor "falta de miramientos" hay que (mal)tratarlo. Las intuiciones de Marx son deslumbrantes, indelebles: es, pues, preciso, oscurecerlas, borrarlas --como si ello fuese posible.

La crítica debe desgarrar y disecar en profundidad la totalidad de la obra de Marx, desde sus especificaciones temáticas hasta lo más genérico: teleologismo escatológico, utopismo desmedido, revolucionarismo milenarista,⁽⁹⁾ fideísmo histórico, hegelianismo feuerbachiano..., en suma, providencialismo mosaico --la Ley es lo que es, natural o social, y lo será porque lo ha sido.

Por lo que se refiere a temas específicos, la relación de inculcaciones continúa creciendo: determinismo economicista, ausencia de una teoría del Estado, metafísica de la explotación y plusvalía, teodicea de la propiedad privada.⁽¹⁰⁾ Unas líneas se entrecruzan con otras y cada hilo remite al conjunto de la trama. Sin embargo, existen temas selectivos, privilegiados, sobre cuya razón descansa la tensión de la bóveda. Aquí nos detendremos en los problemas planteados por el "trabajo abstracto" y el "valor de uso"

(II, 1): Colletti. La abstracción del trabajo.

Es mérito principal de Lucio Colletti el haber puesto de manifiesto el papel estratégico que el concepto de valor-trabajo (trabajo abstracto, valor absoluto) juega en la arquitectura teórica de Marx, de principio a final. En polémica con las interpretaciones antimarxistas, socialdemócratas y ortodoxas (desde Engels hasta Dobb), Colletti demuestra que el concepto de trabajo abstracto, lejos de ser un recurso lógico (la famosa "generalización mental"), de método o expositivo,

representa, por el contrario, una decidida positividad sustancial: el trabajo abstracto es la realidad social --y todo el resto de conceptos relacionados (valor de cambio, plusvalía, explotación, etc) no son más que recursos lógicos, generalizaciones mentales derivadas o ilustrativas de esa única hipótesis fundamental.

"Mientras la economía política clásica, considerando la existencia de la mercancía como un hecho "natural" y por tanto no problemático, se ha limitado a investigar las proporciones en que las mercancías se intercambian, concentrando su examen en el valor de cambio y no en el valor" (absoluto) "propriadamente dicho (...), para Marx, por el contrario, el problema esencial --antes que el de las razones de cambio de las mercancías-- ha sido explicar por qué el producto del trabajo toma la forma de mercancías, por qué el "trabajo humano" se nos presenta como "valor" de "cosas"; de ahí ~~se~~ ~~problema~~ la importancia decisiva que tiene para él el análisis del "fetichismo", o la "alienación" o "reificación" (Verdinglichung), esto es, de este proceso por el cual mientras el trabajo subjetivo humano o social se presenta en la forma de una cualidad ~~es~~ intrínseca a la cosas mismas, estas últimas, a su vez, --resultando dotadas de cualidades subjetivas o sociales propias-- aparecen, por decirlo así, "personificadas" y "animadas", como si fueran sujetos autónomos". ①

Tras explicar todas las --erróneas-- interpretaciones que ha habido del concepto de trabajo abstracto según las cuales éste no era otra cosa que una generalización mental, continúa Colletti: "El punto decisivo que, a nuestro modo de ver, queda sin comprender en todas estas interpretaciones, es, como se ha dicho ya, el concepto de "trabajo abstracto", esto es: cómo se produce esta abstracción del trabajo

jo y qué significa exactamente" (ibid. 122). El trabajo abstracto sólo se da en el modo de producción capitalista. En los precapitalistas, "en una familia patriarcal campesina, por ejemplo, hay una distribución de los trabajos que los miembros de la misma deben realizar, pero sin que los productos de estos trabajos se conviertan en mercancías (...). En las condiciones de la producción de mercancías, en cambio, los trabajos individuales (...) no son inmediatamente articulaciones del trabajo social, sino que sólo consiguen hacer valer esta naturaleza suya de partes o cuotas del trabajo complejo mediatamente, o sea, a través del cambio o del mercado" (ibid. 123). Es decir, en el precapitalismo, trabajadores distintos y desiguales intercambian directa e inmediatamente sus respectivos productos distintos y desiguales; mientras que, en el capitalismo, por el contrario, trabajadores iguales (asalariados: alienados, abstractos) intercambian indirecta y mediatamente productos iguales (mercancías: valores abstractos, absolutos). Así, los trabajadores ya no pueden relacionarse entre sí más que a través (por medio) de una abstracción (el trabajo simple, el valor absoluto de las mercancías) que les mediatiza. En el precapitalismo los trabajadores estaban directa e inmediatamente vinculados con la tierra, con sus productos y unos con otros entre sí; en el capitalismo, por el contrario, los trabajadores aparecen desvinculados de la tierra, de sus productos (que ahora son mercancías autónomas) y unos de otros entre sí: desvinculados puesto que sólo pueden (seudo)vincularse por intermedio del trabajo abstracto incorporado en las mercancías; y desvinculados en tanto que asalariados, es decir, "libres".

¿Y cuál es la importancia decisiva que adquiere el hecho de que

con el advenimiento del capitalismo se produzca trabajo abstracto?.

"Mientras de hecho las capacidades laborales o fuerzas de trabajo son distintas las unas de las otras, son desiguales entre sí, lo mismo que los individuos a quienes pertenecen, que "no serían individuos distintos si no fueran desiguales" (Marx, Crítica del Programa de Gotha); en cambio, en la realidad del mundo de las mercancías, las fuerzas de trabajo son igualadas las unas con las otras precisamente en cuanto que se toman abstracta o separadamente de los individuos empírico-reales a quienes de hecho pertenecen, o sea, precisamente en cuanto son tratadas como una "fuerza" o una entidad "en sí", prescindiendo de los individuos mismos de quienes son. Lo cual, en conclusión, se reduce a decir que el "trabajo abstracto" es el trabajo alienado, o sea, separado o extrañado (enajenado) "respecto al hombre mismo" (ibid. 125).

"El trabajo es considerado como un proceso en sí, independientemente del hombre que lo realiza, porque lo que interesa no es el hombre determinado que realiza el trabajo, o el trabajo determinado que realiza, sino la fuerza-trabajo que se distribuye así, prescindiendo "de qué individuo particular" es la fuerza o para qué trabajo concreto se gasta; o, en suma, porque lo que interesa es la energía humana como tal, la fuerza-trabajo tal como es, fuera o independientemente del hombre que la ha gastado; como si el sujeto real no fuera el hombre sino la fuerza de trabajo misma y al hombre no le quedara en adelante más que hacer de vehículo o de medio para la manifestación de aquella. En otras palabras: la fuerza de trabajo --que es una propiedad, una determinación o un atributo del hombre-- se transforma en un sujeto independiente o en sí, representándose como "valor" de "cosas"; mientras los individuos humanos, que son los auténticos sujetos

reales, se convierten en determinaciones de esta determinación suya, o sea, en articulaciones o apéndices de su fuerza de trabajo común, cosificada así" (ibid. 125-7).

"Este abstraerse del trabajo del sujeto trabajador concreto, es te hacerse independiente, culmina en la figura del trabajador asalariado moderno. La inversión, la vuelta del revés por la cual el trabajo ya no aparece como una manifestación del hombre, sino el hombre como una manifestación del trabajo, cobra aquí una existencia palpable e inmediata. El asalariado es el propietario de su capacidad de trabajo, de su fuerza de trabajo, esto es, de sus energías físicas e intelectuales. Estas energías, que de hecho forman un todo con la persona viviente, han sido aquí abstraídas (o separadas) del hombre hasta tal punto que se presentan como mercancías, como un "valor" que tiene por "cuerpo" (o "valor de uso") al hombre. El asalariado es simplemente el vehículo, el portador de la mercancía fuerza de trabajo. El sujeto es, por tanto, esta mercancía (...); el hombre es el predicado (...). Este "extrañarse", este hacerse independiente del trabajo del hombre" (alienación, enajenación) (...) "expresa, según Marx, "la esencia de la producción capitalista o, si se quiere, del trabajo asalariado, del trabajo extrañado a sí mismo, al que la riqueza por él creada se le contrapone como riqueza ajena, la fuerza productiva propia como fuerza productiva de su producto, su enriquecimiento como empobrecimiento de sí mismo, y su fuerza social como fuerza ~~manada~~ de la sociedad sobre sí mismo" (Theorien über den Mehrwert)" (ibid. 126-7, nota).

"Séanos permitido echar mano de una analogía. De la misma manera que Hegel ha separado el pensamiento del hombre mismo convirtiénd-

dolo en un "sujeto independiente" con el nombre de Idea, de modo que para él quien piensa no es ya el individuo humano ~~quien piensa~~, sino que es la Idea o el Logos quien, a través del hombre, se piensa a sí misma (...), de esa misma manera el mundo de las mercancías ha procedido con el hombre real" (ibid. 127-8).

"En conclusión: el "trabajo abstracto" no es solamente lo que es "común" a toda actividad productiva humana; no es solamente una generalización mental: es también una actividad real, aunque de género opuesto a todos los trabajos útiles o concretos. Y se trata precisamente de una actividad que, a diferencia de las demás, no representa una apropiación del mundo natural objetivo, sino, por el contrario, una expropiación de la subjetividad humana, es decir, una separación de la "capacidad" o "fuerza" de trabajo, entendida como el conjunto de las actividades físicas e intelectuales humanas, del hombre mismo. Esto quiere decir que en una sociedad en la que las actividades individuales tienen carácter privado y en la que por tanto los intereses del particular están divididos y contrapuestos (...), el momento de la unidad social solamente puede valer en la forma de una igualación abstracta que prescinda de los individuos, y, por esto, en nuestro caso, únicamente en la forma de una cosificación de la fuerza de trabajo, la cual se califica de igual o de social no porque sea realmente de todos y por tanto mediadora entre los individuos, sino sólo porque es de ninguno, o sea, porque es obtenida prescindiendo de las desigualdades reales de esos individuos" (ibid. 128-9).

"Esta interpretación nuestra de la teoría del valor, que asimila el "valor" a los procesos de hipostatización de Hegel, reconduce también la igualación, de la que surge el "trabajo abstracto", a la

igualdad solamente política que se realiza en el Estado representativo moderno" (ibid. 130).

Como se ve, ha sido necesario citar in extenso para poner de manifiesto el alcance que concede Colletti a las relaciones entre trabajo abstracto y trabajos concretos: para él, la categoría trabajo abstracto consiste ni más ni menos que en la alienación (enajenación, extrañamiento) de los trabajos concretos. Esto es decisivo.

No es éste lugar para reseñar la filología de la alienación, — desde Hegel a Marx pasando por Feuerbach. ⁽⁴²⁾ Pero sí hace falta referirse a la confusión que se establece entre las dos (distintas) teorías de la alienación que Marx presenta. En los "Manuscritos (economía y filosofía) de 1844" aparece un concepto de alienación claramente psicologista, prometeico, donde el problema se plantea entre cada "Ego" y su "Exterioridad": don o cesión que el ego exterioriza sin posible reciprocidad cuya pérdida hace al ego acreedor y a su exterioridad — (la hace) deudora.

Sin embargo, en la "Judenfrage", en la "Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel" y en sus obras de madurez, aparece otro concepto de alienación que, por el contrario, resulta indudablemente sociologista. Ahora ya no es cuestión de relaciones entre el ego y su exterioridad sino del grado de transparencia que ofrecen las relaciones sociales. Dada una comunidad de actores recíprocos, aparece alienación cuando el carácter concreto, directo e inmediato de los nexos que (legítima e irreductiblemente) vinculan a los interactores se ve (ilegítima y reductoramente) sustituido por su común dependencia de objetos abstractos, indirectos y mediadores. Es preciso señalar, no obstante, que la calificación patológica característica de la ante-

rior alienación psicologista continúa aquí presente.

Semejante cuadro clínico —sustitución de vinculaciones concretas, directas e inmediatas entre los actores por la común dependencia de objetos abstractos, indirectos y mediatizadores—, recibirá desde aquí el nombre de "síndrome formal de alienación", y puede ser gráficamente representado tal y como aparece en la figura dos (págn. 137). El rectángulo inferior simboliza la comunidad de actores recíprocos, es decir, el conjunto de sus relaciones sociales, definido como una diversidad de particulares concretos heterogéneos entre sí. El círculo superior representa la forma abstracta de los objetos cuya razón de ser es la común dependencia que respecto a ellos mantienen los actores separadamente; se define como una unidad universal y abstracta de elementos homogéneos entre sí, y su naturaleza epistemológica es la de una hipóstasis. La vía ascendente —vector dirigido desde el rectángulo inferior al círculo superior— representa el proceso de objetivación del universal abstracto por parte de los particulares concretos: la forma de expresión del común denominador hipostáticamente predicado, es decir, la producción de los objetos de quienes dependen en común los actores implicados; supone, pues, un proceso de abstracción, generalización y unificación de atributos. La vía descendente —vector dirigido desde el círculo superior al rectángulo inferior—, por último, representa el proceso de subjetivación (objetificación, reificación, fetichismo) del universal abstracto por parte de los particulares concretos: la forma de aprehensión del común denominador hipostáticamente predicado, es decir, el consumo de los objetos de quienes dependen en común los actores implicados; supone, pues, un proceso de concreción, particularización y diversificación de atributos. (13)

La alienación reside en el hecho de que los actores no pueden entrar en contacto entre sí más que a través de las vías ascendente y descendente, por medio de la hipóstasis universal-abstracta. Las vinculaciones directas, concretas e inmediatas (que deberían establecerse) entre unos actores y otros (según su propia naturaleza), se ven sustituidas por un estado en el que cada actor es susceptible de vinculación con el universal abstracto tan sólo --y ello a través de ambas vías simultáneamente--; dado que todos los actores quedan así vinculados con el universal-abstracto ascendente y descendente-mente, ello implica que una cierta forma (alienada) de vinculación entre unos y otros actores sí se mantiene: por "Persona" interpuesta, podríamos decir. En lugar de nexos interpersonales en el interior del rectángulo de particulares concretos (lo cual supondría una situación no patológica), lo que aparece es la necesidad de salir fuera del rectángulo hacia su exterioridad objetivada en el círculo hipostático --de subir hasta él y bajar de él--, para lograr así establecer lazos indirectos, abstractos y mediatizadores con los otros actores (lo que supone una situación patológica y por tanto conflictiva, tensa e inestable).

Siendo esto así y habida cuenta de lo transcrito de Colletti, es posible caracterizar el trabajo abstracto como uno de los casos en que se manifiesta el síndrome formal de alienación. Ello conduce a modificar la figura uno y retraducirla en la figura tres, que no consiste más que en la aplicación de la figura dos al caso de la abstracción del trabajo (figura tres, págn^a ~~137~~ 138).

Si el trabajo no estuviese alienado (lo que sucede en los modos precapitalistas), no existiría el círculo del valor absoluto,

y los trabajos útiles se vincularían directa, concreta e inmediatamente los unos con los otros (mediante el intercambio de sus respectivos valores de uso) en el interior del rectángulo de los particulares concretos. Pero, estando el trabajo alienado (como sucede en el modo capitalista), los trabajos útiles no pueden vincularse directa, concreta e inmediatamente entre sí, mediante el intercambio de sus respectivos valores de uso en el interior del rectángulo; por el contrario, deben hacerlo en el exterior del rectángulo de los trabajos útiles, a través y por medio del valor absoluto; con lo cual los trabajos útiles no quedan vinculados unos con otros más que de forma indirecta, abstracta y mediatizada.

Finalmente, antes de comenzar la crítica de semejante concepción del trabajo abstracto como trabajo alienado, quizá convenga resumir las notas características que presenta su concepto --a modo de resumen de lo antedicho.

(II,1,a).: ALIENACION SUPONE "IGUALACION".- La alienación del trabajo supone su igualación social. La igualación no puede ser igualación de los trabajos concretos, útiles, puesto que éstos son entre sí inigualables, heterogéneos --dado que sus fines, los valores de uso, así lo son. Por ello la igualación tiene que ser social: quedan igualados los trabajadores ("libres": asalariados), no los trabajos.

(II,1,b).: ALIENACION SUPONE "ABSTRACCION".- La alienación del trabajo supone su abstracción. Abstracción negativa, por una parte: se hace abstracción o se prescinde de todo aquello que diferencia a unos valores de uso de otros, unos trabajos útiles de otros, unos trabajadores personales de otros. Y abstracción positiva por otra: se abstrae (se elige, se escoge, se selecciona, destacándolo del res

to de cualidades o atributos) aquello que es común a todos los trabajos: el puro gasto de trabajo indiferenciado. ⁽¹⁴⁾

(II,1,c).: ALIENACION SUPONE "SEPARACION".-- La alienación del trabajo supone su separación o escisión. El trabajo abstracto (alienado) queda escindido o separado de los trabajos útiles o concretos. Por tanto, el valor absoluto de los objetos producidos queda escindido o separado de sus valores de uso. En definitiva, lo abstracto queda escindido o separado de lo concreto a partir de lo cual fué objetivado.

(II,1,d).: ALIENACION SUPONE "INVERSION".-- La alienación del trabajo supone su inversión. Inversión de fines y medios (lo que eran fines --valores de uso--, pasan a ser medios --soporte concreto a partir del cual se objetiva la abstracción--; y lo que eran medios --el trabajo concreto--, pasan a ser fines --transformándose en trabajo abstracto). Inversión de sujetos por objetos (lo que cuenta es el trabajo abstracto objetivado en las mercancías, no su utilidad para los sujetos productores-consumidores). Inversión de sustancias por accidentes (lo abstraído, que era una cualidad, un predicado, un atributo, pasa a ser considerado como la realidad sustancial; y a la inversa: aquella realidad sustancial ~~ma~~ a partir de la cual se objetivó la abstracción, pasa a ser cualidad, predicado o atributo de lo abstractamente objetivado).

(II, 2).: Las antinomias del trabajo alienado.--

¿Cómo explica Marx la ilegitimidad, el reduccionismo, el carácter patológico, en suma, del trabajo abstracto alienado?. La respuesta a esta pregunta --o la ausencia de respuesta-- constituye el nú-

cleo del problema que aquí se está planteando.

Enmarquemos la cuestión en el contexto representado por la figura tres, leída del siguiente modo: las relaciones entre la hipótesis abstracta (círculo superior, valor absoluto) y la infraestructura o base concreta (rectángulo inferior, trabajos útiles) son doble y simétricamente contradictorias (en sentido "dialéctico", es decir, hegeliano).

Esas relaciones, en efecto, son dobles y simétricas. Primera — relación: los trabajos concretos se transforman en valor absoluto mediante la abstracción del trabajo útil en gasto de fuerza de trabajo. Transformación de cualidad (trabajos útiles) en cantidad (valor absoluto, cantidad de trabajo abstracto).

Segunda relación: el valor absoluto vuelve a transformarse en trabajos concretos mediante el consumo de los valores de uso. Transformación de cantidad (valor absoluto, cantidad de trabajo abstracto) en cualidad (valores de uso necesarios para la reproducción de los trabajos concretos).

En definitiva, la vía ascendente supone la codificación de lo real-concreto en formal-abstracto, mientras que la descendente implica la operación inversa: decodificación de lo formal-abstracto en real-concreto.⁽¹⁵⁾ Se establece, pues, un circuito de continua transformación de lo concreto en lo abstracto y, simultáneamente, de lo abstracto en lo concreto; un circuito que sería un círculo vicioso si no fuera por la famosa "explotación": la transformación de lo concreto en abstracto es siempre mayor que la de lo abstracto en concreto (es decir, la vía ascendente o proceso de valorización del capital es siempre mayor que la vía descendente o proceso de reproducción de la fuerza de trabajo).

Pero vayamos con el problema de fondo: la "ilegitimidad" de tp do el proceso.

Si nos fijamos en la vía descendente, advertiremos que consiste en la "forma de valor o valor de cambio", es decir, en la "transformación del valor absoluto en valor de ~~manera~~ uso". Y recordemos ahora que, según las citas transcritas en las páginas 23 y 24 (supra), las antítesis que presentaba el valor de cambio eran tres: primero, conversión del valor de uso en forma de manifestación de su contrario, el valor absoluto; segundo, conversión del trabajo concreto en la forma de manifestación de su contrario, el trabajo abstracto; y, tercero, conversión del trabajo social en forma de manifestación de su contrario, el trabajo privado.

Ahora bien: ¿qué crédito puede merecer una argumentación que fundamenta sus juicios en figuras retóricas derivadas de la antítesis? En efecto, puede decirse que el amanecer es la transformación de la noche en su contrario, que es el día, y el atardecer la transformación del día en su contrario, que es la noche; pero día y noche sólo son contrarios para la estructura semántica de ciertos idiomas como el nuestro; pero para la astronomía, por ejemplo, el día y la noche no son entidades contrarias ni contradictorias: sólo son nombres aplicables al resultado de periodizar muy groseramente la rotación sobre su eje de nuestro planeta.

A este propósito, conviene recordar --y suscribir totalmente-- un escrito breve de Colletti ("Marxismo e Dialettica", Laterza, Bari, 1974), donde rechaza de plano la capacidad analítica o explicativa del concepto de "contradicción dialéctica". Parece próxima la unanimidad acerca de la negativa a aceptar la dialéctica hegeliana como

método válido de exposición demostrativa;⁽¹⁶⁾ todo lo más puede servir a modo de guía heurística en el contexto de descubrimiento (como truco intuitivo, como receta de cocina para provocar la aparición de hipótesis nuevas), pero nunca para investigar, comprobar ni argumentar --al menos en la medida en que exista voluntad teórica: otra cosa es que se quiera hacer literatura: poemas metafísicos en prosa chapucera.

Volvamos al centro de nuestro problema. ¿Qué quedaría del primer capítulo de "El capital" si lo limpiásemos cuidadosa y meticulosamente de todo rastro de retórica hegeliana?. A modo de ejemplo, puede comprobarse que todo el análisis dedicado a la forma simple o singular de valor (donde el valor de cambio expresa la transformación contradictoria de valor de uso en valor absoluto y viceversa) se derrumba estrepitosamente llegado el caso: los dos miembros de una ecuación deben ser forzosamente iguales so pena de inventar una nueva aritmética que no pueda entender nadie.

En definitiva, parece conveniente defender la necesidad de "retraducir" los términos argumentales empleados por Marx si es que se quiere comprobar --aceptar o rechazar-- la validez de su hipótesis acerca del carácter patológico del trabajo alienado. Y ello debido a que, en su exposición actual, parece imposible emitir juicio alguno minimamente consistente.

La postura que acaba de defenderse, contraria a la validez argumental de las "contradicciones dialécticas", es igualmente aplicable al caso del síndrome formal de alienación, como ha terminado por ver el último Colletti.⁽¹⁷⁾ Si "la conversión de un elemento en la forma de manifestación de su contrario" es nada más que mala poesía, ¿qué

decir de "la inversión de medios por fines, de sujetos por objetos, de sustancias por accidentes"?

Para la ciencia escolástica medieval, que creía a piés juntillas que el Sol era un atributo de la Tierra, la comprobación del hecho de girar la Tierra alrededor del Sol y no a la inversa le hubiera tenido que parecer a la fuerza un caso flagrante de alienación, de inversión de sujeto por predicado: ¿cómo era posible que no sólo las ideas de los astrónomos heréticos, sino incluso la propia realidad planetaria, presentase la transformación del atributo o predicado —el Sol— en sujeto, y la transformación del sujeto —la Tierra— en atributo o predicado?

Para el feuerbachiano Marx, está "en la naturaleza de las cosas" que los Objetos —las cosas, los productos— "giren en torno" a los Sujetos —los hombres, los productores—, pero nunca a la inversa. Por tanto, cuando no sólo en la depravada mente de los economistas políticos, sino incluso en la propia realidad mercantil, se comprueba que los sujetos han pasado a su vez a girar en torno a los objetos, ello es prueba inequívoca de que no sólo los teóricos de la economía están equivocados —puesto que creen que la realidad es antinatural—, ¡sino que la propia realidad económica está equivocada! —puesto que la realidad se ha hecho antinatural, sin duda como expiación redentora adeudada por el destino.

¿Cómo puede estar equivocada la realidad, cómo puede darse en la naturaleza lo innatural? De nuevo los trucos retóricos propios del hegelianismo —en su (in)versión feuerbachiana, en este caso.

Semejantes inversiones erróneas sólo pueden darse en el discurso textual —lo que supone una vulneración de las reglas lingüísti-

cas—o en el curso de los pensamientos —lo que supone una vulneración de las reglas lógicas. Pero supone una contradicción en los términos afirmar que los hechos reales son producto de una inversión de la realidad: los hechos no pueden ser a la vez lo propio y lo inverso. Si lo que creíamos sujeto se comporta como predicado, y lo que creíamos predicado se comporta como sujeto, los que están equivocados e invierten la realidad no son ellos —eso que definimos como sujeto o predicado— sino nosotros: si se comportan como predicados eso sólo quiere decir que son definibles como predicados y si se comportan como sujetos eso sólo quiere decir que son definibles como sujetos.

Si arrojo un objeto desde lo alto y en lugar de caer, asciende, ello no indica que la realidad esté invertida sino que su peso ha sido superado en magnitud por otra fuerza de distinto sentido. Si un hijo asesina a su padre con un revólver ello no indica que la realidad esté invertida (porque un hijo no puede naturalmente matar a su padre) sino sencillamente que ese padre no ha sabido o podido impedir que su hijo le asesinase. Que la división del trabajo deje de estar regulada por el intercambio inmediato de los productos y pase a estarlo por medio de un cálculo unitario, ello no indica que la realidad esté invertida sino sencillamente que los sujetos de semejante división del trabajo no han sabido o no han podido impedir que la regulación de su trabajo pasase a ser regulada no por su intercambio directo sino por su cálculo abstracto unitario.

Una cosa es querer explicar cómo se han producido esos cambios y otra muy distinta afirmar que tales cambios son ilegítimos porque desmienten la realidad. Marx, en el fondo, no razona sino que

hace literatura moral y denuncia profética a base de acumular retóricamente una mal hilvanada sarta de metáforas antitéticas.

Afirmar esto no supone ninguna originalidad pero justifica al que lo escribe en su deseo de traducir la postura de Marx a una distinta axiomática más racional. Queda, pues, sin resolver el problema que se planteaba a cuenta del supuesto carácter patológico del síndrome formal de alienación aplicado al caso del trabajo abstracto. Esa serie de hechos descrita por Marx en la forma que antecede, ¿es socialmente patológica?: para responder será preciso modificar previamente su descripción, puesto que la de Marx no nos sirve absolutamente, dada su completa contradictoriedad, lógica y verbal —que no dialéctica!.

Sin embargo, antes de comenzar la modificación de semejante postura, se hace todavía preciso extender la crítica hasta que abarque su más flagrante debilidad: la supuesta naturalidad heterogénea y concreta del valor de uso y la utilidad.

(II, 3).: Baudrillard: la crítica de la utilidad.—

Como vimos en la página cuatro, Marx utiliza el mismo "materialismo vulgar" que reprocha a Feuerbach: "la utilidad de una cosa no existe al margen de sus propiedades corpóreas"; el valor de uso representa "el Bien" (la parte moralmente "buena") de las mercancías. Y el valor de uso es la propia "forma natural" de la mercancía: su corporeidad física, material, naturalista.

Consideremos "cuerpos" de mercancías tales como clavos, tornillos, escarpias, tuercas, tacos, martillos, destornilladores, llaves, punzones, taladros, barrenas, etc. Sus formas no son naturales sino

artificiales, sociales, puesto que no se pueden recolectar directamente de "la naturaleza" ni tienen sentido en una cultura neolítica o amazónica. Pero, lo que es más importante: esos objetos, aisladamente considerados, no "sirven" para nada (no son "útiles" ya). La utilidad de un clavo deriva del tipo de relaciones que mantiene: 1ª, con el resto de la familia de los clavos (finos o gruesos, largos o cortos, agudos o romos, con o sin cabeza, duros o blandos, etc; y ello al margen del "material": hierro puro o aleado, aluminio, acero, hoja lata, plástico, etc); 2ª, con las demás familias de objetos de función análoga (tornillos, pernos, tacos, pegamentos, etc); 3ª, con la familia de objetos específicamente destinados a clavar clavos (martillos y percutores, en toda su inmensa variedad de formas y tamaños, variedades dotadas de funciones específicas); 4ª, con las demás familias y subfamilias de instrumentos con función análoga a la de los martillos y percutores (atornilladores, llaves, punzones, taladros, barrenas, tenazas, alicates, etc); y 5ª, con la ilimitada serie de familias de objetos sobre las cuales se pueden clavar los clavos. Pues bien: siendo distintos estos cinco tipos de relaciones (tipos de relaciones que, a su vez, mantienen determinadas relaciones entre sí), la utilidad de un clavo, considerada como objeto (es decir, dejando a un lado las relaciones que mantenga con los sujetos que lo utilizan), vendrá determinada precisamente, no por su "forma natural corpórea", sino por su jerarquía relacional respecto al resto de objetos: por el puesto que ocupa en las, digamos, "relaciones (sociales) de utilidad". ④

¿Cómo pudo nunca Marx despreciar el decisivo alcance de semejante evidencia?. Criticando el naturalismo o materialismo vulgar de

Feuerbach, en "La ideología alemana", dice de él: "No ve que el mundo sensible que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en el sentido de que es un producto histórico, el resultado de la actividad" (...) (que) "sigue desarrollando su industria y su intercambio y modifica su organización social".⁽¹⁹⁾ ¿Acaso no sucede lo mismo con "las necesidades de los sujetos" y "las utilidades de los objetos", que, lejos de ser "formas naturales, corpóreas, naturalmente adecuadas", no son nunca otra cosa que pura relación social? --véase, si no, la Tesis VI sobre Feuerbach.⁽²⁰⁾ En este sentido, parece "más marxista" el Joven Marx que el autor de el primer capítulo de "El capital" --lo que no deja de ser una divertida ilustración de la famosa por althusseriana "coupure épistémologique", en definitiva.

Es mérito de Baudrillard el haber llevado a cabo la crítica de la teoría marxista de la utilidad. Citémosle por extenso,⁽²¹⁾ a fin de reformar nuestro modelo conceptual.

"Sabemos que" (según Marx): "la mercancía es a la vez valor de cambio y valor de uso. Pero este último es siempre concreto y particular (...) en tanto que el valor de cambio es abstracto y general" (En Marx) "el valor de uso (...) no aparece como relación social (...): la utilidad como tal elude la determinación histórica de clase: designa una relación final objetiva de destino propio que no se emmascara y cuya transparencia desafía la historia como forma (incluso si su contenido cambia continuamente con las determinaciones sociales y culturales)" (ibid. 149).

"Aquí es donde juega el idealismo marxista, aquí es donde hay que ser más lógico que el propio Marx, en su propio sentido, más ra

dical: el valor de uso, la utilidad misma, de igual modo que la equivalencia abstracta de las mercancías, es una relación social fetichizada --una abstracción, la del sistema de las necesidades, que adopta la evidencia falsa de un destino concreto, de una finalidad propia de los bienes y los productos--, de la misma manera que la abstracción del trabajo social que funda la lógica de la equivalencia (valor de cambio) se oculta bajo la ilusión del valor "infuso" de las mercancías" (ibid. 149).

"El objeto no es nada. No es nada más que los diferentes tipos de relaciones (...) que vienen (...) a amudarse sobre él en tanto que tal. No es nada más que la lógica oculta que ordena ese haz de relaciones" (ibid. 53).

"Marx definió la forma del valor de cambio y de la mercancía por el hecho de que todos los productos pueden equivalerse sobre la base del trabajo social abstracto. Y planteó a la inversa la "incompatibilidad" de los valores de uso. Ahora bien, hay que ver que: 1) Para que exista (...) valor de cambio, es preciso ya también que el principio de utilidad se haya convertido en el principio de realidad del objeto (...) Para ser intercambiables de manera abstracta y general, es preciso también que los productos sean pensados y racionalizados en términos de utilidad (...). 2) Opuestamente a lo que dice Marx de la "incompatibilidad" de los valores de uso, la lógica de la equivalencia está ya toda entera en la utilidad. Si bien el valor de uso no es cuantitativo en el sentido aritmético, es ya el equivalente. Como valores útiles, todos los bienes son ya comparables entre sí, por estar asignados al mismo denominador común funcional/racional, a la misma determinación abstracta (...). 3) Se trata, pues,

aquí, de una forma/objeto cuyo equivalente general es la utilidad (...). Todo objeto es traducible en el código abstracto general de la utilidad (...). 4) Este valor de uso (utilidad), opuestamente a la ilusión antropológica que quiere hacer de él la simple relación de una "necesidad" del hombre con una propiedad útil del objeto, es también una relación social. Así como en el valor de cambio el hombre/productor no aparece como creador, sino como fuerza de trabajo social abstracto, así en el sistema de valor de uso el hombre/"consumidor" no aparece jamás como deseo y goce, sino como fuerza de necesidad social abstracta (podría decirse Bedürfniskraft, Bedürfnisvermögen, por analogía con Arbeitskraft, Arbeitsvermögen)" (ibid. 150-1).

"Las necesidades (el sistema de las necesidades) son el equivalente del trabajo social abstracto: sobre ellas se funda el sistema del valor de uso, como sobre el sistema del trabajo social abstracto se funda el sistema del valor de cambio (...). Una misma lógica abstracta de la equivalencia regula el valor de uso y el valor de cambio, un mismo código. El código de la utilidad es también un código de equivalencia abstracta de los objetos y los sujetos" (ibid. 149). "El productor social abstracto es el hombre pensado en términos de valor de cambio. El individuo social abstracto (el hombre de "necesidades") es el hombre pensado en términos de valor de uso" (ibid. 151). "El individuo es una estructura ideológica, una forma histórica correlativa de la forma/mercancía (valor de cambio) y de la forma/objeto (valor de uso)" (ibid. 152).

"Una misma lógica (...) juega sobre las dos vertientes de la mercancía (...): valor de uso y valor de cambio. Al no someter radicalmente el valor de uso a esta lógica de la equivalencia, al mante-

ner el valor de uso en lo "incomparable", el análisis marxista ha contribuido a la mitología (verdadera "mística" racionalista) que hace pasar la relación del individuo con los objetos concebidos como valor de uso por una relación concreta y objetiva, "natural" en suma, entre la necesidad propia del hombre y la función propia del objeto, opuestamente a la relación "alienada", reificada, abstracta, que existiría con los productos como valor de cambio: habría aquí, en el uso, como una esfera ~~de~~ concreta de la relación privada, por oposición a la esfera social y abstracta del mercado. (Marx analiza sin embargo, radicalmente, por lo demás, la abstracción del individuo privado como relación social). Contra toda esta metafísica hominífera de las necesidades y del valor de uso, hay que tener en cuenta que la abstracción, la reducción, la racionalización y la sistematización son tan profundas y tan generalizadas al nivel de las "necesidades" como al nivel de las mercancías" (ibid. 154-5).

"Una "teoría de las necesidades" no tiene sentido: no puede haber más que una teoría del concepto ideológico de necesidad" (ibid. 76). "No hay necesidades sino porque el sistema las necesita" (ibid. 80). "Marx dice en sustancia: "La producción no produce solamente bienes, produce también hombres para consumirlos, y las necesidades correspondientes". Proposición cuya interpretación suele alterarse en el sentido simplista de la "manipulación de las necesidades" y de la denuncia de las "necesidades artificiales". (Nota al pie:) "Las formulaciones de Marx en este dominio (...) son bastante vagas para permitir la interpretación culturalista del tipo: "las necesidades son función del contexto histórico y social", o también, versión más radical: "las necesidades están producidas por el sistema para ase-

gurar su propia reproducción ampliada"; es decir, la interpretación que no juega sino sobre el contenido múltiple de las necesidades, someter a una crítica radical el concepto mismo de las necesidades y el sistema de las necesidades como forma" (ibid, 157-8).

"Bajo su evidencia concreta, las necesidades no describen en el fondo sino un nivel abstracto" (ibid. 2). "Así como el trabajo concreto va poco a poco abstrayéndose en fuerza de trabajo para hacerlo homogéneo a los medios de producción (...), así también se va abstrayendo y dividiendo el deseo en necesidades para hacerlo homogéneo a los medios de satisfacción (...): el mismo proceso de racionalización (parcelación y abstracción ilimitada)" (ibid. 81). "La lógica cultural de clase en sociedad burguesa se ha fundado siempre sobre la coartada democrática de los universales. La religión fue un universal. Los ideales humanistas de libertad y de igualdad fueron universales. Hoy, el universal adopta la evidencia absoluta de lo concreto: son las necesidades humanas y los bienes materiales los que a él responden. Es el universal del consumo" (ibid. 44).

"El consumo mismo no es sino en apariencia una operación "concreta" (por oposición a la abstracción del intercambio). Porque lo que se consume no es el objeto mismo, es su utilidad (...) En ninguna parte el objeto "concreto", el producto "concreto" (¿qué quiere decir esto?) se hallan implicados, sino siempre un ciclo abstracto, un sistema de valor que se produce y reproduce de manera ampliada. Del mismo modo, el consumo no es en absoluto una destrucción (del valor de uso "concreto") sino un trabajo de reproducción ampliada del valor de uso como abstracción, como sistema, como código universal de la utilidad, del mismo modo que simultáneamente la producción no

es ya en su finalidad actual: producción de bienes "concretos", sino reproducción ampliada del sistema del valor de cambio (...). El consumo no hace, cuando parece consumir (destruir) los productos, otra cosa que consumar (rematar, concluir) su utilidad". (ibid. 154-5, m).

Por todo ello --y eliminando el problema de que Baudrillard no sepa distinguir entre valor absoluto y valor de cambio--, podemos ca racterizar su crítica de la teoría marxista del valor de uso mediante las siguientes notas:

(II,3,a).: EL VALOR DE USO ES UNA RELACION SOCIAL.-- El valor de uso no consiste en la "forma corpórea" o "natural" de los productos, sino en la posición que éstos ocupan en las relaciones sociales de utilidad.⁽²²⁾

(II,3,b).: LA UTILIDAD ES UNA HOMOGENEIDAD SOCIAL.-- El hecho de que se tilde a los productos de "útiles", es decir, que se les postule, atribuya, impute o hipostaticice utilidad, es una imposición social. Su heterogeneidad física como objetos está socialmente recubierta por el común denominador social de su utilidad. Los productos no son úti les por sí mismos, sino que son útiles sólo en tanto que se produzcan y consuman como tales. El hecho de que todos sean útiles, por tanto, es una abstracción de naturaleza social: una hipóstasis.

(II,3,c).: EL CONCEPTO DE "NECESIDADES" ES UNA HIPOSTASIS.-- No se trata de que las "necesidades humanas" sean cambiantes historiog socialmente --lo que es obvio--, sino de que la concepción del hombre como "sujeto de necesidades" --sean éstas las que sean--, es en sí mismo una hipóstasis: es decir, no una mera "generalización mental", sino una auténtica reificación fetichizada.⁽²³⁾

(II,3,d).: EL CONSUMO ABSTRACTO ES CONSUMO ALIENADO.-- Si se hace abstracción de quién consume, qué consume y del propio acto concre

to de consumir, nos quedamos con la simple (abstracta) "satisfacción de necesidades": ello cae de lleno bajo el paradigma del síndrome formal de alienación, con todas sus características: igualación abstracta, generalización universal, separación respecto a las formas fenoménicas concretas e inversión de sustancias.

(II, 4).: La forma dual de valor.—

Podrá haberse reparado en que, de hecho, Baudrillard cae en la misma reducción antinómica que Marx: descubre la estructura relacional-social de la utilidad para, a continuación, declararla solemnemente como patológica, alienada, inversora de la realidad —si un sismólogo descubre que a plazo fijo un terremoto arrasará París, sin duda que socialmente se considerará patológica tal contingencia, pero nadie podrá decir que el fenómeno invierte o vulnera la realidad, ni que tal seísmo sea una "alienación fetichista reificada" de la corteza geológica—; su excusa es que la toma directamente prestada del propio Marx, sin más que traducir al plano de la utilidad abstracta lo que en versión marxista sucede en el otro plano de la mercancía. Por ello, para nuestro problema —controlar la validez de la hipótesis según la cual los sistemas de abstracción generalizada (o síndrome formal de alienación), como es el caso del valor de la mercancía, son de naturaleza intrínsecamente patológica—, no nos sirve de nada.

No obstante, los planteamientos de Baudrillard permiten corregir o perfeccionar —eliminando algunas de sus antinomias— el modelo conceptual que habíamos entresacado de los textos de Marx. Se trata, más específicamente, de modificar en su totalidad la "forma natu

ral de valor", haciéndola compatible con la crítica de Baudrillard.

Veamos el esquema que aparece en la figura cuatro (página 139). Aparecen dos columnas: la de la izquierda representa el ~~valor~~ plano del valor-trabajo, y la de la derecha, simétrica de la otra, representa el plano del valor de uso. Ambas columnas, en su cima, se relacionan entre sí mediante el valor de cambio --que según sabemos consiste en la relación de equivalencia entre el sistema de los valores absolutos y el sistema de los valores de uso (véase I,8 y I,9). Los diferentes peldaños de las columnas son correlativos entre sí en línea horizontal; pero cada columna es independiente de la otra, por lo que deben analizarse separadamente: su único punto de contacto es el valor de cambio de las mercancías (aparte del hecho de que sean los mismos sujetos, que deben escapar al análisis del valor, los que realizan los trabajos concretos y los consumos concretos).

El esquema es totalmente simétrico; por tanto, debe ser leído en una de las dos (pero sólo en esas) direcciones siguientes: Primera: "trabajos útiles", "Trabajo abstracto", "Valor absoluto", "Magnitud de valor", "valor de cambio", "Valor de uso", "Utilidad absoluta", "Necesidad abstracta", "consumos concretos"; o bien, segunda: "consumos concretos", "Necesidad abstracta", "Utilidad absoluta", "Valor de uso", "valor de cambio", "Magnitud de valor", "Valor absoluto", "Trabajo abstracto", "trabajos concretos". Cada una de estas dos direcciones de lectura implica un primer ascenso desde lo concreto a lo abstracto y un posterior descenso desde lo abstracto hasta lo concreto. Por ello, los trabajos concretos nunca están en contacto directo e inmediato con los consumos concretos --en contra de todas las apariencias--, sino que hay que recorrer todo el ciclo de la

abstracción para que puedan ser relacionados unos con otros (otra cosa es que los individuos que realizan esos trabajos concretos y esos consumos concretos sean idénticos: ello queda fuera del análisis presente del valor).

Baudrillard niega el carácter simétrico de ambos planos, y afirma que el plano de la utilidad no es más que la coartada táctica que adopta la estrategia del plano del trabajo.⁽²⁾ Sin embargo, si tenemos en cuenta que, según Colletti, el factor de explotación reside en los procesos de alienación-abstracción del trabajo —y no en el valor de cambio (¿qué es esto, más que una simple relación de equivalencia?), como cree Baudrillard—, y, por otro lado, según acabamos de ver en el epígrafe anterior, que los procesos de consumo presentan idéntica situación de alienación-abstracción, obtendremos la consecuencia de que ambos procesos de abstracción-alienación —el del trabajo y el del consumo— son simétricos.

Sólo queda la descripción de los cuatro peldaños de la columna del plano de la utilidad o del consumo —puesto que los otros cinco elementos del esquema ya han sido descritos.

(II,4,a).: LOS "CONSUMOS CONCRETOS".— Es comparable a su correlato, los "trabajos concretos"; si estos últimos consistían en determinadas relaciones entre determinados sujetos de trabajo y determinados objetos de trabajo, aquellos consistirán en determinadas relaciones de consumos entre determinados sujetos de consumo y determinados objetos de consumo.

(II,4,b).: LA NECESIDAD ABSTRACTA".— Es comparable a su correlato, el "Trabajo abstracto". Si éste consistía en lo que había de común a todo trabajo concreto una vez hecha abstracción de todas sus

determinaciones de sujeto y objeto, aquella —la "Necesidad abstracta"— será lo que hay de común a todo consumo concreto una vez hecha abstracción de todas sus determinaciones de sujeto y objeto. Si el Trabajo abstracto consistía en el puro gasto indistinto, indeterminado, indiferenciado, de fuerza humana de trabajo, la Necesidad abstracta será la pura satisfacción indistinta, indeterminada, indiferenciada de necesidad humana de consumo. Es el resultado de igualar abstracta e hipostáticamente todas las llamadas necesidades humanas: haciendo abstracción de quién es el que necesita, de cuál es su necesidad y de cual es su objeto de necesidad. Si el Trabajo abstracto representaba la unidad social de medida de todo trabajo, de cualquier trabajo, la Necesidad abstracta es la unidad social de medida de toda necesidad, de cualquier necesidad. Si el Trabajo abstracto representaba el operador que permitía traducir los trabajos concretos a Valores absolutos, la Necesidad abstracta es el operador que permite traducir los consumos concretos a Utilidad absoluta; y viceversa. Si el Trabajo abstracto era el resultado de igualar abstractamente a todos los sujetos de trabajo, la Necesidad abstracta es el resultado de igualar abstractamente todos los sujetos de consumo: por tanto, si el Trabajo abstracto era el trabajo social igual, la Necesidad Abstracta será la satisfacción social igual (de necesidades indeterminadas).

(II,4,c): LA "UTILIDAD ABSOLUTA".— Si el Valor absoluto de las mercancías era la objetivación en las mercancías --la externalización-- del Trabajo abstracto, la Utilidad absoluta de las mercancías será la objetivación en ellas de la Necesidad abstracta, la externalización en las mercancías de la Necesidad abstracta. Si el Trabajo

abstracto era la sustancia del Valor absoluto, la Necesidad abstracta es la sustancia de la Utilidad absoluta. Si el Trabajo abstracto era la cualidad común a todos los sujetos de trabajo, y el Valor absoluto la cualidad común a todos los productos del trabajo, la Necesidad abstracta será la cualidad común a todos los sujetos de consumo y la Utilidad absoluta la cualidad común a todos los objetos de consumo. Si el Valor absoluto era la constatación social del hecho de que todas las mercancías eran producto de Trabajo abstracto, la Utilidad absoluta será la constatación social del hecho de que todas las mercancías son objeto de Necesidad abstracta. En fin, si las mercancías "valen absolutamente" porque atesoran Trabajo abstracto, porque contienen gasto de fuerza humana de trabajo, las mercancías serán "útiles absolutamente" porque atesoran Necesidad abstracta, porque contienen satisfacciones de necesidades humanas.

(II,4,d).: EL "VALOR DE USO".— Si la magnitud de Valor absoluto de una mercancía era la cantidad de Trabajo abstracto --la relación de las unidades sociales de Trabajo abstracto-- necesaria para producir esa mercancía, el Valor de uso de una mercancía será la cantidad de Necesidad abstracta --la relación de las unidades sociales de Necesidad abstracta-- satisfecha por el consumo de esa mercancía. El Valor de uso, por tanto, consiste en la "magnitud de su Utilidad absoluta", su valor relacional expresado en términos de la unidad social de Necesidad abstracta.

Al final de la primera sección (I,9; página 26), dijimos que, según el modelo conceptual que extrajimos del primer capítulo de "El capital", nos aparecían cuatro conceptos fundamentales (dos concretos: trabajo útil y valor de uso; y dos abstractos: trabajo simple

y valor absoluto) y dos derivados (magnitud de valor y valor de cambio). Aquí, en el esquema de la forma dual de valor, nos resultan seis conceptos fundamentales (tres por plano, uno concreto y dos abstractos) y tres derivados (uno en cada plano y otro común a ambos). Los fundamentales son, en el plano de la producción: los trabajos concretos, el Trabajo abstracto y el Valor Absoluto; y, en el plano del consumo: los consumos concretos, la Necesidad abstracta y la Utilidad absoluta. Y los derivados: magnitud de valor absoluto en el plano de la producción y valor de uso (magnitud de utilidad absoluta) en el plano del consumo (además del valor de cambio común a ambos planos).

Con ello, utilizando tan sólo los seis conceptos fundamentales, la figura tres (página 138), que representaba la abstracción del trabajo como síndrome de alienación, se nos transforma en la cinco (página 140), que representa la doble abstracción del trabajo y la utilidad como síndrome de alienación.

Nuestra pregunta sigue planteada exactamente en los mismos términos: ¿por qué es inmoral o patológico el fetichismo de las mercancías?. Ninguna respuesta válida, convincente, ha podido ser hallada en Marx, Colletti ni Baudrillard. Por ello, es preciso someter a un control exterior --ajeno a la postura de partida inicial-- todo el material conceptual obtenido hasta el presente. Para lo cual aplicaremos la axiomática de Hjelmslev a los sistemas de conceptos representados en las figuras cuatro y cinco (páginas ¹³⁹140).

(III).: LA AXIOMATICA DE HJELMSLEV.—

Si decíamos que era mérito de Baudrillard el haber llevado a cabo la crítica de la teoría marxista de la utilidad, no menores son sus merecimientos por haber planteado la analogía entre la función de valor (análisis de la mercancía) y la función de signo (semiótica, lingüística):

$$\frac{\text{valor de cambio}}{\text{valor de uso}} = \frac{\text{significante}}{\text{significado}}$$

"El valor de cambio es al valor de uso lo que el significante es al significado". "La implicación horizontal (...) (o, dicho de otro modo, la afinidad lógica entre el valor de cambio y el significante, por una parte, y entre el valor de uso y el significado, por otra), se desprenderá del análisis respectivo de las implicaciones verticales" (ibid. 145).

La mercancía y el signo son estructuras lógicamente afines, según Baudrillard. Naturalmente, ante todo hay que hacerle la corrección de que, lo que está implicado en la mercancía, no es el valor de cambio sino el valor absoluto. Así, la afinidad lógica se establecerá entre la mercancía como relación entre valor absoluto y valor de uso, y el signo como relación entre significante y significado. En cualquiera de los casos, y fuera de esta intuición inicial, el análisis de Baudrillard no nos sirve, puesto que la misma reducción que le lleva a confundir --a no distinguir-- el valor absoluto con el valor de cambio, le conduce asimismo a confundir --a no dis

tinguir-- el significante con el propio signo. Esta confusión, común entre casi todos los intérpretes (favorables o contrarios) de "El capital" de Marx y del "Cours de linguistique générale" de De Saussure, reduce ambos problemas a meros casos de dualidad "forma-contenido" (cuerpo-alma, materia-forma, etc), según su maniquea tradición europea, donde la forma (valor de cambio, significante), rige al contenido (valor de uso, significado).⁽²⁵⁾ Ya hemos visto, para el caso del valor, que todo es mucho más complejo. Y, como lo mismo sucede en el caso de la función de signo, es preciso abandonar definitivamente al reduccionista Baudrillard y seleccionar al semiólogo que mejor haya sabido desarrollar las implicaciones contenidas en la función de signo: Hjelmslev, fundador de la glosemática y el más brillante miembro del Círculo Lingüístico de Copenhagen.⁽²⁶⁾

(III, 1).: Método relacional.--

"Marx ha demostrado que la objetividad de la producción material residía no en su materialidad, sino en su forma" (Baudrillard, *ibid.*, 168). Lo mismo podría decirse respecto de Hjelmslev por referencia a su análisis del lenguaje. Por otra parte, si Marx y Nietzsche conducen a predicar un neonominalismo (crítica de los universales abstractos), es preciso prestar atención a la lingüística, toda vez que es ella, precisamente, quien tiene por objeto la función subyacente al problema del "realismo versus nominalismo": la crítica del vínculo existente entre lo nombrante y lo nombrado. Por ello, comenzaremos justificando la hipótesis de que las implicaciones epistemológicas del método de Hjelmslev son perfectamente comparables con la metodología de Marx --tal y como, por ejemplo, aparece en el epi-

grafe III^o ("El método de la economía política") de su "Introducción de 1857".⁽²⁷⁾

"La lógica moderna nos ha instruido suficientemente sobre los peligros que encierra un método tendente a hipostasiar los conceptos y a querer desde ellos construir realidades. En nuestra opinión, ciertas corrientes de la lingüística moderna se refugian equivocadamente en un realismo mal fundado (...); sería ventajoso convertirnos de nuevo en nominalistas (...). El lingüista, cuya tarea es estudiar el vínculo entre el nombre y la cosa, debería ser el primero que evitase confundirlos" (Ensayos, 105). "Volvemos así al antiguo problema, ~~de~~ ~~haber~~ debatido en la edad media, de saber si las nociones (conceptos o clases) detectadas por el análisis resultan de la naturaleza misma del objeto (realismo) o si resultan del método (nominalismo)" (Ensayos, 132).⁽²⁸⁾

"Nuestra postura (...) se opone a la lingüística precedente. En su forma típica, esta lingüística" (la tradicional precedente a Hjelmslev) "sigue un curso ascendente en la formación de sus conceptos: va de los sonidos aislados a los fonemas (clases de sonidos), de los fonemas en particular a las categorías de fonemas, de las diversas significaciones particulares a las significaciones generales o básicas, y de éstas a las categorías de significaciones. En lingüística, llamamos generalmente a este modo de proceder inductivo. Puede definirse en breves palabras como una progresión del componente a la clase, no de la clase al componente. Es un movimiento sintético, no analítico; un método generalizador, no ~~analizador~~ especificador. Basta la experiencia para demostrar las evidentes deficiencias de dicho

método. Conduce inevitablemente a la abstracción de conceptos que se hipostasían entonces como reales. Este realismo (en el sentido medieval de la palabra) no puede dar una base útil de comparación, puesto que los conceptos a que así se llega no son generales ni generalizables más allá de una lengua concreta en una etapa determinada (...). En este terreno, por tanto, la inducción nos lleva de la fluctuación, no a la constancia, sino al accidente" (Prolegómena, 24-5).⁽²⁴⁾

"Estos mismos datos impondrían el procedimiento opuesto" (al anterior inductivo). "Si algo hay que dar al investigador (...) es el texto todavía sin analizar, indiviso y en su integridad absoluta. El único camino posible a seguir, si queremos ordenar un sistema que permita el proceso de ese texto, es realizar un análisis en el que se considere el texto como clase dividida en componentes, después estos componentes como clases divididas en componentes, y así sucesivamente hasta agotar el análisis. Tal procedimiento, según lo visto, puede definirse brevemente como una progresión de la clase al componente, no del componente a la clase, como análisis y especificación, no como síntesis y generalización, en oposición al método inductivo" (...) Por ello "se ha designado ese modo de proceder (...) por la palabra deducción" (Prolegómena, 25-6).

"Añadamos en seguida que la investigación así enfocada" (analítica y deductivamente, no inductiva ni sintéticamente) "no está por ello limitada al pormenor ni a lo particular. Por el contrario, la investigación versa sobre lo general. La hipótesis inicial no se pronuncia (...) sobre la "naturaleza" del "objeto" estudiado. Se guarda mucho de perderse en una metafísica" (Ensayos, 28). "Su tarea consistirá en hacer ver lo general en lo particular y lo particular en lo

general" (Ensayos, 29).

"Un realismo ingenuo acaso supondría que el análisis ha de consistir meramente en dividir un objeto dado en partes, es decir, en otros objetos, después éstos de nuevo en partes, es decir, en otros objetos, y así sucesivamente (...). Pronto queda claro que lo importante no es la división de un objeto en partes, sino la conducta del análisis, de modo que se acomode a las dependencias mutuas entre esas partes y nos permita dar cuenta adecuada de ellas (...). Tanto el objeto sometido a examen como sus partes tienen existencia sólo en virtud de esas dependencias; la totalidad del objeto sometido a examen puede sólo definirse por la suma total de las mismas; y cada una de sus partes puede sólo definirse por las dependencias que la unen a otras partes coordinadas, al conjunto, y a sus partes del grado próximo, y por la suma de las dependencias que estas partes de grado próximo contraen entre sí. Reconocido esto, resulta que los "objetos" del realismo ingenuo son tan sólo, desde nuestro punto de vista, intersecciones de grupos de tales dependencias (...). La totalidad no consta de cosas sino de relaciones, y (...) no es la sustancia sino sus relaciones internas y externas quienes tienen existencia científica" (Prolegómena, 40-1).

"Ante todo, la hipótesis pretende que se conciba el lenguaje esencialmente como una entidad" (Ensayos, 29). "Toma (...) como punto de partida el conjunto, del cual estudia las partes teniendo en cuenta constantemente la entidad de la que emanan" (Ensayos, 30). "Luego, se concibe la entidad como algo esencialmente autónomo. Aquí nuestra hipótesis se opone a cualquier otra hipótesis que considere el lenguaje esencialmente en función de otra cosa (...). A la lin-

güística biológica, psicológica, fisiológica, sociológica, propone añadir, a título de ensayo, una lingüística lingüística, o lingüística inmanente" (Ensayos, 30). "Finalmente, la hipótesis pide que se considere esta entidad autónoma como constituida esencialmente por dependencias internas. Sostiene que el análisis de esta entidad permite detectar constantemente partes que se condicionan reciprocamente y cada una de las cuales depende de otras y no sería concebible ni definible sin ellas. Refiere su objeto a una red de dependencias, considerando los hechos lingüísticos en razón unos de otros. En esto se opone lógicamente a toda hipótesis que enuncia o presupone la existencia de "hechos" que preceden lógicamente a las referencias que los vinculan. Niega la existencia científica de una substancia absoluta, o de una realidad que sería independiente de las referencias (...). Al "realismo ingenuo" que predomina en la vida cotidiana y que ha predominado hasta aquí en lingüística (...) propone añadir, a título de ensayo, una concepción funcional, que ve en las funciones (en el sentido lógico-matemático de este término), es decir, en las dependencias, el verdadero objeto de la investigación científica" (Ensayos, 31).

"Un planteamiento científico del lenguaje" (debe considerarlo) "en términos de relación entre unidades, independientemente de las propiedades físicas que pudieran presentar esas unidades, propiedades que no serían importantes para esas relaciones entre unidades ni deducibles de ellas. Los sonidos de un lenguaje hablado o los caracteres de uno escrito podrían analizarse no primariamente en términos de fonética o grafémica, respectivamente, sino sólo en términos de relaciones mutuas, y, de igual modo, las unidades del contenido lin

güístico (unidades de significado) deberían analizarse no en términos de semántica" (por su referencia a los objetos físicos o reales denotados), "sino solamente de relaciones mutuas. Sería erróneo considerar la lingüística como un mero agregado de análisis de sonidos y de significados. Por el contrario, las unidades reales del lenguaje no son sonidos ni significados: son las relaciones que suponen y representan estos sonidos y estos significados" (Ensayos, 35, cita aproximada). "Afirmar relaciones entre unidades relevantes no debe implicar una declaración sobre la naturaleza inherente, esencia o sustancia física de estas mismas unidades: esto debe dejarse para la fonética y la semántica" (Ensayos, 42, cita aproximada).

Existen "cinco características fundamentales que, según mi definición, van implícitas en la estructura básica de cualquier lenguaje" (...) y "que son: 1ª) El lenguaje se compone de un contenido y una expresión. 2ª) El lenguaje consiste en una sucesión o en un texto" (proceso) "y un sistema. 3ª) Contenido y expresión van ligados entre sí mediante conmutación. 4ª) Existen ciertas relaciones concretas dentro de la sucesión y del sistema. Y 5ª) no existe correspondencia paralela entre contenido y expresión, sino que los signos son analizables en componentes menores (...) que carecen de contenido en sí mismos, pero que pueden formar unidades provistas de contenido" (Ensayos, 46).

Todo, pues, queda claro. En cualquier caso, y a modo de resumen, podemos anotar los siguientes rasgos distintivos:

(III, 1, a).: METODO NOMINALISTA.—Hjelmslev contrapone explícitamente su metodología a la de la lingüística anterior, a la que tacha de "realista", es decir, "empirista vulgar", dado que ésta generaliza

zaba directamente a partir de datos extraídos arbitrariamente de los fenómenos concretos.

(III,1,b): METODO BASADO EN LA DEDUCCION.— Si el método de la lingüística precedente se basaba en la inducción empírica, a la búsqueda de leyes generales capaces de dar razón de realidades puntuales particulares, Hjelmslev, por el contrario, pretende basar su método en aquella deducción que permita situar los datos concretos en sus contextos generatrices.

(III,1,c): METODO ANALITICO.— Si la lingüística precedente elaboraba síntesis generalizadoras de datos empíricos tomados en bruto, Hjelmslev busca someter a minucioso análisis los fenómenos empíricos: dividiéndolos progresivamente en sus partes componentes mediante una "progresión de la clase al componente, no del componente a la clase" (Prolegómena, 26).

(III,1,d): METODO DE DEPENDENCIAS RELACIONALES.— Si la lingüística precedente centraba su atención en la naturaleza del objeto estudiado —el sonido, fundamentalmente—, Hjelmslev defiende la hipótesis de que semejante "naturaleza del objeto" —si es que puede hablarse de ello sin caer en la hipóstasis— debe ser explícitamente descuidada en beneficio de las dependencias internas que se establecen entre sus partes componentes —al margen por completo de la calidad de sustancia física que éstas presentan—, partes que, a su vez, no serán otra cosa ante el análisis que intersecciones de tales relaciones de dependencia o terminales de funciones relacionales.

(III, 2): Relaciones y correlaciones.—

"Han de poder concebirse las partes a que el análisis conduce

unicamente como puntos de intersección de haces de líneas de dependencia" (Prolegómena, 47). "El análisis consiste realmente en registrar ciertas dependencias entre ciertos terminales (...) que tienen existencia precisamente en virtud de esas dependencias y sólo en virtud de ellas" (Prolegómena, 48). "A la dependencia (...) la llamaremos función (...). A los terminales de una función los llamaremos functivos, entendiendo por functivo un objeto que tiene función con otros objetos. De él se dice que cohitrae su función" (Prolegómena, 55).

"Hemos adoptado el término función en un sentido que se encuentra a mitad de camino entre el logico-matemático y el etimológico (...). Así podemos decir que una entidad del texto (o del sistema) tiene ciertas funciones, y con ello pensar: primero, aproximándonos al significado logico-matemático, que la entidad tiene dependencia con otras entidades, de tal suerte que ciertas entidades presuponen - otras; y, segundo, aproximándonos al significado etimológico, que la entidad funciona de un modo definido, cumple un papel definido, toma una "posición" definida" (Prolegómena, 55-6).

"Se ha afirmado con frecuencia la existencia de una cierta interdependencia entre ciertos elementos dentro de una lengua, de tal modo que una lengua no puede tener uno de esos elementos sin tener también el otro" (Prolegómena, 41). "Además de las interdependencias, debemos prever dependencias unilaterales, en las que un término presupone el otro pero no viceversa, y, lo que es más, dependencias más libres, que consisten en que dos términos no formen parte de ninguna relación de presuposición y, sin embargo, sigan siendo compatibles (en el proceso o en el sistema), diferenciándose así de otro conjunto de términos, aquellos que son incompatibles (...). A las dependencias mutuas, en las que un término presupone el otro y

viceversa, las llamaremos convencionalmente interdependencias. A las dependencias unilaterales, en las que un término presupone el otro pero no viceversa, las llamaremos determinaciones. A las dependencias de mayor libertad, en las que dos términos son compatibles pero ninguno presupone el otro, las llamaremos "indeterminaciones" (Prolegómena, 42; Hjelmslev utiliza la palabra "constelaciones" en lugar de indeterminaciones). Y —podemos añadir— a las ausencias de dependencia entre los términos que son incompatibles podemos llamarlas independencias.

"Por constante entendemos un funtivo" (terminal de función, miembro de relación de dependencia) "cuya presencia es condición necesaria para la presencia del funtivo con el que tiene función; por variable entendemos un funtivo cuya presencia no es condición necesaria para la presencia del funtivo con el que tiene función (...). Podemos definir la interdependencia como función entre dos constantes; la determinación como función entre una constante y una variable, y la "indeterminación" ("constelación") "como función entre dos variables" (Prolegómena, 57).

"Dada la orientación fija de una determinación (esto es, la distintividad de sus funtivos), sus dos funtivos deben ser nombrados de modo diferente. A la constante de una determinación la llamaremos funtivo determinado (...) y a la variable de una determinación funtivo determinante (...). Del funtivo cuya presencia es condición necesaria para la presencia del otro funtivo en la determinación se dice que está determinado por éste" (el f. constante está determinado por el f. variable) (...); "del funtivo cuya presencia no es condición necesaria para la presencia del otro en la determinación se di

ce que determina a éste" (el f. variable determina al f. constante). (Prolegómena, 58).

"Otra distinción importante (...) es la que existe entre la función "tanto...como" (conjunción) y la función "o...o" (disyunción). Esto es lo que entraña la distinción entre proceso y sistema: en el proceso, en el texto, existe una relación "tanto...como", una conjunción o coexistencia entre los funtivos intervinientes; en el sistema existe una relación "o...o", una disyunción o alternancia entre los funtivos" (Prolegómena, 58-9).

"Entenderemos, por tanto, por correlación (o equivalencia) la función "o...o" y por relación (o conexión) la función "tanto...como". A los funtivos que contraen dichas funciones los llamaremos respectivamente correlatos y relatos. Sobre esta base, podemos definir el sistema como una jerarquía correlacional y el proceso como una jerarquía relacional" (Prolegómena, 61).

"Para cada proceso hay un sistema correspondiente, por medio del cual puede aquel analizarse y describirse con un número limitado de premisas" (Prolegómena, 19). "Ahora bien (...), proceso y sistema son conceptos muy generales, que no pueden circunscribirse exclusivamente a objetos semióticos. Tenemos a nuestra disposición unas designaciones especiales, convenientes y tradicionales, del proceso semiótico y del sistema semiótico, respectivamente, en los términos sintagmática y paradigmática. Siendo cuestión de lenguaje (...) podemos usar también designaciones más sencillas: al proceso se le puede llamar en ese caso texto y al sistema lengua" (Prolegómena, 61-2).

"El proceso y el sistema que le corresponde ("que existe tras él") contraen juntos una función que, según el punto de vista adop-

tado, puede concebirse como relación o como correlación. Un examen más detenido de esta función nos muestra que se trata de una determinación en la cual el sistema es la constante: el proceso determina al sistema (...). El factor decisivo es que la existencia de un sistema es premisa necesaria para que exista el proceso (...). Es inimaginable un proceso (...) sin un sistema existente tras él. En cambio, no es inimaginable un sistema sin un proceso; la existencia de un sistema no presupone la existencia de un proceso (...). En este caso (...) decimos que el texto "proceso" es virtual (...). Desde un punto de vista "real", eso está ligado con el hecho de que un proceso tiene un carácter más "concreto" que un sistema, y un sistema un carácter más "cerrado" que un proceso" (Prolegómena, 62-4).

Resumamos, pues, las notas características que presentan las "funciones" concebidas al modo de Hjelmslev.

(III,2,a).: CONSTANTES Y VARIABLES.— Los términos de las dependencias aparecen como constantes o variables según sea necesaria, o no, respectivamente, su presencia: son constantes los términos cuya presencia es necesaria para que aparezcan otros términos ligados a aquellos por dependencia, y son variables los términos cuya presencia no es necesaria para que aparezcan otros términos ligados a ellos por dependencia.

(III,2,b).: TIPOS DE DEPENDENCIAS.— Las dependencias pueden ser: interdependencias, cuando se establecen entre términos constantes; indeterminaciones, cuando se establecen entre términos variables, y determinaciones, cuando se establecen entre términos constantes y términos variables.

(III,2,c).: LA FUNCION DE DETERMINACION.— En las funciones de

determinación los términos variables son los que determinan a los términos constantes; por ello, los variables son los términos determinantes y los constantes los términos determinados.

(III, 2, d).: SINTAGMA Y PARADIGMA.— Hemos visto que si las dependencias se tipifican respecto a la necesidad, o no, de la presencia de sus términos, se obtienen tres tipos diferenciados: interdependencias, indeterminaciones y determinaciones. Pero si, en lugar de tipificar respecto a la necesidad de la presencia de sus términos, se tipifican respecto a la simultaneidad, o no, de la presencia de sus términos, se obtendrá una clasificación distinta --y cruzada a la anterior--, dotada de dos tipos diferenciados: relaciones sintagmáticas (proceso) y correlaciones paradigmáticas (sistema). La dependencia entre dos términos (sean ambos constantes, sean ambos variables, o sea uno constante y otro variable) es una relación cuando ambos términos están simultáneamente presentes (función "tanto...como": conjunción, conexión, coexistencia); y es una correlación cuando no están simultáneamente presentes, sino que lo están alternativamente ⁽³²⁾ --si está uno no puede estar el otro, y viceversa-- (función "o...o": disyunción, equivalencia, alternancia). ⁽³³⁾

(III, 3).: La función de signo.—

Para De Saussure, el signo lingüístico tenía dos caras: un "signifié" y un "signifiant". Del mismo modo, Hjelmslew distingue dos planos en el lenguaje: contenido y expresión, unidos por la función de signo. Son términos (funtivos) de una función que en este caso es una interdependencia, esto es, cada término es necesariamente implicado por el otro. Todo texto está compuesto por una serie de partes

menores que en una serie de nuevas combinaciones recurren en el mismo o en otros textos. Lo que distingue a un enunciado lingüístico de otros no lingüísticos es que una cadena lingüística (texto, proceso, sintagma) siempre puede ser subdividida en elementos menores, cada uno de los cuales puede encontrarse en otras cadenas. Estos elementos son signos a su vez, es decir, tienen un "significado" (son todavía expresiones relacionadas interdependientemente con un contenido). Pero cada uno de estos signos menores puede ser dividido en elementos aún más pequeños, que son asimismo susceptibles de recombinación para formar nuevos signos. No obstante, estos elementos mínimos, a diferencia de los más grandes, no tienen contenido individual o "significado" (son expresiones que ya no están en relación de interdependencia con ningún contenido). No son signos ya, y Hjelmslev los denomina figuras (los tradicionales "fonemas" son, para Hjelmslev, figuras de expresión). Todo lenguaje opera con un número reducido y limitado de estos elementos mínimos, pero combinándolos puede construir un número teóricamente infinito de signos. La definición del lenguaje como un sistema de figuras (y no de signos), por tanto, excluye del dominio de la lingüística todos los sistemas de comunicación que constan de signos imposibles de analizar más. La diferencia ~~en~~ entre lenguaje y sistema de signos no lingüísticos reside en que en estos últimos hay identidad entre la "forma del contenido" y la "forma de la expresión". Hjelmslev llama a estos últimos sistemas de símbolos.

Amplíemos con citas textuales lo expuesto.

"Que una lengua es un sistema de signos parece a priori una proposición evidente y fundamental (...). La teoría lingüística debe poder decirnos qué significación puede atribuirse a esa proposi-

ción, y especialmente a la palabra signo. Por el momento, habremos de contentarnos con el vago concepto de la misma legado por la tradición. De acuerdo con ella, un "signo" (...) se caracteriza primera y principalmente por ser signo de alguna otra cosa --preculiari- dad ésta que probablemente despertará nuestro interés, puesto que parece indicar que "signo" se define por una función--. Un "signo" funciona, designa, denota; un "signo", en contraposición a un no-sig- no, es el portador de una significación. Nos contentaremos con esta concepción provisional e intentaremos decidir, basándonos en ella, hasta qué punto puede ser correcta la proposición de que una lengua es un sistema de signos" (Prolegómena, 67-8).

El razonamiento se basa en: "la idea", "de capital importancia para la teoría lingüística", "que constituye la base de la invención de la escritura: la idea de proporcionar el análisis que conduzca a entidades de la menor extensión y en el menor número posibles" (Pro- legómena, 67)). Aplicando el análisis deductivo a un texto dado, "en cada partición aislada es posible hacer un inventario de las entida- des caracterizadas por las mismas relaciones" (Prolegómena, 65). - "Al comparar los inventarios resultantes de las diversas etapas del análisis, resultará que su tamaño disminuye a medida que avanza el procedimiento (...). Más pronto o más tarde, sin embargo, se llega en el curso de la deducción a un punto en el que el número de enti- dades inventariadas se restringe, para decrecer firmemente, por lo general, a partir de él (...). Si se sigue partiendo (...) llegamos a las entidades que convencionalmente se han llamado fonemas (...). Estos hechos (...) subyacen a la invención del alfabeto" (Prolegóme- na, 66-7).

"En sus primeras etapas, cierto hipotético análisis del texto podría parecer que abona plenamente la proposición" (de que la lengua es un sistema de signos). "Las entidades" (obtenidas en el análisis durante sus etapas iniciales) (...) "son portadoras de significado, por tanto "signos", y los inventarios establecidos por medio de un análisis que siguiese tales líneas tradicionales nos llevarían a reconocer un sistema sígnico tras el proceso sígnico" (Prolegómena, -68). "Al sugerir un análisis de tal alcance sobre bases convencionales, quizá debiéramos advertir que la "significación" atribuible a cada una de estas entidades mínimas debe entenderse como significación puramente contextual. Ninguna de las entidades mínimas, ni los radicales, tiene existencia tan "independiente" que le pueda ser asignada una significación léxica (...). No existen otras significaciones perceptibles que las contextuales; toda entidad, y por tanto todo signo, se define con carácter relativo, no absoluto, y sólo por el lugar que ocupa en el contexto. Desde este punto de vista carece de significado la distinción entre significaciones que aparecen solamente en el contexto" (preposiciones, adverbios, desinencias verbales, etc) "y significaciones de las que podría suponerse que tienen existencia independiente" (raíces nominales y verbales) (...). "Las llamadas significaciones léxicas de ciertos signos no son ^{sino} significaciones contextuales artificialmente aisladas (...). Totalmente aislado, ningún signo tiene significación; toda significación del signo surge en el contexto (...). No imaginemos, pues, que un sustantivo, por ejemplo, es más significativo que una preposición" (Prolegómena, 69-70).

"Ahora bien, al tratar de analizar expresiones de signo del modo sugerido, (...) se llega a una etapa del análisis de la expresión

en que las entidades que se obtienen ya no puede decirse que sean portadoras de significado y, por tanto, expresiones de signo. Las sílabas y fonemas no son expresiones de signo, sino únicamente partes de éstas" (Prolegómena, 70). "Tales consideraciones nos llevan a abandonar el intento de analizar en "signos", y a reconocer que una descripción acomodada a nuestros principios debe analizar contenido y expresión por separado; que cada uno de estos dos análisis dará por resultado final un número limitado de entidades, no necesariamente equiparables a las correspondientes del plano opuesto" (Prolegómena, 71).

"La economía relativa que se obtiene al pasar de los inventarios de signos a los de no-signos corresponde por completo a lo que se supone ser la finalidad del lenguaje. Una lengua es, primera y principalmente, un sistema de signos; para ser plenamente adecuada debe estar siempre dispuesta a formar nuevos signos (...). Pero, con toda su abundancia sin límites, para ser plenamente adecuada debe ser así mismo fácil de manejar, práctica en su adquisición y uso. Teniendo en cuenta que se necesita un número ilimitado de signos, podrán construirse todos los signos a partir de no-signos, cuyo número es limitado, y preferiblemente, rigurosamente limitado. A aquellos no-signos que entran en un sistema de signos como parte de éstos los llamaremos aquí figuras (...). Una lengua, pues, se ordena de tal modo que con la ayuda de un puñado de figuras y cambiando el orden constantemente pueda construirse una legión de signos (...). Las lenguas, pues, no pueden describirse como sistemas de signos puros. Por el fin que generalmente se les atribuye son primera y principalmente sistemas de signos; pero por su estructura interna son primera y

principalmente algo diferente, a saber: sistemas de figuras que pueden usarse para construir signos. Al analizarla más detenidamente, la definición de lengua como sistema de signos se ha revelado, por tanto, como poco satisfactoria" (Prolegómena, 71-2).

¿Qué consecuencias tiene esto para los signos?. "El sistema lingüístico es un sistema semiológico. En un sistema de este tipo, la función principal, la que sirve para diferenciar el sistema semiológico de todo otro sistema y constituye su diferencia específica y el rasgo fundamental, es la función que establece el signo en cuanto tal, la función que reúne el significante y el significado, o la expresión y el contenido, en otros términos, el lazo que reúne cada significado con su (o sus) significante(s) respectivo(s)" (Ensayos, 151). "Mientras que, de acuerdo con el primer punto de vista" (el precedente tradicional) "el signo es una expresión que señala hacia un contenido que hay fuera del signo mismo, de acuerdo con el segundo punto de vista" (el de Saussure y Hjelmslev) "el signo es una entidad generada por la conexión" (relación sintagmática) "entre una expresión y un contenido" (Prolegómena, 73).

"Hemos presentado los términos expresión y contenido como designaciones de los funtivos que contraen la función a que nos referimos, la función de signo" (Prolegómena, 74). "La función de signo es por sí misma una solidaridad" (relación de interdependencia sintagmática). "Expresión y contenido son solidarios, se presuponen necesariamente. Una expresión sólo es expresión en virtud de que es expresión de un contenido, y un contenido sólo es contenido en virtud de que es contenido de una expresión. Por tanto (...), no puede haber contenido sin expresión ni expresión sin contenido" (Prolegómena, 75).

"La función semiológica" (es) "la que reúne el plano del contenido con el de la expresión. Esta función es una relación, ya que los dos planos son coexistentes y no alternativos" (es decir, son simultáneos). "Entre los dos planos hay interdependencia, ya que son complementarios. Pero entre las unidades de los dos planos hay indeterminación ("constelación") "(puesto que la idea no evoca necesariamente el significante, y el significante no evoca necesariamente la idea)" (Ensayos, 197-8).

"El plano de la expresión y el plano del contenido pueden describirse exhaustiva y consecuentemente como si estuviesen estructurados de modo análogo, de tal manera que en ambos planos se prevén categorías que se definen de modo totalmente idéntico (...). Es correcto concebir la expresión y el contenido como entidades coordinadas e iguales en todos los aspectos (...). Cada una de ellas se define por oposición y por relación, como funciones mutuamente opuestas de una misma función" (Prolegómena, 88-9).

"La función decisiva es la conmutación, o correlación que contrae una relación con una correlación del plano opuesto de la lengua" (es decir, la conmutación es la relación entre una correlación en un plano y otra correlación en el plano opuesto). "Llamaremos conmutables (o invariantes) a dos miembros de un paradigma" (correlación) "pertenecientes al plano de la expresión (...); si el reemplazo de uno de dichos miembros por el otro puede comportar un reemplazo análogo en el plano del contenido (...); e, inversamente, dos miembros de un paradigma" (correlación) "del contenido son conmutables si el reemplazo de uno por otro puede comportar un reemplazo análogo en la expresión. Dos miembros de un paradigma" (correlación)

"que no son conmutables pueden ser llamados sustituibles (o variantes)" (Ensayos, 134).

"Los fonemas" (las figuras invariantes del plano de la expresión) —en contraste con las variantes— tienen una función distintiva: el cambio de un fonema por otro puede entrañar una diferencia de contenido (...), cosa que no sucede cuando se cambia una variante del mismo fonema por otra" (Prolegómena, 93). "En el plano de la expresión hay diferencia entre las invariantes cuando hay una correlación (...) a la que corresponde una correlación en el plano del contenido (...), de modo que podemos registrar una relación entre la correlación de la expresión y la correlación del contenido. Esta relación es consecuencia inmediata de la función de signo" (Prolegómena, 96). "La distinción entre variantes e invariantes dentro del plano del contenido debe hacerse exactamente de acuerdo con el mismo criterio (...). Es una consecuencia lógica inevitable que esta prueba de cambio" (prueba de la conmutación) "pueda aplicarse al plano del contenido, y no únicamente al de la expresión, y deba permitirnos registrar las figuras que componen los contenidos del signo. Exactamente igual que en el plano de la expresión, la existencia de figuras será únicamente la consecuencia lógica de la existencia de signos" (Prolegómena, 97).

"La diferencia entre los signos y las figuras a este respecto consiste únicamente en que en el caso de los signos será siempre la misma diferencia de contenido la que entraña una misma diferencia de expresión, mientras que en el caso de las figuras una misma diferencia de la expresión puede, en cada supuesto, entrañar cambios diferentes entre las entidades del contenido." (Y viceversa respecto a

las figuras del plano opuesto) (Prolegómena, 97).

Pero antes de continuar analizando la naturaleza de los sistemas signicos, parece conveniente detenerse --dada la confusión que, quizá, se ha introducido--, y resumir los puntos establecidos.

(III,3,a).: CONTEXTUALIDAD DE LA SIGNIFICACION.-- La significatividad de los signos no es "poseída" (soportada, implicada, supuesta) por éstos de forma puntual, individual ni independiente; por el contrario, tan sólo existe por su relación y/o correlación con los demás signos: tanto para el caso de signos intensos (p.ej.: verbos y sustantivos, signos dotados de significatividad léxica) como para el caso de signos extensos (p.ej.: preposiciones y adverbios, signos dotados de significatividad flexional). Confróntese con II,3,a y con III,1,d.

(III,3,b).: ANALIZABILIDAD SUBSIGNICA.-- Los signos no son "átomos" (indivisibles), como se ha creído tradicionalmente. Por el contrario --y al igual que los átomos (por continuar la metáfora) admiten su resolución analítica en dos tipos de partículas subatómicas, energéticas las unas, materiales las otras--, su partición analítica conduce a descomponerlos en una serie dual de figuras (figuras de la expresión y figuras del contenido, entre sí distintas): de tal modo que mediante la combinación de un depósito limitado de figuras de la expresión con el otro depósito igualmente limitado de figuras del contenido, es posible construir potencialmente un número ilimitado de signos.

(III,3,c).: FUNCION BIPLANAR.-- El signo es, pues, el nombre que se le da a la función que se establece entre una expresión y un contenido. Esta función es una relación (simultaneidad de sus funtivos:

función "tanto...como", conexión, conjunción, coexistencia) y una interdependencia (compatibilidad y presuposición mutua de sus funtivos, dependencia entre constantes, necesidad de la presencia de ambos funtivos). Ello implica la división del sistema de signos en dos planos simétricos: el plano de la expresión y el plano del contenido. Ambos planos deben ser analizados por separado previendo la total analogía de sus estructuras formales respectivas.

(III,3,d).: CONMUTABILIDAD INTERPLANAR.— El principio de conmutación (prueba de conmutación o de cambio) surge a consecuencia de las funciones de relación e interdependencia que se establecen entre ambos planos. Implica el hecho empírico de que si cambiamos un elemento por otro (lo cual presupone correlación entre ambos) en uno de los planos, ello puede acarrear, o no, cambios en el otro plano; si efectivamente se producen cambios, eso quiere decir que los dos elementos cambiados entre sí son conmutables, es decir, que son invariantes; pero si su inter-cambio no provoca cambios en el otro plano, eso querrá decir que no son conmutables sino sustituibles (equivalentes), es decir, que son variantes. Así, por ejemplo, si en la expresión "la clase obrera es buena" cambiamos "clase obrera" por "clase burguesa", advertiremos un cambio importante en el contenido de la frase; pero si cambiamos "clase obrera" por "proletariado" no obtendremos ningún cambio en el plano del contenido; por lo tanto, los correlatos "clase obrera" y "clase burguesa" son correlatos conmutables, es decir, son invariantes; mientras que los correlatos "clase obrera" y "proletariado" son correlatos sustituibles, es decir, son variantes. Considerado como función, por tanto, el principio de conmutación implica la relación entre una correlación

de un plano y otra correlación del plano opuesto del sistema.

(III, 4): La estratificación signica.—

Saussure había establecido dos distinciones fundamentales: por un lado, la distinción entre "signifiant" y "signifié" (que Hjelmslev elabora en la relación interdependiente entre el plano del contenido y el plano de la expresión); por otro, la distinción entre "forma" y "sustancia": aquí el análisis de Hjelmslev se refina hasta la sofisticación, distinguiendo entre forma, sustancia y sentido (o materia). La forma (la forma de la expresión, por un lado, y la forma del contenido, distinta de la anterior, por otro) es el conjunto o jerarquía de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones; interdependencias, indeterminaciones y determinaciones) que se establecen entre las figuras (la jerarquía de funciones de dependencia que se establecen entre las figuras de la expresión, o forma de la expresión, por un lado, y la jerarquía, distinta a la anterior, de funciones de dependencia entre las figuras del contenido, o forma del contenido, por otro).

El resto, es decir, sustancia y sentido-materia, es lo no-formal del lenguaje, la realidad material y concreta: sonidos y grafías, es decir, entidades físicas, componen la sustancia y el sentido-materia del plano de la expresión; mientras que todas las cosas existentes, es decir, la realidad física y social globalmente considerada, componen la sustancia y la materia-sentido del plano del contenido. Por tanto, el nivel concreto es el compuesto por sustancias (sustancia de la expresión y sustancia del contenido) y por materias-sentidos (materia-sentido de la expresión y materia-sentido del contenido).

tenido), y el nivel abstracto es el compuesto por las formas (la forma de la expresión y la forma del contenido)⁽³⁵⁾. ¿Qué sentido tiene, entonces, la distinción hjelmsleviana entre sustancia y sentido-materia?

Como ya enseñó Hegel, lo concreto es, siempre, una abstracción. Algo aparece como concreto tan sólo si está enmarcado en un sistema abstracto ordenador que permita identificarlo como tal. Sin embargo, subyace el hecho de que lo concreto es una realidad material inmanente, ajena como tal a cualquier abstracción. Pero si consideramos la materialidad como ajena a los sistemas abstractos que pueden ordenarla, nos aparecerá como una generalidad muda, vacía: nuevamente abstracta. Todas las personas somos animales, amasijos de músculos y huesos, de líquidos y células, que nacemos, nos reproducimos y morimos. Pero esta evidencia fáctica es una generalidad muda, una abstracción vacía, incapaz de dar cuenta de las diferencias. Lo que cuenta no es que todos seamos eso (animales musculados reproducibles etc), sino cómo "eso" se articula y diferencia según la época, la colectividad, la posición social o la persona. "Eso" siempre está articulado y diferenciado de una determinada forma; tanto es así que "eso" puede ser despreciado al analizar su articulación y diferenciación determinada, abstracto-concreta.

Pues bien, ello es lo que mueve a Hjelmslev a distinguir entre materia-sentido (la generalidad muda) y sustancia (la articulación y diferenciación determinada). En efecto, todos los lenguajes son sonido articulado por laringes humanas o grafía trazada por manos humanas, sonidos y grafías referidos significativamente a experiencia físico-social humana. Pero esta evidencia empírica no nos dice nada, si

a partir de ella no somos capaces de dar razón de las diferencias y semejanzas entre unas lenguas y otras. En efecto, todas las lenguas son sonido, grafía y referencia mundana; eso es la materia o sentido de las lenguas (sonido y grafía como materia-sentido de la expresión; referencia mundana como materia sentido del contenido): de toda lengua. Ahora bien, cada lengua articula y diferencia de forma determinada la común grafía y sonoridad de la expresión; y cada lengua articula y diferencia de forma determinada la común referencia mundana del contenido. Pues bien, ello es la sustancia de cada lengua: la determinada articulación y diferenciación, específicas e inherentes a cada lengua, de la común materia lingüística, inespecífica e indeterminada. La sustancia es, pues, la materia (el sentido) conformada específica y determinadamente por cada forma.

Por tanto, materias y sentidos quedan fuera del análisis, que se reduce a considerar las formas abstractas y las sustancias concretas. La materia (o sentido) es común a todas las lenguas, la forma específica a cada una de ellas, siendo la sustancia la proyección de la forma sobre la materia: --"de igual modo que una red abierta proyecta su sombra sobre una superficie sin dividir" (Prolegómena, 85)--. Así, entre forma abstracta y sustancia concreta (entre la forma del contenido y la sustancia del contenido; entre la forma de la expresión y la sustancia de la expresión) se establece una función (llamada manifestación) que es una determinación, siendo la sustancia la que determina a la forma (la sustancia manifiesta la forma; la sustancia es la manifestante y la forma la manifestada), toda vez que, como vamos a ver, mientras la sustancia es variable, es constante la forma.

"De las dos distinciones saussurianas (...) la distinción de planos se aplica solamente a la esfera semiótica (...) mientras que la distinción entre "forma" y "sustancia" parece ser de una aplicación mucho más general: diríase que se trata simplemente de la abstracción, que es el pago de todo análisis científico" (Ensayos, 63). "En una ciencia que evita postulados innecesarios no hay base para afirmar gratuitamente que la sustancia del contenido (pensamiento) o la sustancia de la expresión (cadena de sonidos) preceda a la lengua en el tiempo o en orden jerárquico o viceversa (...). Resulta claro que la sustancia depende de la forma hasta tal punto que vive exclusivamente a causa de ella y no puede decirse en ningún sentido que tenga existencia independiente" (Prolegómena, 76).

"Si se dice que una misma forma semiótica puede revestir sustancias diversas, es importante entender que (...) sustancia quiere decir sustancia semiótica (...). Es una sustancia semióticamente formada" (Ensayos, 64-65). "No se pregunta si los distintos tipos estructurales" (es decir, las invariantes de la forma) "se manifiestan, sino únicamente si son manifestables y, nota bene, manifestables en cualquier sustancia, sea la que sea. La sustancia no es, por tanto, un supuesto necesario de la forma lingüística, pero la forma lingüística sí es un supuesto necesario de la sustancia" (luego en su relación mutua, que es una determinación, la forma es la constante y la sustancia la variable). "La manifestación, en otras palabras, es una selección" (es decir, una relación cruzada con una determinación) "en la que la forma lingüística es la constante y la sustancia la variable (...). La constante de una manifestación (lo manifestado) puede denominarse, por referencia a Saussure, forma; cuando la for-

ma es un lenguaje, la llamamos esquema lingüístico" (solidaridad, o relación cruzada con interdependencia, entre forma de expresión y forma de contenido). "La variable de una manifestación (el manifiestante) puede denominarse, de acuerdo con Saussure, sustancia; a la sustancia que manifiesta un esquema lingüístico la llamamos uso lingüístico" (suma no funcional entre sustancia de expresión y sustancia de contenido: entidades independientes entre sí, pero afines) (Prolegómena, 150).

"Pese al hecho (inevitable) de que la sustancia refleje la forma semiótica, son varias las sustancias que concurren para manifestar la forma (...). Sería imposible invertir los términos y pretender que una misma sustancia pueda revestir formas semióticas diferentes (...). Para designar la manifestante, sin implicar que esté semióticamente formada, es decir, sin distinguir manifestante semióticamente formada y manifestante no formada semióticamente, que es una noción totalmente diferente, proponemos el término materia" (Ensayos, 65; en "Prolegómena" llama sentido a lo que aquí llama materia). "Hemos acuñado este término" (materia) (...) "para permitir decir que una misma materia (p.ej.: materia fónica, gráfica, etc) puede servir para manifestar formas semióticas diferentes, que es algo distinto y no contradice lo que acabamos de decir. Añadamos, por otra parte, que, so pena de escapar al conocimiento, esta materia debe estar científicamente" (extralingüísticamente) "formada" (Ensayos, 66). La sustancia, por tante, forma parte de la materia (o sentido): es aquella parte de la materia (o del sentido) que está semióticamente formada, es decir, conformada por una forma semiótica a la cual manifiesta.

"Parecería un experimento justificable comparar diferentes lenguas y extraer, o sustraer, el factor común a ellas y común a todas las lenguas (...). Ese factor —si excluimos el principio estructural que implica la función de signo y todas las funciones de ahí deducibles, principio que es, por naturaleza, común a todas las lenguas, pero cuya ejecución es privativa de cada una de ellas—, ese factor, decimos, será una entidad definida solamente por su "tenencia de" función con el principio estructural de la lengua y con todos los factores que hacen a cada lengua diferente de las demás. A ese factor lo llamaremos sentido" (o materia) (Prolegómena, 77). "El sentido" (o materia) "informe que puede extraerse de todas estas cadenas lingüísticas se conforma de modo diferente en cada lengua. Cada lengua establece sus propios límites dentro de la "masa de pensamiento amorfa" (...). Lo que determina su forma son únicamente las funciones de la lengua, la función de signo y las funciones de ahí deducibles. El sentido continúa siendo, en cada caso, la sustancia de una nueva forma, y no tiene existencia posible si no es siendo sustancia de una forma u otra". "Reconocemos por tanto en el contenido lingüístico, en su proceso, una forma específica, la forma del contenido, que es independiente del sentido y mantiene una relación arbitraria con el mismo, y que le da forma" (al sentido) "en una sustancia del contenido (...). Lo mismo puede decirse del sistema del contenido (...). Un paradigma de una lengua y otro correspondiente en otra lengua cubren una misma zona de sentido" (o de materia), "la cual, aislada de esas lenguas, es un continuum amorfo sin analizar, en el que se establecen los límites por la acción conformadora de las lenguas" (Prolegómena, 79). Y lo que acaba de citarse

relativo al proceso y al sistema del contenido es igualmente aplicable al sistema y al proceso de la expresión.

"Del sentido" (o materia) "al que se da forma tal vez podría pensarse a priori que pertenece a lo que es común a todas las lenguas y, por tanto, a la semejanza entre las lenguas, pero eso sería ilusorio; al sentido se le da forma de un modo específico en cada lengua y no hay ninguna conformación universal, sino únicamente un principio universal de conformación. El sentido por sí mismo está sin conformar; por sí mismo no está sujeto a conformación, sino que es simplemente susceptible de conformación, de cualquier conformación, sea la que sea (...). El sentido es, por tanto, en sí mismo inaccesible al conocimiento, puesto que el requisito, puesto que el requisito previo para el conocimiento es el análisis de algún tipo; el sentido sólo puede conocerse a través de una conformación y, así, carece de existencia científica fuera de ésta" (Prolegómena, 109-10).

"No cabe, por tanto, introducir al principio una descripción de la sustancia como base de la descripción de una lengua" (como hace todavía la mayor parte de la lingüística moderna, especialmente la tan difundida fonetología de la escuela lingüística de Praga: Trubetzkoy, Jakobson, etc.). "Por el contrario, la descripción de la sustancia depende de la descripción de la forma lingüística" (Prolegómena, 110). "La "sustancia" (sustancia y materia, o materia que incluye la sustancia) "no puede ser un definiente de una lengua" (Prolegómena, 146): es la forma quien define y delimita una sustancia en el seno de una materia amorfa. "La diferencia entre las lenguas no descansa en su diferente realización de un ~~principio de conformación~~ tipo de sustancia sino en su diferente realización de un principio

de conformación o, en otras palabras, en una diferente forma en presencia de un sentido idéntico pero amorfo" (Prolegómena, 110-1). En definitiva, "la lengua es una forma y (...) fuera de esa forma, en función con ella, está presente una materia no lingüística (...): el sentido. Así como es de la competencia de la lingüística analizar la forma lingüística, corresponde a otras ciencias analizar el sentido (...). Puesto que la formación lingüística del sentido es arbitraria, es decir, no está basada en el sentido sino en el principio concreto de la forma (...), estas dos descripciones --la lingüística y la no lingüística-- deben emprenderse independientemente la una de la otra" (Prolegómena, 111).

"No sólo todo lo que es relacional, sino también todo lo que es correlacional (...) concierne a la forma y es independiente de los hechos materiales de la manifestación" (sentido o materia y sustancia) (Ensayos, 140). "La forma (...) está constituida por las funciones (relaciones sobre el eje sintagmático, correlaciones sobre el eje paradigmático) contraídas por las magnitudes que comportan" (Ensayos, 139). "La prueba de la conmutación permite realizar la distinción fundamental y decisiva entre forma y sustancia. El vínculo entre forma y sustancia es arbitrario del mismo modo que lo es el existente entre contenido y expresión: lo arbitrario del signo se encuentra desdoblado en un arbitrario entre forma y sustancia en cada uno de los dos planos" (Ensayos, 138). "Para comprender bien la multiplicidad posible de las sustancias respecto a la forma semiótica, hay que fijarse en que la regla dada vale para la forma de cada plano considerada aisladamente (...). Conviene recordar a este propósito el carácter arbitrario de la función semiótica (...); este hecho, que revela una

analogía entre la función semiótica y la manifestación (...), significa que una misma forma de contenido puede ser expresada por varias formas de expresión, e inversamente" (: una misma forma de expresión puede ser relacionada con varias formas de contenido) (Ensayos, 66). "En una de las dos entidades que son funtivos de la función de signo, esto es, el contenido, la función de signo instituye una forma, la forma del contenido, que es arbitraria desde el punto de vista del sentido y que sólo puede explicarse por la función de signo y es evidentemente solidaria con ella (...). Lo mismo puede observarse en la otra de las dos entidades que son funtivos de la función de signo, la expresión" (Prolegómena, 82). "La dos entidades que contraen la función --la expresión y el contenido-- se comportan del mismo modo en relación con ella. En virtud de la función de signo, y sólo en virtud de ella, existen sus dos funtivos, que pueden ahora designarse con precisión como forma del contenido y forma de la expresión. Y en virtud de la forma del contenido y de la forma de la expresión, y sólo en virtud de ellas, existen respectivamente la sustancia del contenido y la sustancia de la expresión, que se manifiestan por la proyección de la forma sobre el sentido" (o materia), "de igual modo que una red abierta proyecta su sombra sobre una superficie sin dividir" (Prolegómena, 85).

"Si volvemos ahora al punto de partida, concerniente a la significación más adecuada de la palabra signo, estaremos al fin en condiciones de ver mejor y con más claridad qué es lo que hay detrás de la controversia entre los puntos de vista de la lingüística tradicional" (signo como entidad que señala o denota un referente externo) "y de la lingüística moderna" (signo como solidaridad entre un sig-

nificante y un significado). "Parece cierto que un signo es signo de algo, y que ese algo reside en cierto modo fuera del signo mismo (...). Que un signo sea signo de algo quiere decir que la forma del contenido de un signo puede subsumir ese algo como sustancia del contenido. Igual que antes sentimos la necesidad de usar la palabra sentido, no simplemente del contenido, sino también de la expresión, igualmente aquí, en aras de la claridad, a contracorriente de los conceptos consagrados por el tiempo, cuyas limitaciones se hacen ahora cada vez más evidentes, sentimos el deseo de invertir la orientación del signo: en realidad deberíamos poder decir precisamente, con el mismo derecho, que un signo es signo de una sustancia de expresión" (además de ser igualmente signo de una sustancia de contenido) (...). El signo es, pues —por paradójico que parezca—, signo de sustancia de contenido y signo de sustancia de la expresión. En este sentido es en el que puede decirse que el signo es signo de algo (...). El signo es una entidad con dos caras, con una perspectiva cual la de Jano, en dos direcciones, y con efecto (...) hacia la sustancia de la expresión y (...) hacia la sustancia del contenido" (Prolegómena, 86).

Y así pueda Hjelmslev distinguir entre "signos" --dotados de doble denotación-- y "símbolos" --que denotan un sólo sentido--. "Para decidir hasta qué punto un juego u otros cuasi-sistemas de signos, como el álgebra pura, son o no semióticas, hay que ver si una descripción exhaustiva de los mismos exige operar con dos planos, o si el principio de simplicidad puede aplicarse al punto de que basta con operar en un plano". "Requisito previo de la necesidad de operar con dos planos es que no pueda mostrarse que ambos planos, cuando se establecen hipotéticamente, tienen la misma estructura de prin-

cipio a fin, con una relación de término a término entre los funtivos de un plano y los del otro. Expresaremos esto diciendo que los dos planos no han de ser conformables" (Prolegómena, 157). "Es fácil comprobarlo en el caso de los juegos puros, en cuya interpretación hay una entidad del contenido correspondiente a cada entidad de la expresión (pieza de ajedrez, por ejemplo), de modo que si se colocan hipotéticamente los dos planos, la red funcional será la misma en ambos. Tal estructura, entonces, no será una semiótica, en el sentido dado al término por la teoría lingüística. Dejamos a los especialistas de los diversos campos decidir si, por ejemplo, los llamados sistemas simbólicos de las matemáticas y de la lógica, o ciertos tipos de arte, como la música, han de definirse desde este punto de vista como semióticas o no" (Prolegómena, 158). "Entre los elementos interpretables de un juego y los símbolos isomórficos parece haber una afinidad esencial, en cuanto que ninguno permite la ulterior división en figuras que es característica de los signos" (Prolegómena, 159). "Proponemos el nombre de sistemas simbólicos para denominar aquellas estructuras que son interpretables" (es decir, que se imputa su referencia exterior) "pero no biplanares" (Prolegómena, 158).

Pero volvamos, para terminar, con lo que aquí más nos interesa, la estructura central de la función de signo, tal y como aparece en un decisivo y fundamental artículo publicado once años después de la primera edición de los "Prolegómena", artículo titulado "La estratificación del lenguaje" (en "Ensayos", páginas 47 a 90) --véase la figura seis, infra, página 141-- . Citaremos aproximadamente.

"La definición más fundamental de una lengua es la que consiste en definirla como una forma específica organizada entre dos sustancias: la del contenido y la de la expresión, y en consecuencia

como una forma específica de contenido y de expresión." (Ensayos, 48). "De esta forma hemos llegado a establecer la doctrina conocida como: glosemática que puede ser caracterizada por cuatro rasgos particulares: 1º, el de recomendar como el único adecuado un procedimiento analítico y considerar que la síntesis presupone el análisis; 2º, el de insistir sobre la forma, hasta el presente descuidada en favor de la sustancia; 3º, el de querer comprender en la forma lingüística la del contenido, y no únicamente la de la expresión; y 4º, el de considerar el lenguaje como un caso particular de un sistema semiótico, es decir, de un sistema que comporta planos diferentes y, en el interior de cada plano, una diferencia entre forma y sustancia" (ibid. 49).

"Una de las tesis que vamos a sostener implica una relación análoga entre la sustancia del contenido, la forma del contenido, la forma de la expresión y la sustancia de la expresión, hasta tal punto que si pasamos en el orden indicado (hacia adelante o hacia atrás) de uno de estos cuatro compartimentos al otros, podemos hacer las mismas observaciones para cada recorrido. Parece posible enunciar las leyes que regulan las relaciones entre esas cuatro magnitudes, tomadas dos a dos; leyes que se revelarán igualmente válidas para cualquiera de esas parejas. En consecuencia, parece conveniente disponer de un nombre común para designarlas. Proponemos llamarlas strata" (ibid. 51).

"La distinción entre contenido y expresión es superior a la existente entre forma y sustancia. Precisamente por eso hay que hablar de la "forma del contenido", de la "sustancia del contenido", de la "forma de la expresión" y de la "sustancia de la expresión", mientras que carecería de sentido, por ser inadecuado, hablar de un "contenido

de sustancia", de un "contenido de forma", de una "expresión de sustancia" o de una "expresión de forma". La distinción entre contenido y expresión es la primera encrucijada, la de forma y sustancia la segunda, y la distinción entre forma y sustancia está, por tanto, subordinada a la existente entre los planos" (ibid. 57-8). "De esta suerte, la distinción de planos se inserta sobre la de sustancias, y la segunda distinción saussuriana (entre forma y sustancia) se traducirá no por la simple distinción entre la simple distinción entre la forma semiótica y la sustancia semiótica, sino por la distinción entre la forma del contenido y la sustancia del contenido, de una parte, y por la existente entre la forma de la expresión y la sustancia de la expresión, de otra. No hay función o dependencia inmediata entre la sustancia del contenido y la forma de la expresión (que son entre sí independientes), ni entre la sustancia de la expresión y la forma del contenido (también independientes entre sí), ni por lo demás entra la sustancia del contenido y la sustancia de la expresión (igualmente independientes). En otros términos, la multiplicación de las dos distinciones saussurianas conduce ya a establecer tres clases de strata: 1ª, plano del contenido y plano de la expresión; 2ª, forma del contenido y sustancia del contenido; y 3ª, forma de la expresión y sustancia de la expresión" (ibid. 58).

"Las clases de este estilo se pueden concebir desde el punto de vista sintagmático o desde el punto de vista paradigmático; esto es, como cadenas o como paradigmas, respectivamente. Se impone más la concepción sintagmática, ya que los strata se presentan al análisis inmediato como coexistentes, y en consecuencia la función generadora de una clase de strata es para el análisis inmediato una relación (o

conjunción lógica) entre los strata comprendidos en la clase. Pero para ser completos se impone además concebir los strata como alternantes, esto es, como miembros de un paradigma cuya función generatriz es una correlación. Desde este último punto de vista, los planos parecen ser mutuamente autónomos, mientras que, en el interior de cada plano, forma y sustancia son mutuamente complementarias" (la función de "autonomía" es el cruce de la función de correlación con la función de indeterminación o constelación; la función de "complementariedad" es el cruce de la función de correlación con la función de interdependencia). "Por tanto, las tres clases de strata obtenidas por la multiplicación de las dos distinciones saussurianas se definirían, concebidas como paradigmas, según las siguientes fórmulas: EL PLANO DEL CONTENIDO es AUTONOMO con el PLANO DE LA EXPRESION" (lo que implica entre ambos planos correlación cruzada con indeterminación); "la FORMA DE LA EXPRESION es COMPLEMENTARIA con la ~~FORMA~~ SUSTANCIA DE LA EXPRESION" (lo que implica su interdependencia correlativa); y "la FORMA DEL CONTENIDO es COMPLEMENTARIA con la SUSTANCIA DEL CONTENIDO" (lo que también implica su interdependencia correlativa). (ibid. 58-9).

"Pero si concebimos a los strata como coexistentes, esto es, como partes de una cadena (sintagma) cuya función generatriz es una relación, también desde este punto de vista hay diferencia entre las dos distinciones. La relación que reúne los dos planos (la relación semiótica) es, como es sabido, una solidaridad" (interdependencia cruzada con relación), "mientras que la relación entre forma y sustancia (que se llama manifestación) es una selección" (determinación cruzada con relación), "siendo la sustancia quien selecciona (mani-

fiesta) la forma. Estas definiciones admiten más precisión. Tomadas al pie de la letra se traducirían por las fórmulas: el PLANO DEL CONTENIDO es SOLIDARIO con el PLANO DE LA EXPRESION" (lo que implica su relación y su interdependencia), "y la SUSTANCIA SEMIOTICA SELECCIONA a la FORMA SEMIOTICA" (lo que implica una relación y una determinación). "Pero sabemos por lo que preceda que la segunda fórmula debe escindirse en dos: la SUSTANCIA DEL CONTENIDO SELECCIONA a la FORMA DEL CONTENIDO" (la determina sintagmáticamente), "y la SUSTANCIA DE LA EXPRESION SELECCIONA a la FORMA DE LA EXPRESION" (la determina sintagmáticamente). "Parece cierto que la interdependencia constituida por la función semiótica es de orden netamente sintagmático y que, por este hecho, la relación semiótica debe ser considerada como contrada solamente por la forma del contenido y la forma de la expresión, sin el concurso de las sustancias" (las sustancias intervienen sólo paradigmáticamente, no sintagmáticamente, en la diferenciación de planos, debido a que en el paradigma los planos actúan como variables y en el sintagma como constantes), "de modo que la primera fórmula" (que predicaba solidaridad inter-planos) "será reemplazada por la siguiente, más simple y exacta: la FORMA DEL CONTENIDO es SOLIDARIA con la FORMA DE LA EXPRESION" (lo que implica su relación y su interdependencia) (ibid. 59-60).

"El hecho de que la correlación entre los planos parezca poder definirse como una autonomía" (indeterminación paradigmática: correlación entre variables) "en nada complica la situación: tanto desde el punto de vista sintagmático como paradigmático, los planos contraen únicamente una reciprocidad" (: interdependencia e indeterminación, es decir, función o entre constantes o entre variables), "y no

existe para los planos el conflicto entre lo paradigmático y lo sintagmático que se observa entre forma y sustancia" (paradigmáticamente, la forma es interdependiente con la sustancia —dependencia entre constantes—; sintagmáticamente, la forma está determinada por la sustancia —dependencia entre constante y variable—) (ibid. 60-11)

Conviene, en fin, que apuntemos las notas características que presenta un resumen simplificador de semejante complejidad.

(III,4,a).: MATERIA, SUSTANCIA Y FORMA.— Para cada uno de los planos que componen una semiótica, sus elementos constitutivos o sustancia son el resultado de proyectar una forma (relaciones y correlaciones) sobre la materia informe o amorfa; así, para cada plano, la sustancia es la conformación de la materia por la forma. La materia escapa al análisis científico. Entre forma y sustancia existe una función, llamada manifestación, que es una determinación por la cual la manifestante (la variable determinante), que es la sustancia, determina (manifiesta) a la manifestada (la constante determinada), que es la forma. La sustancia del contenido y la sustancia de la expresión son independientes: carecen de función entre sí y sólo son "afines". Su afinidad viene garantizada por el hecho de que sus ~~formas~~ formas respectivamente manifestadas (forma del contenido y forma de la expresión) contraen entre sí la función de interdependencia. Así, una semiótica es una forma específica (relación de interdependencia entre forma de contenido y forma de expresión) organizada entre dos sustancias independientes: la del contenido y la de la expresión.

(III,4,b).: DUALIDAD DENOTATIVA.— Los sistemas de signos son biplanares, lo que implica la dualidad de sustancias independientes y la no identidad entre las formas respectivamente manifestadas por dichas sustancias, formas interdependientes entre sí. Así, los sig-

nos denotan o señalan dos tipos distintos de referentes: tanto la materia de la expresión como la materia del contenido.⁽³⁶⁾ Por el contrario los sistemas de símbolos presentan identidad entre la forma del contenido y la forma de la expresión, lo que implica la irreductibilidad de los símbolos a figuras subsignificas.

(III,4,c).: ANALOGIA ENTRE SIGNIFICACION Y MANIFESTACION.— Los distintos elementos de una semiótica se organizan en tres parejas de strata que pueden ser teóricamente recorridos en una dirección o en otra (como aparece en la figura seis, página 141) dada la analogía que se establece entre la función de signo y la función de manifestación.

(III,4,d).: CONFLICTIVIDAD DE LA MANIFESTACION.— Así como la función de signo no presenta contradicciones internas dado que tanto desde el punto de vista sintagmático como desde el paradigmático su función generatriz interna es una reciprocidad (sintagmáticamente es una interdependencia o ~~una~~ relación entre constantes; paradigmáticamente, una indeterminación o correlación entre variables); la función de manifestación de la forma por la sustancia, por el contrario, sí presenta contradicciones internas, puesto que si desde el punto de vista paradigmático su función generatriz interna es una correlación de interdependencia, desde el sintagmático es una relación de determinación de la forma por la sustancia.

(IV).: LA FUNCION DE VALOR (HIPOTESIS FINAL).—

Antes de que Baudrillard plantease la analogía entre signo y valor (mercantil) ya lo habían hecho Saussure y ~~Baudrillard~~ Hjelmslev.

En palabras de este último, Saussure "comparó estos valores" (se refiere a los "valores lingüísticos, definidos por las posiciones relativas de las unidades dentro del sistema"; es decir, la forma) "con los de la economía. Lo mismo que una moneda, un billete y un cheque pueden ser manifestaciones o representaciones distintas de un sólo y mismo valor y este valor (...) sigue siendo el mismo sea cual fuere su manifestación, así también las unidades de la expresión lingüística siguen siendo las mismas, independientemente de los signos que las representen, y las unidades del contenido lingüístico" (la forma del contenido, sus figuras invariantes irreductibles) "siguen siendo las mismas con independencia de los significados" (sustancia del contenido) "que las representen" (Ensayos, 36-7). Tiempo después, explicando el hecho de que la forma lingüística está determinada por las sustancias, Hjelmslev escribe: "Para hacerlo ver basta recordar la teoría de los valores establecida por F. de Saussure (...). Considerando únicamente el aspecto exterior del problema podríamos sentirnos inclinados quizá a comparar el valor lingüístico con un valor puramente lógico-matemático (...). Pero la comparación justificada es distinta, como se sabe: la que compara el valor lingüístico no con el valor puramente lógico-matemático, sino con el valor de cambio de las ciencias económicas. Desde este punto de vista, es la forma la que constituye el valor y la constante, y es la sustancia la que contiene las variables, a las que pueden atribuirse diferentes valores según las circunstancias" (Ensayos, 101).

En esta cuarta sección se va a intentar llevar más adelante esta analogía. Para ello debe quedar muy claro que tanto Marx como Ba^udrillard están equivocados cuando analizan el valor como unilateralⁱ

dad: como un valor (absoluto en Marx, de cambio en Baudrillard) que señala o denota una utilidad (esta unilateralidad se añade en Baudrillard a la que le lleva a concebir el signo también como unilateralidad referencial)⁽⁵⁷⁾. Para ver esto se hace preciso atender a la concepción hjelmsleviana según la cual un signo no es algo que apunta, denota o señala hacia una referencia exterior --que sería su verdad o su realidad--, sino que, más bien, si hacia algo apunta o señala, es para denotar dos entidades afines pero distintas: la materia o sentido de la expresión --sonido, grafía-- y la materia o sentido del contenido --la experiencia sociofísica subjetiva, la referencia mundana--: siendo ambos sentidos o materias no la verdad o la realidad del signo sino su precondición amorfa (informe, no conformada todavía). De igual modo, el valor de una mercancía no apunta, señala o denota su utilidad (su verdad o realidad), sino que, más bien, si el valor mercantil apunta o señala algo, es para denotar dos entidades afines pero distintas: el sentido de la producción --es decir, el hecho de que toda producción implica trabajo humano, sea cual sea la forma social de esta producción, generalidad muda que expresa ese "metabolismo entre la humanidad y la naturaleza"-- y el sentido de la utilidad --es decir, el hecho de que todo consumo implica satisfacción de necesidades humanas, sean éstas cuales fueran--. Si una semiótica o sistema de signos es una forma (la función que contraen la forma de una expresión y la forma de un contenido) organizada entre dos sustancias independientes pero afines, por analogía podríamos decir que una "economía" o "sistema de valores" es una forma (la función que contraen las relaciones de producción con las relaciones de utilidad) organizada entre dos sustancias independientes pero

afines: la fuerza de trabajo y la capacidad de consumo de las personas.

Comenzaremos, pues, por desarrollar esta analogía mediante la comparación sistemática entre las figuras cuatro y cinco ⁽²⁾ (que expresan el modelo corregido de la concepción marxista del valor), por un lado, y la figura seis ⁽³⁾ (que expresa el modelo hjelmsleviano de la estratificación semiótica), por otro, esperando con ello llegar a reducir y eventualmente resolver las antinomias que la postura marxista presentaba.

Pero antes de comenzar semejante tarea se hace necesario advertir que, dados los planteamientos nominalistas utilizados hasta ahora, en coherencia con ellos será preciso convenir que si se demuestra la aplicabilidad metodológica de la axiomática de Hjelmslev al modelo del valor mercantil ello implicará que nos hallamos ante algo más que una mera analogía.

(IV, 1).: Analogía conceptual.-

Tanto el signo como el valor son entidades jánicas, bifacéticas: una cara apunta al acto de expresión o de producción (el significante en el caso del signo, el trabajo en el caso del valor) y la otra al contenido o a la utilidad de lo expresado o producido (el significado en el caso del signo, el consumo o uso en el caso del valor).

Y tanto el signo semiótico (a diferencia del símbolo) como el valor de las mercancías (a diferencia del valor de productos no mercantiles) pueden ser reducidos, mediante el análisis, a la descomposición en una serie de elementos subsignicos --en el caso del signo-- o de elementos subvalorativos --en el caso del valor--, distintos para cada plano, de tal modo que a través de la combinación de un

número limitado ("un puñado") de esos elementos subsignícos o subvalorativos pueda llegarse a obtener un número ilimitado de valores o de signos. En el caso del signo, esos elementos subsignícos son las figuras de la expresión y las figuras del contenido (fenemas y sememas, en la terminología ortodoxa); en el caso del valor, el trabajo abstracto y la necesidad abstracta (o trabajemas y utilemas, como también podríamos llamarlos): las "unidades sociales" que combinadas componen el valor.

"Para designar la manifestación (la relación específica entre forma y sustancia) nos servimos del signo "V". Hemos elegido este símbolo para evocar la palabra valor: es posible, en efecto, decir {por analogía con el valor de cambio de las ciencias económicas} que una magnitud dada que pertenece a la forma constituye el valor que, en el sistema semiótico considerado, se atribuye a la magnitud de sustancia que le corresponde y por el cual es manifestada" (Hjelm slev, "La estratificación del lenguaje", en Ensayos, 52).

Así pues, la distinción entre forma y sustancia que se establece en cada uno de los dos planos de una semiótica encontrará su reflejo mercantil en la distinción entre forma y sustancia establecida en ambos planos del valor; en el plano de la producción, la distinción se establecerá entre valor absoluto (forma) y trabajos concretos (sustancia), diciéndose que los trabajos concretos manifiestan (determinan a) ⁽¹⁰⁾ el valor absoluto; y, en el plano del consumo, la distinción quedará establecida entre utilidad absoluta (forma) y consumos concretos (sustancia), diciéndose que los consumos concretos manifiestan (determinan a) la utilidad absoluta.

La correspondencia es, pues, exacta: la sustancia de la expresión se corresponde con los trabajos concretos, la forma de la expresión

sión con el valor absoluto (siendo las figuras de la expresión el trabajo abstracto), la forma del contenido con la utilidad absoluta y la sustancia del contenido con los consumos concretos (siendo las figuras del contenido la necesidad abstracta). La función entre la forma de expresión o valor absoluto y la forma de contenido o utilidad absoluta será una interdependencia (dependencia interconstantes), la establecida entre forma de la expresión o valor absoluto y sustancia de la expresión o trabajos concretos una determinación (dependencia entre constante —forma o valor absoluto— y variable —sustancia o trabajos concretos—), igualmente habrá determinación entre forma de contenido o utilidad absoluta y sustancia de contenido o trabajos concretos (siendo la constante determinada la utilidad absoluta y la variable determinante los consumos concretos), y, por último, habrá independencia o ausencia de función entre la sustancia de la expresión o trabajos concretos y la sustancia del contenido o consumos concretos.

Es preciso señalar el hecho de que el trabajo abstracto carece de utilidad, lo que se corresponde perfectamente con su analogía con las figuras de la expresión, dado su carácter de partículas subvalorativas o subsignificas ("subatómicas") que carecen de correspondencia en el plano opuesto de la economía o la lengua. Y, evidentemente, lo mismo pero a la inversa cabe señalar para el caso de la necesidad abstracta: aquellas partículas subvalorativas que subyacen en el plano del consumo o la utilidad sin correspondencia en el plano opuesto de la mercancía.

Siendo esto así, la magnitud de valor absoluto de una mercancía será la suma o relación de sus trabajemas (de las figuras de ex

presión o trabajo abstracto que contenga); igual que un texto o una cadena lingüística puede partirse o desmembrarse mediante el análisis en sus figuras de expresión componentes, una mercancía puede partirse o desmembrarse mediante el análisis en sus trabajemas (figuras de expresión a trabajo abstracto) componentes; y, en tal caso, la relación (aquella función de dependencia que implica simultaneidad: conexión, coexistencia, conjunción, función "y...y", es decir, función "tanto...como") de sus unidades sociales de trabajo constitutivas o trabajemas (la relación de sus figuras de expresión, la relación de sus unidades de trabajo abstracto) representará la magnitud de valor absoluto de esa mercancía: de ese texto mercantil, de esa cadena o de ese sintagma de trabajemas. Y, como es evidente, exactamente lo mismo se puede decir respecto al plano opuesto de la mercancía: su valor de uso o magnitud de utilidad absoluta será la relación sintagmática (función "tanto...como": simultaneidad, conexión, conjunción, coexistencia) de sus utilemas, de sus figuras de contenido componentes, de la cantidad de necesidad abstracta que atesora. Por tanto, de ello se infiere que el proceso económico hace referencia a las relaciones sintagmáticas entre cadenas de trabajemas interdependientes con cadenas de utilemas.

Y, en virtud de todo lo anterior, sólo cabe por último señalar que el sistema mercantil o paradigma de la economía es la jerarquía de funciones de correlación (de no simultaneidad, de disyunción, alternancia o equivalencia: es decir, la función "o...o" hjelmsleviana) que quedan establecidas entre los trabajemas y entre los utilemas. ⁽⁴⁾ Y ello implica que el valor de cambio de una mercancía consiste en su función de conmutación con otras mercancías: la relación

entre su correlación con otras cadenas de trabajemas y su correlación con otras cadenas de utilemas.

(IV, 2).: Conveniencia de la analogía.—

Al plantear como hipótesis metodológica la analogía entre el modelo conceptual de los sistemas de signos y el de los sistemas de valores mercantiles, tal y como se acaba de enunciar, no se pretende afirmar taxativamente que la economía mercantil sea una semiótica ni mucho menos --aunque tampoco se rechaza la posibilidad de que sea altamente relevante analizarla como si lo fuera—. Propiamente, lo único que se ha pretendido es corregir las antinomias que aparecen en la teoría marxista derivadas de su uso y abuso de la dialéctica hegeliana; ⁽⁴²⁾ corregirlas mediante la traducción de la teoría del valor a una axiomática distinta capaz de explicar razonablemente lo que en la postura marxista aparecía como sin-razón retórica; y traducción que pueda posibilitar el replanteamiento de aquellos problemas decisivos que intuyó la genial perspicacia de Marx.

En todo caso, antes de entrar de lleno en el intento de abordar la superación de las antinomias, parece conveniente considerar some ramente la aplicabilidad empírica de la hipótesis propuesta. Para ello nos vamos a detener ante todo en el muy ilustrativo problema de las diferencias entre la economía capitalista y las demás economías precapitalistas; en este sentido, no se diría sino que la razón proporcional fuera la siguiente:

economía capitalista		sistema de signos
-----	=	-----
economía precapitalista		sistema de símbolos

En efecto, ya hemos visto cómo para Hjelmslev la diferencia entre los signos y los símbolos consiste en que estos últimos no pueden ser analizados en partículas menores y en cambio aquellos sí. La potencialidad expresiva de los signos, por tanto, es infinitamente mayor que la de los símbolos: ilimitada, prácticamente, dado que con un número muy pequeño de partículas subsignificas puede construirse un número enorme, ilimitado casi, de expresiones significas. Y esto no sucede así en los sistemas simbólicos, evidentemente, donde el análisis sólo puede llegar a obtener los símbolos elementales, dotados ya de ambos planos y no descomponibles en elementos más pequeños monoplanares. Así, por ejemplo, ese sistema de símbolos que es una red de semáforos puede ser reducida mediante el análisis a tres símbolos elementales --luz roja, luz verde y luz ambar-- cuya combinación no permite demasiadas posibilidades: y es inútil por imposible intentar analizar cada uno de esos símbolos, en los que coincide el significado con el significante, en más pequeños elementos de expresión carentes de contenido y más pequeños elementos de contenido carentes de expresión cuya recombinación diese lugar a símbolos diferentes.

Pues bien, podría defenderse la postura de que algo semejante ocurre en el campo del trabajo productivo. El trabajo asalariado implica su reductibilidad mediante el análisis (su descomposición, su partición, su desmembración) a una serie de partículas elementales, de unidades sociales de trabajo --el trabajo abstracto--, carentes de utilidad en sí mismas, cuya recombinación puede dar lugar a multitud de mercancías útiles dispares. Así, un sistema de intercambio de mercancías consiste en la combinación de trabajos concretos (útiles) con consumos concretos; pero esos trabajos concretos, en número casi

ilimitado, son todos ellos el resultado de combinar de forma diferencial trabajo abstracto (simple: carente ya de utilidad); y lo mismo dicho para el plano de la producción puede decirse respecto de los consumos concretos para el plano de la utilidad. En definitiva, según el planteamiento marxista, los trabajos útiles son aquellos que producen valor de uso, es decir, que expresan inmediatamente un consumo concreto; sin embargo, en una economía capitalista esta inmediatez desaparece debido a que esos trabajos útiles quedan descompuestos en sus partículas elementales, en un conjunto específico de unidades sociales de trabajo igual, unidades carentes de utilidad inmediata pero cuya recombinación puede dar lugar a productos muy diferentes. Así, el mismo trabajo asalariado es capaz de producir mercancías absolutamente distintas: con un puñado de trabajemas, mediante sus diferentes recombinaciones, es posible producir un número ilimitado de tipos de mercancías.

Muy otra cosa sucede en una economía precapitalista (tal y como Marx las visualiza). Allí los trabajos concretos se intercambian directamente los unos con los otros: el zapatero sólo puede hacer zapatos, el sartenero sartenes y el cocinero comidas de igual forma que el semáforo rojo implica detención, el ámbar precaución y el verde vía libre. Es posible descomponer una economía precapitalista en una serie de tipos de trabajos concretos, cada uno dotado de su utilidad específica, directa e inmediata; pero ya no es posible descomponer esos trabajos útiles y concretos en una suma de unidades de trabajo carentes de utilidad, como era el caso de una economía capitalista, unidades de trabajo cuya recombinación diferencial diese cuenta de todos y cada uno de los tipos de trabajo útil y concreto. Igual que

todas las (infinitas) palabras de un idioma pueden ser obtenidas mediante determinadas re combinaciones de las mismas 30 (aproximadamente) letras de su alfabeto, también todos los (infinitos) tipos de trabajo útil de una economía capitalista pueden ser obtenidos mediante determinadas re combinaciones del mismo trabajo simple; mientras que esto no sucede ni en los sistemas de símbolos ni en las economías precapitalistas, donde los distintos trabajos útiles no son reductibles a un mismo común denominador subyacente. En suma: así como en el capitalismo los trabajos útiles son divisibles, y por tanto multiplicables infinitamente, en una precapitalista los trabajos útiles son indivisibles, y por tanto muy limitadamente multiplicables.

No obstante, esta analogía entre sistemas de símbolos y sistemas precapitalistas de trabajo se detiene (o parece hacerlo) si consideramos la otra condición impuesta por Hjelmslev a un sistema de símbolos: la identidad entre la forma de la expresión y la forma del contenido, es decir, en nuestro caso, la identidad entre las relaciones de producción y las relaciones de utilidad. No cabe duda que para Marx, dada su idealización de las economías precapitalistas, la analogía hubiera seguido siendo válida. Sin embargo, y a pesar de Marx, parece conveniente creer que prácticamente nunca, en ningún tipo de economía, han podido "conformarse" (en términos de Hjelmslev) las relaciones de producción con las relaciones de utilidad. Así, por ejemplo, la división de los trabajos útiles que se establece en el seno de una familia campesina autosubsistente responde a una estructura formal (función del sexo, la edad, la mitología, etc) muy distinta de la que subyace a las dependencias que se establecen entre los productos que utilizan. Más aún; si seguimos con el ejemplo de

la comunidad agrícola familiar autosubsistente, parece claro que los propios trabajos útiles son divisibles en elementos componentes carentes de utilidad: en auténticos trabajemas --muy distintos del trabajo abstracto que estructura al trabajo asalariado capitalista-- cuya recombinação es capaz de dar cuenta de toda la serie de tipos de trabajos útiles que consume dicha comunidad; al fin y al cabo, con un puñado de trabajadores --los miembros de la familia en disposición física de trabajar-- se puede llegar a obtener un número muy grande de trabajos útiles diferentes. Y lo que acaba de señalarse para una comunidad familiar campesina parece aplicable con las especificaciones necesarias a prácticamente todas las demás relaciones de producción históricamente existentes --al margen de las idealizaciones "comunistas", prehistóricas o posthistóricas--. Con lo cual podría desvanecerse el mito de la radical diferencialidad capitalista; de ser esto así, podría pensarse simplemente que cada sistema económico, precapitalista, capitalista o postcapitalista, consiste sencillamente en una diferente forma específica (relaciones de producción y relaciones de utilidad), organizada entre dos materias comunes pero amorfas: la necesidad de trabajar o producir y la necesidad de consumir. Lo cual, de todos modos, sigue siendo una afirmación considerable como marxista. Pero convendría resaltar lo improbable de la existencia empírica de identidad de forma de la producción y forma de la ~~manera~~ utilidad: siempre los trabajos ~~abstractos~~ útiles y concretos han estado organizados de una determinada forma, más o menos abstracta, y siempre se les puede considerar como una determinada recombinação diferencial de ciertos trabajemas, específicos a cada sistema. Y, así, el intercambio directo e inmediato entre trabajos concretos, ~~manera~~

no mediado por abstracción alguna, parece más un mito marxista que otra cosa.

Por ello, parecerá más útil comparar las economías capitalistas con las escrituras alfabéticas y las economías precapitalistas con las escrituras ideográficas. En efecto, pensemos en el tópico que corre según el cual la economía capitalista es la primera basada en el valor de cambio, mientras que todas las previas a ella lo estaban en el valor de uso. Pues bien, si seguimos utilizando la misma analogía, no otra cosa sucede respectivamente con las escrituras ideográficas y alfabéticas. Pensemos en el hecho de que, así como la escritura alfabética se basa en el intento de analizar la expresión (en el intento de reflejar gráficamente las figuras o partículas subsígnicas que subyacen al plano de la expresión), la ideográfica, por el contrario, lo hace en el intento de analizar el contenido (en el intento de reflejar gráficamente las figuras o partículas subsígnicas que subyacen al plano del contenido), por groseros y precientíficos que fuesen semejantes intentos. Paralelamente, pues, podría afirmarse que los trabajos concretos de las economías precapitalistas estaban organizados con arreglo a las invariantes presentes en el plano de la utilidad, mientras que en las capitalistas lo están con arreglo a la forma de la producción: al valor absoluto de las mercancías producidas al margen de su utilidad. Si tenemos en cuenta que la escritura alfabética se impuso --entre otras razones históricas-- debido a su "economía expresiva", es decir, al hecho de que con un número muchísimo menor de figuras de la expresión (las letras del alfabeto frente a la relación de ideogramas) se podían significar mayores multiplicidades de contenido, podremos llegar a considerar la idea de que una de las

muchas razones por las cuales el capitalismo llegó mundialmente a imponerse fuera precisamente la de su "economía expresiva" (estableciéndose el paralelo entre los trabajos artesanales y los ideogramas, por una parte, y entre el trabajo asalariado y el alfabeto por otra). Fuera como fuese, el hecho es que, en ambos casos, existe abstracción del trabajo --de la misma forma que tanto alfabetos como ideogramas implican abstracción de la expresión--, sólo que en grados diferentes: siendo el trabajo asalariado más abstracto --más reductible a menor número de figuras invariantes-- que el artesano, el siervo o el esclavo.

Para este tipo de problemas lo esencial es la distinción entre forma y sustancia: tanto en el plano del trabajo o la producción como en el plano del consumo o la utilidad. Llamaremos forma de la producción (relaciones de producción) a la jerarquía de relaciones y correlaciones (determinaciones, interdependencia e indeterminaciones) con arreglo a las cuales se estructuran los trabajos concretos (trabajos concretos que componen la sustancia de la producción), diciendo que los trabajos concretos manifiestan (determinan) la forma de la producción (las relaciones de producción); y por otra parte, al mismo tiempo, llamaremos forma de la utilidad (relaciones de utilidad) a la jerarquía de relaciones y correlaciones (determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) con arreglo a la que se estructuran los consumos concretos (consumos concretos que componen la sustancia de la utilidad), diciendo que los consumos concretos manifiestan (determinan) la forma de la utilidad (las relaciones de utilidad); de modo que, en cada plano, una misma forma determinada (distinta para cada plano) puede ser manifestada por una multiplicidad

de sustancias diversas.

Consideremos el ejemplo que se expuso páginas atrás. ¿Qué tipo de funciones se establecen entre un clavo, un martillo y unos alicates? Podría parecer que el clavo es la constante y tanto martillo como alicates son las variables, porque tanto uno como otro pueden ser utilizados con el mismo clavo. Sin embargo esto no es así, porque lo que cuenta no es el objeto en sí considerado, sino el consumo concreto que se haga de dicho objeto. Y, así, el consumo concreto que se hace del clavo al clavarlo con el martillo no es el mismo que el que se hace del mismo clavo cuando es extraído mediante los alicates. Por el contrario, una multiplicidad de distintos clavos puede ser clavada mediante el mismo martillo; y una multiplicidad de clavos distintos pueden ser extraídos mediante los mismos alicates; lo que implica que el martillo es la constante y los clavos clavados son la variable, y que los alicates son la constante y los clavos extraídos las variables; y, por ello, la relación (puesto que hay simultaneidad: clavar un clavo implica tanto al martillo como al clavo y extraer un clavo implica tanto los alicates como el clavo) que se establece entre martillo y clavos al clavarlos, y la que se establece entre alicates y clavos al extraerlos, es una determinación, donde los clavos al clavarlos determinan al martillo y los clavos al extraerlos determinan a los alicates (en términos hjelmslevianos la función sería una selección --determinación sintagmática--: los clavos seleccionan tanto al martillo como a los alicates según sean clavados o extraídos, siendo los clavos los seleccionantes y el martillo o los alicates los seleccionados); por último, la función que se establece entre martillo y alicates es una correlación (puesto que frente a los clavos no

pueden ser usados simultánea sino alternativamente: o los clavan o los extraen) y una interdependencia dado su mutuo carácter de constantes (es decir, en términos hjelmslevianos martillo y alicates son complementarios entre sí: contraen una interdependencia paradigmática), mientras que, por su parte, las funciones que contraen los distintos clavos entre sí son también correlaciones (puesto que frente al martillo o frente a los alicates no pueden ser usados simultánea sino alternativamente: o se clava este clavo o se clava aquel, o se extrae este clavo o se extrae aquel, en todo caso uno tras otro, muca dos a la vez) pero además indeterminaciones esta vez, dado su común carácter de variables (es decir, en términos hjelmslevianos los clavos son autónomos entre sí: contraen una indeterminación paradigmática). Semejante tipo de análisis hjelmsleviano (realizado de acuerdo a cuanto se contiene en los epígrafes III,1 y III,2 --véase, supra, páginas 58 a 69--) podría --y debería-- extenderse a todos los consumos concretos que establecen funciones de dependencia con clavos, martillos y alicates; y, más allá todavía, a toda la trama de consumos concretos que componen la sustancia del plano de la utilidad. Así, una vez obtenidas las funciones de dependencia (relaciones y correlaciones; determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) que sistematizan y encadenan los consumos concretos, nos hallaríamos en presencia de la forma de la utilidad (relaciones de consumo o de utilidad).

Pues bien, este mismo tipo de análisis, que acabamos de ver aplicado sobre la sustancia de la utilidad (sobre los consumos concretos) a fin de obtener su forma abstracta (relaciones de utilidad), puede y debe ser aplicado sobre la sustancia de la producción (sobre los trabajos concretos) a fin de obtener su forma abstracta (relaciones

(111)

de producción). ¿Qué tipo de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones cruzadas con determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) son las que contraen entre sí todos y cada uno de los trabajos concretos?: eso es lo que todavía está por analizar. Y aquí cabe vislumbrar la posibilidad de que Marx cometiese un error de base al considerar como lo hizo que, en régimen capitalista, todos los trabajos concretos eran reductibles al mismo trabajo abstracto. Traducido el problema a la axiomática introducida, la pregunta se plantearía en el modo siguiente: ¿es que la divisibilidad de los trabajos concretos llega hasta el punto de obtenerse una sola figura de la expresión productiva, un solo trabajema --la unidad social de trabajo abstracto--, una sola clase de partículas subvalorativas en el plano del trabajo?. De ser esto así, el famoso "puñado" de figuras de la expresión (los tradicionales fonemas) mediante cuya recombinación se pueden construir infinitas cadenas de contenido, en las semióticas lingüísticas, habría quedado reducido, para el caso de una economía capitalista, a un único elemento ("el" trabajema unitario) en vez de a un puñado de ellos (como si se tratase, hablando metafóricamente, de un alfabeto que contase con una sola letra, un solo fonema o un sólo grafema).

No parece aquí --como más adelante se verá⁽⁴³⁾ sino que Marx hubiese confundido --o no hubiese sabido distinguir-- lo que según la axiomática introducida llamaremos materia o sentido del trabajo, sustancia del trabajo y forma del trabajo. Y esta confusión pudo venirle procedente de una doble vía. Por un lado su naturalismo feuerbachiano ("materialismo vulgar", del que nunca se libró del todo



le impulsó a considerar sólo como trabajo al (mal) llamado "trabajo productivo" --despreciando con ello una serie de acciones que deben estar presentes como condición necesaria en la producción de toda mercancía: decisiones, elecciones, análisis, informaciones, proyectos, vigilancias, controles, organizaciones, reglamentaciones, cronometraciones, etc, etc--. Y, por otro lado, su exagerado respeto a los análisis más clásicos de la economía política (Ricardo, sobre todo) le impidió profundizar en la relación social que existe tras la mercancía monetaria, siendo incapaz de ir más allá de su mero fenómeno --sobre esto se intentará profundizar en el epígrafe próximo--: si todos los trabajos concretos y todos los consumos concretos parecen poder traducirse por el mismo dinero⁽⁴⁾ (dinero que no es sino un "sistema monosimbólico", en el sentido hjelmsleviano: identidad de forma de la expresión --signos monetarios-- y forma del contenido --valores monetarios--; y reductibilidad de todas las expresiones monetarias a cadenas de un sólo símbolo --al margen de las diversas sustancias que lo manifiestan--: la unidad aritmética), ¿cómo no creer, en tal caso, que también el trabajo abstracto pueda ser reducido al simple encadenamiento de "algo" en forma de unidad aritmética, capaz por tanto de encadenarse con arreglo a la serie natural de los números? --y, así, Marx repitió el error de los economistas clásicos--.

Para dilucidar si Marx acertó o se equivocó al creer que todo el trabajo abstracto era idéntico (que todos los trabajos eran reductibles a la misma unidad aritmética), lo más útil, como antes se señaló, es aplicar el análisis hjelmsleviano a los empíricos trabajos concretos: buscar sus relaciones y corelaciones, las determina-

ciones, interdependencias e indeterminaciones que contraen unos con otros. Ello implica, evidentemente, dividir el depósito total de trabajos concretos, presentes en una economía dada, en clases de trabajos concretos relacional o correlacionalmente dependientes, esas clases en subclases, etc, hasta llegar a sus formas elementales. Sólo de es te modo podrá explicitarse el papel que juegan esos hechos insuficientemente analizados por los conceptos de propiedad, dirección, gerencia, control, etc, conceptos que hacen referencia en definitiva a clases de actos presentes en la sustancia de la producción. De igual manera, esas "contradicciones dialecticas" (!) que oponen el trabajo intelectual al manual, el capital fijo o constante al variable, el trabajo improductivo al productivo, etc, sólo podrán "resolverse" cuando los fenómenos a que hacen referencia sean analizados en términos de funciones de dependencia (de forma análoga a como se dice que las ~~mmmm~~ consonantes determinan a las vocales --!luego no todos los fonemas son iguales!-- puesto que las primeras son variables y las segundas constantes al encadenarse silábicamente). Y parece poder intuirse que, una vez realizada semejante tarea de análisis --ta rea imposible de llevar a cabo aquí--, no aparecerá como resultado una sola clase de trabajemas (una sola unidad aritmética de trabajo abstracto), sino "un puñado" de ellas categorialmente diferenciadas. Y aunque ello, en definitiva, no modifica en nada los modelos conceptuales con que estamos trabajando --el trabajo abstracto o figuras de la expresión productiva seguirá siendo trabajo abstracto: bien conste de un sólo trabajema, bien de varios--, sin embargo puede tener repercusiones incalculables para el análisis económico (a modo de ejemplo entre mil otros posibles, mediante el análisis propuesto

sería posible comparar exactamente las relaciones de producción (mal) llamadas socialistas con las capitalistas en términos de las funciones de dependencia que contraen unos actos productivos --propiedad, dirección, gerencia, control, "trabajo productivo" propiamente dicho, etc-- con otros).

Por ello, en lo que sigue, se hablará, en plural, de "trabajemas", o clases de trabajemas, de modo que pueda ser interpretado: tan to de forma "ortodoxa" --considerando que todas las clases de trabajemas son reductibles a una sola-- como al modo hjelmsleviano --con siderando que existe "un puñado" de trabajemas diferenciados--, sin que nada implique, en uno u otro sentido, la resolución de la cues tión.

(IV, 3): Significación de la función de valor.--

Podrá recordarse que en la primera sección quedó expresado (I, 9: página 26) cómo el problema de Marx era identificar qué era lo que había detrás del fenómeno valor de cambio, y cómo, por ello, nuestro problema es identificar qué es lo que hay detrás del fenómeno "valor absoluto": concepto introducido por Marx para explicar el va lor de cambio. Si una mercancía dada puede ser intercambiada mediante determinado valor de cambio, ello es debido a que esa mercancía presenta valor absoluto: ¿cómo se traducen estos conceptos en la axiomática que se ha introducido?

En terminología hjelmsleviana, "mercancía" se traducirá por "texto": cadena o sintagma de figuras de la expresión y figuras del contenido. Una mercancía, pues, es una entidad realmente existente

que puede ser analizada (dividida, partida, desmembrada) en elementos formalmente existentes, bien respecto al plano de la producción (trabajemas o figuras de la producción), bien respecto al de la utilidad (utilemas o figuras de la utilidad): y ello de tal modo que la "forma de la producción" de tal mercancía (su valor absoluto) sea la jerarquía de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones) que contraen entre sí sus trabajemas; y que la "forma de la utilidad" de tal mercancía (su utilidad absoluta) sea la jerarquía de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones) que contraen entre sí sus utilemas.

Recordemos ahora el !eureka! de Marx en el primer capítulo de "El capital": "La fuerza de trabajo humana en estado líquido, o el trabajo humano" (abstracto), "crea valor" (absoluto), "pero no es valor. Se convierte en valor al solidificarse, al pasar a la forma objetiva. Para expresar el valor de" una mercancía "como una gelatina de trabajo humano" (abstracto), "es menester expresarlo en cuanto "objetividad" que, como cosa, sea distinta de" esa mercancía misma, "y a la vez común a" ella "y a otra mercancía. El problema ya está resuelto" (CP, 63).

La intuición de Marx --a pesar de que luego la estropee al desarrollarla a la hegeliana-- es sutil y estupenda, genial y desmesurada, incalculablemente prometedora. El valor absoluto de una mercancía es la objetivación del trabajo abstracto contenido en ella; pero semejante objetivación no reside en ella misma, sino fuera de ella: en el plano opuesto de la función de valor y en otra mercancía: ⁽⁴⁵⁾ en la utilidad de otra mercancía. Esto, traducido a la nueva axiomática que hemos introducido, se expresa de la siguiente manera: la forma

de la producción (valor absoluto) de una mercancía (texto o cadena) sólo puede ser identificada mediante la contextualidad de su forma de utilidad (utilidad absoluta) en el plano opuesto de la economía, es decir, mediante las correlaciones que su forma de utilidad contrae con las formas de utilidad de otras mercancías. Es la famosa prueba de la conmutación hjelmsleviana: la identidad de una forma reside en el plano opuesto de una lengua, en las correlaciones contextuales que contrae su forma opuesta; dado un texto, la identidad de su forma de expresión reside en las correlaciones contextuales que contrae su forma de contenido, y, a la inversa, la identidad de su forma de contenido reside en las correlaciones contextuales que contrae su forma de expresión --y esto no es otra cosa que el mismo eureka de Marx: el valor absoluto de una mercancía queda objetivado por las correlaciones contextuales que en el plano opuesto contrae su utilidad absoluta, y, a la inversa, la utilidad absoluta de una mercancía queda objetivada por las correlaciones contextuales que en el plano opuesto contrae su valor absoluto--.

Repitamos ahora una cita de Hjelmslev: "En una de las dos entidades que son funtivos de la función de signo, este es, el contenido, la función de signo instituye una forma, la forma del contenido, que es arbitraria desde el punto de vista del sentido y que sólo puede explicarse por la función de signo y es evidentemente solidaria con ella (...). Lo mismo puede observarse en la otra de las dos entidades que son funtivos de la función de signo, la expresión." (Prolegómena, 82). "Las dos entidades que contraen la función --la expresión y el contenido-- se comportan del mismo modo en relación con ella. En virtud de la función de signo, y sólo en virtud de ella, e

xisten sus dos fúntivos, que pueden ahora designarse con precisión como forma del contenido y forma de la expresión" (Prolegómena, 85). Si traducimos lo que antecede al contexto de las mercancías obtendremos cuanto sigue. Las dos entidades que contraen la función de valor --el producto y la utilidad-- se comportan del mismo modo en relación con ella. En virtud de la función de valor, y sólo en virtud de ella, existen sus dos términos, que pueden ahora designarse como forma de la utilidad o utilidad absoluta y forma de la producción o valor absoluto. En una de las dos entidades que son términos de la función de valor, la utilidad, la función de valor instituye una forma, la forma de la utilidad o utilidad absoluta, que es arbitraria desde el punto de vista de las necesidades humanas (materia o sentido de la utilidad) y que sólo puede explicarse por la función de valor y es evidentemente solidaria con ella (solidaridad: interdependencia y relación sintagmática). Lo mismo puede observarse en la otra de las dos entidades que son términos de la función de valor, la producción. En ella, la función de valor instituye una forma, la forma de la producción o valor absoluto, que es arbitrario desde el punto de vista de la fuerza productiva del trabajo (materia o sentido de la producción) y que sólo puede explicarse por la función de valor y es evidentemente solidaria con ella.

Pero el valor absoluto (forma de la producción) no sólo es arbitrario (independiente) respecto a la fuerza productiva del trabajo (materia o sentido de la producción) --y la utilidad absoluta o forma de la utilidad no sólo es arbitraria e independiente respecto a las necesidades humanas o materia-sentido de la utilidad--, sino que la misma relación sintagmática entre forma de la producción y forma

de la utilidad (presencia simultánea en las mercancías de su valor absoluto y su utilidad absoluta) es también arbitraria --sólo que en este caso semejante arbitrariedad no es una independencia, sino una interdependencia--. La forma de la producción es arbitraria respecto a la forma de la utilidad, como ha puesto de manifiesto toda la tradición semiótica desde Saussure hasta ahora. Esta arbitrariedad indica que la forma de la producción no puede ser deducida de la forma de la utilidad, ni ésta deducida de aquella (si fueran deducibles una de otra no estaríamos ante un sistema biplanar sino ante un mero sistema de símbolos monoplanar). La función de valor las instituye a ambas como distintas: solidarias, eso sí (relación sintagmática de interdependencia: ambas formas distintas coexisten, o están simultáneamente presentes, sobre las mercancías), pero irreducibles la una a la otra.

Pensemos en ciertos textos arqueológicos que se conservan perfectamente analizados pero que no se los sabe interpretar: se conoce su forma de la expresión, pero se ignora por completo su forma del contenido, que no puede ser deducida de aquella. Bastaría --como muchas veces ha ocurrido-- que gracias a otros textos distintos conociésemos el significado o contenido de una sola expresión, para que inmediatamente pudiésemos reconstruir toda la forma del contenido, gracias a la prueba de la conmutación.

Pues bien, lo mismo sucede en un sistema de intercambio de mercancías con el dinero. La forma de la producción es interdependiente con la forma de la utilidad, pero ambas son irreducibles la una a la otra. Por ello, dada una de las formas resulta imposible a partir de ella deducir la otra. Sin embargo, basta que identifiquemos el

contenido, es decir, la utilidad, de un sólo elemento del plano de la producción, para que de un sólo golpe deduzcamos toda la forma de la utilidad: y de ello se encarga el dinero. Así, el dinero es un shifter (elemento intermediario entre código y mensaje, según Jakobson; aquí es utilizado el término en el sentido indicado de elemento —real o virtual— de transformación entre la forma de utilidad y la forma de producción): el shifter que suple la arbitrariedad de la función de valor por la que está supuesto. ⁽⁴⁷⁾ Y dado que la función de valor es la constante y el shifter monetario la variable (puesto que la existencia del shifter presupone la existencia de la función de valor), diremos que el dinero —el shifter monetario— determina a la función de valor (en terminología hjelmsleviana, "presuponer" es sinónimo de "determinar": si A presupone B, es que B es condición ne cesaria para que exista A, luego B es constante y A variable, de donde A determina a B). La función de valor es la determinada, el shifter monetario es la determinante y la función de valor está determinada por el shifter. A la función cuyos funtivos son el shifter monetario (dinero, precio) y la función de valor (valor de cambio), podemos llamarla "preciación", siendo el shifter la variable "preciante" y la función de valor la constante "preciada"; talpreciación es una selección (: relación sintagmática de determinación, análogamente a la manifestación entre forma y sustancia), donde el precio selecciona (determina sintagmáticamente) al valor. Por ello, un mismo valor puede ser seleccionado ("preciado") por precios diferentes --mientras que el supuesto inverso, cuando aparece un mismo precio para valores diferentes, ya no hace referencia a la relación sintagmática entre

shifter y función de valor, sino a su correlación paradigmática, que ya no será una determinación, como en el caso del punto de vista sintagmático, sino una indeterminación, es decir, una autonomía (correlación paradigmática de indeterminación); así, parece haber conflicto entre el punto de vista sintagmático (donde precio y valor contraen una "selección": una determinación) y el paradigmático (donde precio y valor contraen una "autonomía", una indeterminación); todo ello de modo análogo a cuanto ocurre en la manifestación: función que contraen la forma y la sustancia en cada plano por separado--.

Pero volvamos al objeto del presente epígrafe, que es la función de valor (relación de interdependencia sintagmática entre valor absoluto y utilidad absoluta) tal como se presenta en las mercancías. Ya vimos (supra, página 115) cómo el valor absoluto de una mercancía es la jerarquía de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones) que contraen sus trabajemas y, paralelamente, en el plano opuesto de la economía, la utilidad absoluta de dicha mercancía será la jerarquía de funciones de dependencia (relaciones y correlaciones) que contraen sus utilemas. Ahora bien; según quedó expuesto en la figura cuatro (página 139), el paso desde el valor absoluto hasta la utilidad absoluta o viceversa se realiza a través de tres conceptos derivados: magnitud de valor absoluto, valor de cambio y valor de uso o magnitud de utilidad absoluta. Traduzcamos ahora estos conceptos a la axiomática hjelmsleviana introducida.

Llamaremos magnitud de valor absoluto de una mercancía a la jerarquía de relaciones sintagmáticas que contraen entre sí sus trabajemas (confróntese con los comentarios que hicimos acerca del concepto marxista de magnitud de valor como "relación de sus unidades socia

les de trabajo abstracto"; supra, I,7: página 18). Paralelamente, el valor de uso o magnitud de utilidad absoluta de esa mercancía se rá la jerarquía de relaciones sintagmáticas que contraen entre sí sus utilemas. Adviertase la diferencia entre los conceptos de valor absoluto y utilidad absoluta, por un lado, y los conceptos de magnitud de valor absoluto y valor de uso o magnitud de utilidad absoluta, por otro; los dos primeros (valor absoluto y utilidad absoluta) implican formas globales (respectivamente: forma de la producción y forma de la utilidad), es decir, formas consideradas tanto sintagmática como paradigmáticamente (formas globales, pues, que incluyen tanto relaciones como correlaciones); mientras que los otros dos conceptos (magnitud de valor absoluto y valor de uso o magnitud de utilidad absoluta) implican sólo formas sintagmáticas (respectivamente: la cadena o sintagma de sus trabajemas y la cadena o sintagma de sus utilemas), cuya única función generatriz es la relación (conjunción, conexión, coexistencia: simultaneidad de presencias o función "tanto...como").

Y, por el contrario, el valor de cambio de una mercancía será su conmutabilidad, es decir, la relación sintagmática que contraen su forma paradigmática de producción y su forma paradigmática de utilidad. Dicho de otra forma: la relación que contraen las correlaciones de sus trabajemas con las correlaciones de sus utilemas, de acuerdo con la función de conmutación (véase, supra, III,3: páginas 75 y 78). La función esencial es, pues, la correlación: disyunción, alternancia, equivalencia: alternatividad de presencias o función "o...o". Los utilemas que componen esa mercancía son equivalentes

(intercambiables, correlacionables, conmutables) a otros utilemas que no estén presenten en esa mercancía; la propia mercancía, su forma de utilidad, es equivalente (intercambiable, correlacionable, conmutable) a la forma de utilidad de otras mercancías; por ello, la jerarquía de equivalencias o correlaciones que contraigan sus utilemas (con los utilemas de otras mercancías), será su forma paradigmática de utilidad (forma correlativa de utilidad, forma equivalente de utilidad). Paralelamente, los trabajemas que compongan esa misma mercancía serán también equivalentes (intercambiables, correlacionables, conmutables) a otros trabajemas que no estén presentes en esa mercancía; la propia mercancía considerada como forma de producción será equivalente (intercambiable, correlacionable, conmutable) a la forma de producción de otras mercancías; y, por ello, la jerarquía de equivalencias o correlaciones que contraigan sus trabajemas (con los trabajemas de otras mercancías), será su forma paradigmática de producción (forma correlativa de producción, forma equivalente de producción). Pues bien, entre ambas formas paradigmáticas (formas correlativas, formas equivalentes), la de producción y la de utilidad, se establece una función —la función de valor—, función que es una solidaridad (relación sintagmática de interdependencia^{den}) y que llamaremos valor de cambio o conmutabilidad. Y, con ello, hemos logrado eliminar toda la retórica hegeliana que contaminaba la "forma relativa de valor o forma de equivalente" en el modelo conceptual de Marx.

Insistamos —para aclarar la comparación entre la figura cuatro y la seis— que, dada una mercancía, las funciones globales que contraen sus trabajemas constituyen su valor absoluto; las funciones

globales que contraen sus utilemas, su utilidad absoluta; las funciones sintagmáticas (relaciones o coexistencias) que contraen sus trabajemas, su magnitud de valor absoluto; las funciones sintagmáticas (relaciones o coexistencias) que contraen sus utilemas, su valor de uso o magnitud de utilidad absoluta; y la solidaridad (interdependencia sintagmática) entre las funciones paradigmáticas (correlaciones o equivalencias) que contraen sus trabajemas y las funciones paradigmáticas (correlaciones o equivalencias) que contraen sus utilemas, su valor de cambio o conmutabilidad.

Con ello, tras las dos primeras distinciones que veíamos en toda economía --primera distinción: entre plano de la producción y plano de la utilidad; segunda distinción: entre formas (de la producción y de la utilidad) y sustancias (de la producción y de la utilidad)--, nos aparece, ahora, una distinción tercera: la que queda establecida entre la sintagmática de la economía (las magnitudes de la producción y de la utilidad) y la paradigmática de la economía (las conmutaciones o solidaridades entre los paradigmas de la producción y los paradigmas de la utilidad), es decir, entre el proceso económico (sintagmática) y el sistema económico (paradigmática): siendo el proceso sintagmático quien determina al sistema paradigmático de la economía. (18)

(IV, 4).: Manifestación del trabajo alienado.--

Tras haber eliminado (¿"superado"?) las "contradicciones retóricas" que Marx estableció entre el valor absoluto y el valor de uso (transformación del día en la noche, del cielo en la tierra, de lo blanco en lo negro y del bien en el mal) mediante la prueba de la

conmutación hjelmsleviana, bueno será que ahora se intente hacer lo mismo con las igualmente retóricas contradicciones que también estableció Marx entre el trabajo abstracto y los trabajos concretos. De hecho, Marx dibuja un constante paralelo entre ambas parejas de conceptos, uno de cuyos miembros es "el bueno" (los valores de uso y los trabajos concretos) y el otro "el malo" (el valor absoluto y el trabajo abstracto); por lo demás, la analogía es total: transformación de cualidad ("buena") en cantidad ("mala"), de Heterogeneidad ("buena") en homogeneidad ("mala"), de multiplicidad ("buena") en unidad ("mala"), de diversidad ("buena") en igualdad ("mala"), de realidad concreta ("buena") en realidad abstracta ("mala"), etc. Por ello, no es extraño que, para él, la alienación del trabajo consista en la transformación del valor de uso ("bueno") de la fuerza de trabajo en su valor de cambio ("malo"). En suma: las relaciones que se establecen entre el valor absoluto y el valor de uso (que acabamos de analizar como función de valor que contraen la forma de la producción y la forma de la utilidad) son las mismas que se establecen entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto (que vamos a analizar a continuación como manifestación de ~~manifi~~ la forma de la producción por la sustancia de la producción). Por ello, no ha de extrañarnos nada que también Hjelmslev establezca analogías (aunque no totales) entre la función de signo (dependencia entre la forma de la expresión y la forma del contenido) y la manifestación (dependencia entre la forma y la sustancia), como ya vimos (supra, III,4,c y III,4,d: página 95). Esperemos que la traducción del problema del trabajo alienado a la axiomática hjelmsleviana nos permita no sólo eliminar la retórica hegeliana sino "acabar" también con la alienación.

Porque, de hecho, la problemática del trabajo alienado constituye lo que podríamos llamar "contradicción fundamental" de la teoría marxista del valor, base de toda su obra: lo demás --explotación, plusvalía, revolución, etc--, surge de aquella. ¿Por qué el trabajo asalariado es trabajo alienado?: en II,1 y II,2 (véase, supra, páginas 27 a 43) expusimos los fundamentos hegelianos de la alienación --igualación, abstracción, separación, inversión--; falta, ahora, resolver las antinomias que presenta tal problemática mediante su traducción^{uc} a la axiomática hjelmsleviana introducida.

El núcleo del problema se encuentra en el concepto del trabajo abstracto, como Colletti ha demostrado a la perfección. Y, respecto a ello, no parece sino que Marx haya confundido la forma del trabajo con su materia o sentido: que no haya sabido distinguir con claridad ambos conceptos.⁽⁴⁹⁾ Si recordamos las citas (véase, supra, I,3 y I,4: páginas 5 a 10), recordaremos que Marx habla, en efecto, de que todo trabajo en toda formación social presenta utilidad --y esto sería la materia o sentido del trabajo--; pero que tal universalidad humana es una generalidad muda puesto que, al ser heterogéneos entre sí los valores de uso producidos por el trabajo útil, también deben ser heterogéneos entre sí los distintos trabajos útiles que se producen en cada formación social --y los trabajos útiles serían la sustancia del trabajo--; pues bien, en este sentido, las formaciones sociales capitalistas imponen una división social de los trabajos útiles basada en la igualación abstracta de éstos, lograda cuando se hace abstracción de su concreta y heterogénea utilidad --y esto sería la forma del trabajo--.

Un primer problema se plantea por el hecho de que, para diferen

ciar entre sí las tres clases distintas de trabajo (universal, concreto y abstracto), Marx recurre a la "naturalidad" de la utilidad. Ya hemos visto en Baudrillard la crítica que puede y debe hacerse a la concepción marxista de necesidades humanas y de utilidad (véase, supra, II,3 y II,4: páginas 43 a 57). El trabajo no es útil "por naturaleza", sino que su carácter de trabajo le adviene contextualmente y su carácter de utilidad igual: todo trabajo es trabajo sólo en la medida de las relaciones y correlaciones que mantenga con otros trabajos; y, al margen de ello, todo producto es útil sólo en la medida de las relaciones y correlaciones que mantenga con otros productos útiles. Y esa (doble) contextualidad nunca es "natural" sino siempre "social".

Por otro lado, cuando Marx afirma que todo trabajo es útil en toda formación social (es decir, cuando se refiere a la materia o sentido del trabajo), ¿de qué utilidad está hablando: de la materia o sentido de la utilidad, de la sustancia de la utilidad o de la forma de la utilidad?: cabe inferir que de su materia o sentido. Y con ello podemos llegar, de acuerdo con los planteamientos hjelmslevianos, a la conclusión de que la materia o sentido del trabajo es afín a la materia o sentido de la utilidad, pero nada más, puesto que ambas entidades son entre sí independientes (es decir, no contraen entre sí ninguna clase de función de dependencia). Ahora bien: si la materia o sentido de la utilidad es independiente de la materia o sentido del trabajo, ¿cómo es posible que Marx diferencie las tres clases de trabajo en función de su utilidad?: parece que tales ambigüedades pueden quedar resueltas si se utiliza la axiomática hjelmsleviana.

La materia o sentido del trabajo no puede ser el trabajo útil común a todas las formaciones sociales porque, a nivel de materia o sentido, el trabajo es todavía independiente de la utilidad: el trabajo sólo llega a ligarse o vincularse (relación sintagmática de interdependencia) con la utilidad a nivel de su forma. De las tres clases de trabajo que hemos hablado antes (universal, concreto y abstracto; es decir, respectivamente: materia o sentido del trabajo, sustancia del trabajo y forma del trabajo), quien presenta utilidad no es el trabajo universal (materia o sentido del trabajo) sino el trabajo abstracto (forma del trabajo), por paradójico que al sentido común le parezca. ⁽⁷⁰⁾ La axiomática de hjelmslev es concluyente al respecto: la función de dependencia entre el plano de la producción o del trabajo y el plano del consumo o la utilidad sólo se realiza a nivel de las formas, no a nivel de las sustancias ni de los sentidos o materias. La función de valor (que es una relación sintagmática de interdependencia, es decir, una solidaridad) sólo es contraída por la forma de la producción y por la forma de la utilidad, nunca por sus sustancias respectivas (que entre sí sólo pueden vincularse a través de sus formas, como se advierte en la figura seis, página 141), ni mucho menos por sus sentidos o materias (cuya mutua afinidad es siempre una independencia y que ni siquiera dependen de sustancias o formas).

Por ello, no parece sino que Marx hubiese trastocado los términos --si se consideran las cosas con arreglo a la axiomática introducida--: donde tendría que estar la materia o sentido del trabajo, él pone su forma; y donde tendría que estar la forma del trabajo, él pone su sentido o materia. Se trata, pues, de una confusión o indis-

tinción (en todo caso, una ambigüedad) que adopta la forma de una inversión (de materia o sentido por forma y viceversa): pero no alienada sino simplemente errada: error subsanable mediante la axiomatica hjelmsleviana.

La materia o sentido del trabajo es la simple actividad sicosomática que incluye tanto la dinámica muscular e intelectual de los sujetos que trabajan como la dinámica física de los objetos de trabajo (instrumentos, materias primas, etc). Como tal materia o sentido del trabajo, escapa a todo análisis científico realizado desde el interior del propio sistema de la economía (lo que no quiere decir que no pueda y deba ser analizado desde el punto de vista de otras ciencias: fisiología, medicina, ciencias físicas, tecnología, logística, etc). Esa materia o sentido del trabajo nunca se presenta en la realidad empírica por sí misma, como tal sentido o materia; por el contrario, siempre aparecerá conformada por una forma específica, privativa a cada formación social: esa conformación de la materia o sentido del trabajo es, precisamente, la sustancia del trabajo. Pero, como tal sentido o materia, el trabajo es algo amorfo, informe.

Por otra parte, y al margen por completo de lo anterior (aunque de modo afín), la materia o sentido de la utilidad es la simple actividad sicosomática que incluye tanto la dinámica muscular e intelectual de los sujetos que consumen como la dinámica física de los objetos de consumo (utensilios, artefactos, alimentos, sensaciones aperecibles, conceptos aprehensibles, etc). Como tal materia o sentido de la utilidad, escapa a todo análisis científico realizado desde el interior del propio sistema de la economía (lo que no quiere decir que no pueda y deba ser analizado desde el punto de vista de

otras ciencias: fisiología, medicina, dietética, ciencias físicas, tecnología, diseñología, antropología social, etc). Esa materia o sentido de la utilidad (!las famosas "necesidades humanas"!) nunca se presenta en la realidad por sí misma, como tal sentido o materia; por el contrario, siempre aparecerá conformada por una forma específica, privativa a cada formación social: esa conformación de la materia o sentido de la utilidad es, precisamente, la sustancia de la utilidad. Pero, como tal sentido o materia, la utilidad es informe, amorfa.

Llamemos, pues, si se quiere, "fuerzas productivas" (que incluyen: la fuerza de trabajo, la ciencia y la tecnología) a la materia o sentido del plano de la producción; y llamemos, si se quiere, "necesidades humanas" (que incluyen: la capacidad de consumo, la ciencia y la tecnología) a la materia o sentido del plano de la utilidad. "Fuerzas productivas" y "necesidades humanas" son afines entre sí pero totalmente independientes las unas de las otras; y, además, como tales sentidos o materias, escapan al análisis económico pues son informes, amorfas (véase, supra, II,3,c: página 50).

Por ello, el concepto de plusvalía, entendido como función de dependencia entre fuerza de trabajo y necesidad humana, resulta por completo inadmisible: la fuerza de trabajo y la necesidad humana son conceptos afines pero independientes; y, dado que entre ellos no existe función de dependencia, y siendo amorfos e informes, no se puede afirmar que la fuerza de trabajo produzca más de lo que consume al reproducirse (puesto que, como tales materias o sentidos del sistema de la economía, son incomparables, inapreciables, inefables).

Así que, de guardar todavía algún sentido, ideas como aliena--

ción, plusvalía, explotación, etc. deberán ser explicitadas en términos de funciones de dependencia entre formas y sustancias: dejando al margen por completo las materias o sentidos, y prescindiendo, por tanto, de los conceptos de fuerza productiva del trabajo y de necesidades humanas.

¿Qué debemos entender por sustancia del trabajo o de la producción, desde el punto de vista de la axiomática introducida?: el conjunto de actividades concretas que, en una formación social dada, realizan los agentes económicos al producir las mercancías. Y ¿qué debemos entender por forma del trabajo o de la producción?: la jerarquía de relaciones y correlaciones de dependencia que contraen las actividades productivas concretas. El hecho de que esas relaciones y correlaciones formen una jerarquía implica la posibilidad de analizar (partir, dividir, desmembrar) las actividades productivas concretas (o su resultado, las mercancías), reduciéndolas a clases de actividades, y posteriormente estas clases a clases de clases; y así sucesivamente hasta llegar a obtener la clase de las partículas elementales subvalorativas que subyacen en distintas combinaciones sintagmáticas en todas las actividades productivas: los trabajemas o figuras del plano del trabajo o producción. A la sustancia de la producción la hemos llamado "trabajos concretos" (útiles), a la forma de la producción "valor absoluto" (de las mercancías) y a las figuras de la producción "trabajo abstracto" (simple).

¿Qué debemos entender por sustancia del consumo o de la utilidad, desde el punto de vista de la axiomática introducida?: el conjunto de actividades concretas que, en una formación social dada, realizan los agentes económicos al consumir las mercancías. Y ¿qué

debemos entender por forma del consumo o la utilidad?: la jerarquía de relaciones y correlaciones de dependencia que contraen las actividades de consumo concretas (o su objeto, las mercancías). El hecho de que esas relaciones y correlaciones formen una jerarquía implica la posibilidad de analizar los consumos concretos reduciéndolos a clases de consumos, posteriormente estas clases de consumo a clases de clases, y así sucesivamente hasta llegar a obtener la clase de las partículas elementales subvalorativas que subyacen en distintas combinaciones sintagmáticas en todos los consumos concretos: los utilemas o figuras del plano del consumo o la utilidad. A la sustancia de la utilidad la hemos llamado "consumos concretos", a la forma de la utilidad "utilidad absoluta" y a las figuras de la utilidad "necesidad abstracta".

La sustancia de la producción sólo contrae función de dependencia con la forma de la producción: a esta función se llama manifestación. La forma de la producción, en cambio, mantiene función de dependencia tanto con la sustancia de la producción --la manifestación antedicha-- como con la forma de la utilidad: la función de valor. Por su parte, también la forma de la utilidad mantiene dos tipos de funciones de dependencia: la función de valor contraída con la forma de la producción y la manifestación contraída con la sustancia de la utilidad. Esta última, en cambio, tampoco contare más que una sola función: su manifestación de la forma de la utilidad.

Por ello, las formas no son un mero "reflejo superestructural" de las sustancias. Es cierto que la forma de la producción es la jerarquía de relaciones y correlaciones que estructuran la sustancia de la producción; pero, además de eso, la forma de la producción es también uno de los terminales de la función de valor, por lo que se

encuentra en conmutación con la forma de la utilidad.⁽⁵¹⁾ Lo mismo puede decirse de esta última: es cierto que la forma de la utilidad es la jerarquía de relaciones y correlaciones manifestadas por la sustancia de la utilidad; pero, además, la forma de la utilidad contrae la función de valor con la forma de la producción y es conmutable con ella. Así, por más que sea cierto que las sustancias manifiestan (determinan) las formas, el sistema no descansa sobre ellas sino sobre la función de valor que instituye las dos formas conmutables pero distintas: la forma de la producción y la forma de la utilidad no son instituidas por sus sustancias manifestantes (determinantes) respectivas, sino por la función de valor que ambas contraen, es decir, por su conmutabilidad mutua. Esto es lo único que hay de cierto en la famosa determinación material o económica, es decir, en las dependencias entre formas (superestructura) y sustancias (infraestructura). En cualquier caso, y como lo demuestra la realidad empírica, diversas sustancias (trabajos concretos) manifiestan idéntica forma (valor absoluto), y una misma forma (jerarquía relacional y correlacional de funciones de dependencia) es manifestada por varias sustancias (por distintas actividades productivas concretas): tanto para el plano de la producción como para el de la utilidad. En definitiva, que las sustancias determinen a las formas sólo significa que mientras las formas permanecen constantes sus sustancias manifestantes varían.

Por ello, en la cuestión de qué haya detrás de la problemática del trabajo alienado, lo importante es la función de dependencia que se establece entre formas y sustancias. El trabajo abstracto deja de tener "misterio": no es más que la clase de los trabajemos detectable por el análisis en todo trabajo concreto, en toda sustancia de la pro-

ducción; es decir, la clase de las entidades o partículas submercantiles, subvalorativas, cuyo encadenamiento considerado como forma (valor absoluto) contrae la función de valor con formas procedentes del otro plano de la economía. Por ello, los trabajemas (trabajo abstracto) pueden ser identificados en la sustancia (trabajos concretos) o a partir de ella mediante el análisis deductivo; pero son ellos, los trabajemas, y no la sustancia, quienes contraen la jerarquía de funciones (relaciones y correlaciones) que componen la forma (valor absoluto) --de acuerdo tanto a Hjelmslev como a Marx--; limitándose la sustancia a manifestar esa forma. Y ello tanto en el plano de la producción como en el de la utilidad: las formas distintas que adopten los trabajemas por un lado y los utilemas por otro vendrán instituidas no por sus respectivas sustancias manifestantes sino por la función de valor que contraen ambas formas, por su mutua conmutación.

De modo que --repito-- el trabajo abstracto deja de tener misterio y lo que cuenta no es él sino la forma --ambas formas distintas--: mejor dicho, lo que cuenta son las funciones de dependencia que se establecen entre formas y sustancias en cada plano separadamente. Es ahí, y no en otra parte, donde hay que buscar la raíz del problema del trabajo alienado.

Y aquí es cuando llegamos a lo irreducible del problema de la alienación. Porque, también según la axiomática de Hjelmslev, existe conflicto en las funciones que contraen sustancias y formas (véase III,4,d: página 95). En cada uno de los dos planos de la economía, si consideramos la manifestación (función entre forma y sustancia) desde el punto de vista del eje sintagmático de la economía (es decir, desde el punto de vista de las magnitudes), advertiremos que

las sustancias seleccionan (determinan sintagmáticamente) a las formas; mientras que si la consideramos desde el punto de vista del eje paradigmático (es decir, desde el punto de vista de las equivalencias advertiremos que las formas complementan (son interdependientes paradigmáticamente) a las sustancias. Por tanto, desde el punto de vista de la magnitud de valor, los trabajos concretos determinan al valor absoluto, mientras que desde el punto de vista de la equivalencia ambos son interdependientes; y lo mismo sucede en el plano opuesto, donde desde el punto de vista del valor de uso (magnitud de utilidad) los consumos concretos determinan a la utilidad absoluta mientras que ambos son interdependientes desde el punto de vista de la equivalencia. La función esencial es la de determinación de las formas por las sustancias, dado que el eje sintagmático (procesos, magnitudes) determina al paradigmático (sistema, equivalencias); pero ello no quita para que haya contradicción entre ambos modos de ser manifestada la forma por la sustancia.

Así, cuando se simplifican al máximo las cosas, puede decirse que, respecto a la magnitud, lo concreto determina a lo abstracto; y, respecto a la equivalencia, lo concreto y lo abstracto son interdependientes: tanto en la abstracción del trabajo como en la abstracción de la utilidad. Y ello es el poso que nos ha quedado tras la crítica del concepto de alienación económica. Las cuatro condiciones de la alienación (igualación, abstracción, separación e inversión) que vimos en II,1 y II,2 (páginas 27 a 43), se cumplen: todos los trabajos concretos quedan homogeneizados pues todos son analizables (partibles, divisibles, desmembrables) en la misma clase de trabajo; esa homogeneización es una igualación abstracta pues los trabajos no existen como realidad sustancial sino sólo como puramente

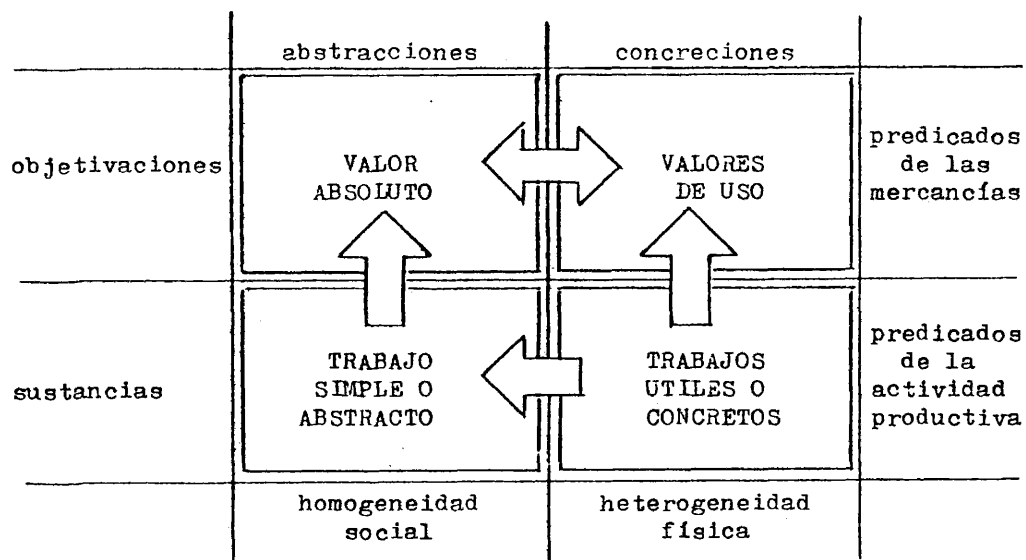
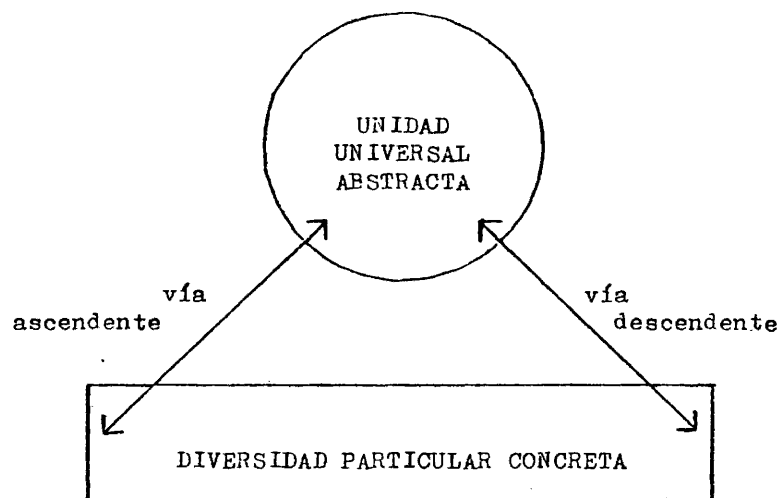
analítica, virtual, formal; con ello, las vinculaciones formales que entre sí establecen los trabajemas quedan separadas y escindidas de las sustancias; y semejante escisión formal supone una inversión, toda vez que si respecto a la magnitud los trabajos concretos determinan el valor absoluto de las mercancías, respecto a la equivalencia los valores absolutos son interdependientes con los trabajos concretos que los produjeron: a esto ha quedado reducida la explotación, la plusvalía.⁽⁶²⁾ Semejante contradicción debe ser comparada con la que advertimos en la apreciación o función de dependencia que contraen el shifter monetario y la conmutación (véase, supra, páginas 119 a 120).

Y aquí finaliza la tarea que nos propusimos al comienzo del capítulo: y parece haber quedado eliminado en lo posible el carácter antinómico del modelo conceptual que respecto al valor de las mercancías propuso Marx; cuando menos, ha sido cuidadosamente limpiado de todo rastro de retórica hegeliana --lo que no es poco, sin duda--.

Se me dirá que no es válido cuanto antecede pues he reducido la economía al carácter de mera semiótica. Pero en ningún momento ha sido ésa ni mi intención ni mi expresión. En todo caso, podría afirmarse que lo hecho es subsumir ambos sistemas --el semiótico y el económico-- en un modelo común, caracterizado por la biplanaridad, la escisión entre formas y sustancias y la distinción entre magnitudes y equivalencias --modelo que, en el capítulo siguiente, podrá ser aplicado a entidades que no son ni semióticas ni economías--. Se supone en términos vulgares que una semiótica "sirve para comunicar" y una economía "sirve para satisfacer necesidades", pero en las páginas que anteceden jamás se ha hablado ni de comunicaciones ni de satisfaccio

nes. Si se ha hablado, para uno de los planos, de trabajo, expresión y producción (términos intuitivamente compatibles entre sí); y, para el otro plano, de consumo, contenido y utilidad (no tan incompatibles como parece. Quizá podría unificarse tales términos, y hablar de "objetivación" para el plano emergente y "subjetivación" (objetificación, objetivización) o "realización" (imputación de realidad, liquidación de la mercancía) para el ~~inmerso~~^{inmergente} como en el otro capítulo podrá apreciarse. Sólo conviene señalar que la idea de explotación no es ajena a los sistemas semióticos, donde quien más y mejor domina los paradigmas y los sintagmas del lenguaje, de mayor poder, en cantidad y calidad, dispone.

Finalmente, cabe decir que, de ser aceptado el planteamiento propuesto en las páginas que anteceden, todo (el análisis relacional y correlacional de la biplanaridad de los procesos económicos) está por hacer, todavía: por suerte.

FIGURA UNO.: El modelo marxista del valor.-FIGURA DOS.: El síndrome formal de alienación.-

(138)

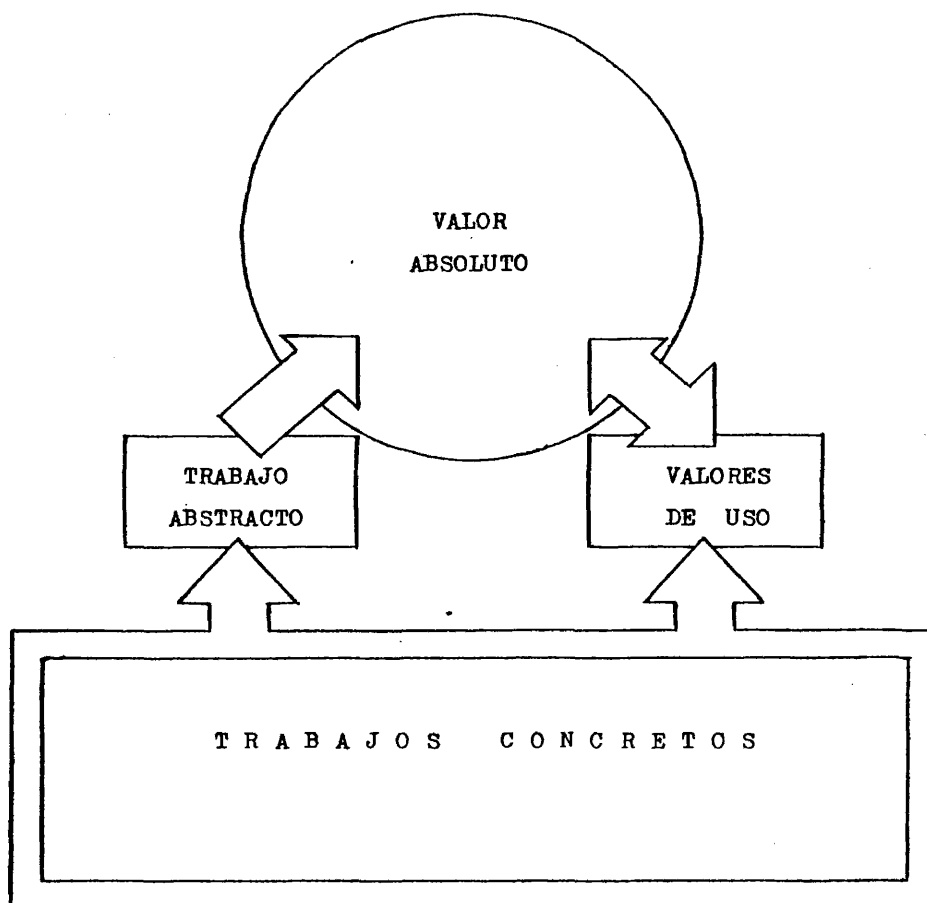


FIGURA TRES.: La abstracción del trabajo como síndrome de alienación.-

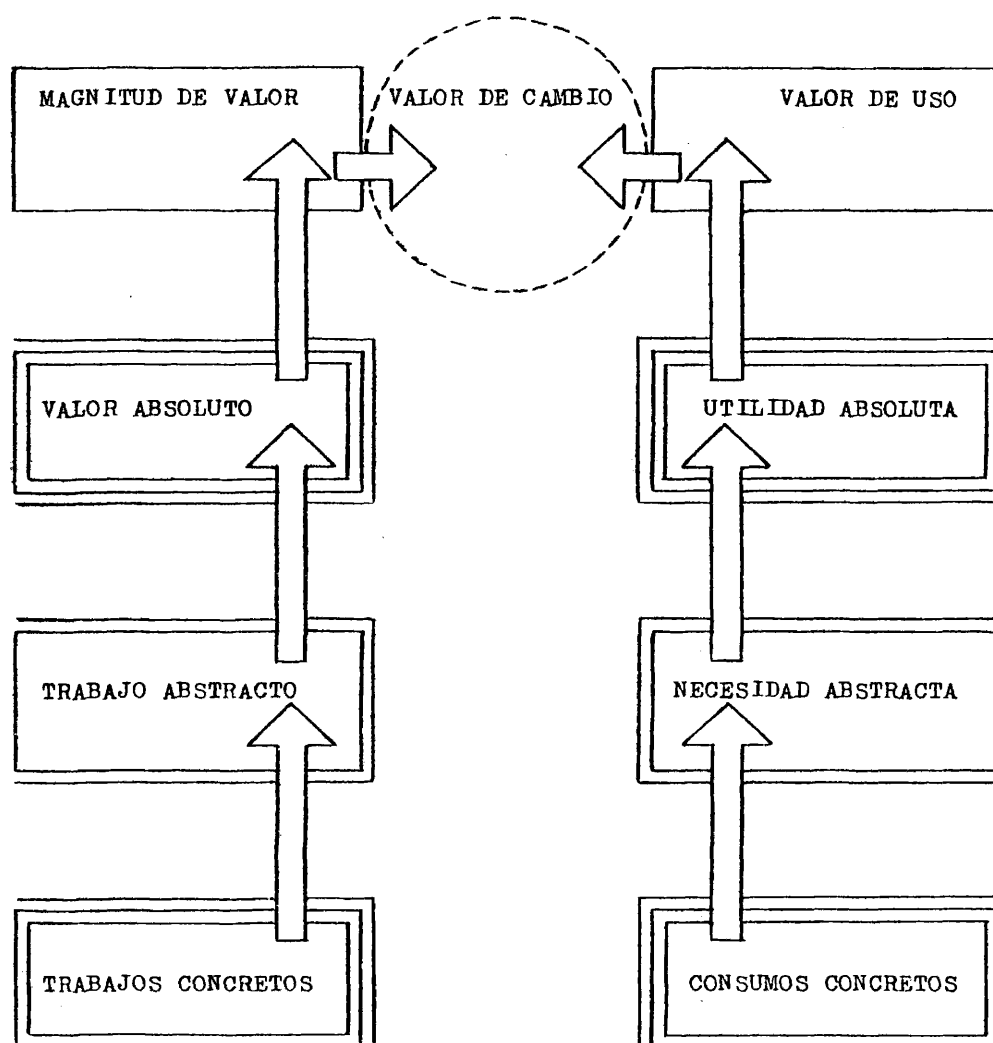


FIGURA CUATRO.: La forma dual de valor.-

(140)

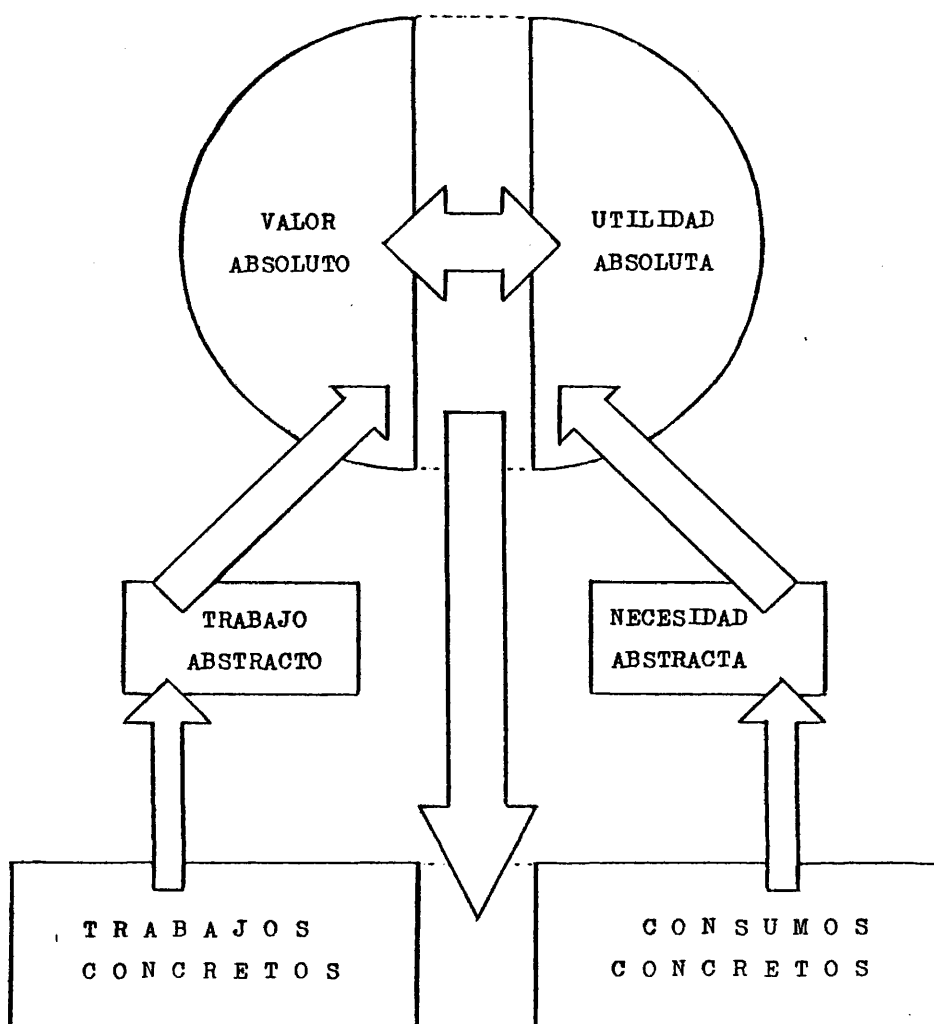


FIGURA CINCO.: La doble abstracción del trabajo y de la utilidad como síndrome de alienación.-

(141)

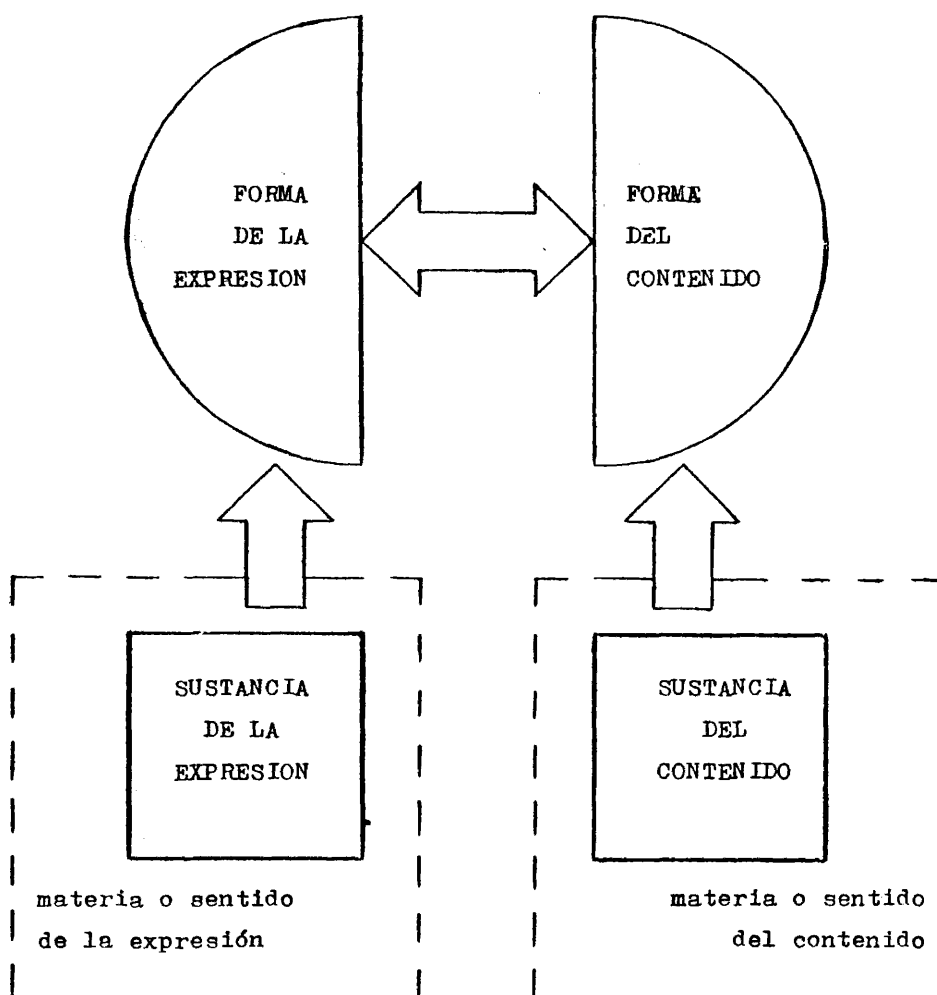


FIGURA SEIS.: El modelo axiomático de Hjelmslev.-

NOTAS AL PRIMER CAPITULO

(1).- (página 1).- Utilizo la versión castellana editada por Siglo XXI (Buenos Aires, 1975) a cargo de Pedro Scaron en ocho volúmenes. Las citas que con abundancia van a aparecer en lo que sigue corresponderán todas al capítulo primero de la sección primera del libro primero (que aparece en el primer tomo de la citada edición); por ello, su referencia irá indicada por las iniciales mayúsculas "CP" (Capítulo Primero), seguidas del número de la página correspondiente a la antedicha edición. Todos los subrayados serán de Marx.

(2).- (página 3).- Citado por Lucio Colletti en "Ideología y sociedad", Fontanella, Barna, 1975, en la nota número 73 al pie de la página 115.

(3).- (página 4).- Por ejemplo, Agnes Heller, "Teoría de las necesidades en Marx", Península, Barna, 1978.

(4).- (página 18).- Para la relación sintagmática véase, infra, III,2,d: página 69. Para la magnitud de valor considerada como relación sintagmática véase infra IV,1: páginas 100-1 y IV,3: páginas 120-1.

(5).- (página 18).- La distinción entre trabajos concretos y trabajo abstracto aparece en Marx como frecuentemente ambigua. Respecto a la confusión entre fuerza de trabajo y trabajo abstracto, véase infra IV,2: página 111; IV,4: páginas 125 a 130; nota 43: página 111 y nota 49: página 125.

(6).- (página 22).- Este párrafo es esencial. Compárese con la prueba de la conmutación hjelmsleviana, infra, III,3,d (página 78), IV,3 (páginas 114 a 123, especialmente 115 a 118), IV,4 (páginas 131 y 132) y notas 45 y 51 (correspondientes a páginas 115 y 132).

(7).- (página 23).- Respecto al dinero, véase infra notas 44 (página 112) y 47 (página 119).

(8).- (página 26).- Véanse figuras UNO y TRES, páginas 137-8.

(9).- (página 27).- Véase mi artículo "Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones", inédito, de próxima aparición en la revista Materiales, donde se ensaya una crítica del revolucionarismo desde planteamientos marxistas.

(10).- (página 27).- Perry Anderson ha elaborado una personal

lista de las insuficiencias teóricas de Marx en "Consideraciones sobre el marxismo occidental", Siglo XXI, Madrid 1979, páginas 132 a 140. Lucio Colletti es muchísimo más duro en su artículo "El problema de la dialéctica" (VIEJO TOPO númº 20, mayo 78, páginas 8 a 15) donde viene a poner en duda casi todos los dogmas del marxismo.

(11).- (página 28).- Lucio Colletti, "Ideología y sociedad", traducción citada, páginas 115 a 116. Todas las citas tuyas que a partir de ahora se transcriban estarán tomadas del mismo lugar, y se indicarán con la referencia "ibid" y el númº de página correspondiente. Los subrayados serán del autor, Colletti.

(12).- (página 33).- Se han escrito miles de textos sobre el tema de la alienación. Un muy útil manual para rastrear el empleo hegeliano y feuerbachiano del término es "Alienación y fetichismo en el pensamiento de Marx", por Giuseppe Bedeschi, Comunicación Madrid 75. Naturalmente, son imprescindibles los textos de Colletti: además del citado debe también consultarse "Introducción a los primeros escritos de Marx", en L. Colletti "La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía" Anagrama, Barna 1977. También son informativos los libros (que aparecen en la bibliografía final) de Ollman, Israel, J.J. Castillo (con una sucinta bibliografía sobre el tema), etc. La conclusión suele ser (al margen de los filantropismos de la sociología empírica) el considerar que alienación y trabajo asalariado son conceptos idénticos. Althusser niega la categoría de marxista a la teoría de la alienación, relegándola a ideologismo premarxista; sin embargo, el único texto con futuro de Althusser ("Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado", especialmente su segunda parte) es, precisamente, un hermoso plagio de la teoría marxista de la alienación. En este sentido debe consultarse mi artículo citado ("Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones") y otro más, titulado "Sobre sionismo vasco" (VIEJO TOPO númº 35, agosto 79, páginas 20 a 26): en ambos se incluyen análisis originales sobre la problemática de la alienación.

(13).- (página 34).- Compárese con la ilustración (y sus correspondientes explicaciones) que aparece(n) en mi artículo del VIEJO TOPO citado antes ("Sobre sionismo vasco", donde el síndrome formal de alienación es aplicado a la teoría del Estado, a partir de la "Judenfrage" del Joven Marx).

(14).- (página 37).- "Abstraer" y "abstracción" son términos particularmente ambiguos debido a que pueden ser usados en sentido contradictorio: "abstraer" tanto significar meter como sacar, poner como

quitar. Dada una sustancia de la cual se predicen diversos atributos o cualidades, "abstraer" puede significar o bien prescindir de todos o de parte de esos atributos (lo que implica "hacer abstracción de" esos atributos o cualidades: es, pues, un caso de abstracción "negativa"), o bien, por el contrario, seleccionar alguno o varios de esos atributos y cualidades y predicarlos como lo esencial de esa sustancia (con lo cual ese o esos atributos seleccionados han sido "abstraídos", es decir, desgajados, separados, de la entidad sustancial que les servía de sujeto: es, pues, un caso de abstracción "positiva"). Por ello es recomendable reservar la palabra "abstracción" (y su verbo: "abstraer") para su uso positivo, seleccionante; mientras que si se desea referirse a la abstracción negativa, al hecho de prescindir de cualidades, entonces convendrá emplear la expresión "abstracción hecha" o "hacer abstracción de".

(15).— (página 38).— Confróntese con los procesos de codificación y decodificación signica o semiótica. Para ello véase infra figura SEIS (página 141) y epígrafes III,3 y III,4 (páginas 69 a 95).

(16).— (página 40).— Han sido Della Volpe y Colletti quienes más han insistido en la denuncia del hegelianismo, afirmando que el sentido profundo de la obra de Marx está más cerca de Kant que de Hegel. En cualquier caso, afirman que la dialéctica hegeliana es profundamente antimarxista y anticientífica. A modo de ejemplo, la famosa "identidad de los contrarios" defendida por Hegel, resulta por completo inadmisibles. Marx era consciente de ello y, como es sabido, substituyó esa expresión tan peligrosa por la menos vulnerable de la "unidad de los contrarios", con resultados tampoco demasiado felices. Véase, más adelante, la nota 42 correspondiente a la página 102.

(17).— (página 40).— En el artículo del VIEJO TOPO antes citado, Colletti es terminante: "La teoría de la alienación, que implica teleologismo y dialéctica, es incompatible con la exigencia de la explicación causal y científica. Esta última, a su vez, es incompatible con dialéctica y alienación" ("El problema de la dialéctica", VIEJO TOPO Númº 20, página 13).

(18).— (página 44).— Confróntese infra III,3,a: página 77.

(19).— (página 45).— Karl Marx, "La ideología alemana", Grijalbo, Barna, 1970, página 47.

(20).— (página 45).— Existen diversas versiones castellanas de las Tesis, por ejemplo en la edición de la Ideología citada anteriormente. En la Tesis VI se lee: "La esencia del hombre no es una abs-

tracción inherente a cada individuo. La verdadera naturaleza del hombre es la totalidad de sus relaciones sociales" (K. Marx, "Sociología y filosofía social." --antología--, Península Barna 1967 página 89).

(21).-- (página 45).-- Toda la larga serie de citas que a partir de aquí va a reseñarse está sacada de Jean Baudrillard, "Crítica de la economía política del signo", Siglo XXI, México 1974. Las referencias serán "ibid" y el número de página; los subrayados de Baudrillard

(22).-- (página 50).-- Confróntese infra III,3,a: página 77.

(23).-- (página 50).-- Por ello son inútiles empeños que, como el de Agnes Heller en su obra citada en la nota 3, pretendan edificar una teoría basada en las "necesidades humanas": véase infra página 129.

(24).-- (página 53).-- Baudrillard considera tanto al signo como a la mercancía en forma unilateral, es decir monoplanar (en lugar de hacerlo biplanarmente). Véase infra III,3,c (página 77) y páginas 96 y 97. Consúltense también las notas 36 (página 95) y 37 (página 97). Dado que Marx considera "natural" el valor de uso, también tiene de la monoplanaridad, a la unilateralidad (a pesar que la forma relativa de valor es explícitamente bíplanar). Pero quien supone que la cosa es la verdad del signo, también puede suponer que el valor de uso es la verdad del valor absoluto.

(25).-- (página 58).-- Véase nota 24 (página 53).

(26).-- (página 58).-- Toda la obra importante de Hjelmslev está traducida al castellano en la editorial Gredos de Madrid. Su obra cumbre es "Prolegómenos a una teoría del lenguaje", cuya edición original data de 1943, y donde expone todos los fundamentos epistemológicos y metodológicos de la ciencia glosemática descubierta por él. Su artículo más importante es el titulado "La estratificación del lenguaje", publicado originalmente en 1954, y que está incluido en el volumen "Ensayos lingüísticos". Aquí sólo citaremos estos dos libros, los Prolegómena y los Ensayos, y las referencias de las citas irán con tales nombres seguidos de su paginación. Además, como introducción a Louis Hjelmslev puede leerse su manualito "El lenguaje" (también traducido en Gredos) y, sobre todo, Bertil Malmberg, "Los nuevos caminos de la lingüística", Siglo XXI Madrid 1971, páginas 154 a 167. En las citas, todos los subrayados serán de Hjelmslev. Dada la extrema complejidad de los Prolegómena y del artículo citado, ha sido preciso simplificar al máximo y prescindir por completo de gran parte de la teoría hjelmsleviana. A pesar de ello, a veces ha sido preciso modificar las citas por aproximación.

(27).- (página 59).- Incluido en K. Marx "Contribución a la Crítica de la Economía Política" Comunicación Madrid 1978, páginas 227 a 259.

(28).- (página 59).- Véase nota 26 (página 58).

(29).- (página 60).- Véase nota 26 (página 58).

(30).- (página 63).- Véase infra III,3,d: página 78.

(31).- (página 63).- Véase infra III,3,b: página 77.

(32).- (página 69).- La distinción entre sintagma (relación, proceso) y paradigma (correlación, sistema) es equivalente o comparable a la que propone Jakobson entre lo metafórico (paradigmatico) y lo metonímico (sintagmático), distinción aprovechada por Lacan (y, a través de éste, por Althusser) con tan notorio éxito de público y crítica. Véase infra nota 41 (página 101).

(33).- (página 69).- Cuando los dos términos de la función de dependencia son de igual categoría (o ambos constantes o ambos variables), a ello lo llama Hjelmslev reciprocidad: tanto la interdependencia como la indeterminación (constelación) son reciprocidades. En la página 64 de la traducción castellana de los Prolegómena aparece el cuadro donde Hjelmslev cruza las dos tipificaciones funcionales. Desde el punto de vista sintagmático las funciones se llaman: selección (relación de determinación), solidaridad (relación de interdependencia) y combinación (relación de indeterminación o constelación). Desde el punto de vista paradigmático las funciones se llaman: especificación (correlación de determinación), complementaridad (correlación de interdependencia) y autonomía (correlación de indeterminación o constelación).

(34).- (página 79).- Realmente, Saussure había hecho tres distinciones. Primero entre significante y significado, que Hjelmslev traduce por la distinción entre expresión y contenido. Segundo la distinción entre forma y sustancia, que es la que aquí se desarrolla a continuación. Y tercero la distinción entre lengua ("langue") y habla ("parole"), que Hjelmslev transforma en la distinción entre texto o cadena (sintagma, proceso) y lengua (paradigma, sistema). Hay que tener en cuenta que Saussure era profundamente ambiguo y, como buen durkheimiano, todo lo reducía a causalidades sociales, por lo que no se molestaba en delimitar y precisar sus conceptos.

(35).- (página 80).- Véase infra figura SEIS: página 141.

(36).- (página 95).- Esto es lo que ignora Baudrillard, y en par

te Marx. Véase supra notas 24 (página 53) y 25 (página 58) e infra páginas 96 y 97.

(37).— (página 97).— Véase supra notas 24 y 36.

(38).— (página 98).— Páginas 139 y 140.

(39).— (página 98).— Página 141.

(40).— (página 99).— En castellano no se puede decir "las variables determinan a las constantes" porque la preposición "a" sólo se emplea en acusativo para indicar un objeto personal, no impersonal: cuando se trata de complementos directos que son entidades impersonales, o no personales, no puede aparecer la preposición "a"; así, se dice "juanito determina a pepito" y se dice "la variable determina la constante", pero no se puede decir "juanito determina pepito" ni se puede decir "la variable determina a la constante". Sin embargo, así es escrito a lo largo de estas páginas debido a que así aparece en la traducción de Gredos (sin duda porque el danés no discrimina para el acusativo entre lo personal y lo impersonal, empleándose en ambos casos la misma partícula, como el inglés "to"; y el traductor o no sabe castellano o quiso respetar la expresión hjelmsleviana: yo haré lo mismo con él).

(41).— (página ¹⁰¹99).— Así, la distinción entre proceso económico (sintagmática de magnitudes) y sistema económico (paradigmática de equivalencias) puede ser perfectamente comparada a la que establecen los althusserianos entre el "campo de las prácticas" (proceso, magnitudes, sintagmas) y el "campo de las estructuras" (sistema, equivalencias, paradigmas). Véase supra página 69 (nota 32).

(42).— (página 102).— A modo de ejemplo se puede ver cómo la famosa "identidad" o "unidad" de "los contrarios" (véase supra nota 16 página 40) debe ser entendida como solidaridad, es decir, como interdependencia sintagmática. Así, la frase "todo lo real es racional y todo lo racional es real" puede ser entendida como una función de conmutación entre la forma de la expresión ("lo racional") y la forma del contenido ("lo real"), o viceversa. También queda reducida la ambigüedad del término "determinación", que queda perfectamente clarificado en la axiomática hjelmsleviana (y determinar significa así "terminar": la sustancia determina la forma, es decir, termina sustancialmente sus potencialidades formales). Hay que pensar que, para Hegel, la Sustancia era el reino de las determinaciones espaciotemporales y el Espíritu el reino de la indeterminación: luego coherentemente el Espíritu (las formas) debe estar determinado por la Sustancia (las sustancias)!. Además, así entendida la determinación, ya es posi

ble explicar y resolver la famosa "determinación en última instancia por la economía": si lo económico determina a lo juridicopolítico es que ambos contraen una función de determinación donde lo económico es el término variable (determinante) y lo juridicopolítico lo constante (determinado).

(43).— (página 111).— Sobre la ambigüedad de la fuerza de trabajo, véase infra IV,4 (páginas 123 a 137, especialmente 125 a 130). Confróntese con las notas 5 (página 18) y 49 (página 125).

(44).— (página 112).— Sobre dinero véase infra IV,3 (páginas 114 a 123, especialmente 118-9). Confróntese también con las páginas 23 (nota 7) y 119 (nota 47).

(45).— (página 115).— Véase, supra nota 6 (página 22) e infra nota 51 (página 132): la famosa "forma de equivalente" o prueba de la conmutación.

(46).— (página 116).— Aquí no se puede abordar el problema de la arbitrariedad del signo. En la página 83 Hjelmslev diferenciaba entre esquema (las formas) y uso (conformación de la materia o sentido en las sustancias). Pues bien, el esquema es "lo necesario" y el uso es "lo arbitrario". Pero arbitrario para las leyes construídas por el lingüístico, no para las leyes construídas por otros científicos. Así, en general, arbitrariedad, además de "independencia funcional", implica causalidad social, política, económica, etc., es decir, no lingüística: extralingüística.

(47).— (página 119).— El shifter no es un sistema de signos (biplanares) sino un sistema de símbolos (monoplanares). No es pues una semiótica sino un código lógico interpretable: véase supra III,4,b (página 94). Si el dinero es el monopolio de la equivalencia general por parte de una sola mercancía, puede pensarse que también el Estado, monopolizador de "la violencia legítima", será otro shifter (correspondiente al sistema político biplanar que veremos más adelante). Confróntese con páginas 23 (nota 7) y 112 (nota 44).

(48).— (página 123).— Véase supra notas 32 (página 69) y 41 (página 101).

(49).— (página 125).— Véase, supra, páginas 18 (nota 5), 111 (nota 43).

(50).— (página 127).— Propiamente, el trabajo abstracto no puede presentar utilidad ninguna, puesto que se trata de la clase de las figuras del plano de la producción: partículas subvalorativas, tan pequeñas que carecen de correspondencia en el plano opuesto de la

economía. Pero, desde luego, los trabajemas están "mas cerca" de la utilidad que la materia o sentido del trabajo: los trabajemas no pueden presentarse solos, aislados, puntuales, exentos, sino sólo combinados: y, así, en combinación sintagmática de unos con otros (es decir, en forma de valor absoluto), ya presentan utilidad de modo inmediato puesto que son conmutables con el otro plano. Mientras que la fuerza de trabajo (materia o sentido de la producción) no es conmutable con el plano de la utilidad de ningún modo.

(51).— (página 132).— Puesto que se trata de la forma relativa de valor. Véanse páginas 22 (nota 6) y 115 (nota 45).

(52).— (página 135).— Hay que tener en cuenta que una cosa sí ha quedado demostrada con nuestra operación de traducción conceptual. Tanto los sistemas sgnicos como los económicos, biplanares, son sistemas de abstracción generalizada: en ambos planos las formas se obtienen por abstracción de las sustancias. Pero esta abstracción no la realiza el científico, mediante la deducción y el análisis (aunque él también, claro), sino que la realizan día a día cada uno de los usuarios sin saberlo: !"no lo saben pero lo hacen"! El hablante expresa fonemas sin saber que lo está haciendo y el obrero produce trabajemas sin saber que lo está haciendo: ambos, trabajemas y utilemas, son abstracciones, pero abstracciones reales, no meras generalizaciones mentales construídas por científicos. Lo que, en cambio, no ha quedado demostrado de ningún modo, es el supuesto carácter patológico de tal fenómeno.

S E G U N D O C A P I T U L O"CRITICA DEL VALOR DE LA LEY"

Tampoco es tan difícil criticar a Marx, ya que su retórica tanto se presta a ello. Sin embargo, ello no es óbice para reconocer sus indudables méritos: cuanto Marx intuyó constituye estímulo permanente. Y, de ello --al menos para quien esto escribe--, sobre todo su ambicioso concepto de alienación: su crítica de los universales abstractos objetivados, como el Capital o el Estado.

En esto Marx es pariente cercano de Nietzsche, que, en el fondo --y a pesar de que no utilice tal denominación--, plantea igualmente la crítica de la alienación, la crítica de los universales abstractos: dioses, valores, ídolos.

Todo comienza en la Baja Edad Media, la época de la doble verdad. El feudalismo entra en decadencia pero subsiste todavía, en competencia con la naciente burguesía urbana: esa doble verdad feudal-burguesa es el caldo de cultivo donde germinará la lógica europea que todavía nos domina. Feudalismo y burguesía son verdades distintas pero no contradictorias: no se oponen sino que se juxtaponen, en "pacífica" coexistencia, pues la incomparabilidad de sus paradigmas les impide entrar en competencia.

Otro tanto sucede en el seno de la filosofía escolástica, donde la doble verdad adopta la forma de una disyunción entre la fe y la razón, distintas pero simultáneamente contrapuestas. La duplicidad

de verdades --tanto en la contraposición entre feudalismo y burguesía como en la establecida entre fe y razón-- es una función paradigmática, puesto que ambos terminales --cada una de las verdades frente a su pareja-- contraen una correlación de dependencia: una alternancia (feudalismo y burguesía no pueden ser simultáneos: un proceso o es feudal o es burgués, pero de ningún modo ambas cosas a la vez; y lo mismo puede decirse de la ausencia de simultaneidad entre la razón y la fe).

Pues bien; fue en el caldo de cultivo alimentado por la doble verdad de la escolástica --verdad de fe, verdad de razón-- donde surgió el nominalismo: la polémica de los universales. Un universal es el término que designa aquellos conceptos cuyo campo de aplicación abarca objetos de muy diferente clase; por ello, se hace preciso que dichos objetos, dada su heterogeneidad, presenten algún atributo o predicado en común, un mismo accidente en presencia de sustancias diversas: de tal forma que dichos objetos sólo podrán agruparse bajo el común denominador de semejante universal si, de hecho, presentan ante el observador tal rasgo como compartida cualidad.

Pues bien, la polémica de los universales consistió en que los distintos pensadores escolásticos quedaron divididos en bandos contrapuestos: los realistas, que defendían la existencia "real" (natural, objetiva, física, necesaria) de los conceptos universales, y los nominalistas, que defendían la existencia "irreal" (artificial, subjetiva, convencional, contingente) de los conceptos universales. Ni que decir tiene que la polémica fue ganada institucionalmente por los realistas e históricamente por los nominalistas: la Iglesia declaró el realismo como la ortodoxia pero a partir del nominalismo se

abrió paso la transición desde el feudalismo hasta la edad moderna: renacimiento, aparición del Estado, racionalismo, ciencia moderna, triunfo de la burguesía, desencantamiento del mundo, autonomización estética, dominación del planeta por parte de la etnia europea.

Pero el alcance de los problemas planteados por el nominalismo trasciende ampliamente la polémica bajomedieval. No sólo marcará con su impronta la epistemología y la metodología de las distintas ciencias hasta la actualidad (desgarradas entre planteamientos realistas y planteamientos nominalistas), sino que no deja de ser, en el fondo, más que la continuación del enfrentamiento entre Aristóteles y Platón: entre un cierto Aristóteles nominalista frente a un cierto Platón realista.

De hecho, el nominalismo bajomedieval es consecuencia directa de la introducción por parte de los Arabes de Aristóteles en el seno de la filosofía escolástica, que a través de Pablo y Agustín había permanecido estoica y platónica. El reproche que Aristóteles le hace a Platón es de carácter lógico, exclusivamente, y en términos vulgares podría exponerse de la siguiente forma: la sustancia es "más real" que los accidentes; por tanto, la generalización a partir de las sustancias deberá ser "anterior" a la generalización a partir de los accidentes, debiendo ésta plegarse a lo que aquella disponga; por ello, será ilegítima toda generalización de accidentes comunes que contradiga la no comunidad de sustancias; y, así, resulta ilegítimo hipostasiar conceptos como "lo bueno", "lo bello", etc, que no son otra cosa sino generalizaciones de accidentes (de predicados, de cualidades) realizadas al margen por completo de sus entidades sustentantes, que son las únicas generalizables.

Esta postura aristotélica es llevada hasta sus últimos extremos por el nominalismo medieval. Ya no son sólo ilegítimas las generalizaciones de accidentes llevadas a cabo al margen de sus objetos de sustentación; para un Ockham, toda generalización es ilegítima (aunque esto habrá que matizarlo más), sea accidental o sustancial: si de hecho las sustancias son distintas, ¿cómo generalizarlas, a no ser mediante uniformidades predicativas, es decir, ilegítimas por hipostáticas?. De forma que toda generalización es generalización de accidentes, ya que en definitiva la sustancia es lo no generalizable: cada individualidad singular-concreta; y, precisamente, generalizar es predicar uniformidad de accidentes sustentados por individualidades singular-concretas distintas. Ahora bien, semejante uniformidad está en la predicación (en el acto de predicar, en la actividad llevada a cabo por quien realiza la predicación), no en las individualidades singular-concretas acerca de las cuales se predica tal uniformidad: aquí reside la "ilegitimidad" de la predicación generalizadora. En suma, toda generalización, lejos de residir "en la naturaleza de las cosas" --como piensan los realistas, para quienes las generalizaciones son realidades objetivas, existentes y presentes en las cosas mismas--, sólo reside "en la imaginación del observador": es un constructum, un producto artificial creado por el observador para poder instrumentalizar una realidad ajena a tal operación.

Así, la jerarquía piramidal de universales --desde su rango inferior, sustentado en los datos singulares y concretos proporcionados por los sentidos, hasta su rango superior coronado por Dios, el supremo universal, el universal de universales--, se derrumba estrepitosamente. Decía Ockham que "no hay que multiplicar los entes inneg

cesariamente", y todos los universales hasta entonces admitidos como necesarios e ineludibles pasan a ser considerados como convencionales, gratuitos, arbitrarios, contingentes: más económicamente reconstruibles. Y una vez demolida la medieval pirámide de universales comienza la paciente reconstrucción de una nueva estructura conceptual, basada no en "universales reales" sino en instrumentos de generalización contruidos deliberadamente como tales: fabricados ad hoc a sabiendas de su carácter "irreal", sometidos a reglas estrictas de manipulabilidad y economía, perfectamente dominables y controlables.

Es conocida la trayectoria que lleva desde el nominalismo bajomedieval hasta la nuova scienza renacentista. Nicolás de Cusa y Giordano Bruno insistirán tanto en la no generalizabilidad de las distintas individualidades singular-concretas como en el carácter artificial (activo, práctico, constructivo, inventor, manipulativo, creador) de los conceptos fabricados por el entendimiento para ordenar los datos proporcionados por la sensibilidad (datos que son necesariamente individualidades singular-concretas no generalizables más que artificialmente: conceptualmente). Francis Bacon, por su parte --como más de tres siglos después hará todavía Hjelmslev--, se opone a la abstracción escolástica (generalización sintética) que trata de pasar de los perros, los gatos y las rosas a la "esencia" perro, la "esencia" gato y la "esencia" rosa; tales "esencias" son una quimera; lo que hay que hacer, según Bacon, no es abstraer (generalizar) sino analizar la realidad concreta, es decir: dividirla, descomponer lo complejo en sus elementos simples. Será, por fin, Galileo, quien logre realizar la tarea diseñada por Bacon: analizar la realidad concreta descomponiéndola en sus elementos más simples --longitud y tiempo, magnitudes continuas, homogéneas y uniformes-- a partir de los cu

les puedan constnirse aprioricamente (artificialmente) las hipótesis.⁶

Pero el caso de la ciencia moderna sólo nos ocupará más adelante. Ahora se trata de poner de relieve el carácter neonominalista de las intuiciones de Marx y Nietzsche. En efecto, puede decirse que el siglo XIX (y el nuestro es directa prolongación suya) supone la definitiva consolidación de la cultura burguesa; es decir, aquel proceso que se había iniciado en 1200 con la "doble verdad" termina en 1870 con el más completo triunfo de la razón burguesa.⁶⁷ No es extraño, por tanto, que semejante y dilatado proceso de maduración de tal razón burguesa sea vea señalado tanto en su comienzo como en su final por análogas problemáticas nominalistas, por paralelas críticas de las generalizaciones abstractas: si la tarjeta de presentación con que nace la razón burguesa es el nominalismo su prueba de madurez es la denuncia de la alienación que realizan Nietzsche y Marx.

Y todavía continuamos allí, pues apenas si se ha avanzado nada. No sólo a nivel teórico sino sobre todo a nivel vulgar (en el lenguaje "periodístico" que utiliza tanto el llamado sentido común como la llamada opinión pública), el tema de nuestro tiempo es la denuncia de lo abstracto realizada en nombre de lo concreto, la crítica de las generalizaciones en defensa de las singularidades. Esa es la gran intuición, la gran diagnosis de Marx y de Nietzsche (y, tras ellos, de Freud, de Weber y de Durkheim).

No obstante, existen sensibles diferencias entre el nominalismo medieval (que era una radical defensa de la divinidad, es decir, de la supremacía del alma sobre la experiencia corporal) y el neonominalismo de Marx (el de Nietzsche, al que más tarde se aludirá, es mucho más semejante al medieval, tanto en metodología como en intenciones).

Al fin y al cabo, los nominalistas medievales denunciaban errores en la intelección de la realidad --errores debidos a la ilegitimidad de las generalizaciones hipostasiadas por el intelecto en la realidad--, mientras que lo denunciado por Marx son errores no sólo en la intelección de la realidad sino en la propia realidad social --errores debidos a la ilegitimidad de las generalizaciones en que se basan las relaciones sociales--: lo cual, a pesar de estar expresado en forma de figura retórica autocontradictoria --pues mientras la lengua siga siendo inteligible y la lógica siga siendo lógica la realidad no puede equivocarse--, no deja de ser una innovadora intuición de amplio e incalculable alcance.

Pero el reconocer las insalvables diferencias que separan a Marx de los nominalistas no debe impedir el aprovechar en todas sus consecuencias la existencia de notables semejanzas, que cabría resumir en dos características compartidas: la crítica del platonismo y la consideración del conocimiento como actividad práctica, constructiva, productora.

El primer aspecto, la crítica de todo platonismo, debe entenderse en el sentido de rechazo a toda hipóstasis basada en la generalización de atributos o predicados abstractos. Marx es categórico a este respecto; en sus obras de juventud (especialmente en los Manuscritos de 1844 y en la "Crítica de la filosofía del Estado de Hegel") repite contra Hegel en lo esencial la misma crítica que Aristóteles hiciera de Platón: ⁽⁵⁾ no se puede erigir conceptos mediante la generalización de atributos abstraídos de su base de sustentación. Si bien es cierto que un libro puede ser rojo, que una plaza puede ser roja, que una bandera puede ser roja o que un ejército puede ser rojo, ello no quiere decir que el concepto "rojo" (rojidad) designe una realidad sustancial, fundante tanto de libros como de plazas, banderas o ejér

citos. El carácter de rojo seguirá siendo un atributo, una cualidad, un predicado, algo que puede estar presente, o no estarlo, en cada una de esas entidades a las cuales se atribuye, de las cuales se predica o a las que cualifica, especificándolas: pero tal carácter nunca puede existir al margen de dichas entidades, sino sólo como especificación suya: especificación no sustancial sino innecesaria, contingente. Esto, en lo sustancial, es lo que dijo Aristóteles contra Platón, Marx contra Hegel --y no sólo contra Hegel--. Y esto es nominalismo, en definitiva. ¿En qué consiste el sistema hegeliano?. Consideremos diversos sujetos de conocimiento, cada uno de los cuales centra su conciencia en distintos objetos de conocimiento. Así, por ejemplo, el sujeto de conocimiento ^{"A"} podrá decir(se): "Yo, A, tengo conciencia de los objetos de conocimiento X, Y y Z"; por su parte, el sujeto de conocimiento "B" podrá a la vez decir(se): "Yo, B, tengo conciencia de los objetos de conocimiento U, V y W"; y, en fin, quizá también el sujeto de conocimiento "C" pueda decir(se): "Yo, C, tengo conciencia de los objetos de conocimiento R, S y T". Pues bien, el sistema hegeliano hace abstracción, por una parte, de los sujetos de conocimiento (con lo que el ejemplo queda reducido a lo siguiente: "se tiene conciencia de X-Y-Z, de U-V-W o de R-S-T"), y, por otra, de los objetos de conocimiento (con lo que el ejemplo se reduce a decir: "A, B o C tienen conciencia"), con lo cual, abstracción hecha de sujetos y objetos de conocimiento, el problema queda reducido al mero "alguien tiene conciencia de algo", es decir, al "tener conciencia" alguien in diferenciado de algo indiferenciado; y ¿qué clase de conciencia es ésa, que la tiene, de nada, nadie?. Ello implica, por tanto, genera-

lizar un atributo, predicado o cualidad (ser sujeto de conocimiento, o ser objeto de conocimiento), común a varias entidades sustentadoras (los sujetos del conocimiento, o los objetos del conocimiento), aislarlo o escindirlo mediante abstracción de su base de sustentación, e hipostasiarlo como sustancia universal de la cual pueden participar contingentemente dichos individuos. Y, así, la hipostasiada realidad sustancial "autoconciencia" queda cualificada distintamente según sean los atributos que accidentalmente la encarnen: la misma autoconciencia presentará distintas determinaciones según sea cualificada por la presencia del sujeto A, del B o del C; e, igualmente, dicha única y siempre idéntica a sí misma autoconciencia se verá distintamente cualificada según sea determinada por la presencia de los objetos X-Y-Z, U-V-W o R-S-T. Y tal es la postura de Hegel, de naturaleza inequívocamente realista, contra la que se levanta el nominalista Marx. Lo cual es la esencia de la alienación, en definitiva: ya no son los sujetos concretos quienes tienen conciencias concretas de objetos concretos, sino que una vaga, abstracta e indeterminada autoconciencia "tiene" tanto a los sujetos como a los objetos de sí misma: !"invirtiendo" erradamente "la realidad"!).

Pero esta postura nominalista de Marx, que acaba de describirse con breve superficialidad, se ve complementada por su actitud ante la actividad cognoscitiva, una actitud también análoga a la nominalista. Ello es particularmente evidente en la crítica que Marx le dirige a Feuerbach --con quien, por otra parte, se identifica inconscientemente en tantas otras cosas--. Para toda epistemología empiricista (es decir, no nominalista sino realista), el conocimiento que los sujetos tienen de los objetos viene regido por éstos, no por aquellos.

Así --por seguir con el ejemplo anterior--, dados X, Y o Z, es indiferente que tales objetos sean conocidos por A que por B o por C, puesto que su cognoscibilidad siempre será la misma. Pues bien, esta postura, que es la del "materialismo vulgar" de Feuerbach, también representa o supone un caso de generalización hipostática de cualidades abstractas. Hegel generalizaba tanto los sujetos como los objetos del conocimiento; Feuerbach, más modestamente, se limita a generalizar los sujetos de conocimiento, con lo cual obtiene la famosa "esencia genérica" del hombre, indistinta y abstracta. Supongamos que tenemos un único objeto de conocimiento, al que llamamos "X", y los tres sujetos de conocimiento anteriores: A, B y C. En tal caso, los tres podrán decir(se): "Yo, A, tengo conciencia del objeto de conocimiento X"; "Yo, B, tengo conciencia del objeto de conocimiento X"; y "Yo, C, tengo conciencia del objeto de conocimiento X". Pues bien, dado que las tres proposiciones presentan "algo" en común --el "tener conciencia del objeto de conocimiento X"--, se generaliza tal común denominador y se le hipostatiza como conocimiento universal de X; lo cual implica el hacer abstracción de quién --A, B o C-- sea el sujeto de conocimiento que tenga en cada caso conciencia de X. Esto supone, una vez más, el realismo epistemológico contra el que se levanta el nominalista Marx. Alienación, en suma, porque hay abstracción negativa (se prescinde o se hace abstracción de quién sea el sujeto que en cada caso, está teniendo conciencia de X --además de prescindirse, por supuesto, de cuál sea la conciencia que, en cada caso, los distintos sujetos tienen de X), abstracción positiva (de las diferentes proposiciones se escoge, se elige, se selecciona aquello que presentan en común: el mismo objeto de conocimiento X acerca del cual todos los

distintos sujetos de conocimiento A, B o C tienen alguna conciencia), igualación (todos los sujetos de conocimiento son iguales entre sí, todas las conciencias que se tienen son iguales entre sí, dado que se trata del mismo objeto X), separación (dado que se ha hecho abstracción de quién era el sujeto que, cada vez, estaba teniendo conciencia del mismo X, y dado que de los distintos actos de posesión de conciencia acerca de X se ha seleccionado lo que presentaban en común, que era exclusivamente la mera identidad de X, ello implica que mediante tales abstracciones han quedado escindidos, separados, los sujetos del objeto), y, por último inversión (pues aunque los sujetos reales del conocimiento son cada A, B o C, mientras que el predicado de tal acto es simplemente X, una vez realizada la abstracción generalizadora, "la realidad queda invertida", y ahora es X el sujeto del proceso --puesto que él es el universal, frente a los singulares particulares A, B o C-- y A, B o C meros predicados de aquel).

Pues bien, frente a tal postura realista, Marx reivindica una actitud nominalista: sujetos distintos de conocimiento deben tener distinta conciencia de sus objetos de conocimiento, aunque estos últimos sean comunes (para que el acto del conocimiento --el tener conciencia-- fuese generalizable --fuese el mismo, fuese idéntico, fuese igual--, sería preciso que no sólo el objeto de conocimiento sino también el sujeto del conocimiento fuese el mismo; y, aún entonces, sería preciso además que también fuese igual, en cada momento, el mismo acto del "tener conciencia", puesto que para un mismo sujeto y un mismo objeto, el acto que los vincula puede variar a cada instante). Lo cual conduce al famoso postulado marxista de la actividad crítico-práctica: dado que la actividad cognoscitiva no es generali-

zable, ello implica que cada acto concreto de conocimiento —el que un sujeto concreto y determinado tenga una conciencia concreta y de terminada de un objeto de conocimiento concreto y determinado— debe ser único y singular y, por tanto, "creado ex novo", original e irrepetible: de ahí que conocer no sea un reflejo pasivo ante el estímulo provocado por el objeto de conocimiento, sino, por el contrario, una actividad práctica, creadora, constructiva, transformatoria, modificadora a cada instante de la realidad (el sujeto, al enfrentarse a un objeto de conocimiento, produce ex novo la propia conciencia que de él tenga). De ahí la denominación de actividad crítica y práctica. Crítica en cuanto el conocimiento acerca de X no puede ser un universal necesario, eterno, siempre igual a sí mismo; por el contrario, ha de ser algo artificial, instrumental, referencial, es decir, capaz de autotransformarse a conveniencia modificando a cada instante la conciencia que se tenga, sometiénola a crítica. Y práctico en cuanto tal tarea —el tener conciencia— implica una actividad procesual, y no una inmediatez refleja y directa; el que un sujeto tenga una conciencia dada de un objeto no es el resultado de una especie de adecuación natural, automática y espontánea entre dicho^s sujeto^s y objeto^s —lo que implicaría una especie de unión mística o religación intuitiva entre ambos—, sino, por el contrario, resultado de un proceso de acción en toda regla, mediado por herramientas y materiales específicos, que exige un gasto de esfuerzo humano y acarrea un coste susceptible de ser desviado hacia actividades alternativas; está claro, por tanto, que tal acto procesual, costoso y esforzado, nunca puede ser generalizable en un universal de igual cognoscibilidad, de común identidad igual. Pero lo que aquí conviene señalar es el hecho de que

tal concepción de la actividad cognoscitiva es análoga a la postura epistemológica de los primeros nominalistas. Los conceptos son como las hoces o los martillos: no meros reflejos necesarios, universales y generales, provocados naturalmente por la realidad conocida, sino instrumentos artificialmente contruídos, actividades contingentes, particulares y singulares, provocadas deliberadamente por el actor agente del conocimiento. La diferencia entre Marx y los primeros nominalistas reside en el hecho de que entre el primero y los segundos surgió la concepción kantiana de las categorías constitutivas del conocimiento apriórico, noción que Marx no podía ignorar; pero tales instrumentos de producción conceptual --mediadores de la actividad cognoscitiva singular-concreta-- no son el producto de un hipostático orden natural, sino auténticas "relaciones sociales": objetivaciones aprióricas del conocimiento, relacionamente estructuradas y socialmente diferenciadas, que cada sujeto de conocimiento tiene que reproducir --como tales "medios de producción" conceptual-- en cada uno de sus actos de conocimiento mediante el gasto de su propia capacidad de acción crítico-práctica. Y la reproducción por parte de cada sujeto cognoscente de tales categorías (sociales) aprióricas implica su no universalidad ni generalizabilidad: es decir, su transformabilidad, su modificabilidad, su descategorizabilidad.

Pero, como ya se dijo anteriormente, la postura neonominalista de Marx supone mucho más que la mera crítica de la ilegitimidad de las hipóstasis introducidas en el discurso. Es cierto que Marx critica los errores del realismo lógico hegeliano y también es cierto que critica igualmente los errores del materialismo vulgar de Feuerbach. Pero su crítica neonominalista no se limita a criticar tales errores

de interpretación atribuidos a determinados pensadores: mucho más allá que todo eso, Marx se atreve a criticar a la propia realidad social, se atreve a criticar los "errores de la realidad" --según la tantas veces citada equivocidad-- y no meramente los errores de interpretación de la realidad. Tal es su aventurada apuesta.

Es evidente que semejante apuesta puede tener una defensa epistemológica, derivada precisamente de su postura neonominalista. Si la realidad no es un universal sino un constructum, un producto social, una relación social en definitiva, ello implica que pueda ser modificada y transformada, reproducida y reconstruida: cambiada. Y, si la llamada realidad es una mera construcción artificial que puede ser cambiada por otra, ello es muestra de que, como tal construcción, es perfectible, es decir, puede ser juzgada como imperfecta o errónea a la hora de plantear el proyecto de su reconstrucción perfeccionada.

Sin embargo, subsiste el hecho de que el "error" es algo exclusivamente aplicable, desde un punto de vista lógico, a la percepción de la realidad, no a la realidad misma. Un puente carente de la resistencia suficiente para soportar el peso de una locomotora no es un puente equivocado --y el decirlo así es una mera figura retórica--: si hay error será en los planes del ingeniero proyectista, pero no en la propia realidad como tal; de hecho, tal puente responde exactamente a su construcción, aunque ésta no responda exacta sino erradamente a las intenciones que el constructor tenía in mente. Pues bien: este problema --que quizá sea abordado más adelante-- no es tomado en consideración por Marx, quien simplifica apresuradamente: dado el carácter construido de la realidad su presencia puede ser juzgada con los mismos criterios --aciertos o errores-- con que se juzgan las inten-

ciones de cualquier constructor (y aquí se introducen subrepticia-
mente planteamientos de humanismo antropológico feuerbachiano en la
postura de Marx). Repitamos, en fin, en contra de Marx, que cuando
juzgamos resultados y cuando juzgamos intenciones estamos realizando
juicios lógicamente diferentes. Y no me refiero a la tan famosa dis-
tinción entre juicios de hecho y juicios de valor, sino a que no es
lo mismo considerar el producto ya terminado (que, como tal, tiene
que ser autoconsecuente consigo mismo, irremediablemente) que su pro-
ceso de producción (que, según el conocido planteamiento weberiano,
puede presentar flagrante inadecuación entre fines y medios, es decir,
puede estar equivocado o no ser consecuente con las intenciones pre-
vistas por su productor), y ello al margen de cualquier juicio de va-
lor.

Pues bien, lo que subsiste es que, al no distinguir entre el pro-
ceso de producción social de la realidad (que puede ser consecuente o
inconsecuente, adecuado o inadecuado, respecto a los fines o intencio-
nes previstos por los agentes sociales productores) y la propia rea-
lidad considerada como producto social acabado (que no puede menos
que ser autoconsecuente y adecuada a sí misma, al margen de las inten-
ciones de sus agentes sociales productores, o no existiría), Marx se
permite el lujo de juzgar la constitución de la realidad social con
los mismos criterios neonominalistas con que juzga la interpretación
social de esa realidad. Cree que igual que se juzga a los interpretes
(a Hegel o a Feuerbach) se puede juzgar lo interpretado (el Estado,
el Capital, la sociedad). Así, establece una auténtica analogía, al
menos metodológica (acorde con su neonominalismo, por otra parte),
entre lo interpretantes (juicios o intenciones personales) y lo inter-

pretado (relaciones y correlaciones interpersonales)⁽⁵⁸⁾; y, al confundir ilegítimamente lo interpretante con lo interpretado, se permite analizar lo interpretado (el Estado, el Capital, la sociedad) con las mismas categorías conceptuales neonominalistas que permiten analizar lo interpretante (el discurso teórico de Hegel, de la economía política, de Feuerbach o de la teología cristiana). De tal forma que, si Hegel, los teólogos o los economistas están equivocados pues son realistas (es decir, creen en la existencia de los universales), también tienen que estar equivocados y ser realistas (es decir, tienen que consistir en universales abstractos objetivados) la propia sociedad, el propio Capital o el mismo Estado.

Esta es, pues, la diferencia entre el neonominalismo de Marx y el nominalismo a secas; este último sólo critica el uso teórico de universales hipostasiados; Marx, en cambio, utiliza la misma crítica de los universales pero aplicada a la propia realidad: es decir, trata a la realidad social como si fuese un discurso teórico, como si fuese un texto redactado ilógicamente y susceptible de corrección. Conclusión particularmente interesante pues revela el hecho de que, en las tan traídas y llevadas relaciones entre "teoría" y "práctica", Marx no falla a favor de la práctica, como se ha creído hasta ahora, sino que, por el contrario, falla a favor de la teoría; en efecto, ¿cómo interpretar, si no, el hecho de que analice la práctica con los criterios nominalistas aplicables tan sólo a la teoría?⁽⁵⁹⁾

Pero ello no obsta para que la intuición de Marx (el poner en relación la estructura formal de la teoría con la estructura formal de la práctica) sea particularmente fecunda. En efecto, considerar los procesos sociales como si se tratase de textos discursivos puede

ser, desde el punto de vista heurístico, extraordinariamente relevante. En cualquier caso, queda claro que Marx utiliza la inconfesada comparación para un solo fin en exclusiva: de igual forma que un texto discursivo puede ser corregido de sus incoherencias lógicas (puesto que todo texto aparece enmarcado en un sistema lingüístico que, aunque permite amplísima libertad, está sin embargo dotado de muy precisas e invulnerables reglas, únicas capaces de proporcionarle inteligibilidad), también es de esperar que algún día se sepa cómo "corregir" (modificar) los procesos sociales eliminando sus "incoherencias" --y ello implica previamente el descubrir la estructura interna (gramática, sintaxis, etc) que posibilita la "conjugación idiomática" de los procesos sociales--. Por tanto, para Marx, la garantía de que algún día puedan ser perfeccionadas las prácticas sociales reside en el hecho de que las teorías y demás expresiones discursivas sí que pueden ser con éxito perfeccionadas. Por ello, como el aparo nominalista le sirve para perfeccionar la teoría, decide en consecuencia aplicarlo también a la práctica: en la esperanza de perfeccionarla.

Y así es cómo Marx parte a la caza de los universales abstractos hipostasiados; pero ahora no en los exclusivos cotos de la teoría, sino en el campo abierto de la práctica social: Estado, Capital, sociedad.

Y para ello se inspira directamente en Feuerbach, el primero que aplica criterios nominalistas al análisis no del mero discurso teórico (aunque también lo hace con el sistema hegeliano, en lo que igualmente le seguirá Marx al pie de la letra), sino de una auténtica realidad social como es la propia religión cristiana. Dios es un universal abstracto hipostasiado pero, además, objetivado: existe co

mo tal en la realidad (según se desprende de sus consecuencias objetivas) por mucho que su hipóstasis universal-abstracta sea perfectamente ilegítima. He aquí el lugar del que Marx toma su idea de la equivocidad de la realidad. Dios existe realmente puesto que la gente cree en él y actúa en consecuencia; sin embargo, Dios es un error, no puede existir en realidad: ¡luego la realidad se equivoca!. Feuerbach vislumbró tal problema y Marx lo desarrolló hasta sus últimas consecuencias.

Ya es suficientemente conocida esta técnica neonominalista (puesta a punto por Feuerbach en su crítica al Espíritu Absoluto hegeliano, aplicada luego por él mismo al Dios de la religión cristiana, y más tarde por Marx al Estado y al Capital), pues ha quedado descrita en el primer capítulo al hablar, mediante la ayuda de Colletti, del trabajo simple como universal abstracto hipostasiado: una diversidad de particulares concretos, heterogéneos entre sí --esos individuos singulares que son los sujetos humanos--, quedan ilegítimamente igualados mediante la hipóstasis de su unidad universal abstracta obtenida a partir de la generalización de algún atributo (predicado, cualidad) abstractamente presente en todos los sujetos. Vimos, al analizar la hipóstasis del trabajo abstracto, que el !eureka! que creía haber conseguido Marx era, precisamente, la objetivación de semejante universal abstracto: tal eureka es, por tanto, lo que diferencia el neonominalismo de Feuerbach y Marx respecto al nominalismo bajomedieval. Los universales criticados por los nominalistas medievales no quedaban objetivados en ningún sitio real, sino que permanecían vagando por el cielo de las ideas de los realistas escolásticos; en cambio, los universales abstractos criticados por Marx --Capital, Estado--

o por Feuerbach --Dios--, quedan muy vívida, física y realmente objetivados: la igualdad (abstracta) de las almas ante Dios, en el derecho canónico; la igualdad (abstracta) de los trabajos simples, en el valor absoluto de las mercancías; y la igualdad (abstracta) de los ciudadanos ante la Ley, en el derecho político.

En Marx, esta crítica de los universales abstractos objetivados queda relacionada, a través de su espúreo parentesco con la dialéctica hegeliana,⁽⁶⁰⁾ con un grandioso proyecto de filosofía de la historia occidental europea. Tras la aparición del valor mercantil como hipótesis universal-abstracta objetivada --aparición que nunca queda muy clara pues se diría que se produce como por arte de magia--⁽⁶¹⁾ se pone en marcha un imparable proceso de fetichización de la mercancía, proceso que, a su vez, genera la objetivación de otra hipótesis universal-abstracta --el Estado de Derecho, privativo de la sociedad burguesa-- con su consiguiente fetichización de la formal legalidad jurídico-política. Tal proceso de creciente abstractización de las relaciones interpersonales --en sus dos aspectos, mercantil y político-- va entrando en régimen de crecimiento uniformemente acelerado, transformando a la sociedad burguesa en una especie de cristalización de abstracciones formales e inhumanas. Un diseño, en suma, que más tarde encontrará su paralelo en el proceso de creciente racionalización --parasitado por su consiguiente secuela: la burocratización o racionalización "alienada"-- descrito por Max Weber como destino ineludible de la sociedad europea.

Es muy fácil, como ultimamente ha hecho Colletti, caricaturizar la milenarista escatología de semejante cosmogonía. Evidentemente, la filosofía marxista de la historia no sólo peca de metafísica --por

cuanto tiene de moralista denuncia profética y de gratuito teleologismo idealista-- sino, también, de falsificadora --o, cuando menos, de peligrosamente simplificadora-- . Así, por ejemplo, tal versión ignora el hecho evidente de que el Capital no es la primera hipóstasis universal-abstracta objetivada que aparece en la historia europea: antes le precedió, cuando menos, Dios --como vislumbró Feuerbach y reconoció el propio Marx--, la Guerra o la Lengua --¿qué mejor hipóstasis universal-abstracta objetivada que la lengua?--; por otra parte, la cosmogonía marxista elude también el hecho de que la aparición del Capital y del Estado como nuevas hipóstasis universal-abstractas objetivadas supuso al mismo tiempo la pérdida de influencia de las anteriores --y más "opresivas" o "patológicas"-- hipóstasis vigentes hasta la fecha, como eran Dios o la Guerra, pues sólo gracias a la influencia del Capital y del Estado pudo producirse el famoso "desencantamiento del mundo" renacentista o el derrocamiento del antiguo régimen absolutista; y, en fin --por seguir citando ejemplos escogidos sin rigor a vuelapluma--, también se revela incapaz, el diseño marxista de la historia, de prever o reconocer el surgimiento de nuevas hipóstasis universal-abstractas objetivadas, como puedan ser el Arte, la Ciencia o la Sexualidad: inequívocos fetichismos alienatorios de la sociedad capitalista avanzada.

Pero, al mismo tiempo que no puede menos que reconocerse las graves insuficiencias del diagnóstico marxista, es también indudable que sus líneas de fuerza, su bosquejo tendencial, su intuición esbozada, conservan plenamente su atractivo para nuestra mentalidad contemporánea. En efecto, podrá reconocerse que no es más que reacción romántica y revolucionarista contra el empuje de la naciente sociedad

industrial --y en el fondo no es más que eso, el pensamiento marxista--., pero al mismo tiempo habrá que constatar que reacciones románticas, tradicionalistas o revolucionaristas, contra el auge de la sociedad capitalista, hubo muchísimas, en el curso de la pasada centuria: y, sin embargo, sólo el marxismo goza todavía de audiencia --o de capacidad de encantamiento, si así se desea--⁶². Y ello no puede menos que ser muestra de su especial sensibilidad ante ciertos problemas irresueltos que nos atenazan todavía. Al margen de su carácter de mera ideología de protesta contra la sociedad burguesa, al margen de su definición como ideología que promete el paraíso perdido, la sociedad perfecta, sin que nadie se lo crea, ¿qué hay en el interior del marxismo, capaz de despertar todavía el interés de tantos y tantos intelectuales de la sociedad europea?: para quien esto escribe, no hay duda que su secreto reside en la crítica contra las hipótesis universal-abstractas objetivadas; es de allí de donde se desprende todavía un aroma de intuición certera que parece anunciar la inminente construcción de nuevas vías inesperadamente fecundas --por más que hasta ahora tal esperanza haya resultado siempre fallida--.

¿Qué sucede, por tanto, en nuestras sociedades capitalistas avanzadas, para que la indudable insatisfacción generalizada que a todos nos domina, parezca poder ser diagnosticada, por intuitiva, equívoca y contradictoriamente que sea, mediante la crítica de las hipótesis universal-abstractas objetivadas?. En efecto, el fetichismo de la abstracción reina por doquier, y lo concreto siempre se nos escapa. Todo es más abstracto cada vez; y no sólo se practican abstracciones basadas en cualidades reales de las cosas y las personas, sino que, cada vez más, se inventan o producen cualidades o atributos antes

inexistentes con el único y exclusivo fin de que puedan luego servir de base para nuevas y más sofisticadas abstracciones impersonales;⁽⁶³⁾ pero, al mismo tiempo, surgen más y más ideologías nuevas, todas ellas basadas en la reivindicación de lo concreto, en el rescate de la identidad personal, en la salvación del sujeto individual que se ahoga en un mar de palabras y de cosas abstractamente objetivadas. Quizá, precisamente, lo que suceda en nuestras sociedades capitalistas avanzadas es que, por primera vez, lo abstracto se presenta como tal: revelando impudicamente su carácter de abstracción desnuda, no refugiándose más en el disfraz de la concreción inmediata, como venía siendo moneda corriente hasta muy reciente época.⁽⁶⁴⁾ Porque, lo que es más, por primera vez en la historia europea --recorrida por la oposición entre lo concreto y lo abstracto, oposición que no es de ahora como Marx creía--, se reconoce publicamente que lo concreto no existe, que lo que hasta ahora se creía concreto era una mera añagaza, y que todo, en realidad, es abstracción pura y desnuda, hasta la más pobre y singular nimiedad, hasta la más vulgar tontería carente de historia: y tal verdad --abstracta, como buena verdad--, que más que cínica es escéptica, quema. Y por ello resultan extrañamente atractivas las teorías que, como las de Nietzsche o de Marx, critican suicidamente la abstracción generalizada.

Y, sin embargo, en contra de las apariencias que circulan, la abstracción no es un invento burgués o capitalista. Todas las formas sociales son abstractas y no podía faltar a semejante regla la sociedad feudal, en cuyo seno se gestó la igual aunque distintamente abstracta sociedad burguesa. Por ello, lo que sí resulta particularmente increíble del planteamiento marxista, es su creencia en el carácter

concreto, directo e inmediato de las relaciones sociales precapitalistas: y ello es esencial para su teoría; al fin y al cabo, tanto la alienación económica (el Capital como inversión hipostática) como la política (el Estado como inversión hipostática), se basan en la sustitución de vinculaciones interpersonales concretas, directas e inmediatas (que tales serían las ~~en~~ precapitalistas) por otras exactamente inversas, caracterizadas por la (des)vinculación impersonal, abstracta, indirecta y mediada: mediatizada por las famosas hipóstasis universal-abstractas objetivadas del Estado y del Capital. Y tal planteamiento se hace perfectamente inadmisibile si se considera que nunca existieron --ni podrán existir-- vinculaciones interpersonales concretas, directas e inmediatas; que, por el contrario, siempre las (des) vinculaciones entre unos y otros agentes sociales serán impersonales, abstractas, indirectas y mediatizadas --como el propio Marx sabía cuando era ~~un~~ joven y criticaba el antropologismo humanitarista y naturalista de Feuerbach--: lo que sí cambia, de unas sociedades a otras, es precisamente la forma de esas (des) vinculaciones entre los agentes sociales, la forma de sus relaciones impersonales, abstractas, indirectas y mediadas. En definitiva, el mito de la "inversión de la realidad", que Marx achacaba a la sociedad burguesa, cada día se derumba un poco más. ⁽⁶⁷⁾

En cualquier caso, nuestra tarea en este segundo capítulo es seguirles el rastro a las formas que adoptan las distintas hipóstasis universal-abstractas objetivadas, "descubiertas" y denunciadas a partir de Marx. Y, para ello, nada mejor que apoyarse en la fuente de inspiración que iluminó en sus comienzos la tarea de Marx: la crítica feuerbachiana de la religión cristiana. A lo que más "se parece"

una hipóstasis universal-abstracta objetivada es a la idea de Dios producida por la teología medieval europea, según nos recuerda constantemente el propio Marx.⁽⁶⁶⁾ Al fin y al cabo, si los nominalistas escolásticos medievales rechazaban la existencia de hipóstasis universales, era con el único fin y propósito de que mejor resplandeciera la universalidad de la única hipóstasis que admitían: la de un Dios revelado, irracional y personal. Y ello nos muestra un índice capaz de señalar el radio de aplicación de la hipóstasis divina: Dios es la abstracción de toda realidad, natural y artificial, personal e impersonal, vital y mortal, intelectual y manual; en suma: global. Y esto no es sólo una mera figura retórica: hay que tener presente que la creencia en Dios está hoy más y mejor extendida en Europa que en tiempos de la escolástica medieval --por no decir nada de la implantación institucional de las iglesias cristianas--; pero, sin embargo, es un hecho el que, tras el famoso desencantamiento del mundo provocado por la revolución renacentista, el monopolio de la abstracción hipostática de que Dios gozaba se ve sustancialmente transformado en buena medida: a partir de entonces, ya no será la única abstracción de toda realidad, si bien conservará el papel de articular la globalidad. Tras el Renacimiento, junto a un Dios globalizador que permanece en segundo plano para mejor conservar su eficacia, pasan a ocupar brillantes puestos, en la escena de las hipóstasis universal-abstractas objetivadas, las nuevas divinidades del olimpo europeo occidental, cada una dotada de su esfera de abstracción específica: Estado, Capital, Ciencia, Amor, Arte, etc. Ahora Dios es a la vez un primus inter pares y una especie de monarca parlamentario arbitral: encargado de representar al conjunto y de solventar las disparidades

de competencias entre unas y otras hipóstasis universal-abstractas objetivadas.

Pero permítase, en este punto, la introducción de una nueva analogía: y esta vez no una analogía metodológica --como en el caso del primer capítulo, cuando se comparó la función de valor planteada por Marx con la función de signo hjelmsleviana--, sino una analogía metafórica, con finalidades exclusivamente retóricas. Ya que no parece muy aventurado considerar los mitos como hipóstasis universal-abstractas objetivadas, bueno será relacionar cuanto llevamos diciendo con la estructura profunda de las mitologías europeas.

Por una de esas curiosas e intrincadas casualidades --que por serlo deben ser inextrincables--, resulta que el sistema esquemático común a toda la mitología indoeuropea --tal y como puede deducirse de las investigaciones de Georges Dumézil⁽⁶⁾-- guarda homólogas características formales a las que presenta el cuadro de dependencias funcionales propuesto por Hjelmslev: al fin y al cabo, es la mitología escandinava quien conservó más puramente su fidelidad a la estructura interna común a las mitologías indoeuropeas; y, por si fuera poco, la mejor fuente histórica para conocer tal mitología escandinava es la proporcionada por Saxo Gramático, el danés de Seelandia autor de la Gesta Danorum escrita hacia 1200 --¡otra vez 1200!--; todo lo cual lleva a pensar de forma inmediata en el carácter escandinavo y danés del propio Hjelmslev.

El panteón escandinavo aparece dividido en dos series paralelas de dioses: los (dioses) Ases y los (dioses) Vanes. Todo parece indicar que la voz "As" debe ser etimológicamente relacionada, a través del protoindoeuropeo, con la semejante voz latina que designa la uni

dad monetaria; por su parte, la voz "van" parece relacionable con la raíz latina común a "vanitas" (sustantivo: vanidad, mentira, engaño, apariencia, frivolidad, ligereza, inutilidad, jactancia, fanfarronada) y a "vanus" (adjetivo: vacío, hueco, inconsistente, irreal, ineficaz, infundado, falso, nulo). Sea como fuere, los Ases son los dioses positivos, constructivos, realistas, necesarios, útiles, acumulativos, mientras que los Vanes, por su parte, son los dioses negativos, destructores, irrealistas, gratuitos, inútiles, lúdicos --pero al fin y al cabo también son dioses, dotados de la misma jerarquía teológica que los Ases--. Sin embargo, Ases y Vanes no se excluyen --por más que hayan comenzado por luchar entre sí, enfrentados como bandos irreconciliables-- sino que se complementan mutuamente en eficaz y pacífica coexistencia --puesto que, tras la interminable batalla entre Ases y Vanes que no pudo ganar nadie, ambos bandos decidieron hacer las paces mediante eficaces enlaces matrimoniales--.

Dentro de cada uno de ambos bandos, todos los distintos dioses se clasifican en tres "funciones" fundamentales --y el término función no está elegido para subrayar la semejanza con Hjelmslev, sino que ha sido extraído directamente de Dumézil--. Los dioses de la primera función (encabezados por el As Woden --Wotan u Odin--, habiéndose perdido su equivalente en el bando de los Vanes) representan la inteligencia: sabiduría, astucia, magia, sagacidad, buen juicio y capacidad jurídica. Los dioses de la segunda función (encabezados por el As Dorr --Thor--, habiéndose perdido su equivalente en el bando de los Vanes) representan la fuerza: combatividad, arrogancia, valentía, destreza en el manejo de las armas, resistencia corporal, competitividad, espíritu de lucha, belicosidad y potencia mortífera.

Y, por último, los dioses de la tercera función (encabezados por el As Freyr y el Van Nyordr) representan la riqueza: navegación, agricultura, ganadería, comercio, atesoramiento, lujo, posesividad, fertilidad, emparentamiento, lujuria y obscenidad. Es claro que cada una de estas tres funciones debe ser desdoblada en sus dos vertientes, positiva y negativa, constructiva y destructiva, realista e irrealista, necesaria y gratuita, útil e inútil, acumulativa y lúdica.

Si planteamos una homología entre la estructura mitológico-formal que se acaba de describir y el sistema de dependencias funcionales establecido por Hjelmslev, obtendremos los siguientes resultados.⁽⁶⁾ La vertiente de los dioses Ases representa la función sintagmática: relación, yuxtaposición, conexión, coexistencia, simultaneidad, función "tanto...como" o eje de las magnitudes; la vertiente de los Vanes, por su parte, representa la función paradigmática: correlación, equivalencia, disyunción, alternancia, función "o...o" o eje de las equivalencias. Y, luego, en cada una de las vertientes, la primera función (la inteligencia) representa la determinación o dependencia entre constante (la teoría inteligente) y variable (la realidad inteligida); la segunda función (combatividad) representa la interdependencia o dependencia entre dos constantes (los factores competitivos en lucha); por último, la tercera función (riqueza) representa la indeterminación o dependencia entre variables (las cosas físicas poseídas). Está claro que el cruce entre la distinción en dos vertientes y la distinción en tres funciones dará lugar a seis clases diferentes de dioses o funciones.

Quede dicho, como anécdota de cierre que ponga fin a mitológicas disgresiones, que Ases y Vanes terminan por perecer tras la soli-

daria derrota que sufren a manos de infrateológicos gigantes: divino holocausto escatológico --pero que no supone el fin del mundo sino la aurora de una nueva vida ausente de dioses-- que puede haber inspirado tanto la transvaloración de todos los valores alienantes (Nietzsche toma su ócaso de los ídolos del material escandinavo procedente de Wagner) como la misma Revolución (des)alienante (sea nacional, burguesa o proletaria, pues en todos los casos se trata de la misma mitológica utopía).

Pues bien: de lo que ahora se trata es de establecer la retórica metáfora que vincule las seis clases examinadas de dioses indoeuropeos con las seis hipóstasis universal-abstractas objetivadas que, presumiblemente, aparecen sustentadas por nuestras actuales sociedades (que éstas parezcan "capitalistas" o "realsocialistas" resulta indiferente a todos los fines).

En la vertiente de los Ases, la primera función estaría representada por la hipóstasis de la Ciencia, la segunda función por la hipóstasis del Estado y la tercera función por la hipóstasis del Capital. Por su parte, en la vertiente de los Vanes, la primera función estaría representada por la hipóstasis del Arte, la segunda función por la hipóstasis del Juego (juego mortífero como es el juego de la Guerra o juego semimortífero como es el juego del Deporte) y la tercera función por la hipóstasis del Amor (amor sintagmático como amor de la Pasión o amor paradigmático como amor del Deseo).

Este cuadro puede leerse vertical u horizontalmente. Leído en vertical, proporciona dos columnas: en una se hallan, de arriba abajo, el intelectual, el político y el empresario; en la otra, el artista, el jugador (guerrero o deportista) y el amante. Por el con-

trario, leído el cuadro en horizontal, nos proporcionará tres niveles: en el superior se hallan situados el intelectual y el artista, en el medio el político y el jugador (guerrero o deportista) y en el inferior el empresario y el amante. Ambas lecturas parecen implicar una jerarquía (izquierda-derecha, en ~~una~~ caso; superior, medio e inferior, en el otro), pero ésta no es valorativa sino exclusivamente lógica.

El intelectual se dedica a las determinaciones sintagmáticas y el artista a las determinaciones paradigmáticas, el político a las interdependencias sintagmáticas y el jugador a las interdependencias paradigmáticas, el empresario a las indeterminaciones sintagmáticas y el amante a las indeterminaciones paradigmáticas.

Desde un punto de vista lógico es jerárquicamente superior la distinción entre columnas que entre niveles. A la columna o vertiente de los Ases podemos llamarla columna de "producción de la realidad", o simplemente constructiva; mientras que a la columna o vertiente de los Vanes podemos llamarla columna de "presentación de la irrealidad", o simplemente obstructiva. Tanto el intelectual como el político y el empresario producen realidad, es decir, construyen; mientras que tanto el artista como el jugador y el amante presentan irrealidad, es decir, obstruyen (obstruir significa construir ~~obstru~~trucciones --obsesiones el artista, obstáculos el jugador y obscenidades el amante-- y situarlas enfrente). Es evidente que los Ases (intelectuales, políticos y empresarios) se encargan del eje de las magnitudes, y por ello buscan la cantidad, son vinculantes, acumulativos, y plantean relaciones necesarias entre las cosas simultáneamente presentes; mientras que los Vanes (artistas, jugadores y aman-

tes), por su parte, se encargan del eje de las equivalencias, y por ello buscan la cualidad, son desvinculantes, consuntivos (al modo del potlach: gasto improductivo del sentido dramático del humor derrochado e irrecuperable) y plantean correlaciones innecesarias entre cosas gratuitas alternativamente aparentes. ⁽⁶⁹⁾

Pero a la distinción entre la columna constructiva y la columna obstructiva le sucede lógicamente la distinción entre niveles. Tanto el intelectual como el artista buscan funciones de determinación y manifestación, es decir, buscan las formas en que las variables determinan y manifiestan a las constantes: su común denominador es, por tanto, la terminalidad o el manifiesto. El intelectual busca determinaciones o manifestaciones sintagmáticas (es decir, relaciones magnitudinales de determinación o manifestación) mientras que el artista busca determinaciones o manifestaciones paradigmáticas (es decir, correlaciones equivaluables de determinación o manifestación). Por ello diremos que el intelectual objetiva manifiestos o terminalidades magnitudinales y el artista objetiva terminalidades o manifiestos equivaluables.

Respecto al nivel medio, tanto el político como el jugador buscan funciones de interdependencia, es decir, buscan las formas en que unas constantes dependen de otras: su común denominador es, por tanto, la constancia. El político busca interdependencias sintagmáticas (es decir, relaciones magnitudinales de interdependencia) mientras que el jugador busca interdependencias paradigmáticas (es decir, correlaciones equivaluables de interdependencia). Por ello diremos que el político objetiva constancias magnitudinales y el jugador objetiva constancias equivaluables.

En fin, por lo que respecta al nivel inferior, tanto el empresario como el amante buscan funciones de indeterminación, es decir, buscan las formas en que unas variables dependen de otras: su común denominador es, por tanto, la variancia. El empresario busca indeterminaciones sintagmáticas (es decir, relaciones magnitudinales de indeterminación) mientras que el amante busca indeterminaciones paradigmáticas (es decir, correlaciones equivaluables de indeterminación). Por ello diremos que el empresario objetiva variancias magnitudinales y el amante objetiva variancias equivaluables.

Dado que los tres niveles se hallan entre sí lógicamente jerarquizados, diremos que las variancias determinan a las constancias y éstas a los manifiestos, que, a su vez, vendrán determinados tanto por las constancias como por las variancias. Así, por un lado el Capital determina al Estado y éste a la Ciencia (que resulta determinada tanto por el Estado como por el Capital; el Estado sólo está determinado por el Capital y este último no está determinado por nada), mientras que por el otro lado el Amor determina al Juego y éste al Arte (que resulta determinado tanto por el Juego como por el Amor; el Juego sólo está determinado por el Amor y este último no está determinado por nada). A las determinaciones que se establecen entre unos y otros niveles, es decir, al conjunto formado por los tres niveles, les daremos el nombre de "dominaciones", dado que a cada clase de niveles (manifiestos, constancias y variancias) podremos llamarla en común con el término "dominio" (los dominios son, pues, de tres clases: manifiestos, constancias o variancias), recíprocamente (siendo las dominaciones las determinaciones que entre unos y otros dominios se establecen).

Por su parte, la función de dependencia que se establece entre ambas columnas es una determinación ya que, consideradas las unas respecto a las otras, las construcciones (Ciencia, Estado y Capital) son las variables --puesto que son relaciones sintagmáticas, magnitudinales--, mientras que las obstrucciones (Arte, Juego y Amor) son las constantes --puesto que son correlaciones paradigmáticas, equivalentes--, por lo que diremos que las construcciones determinan a las obstrucciones: siendo las construcciones (manifiestos, constancias y variancias magnitudinales) las objetivaciones determinantes y las obstrucciones (manifiestos, constancias y variancias equivalentes) las objetivaciones determinadas. A las dos columnas las denominaremos en común con el término "realidades" (las realidades son, pues, de dos clases: construcciones y obstrucciones) y a la función que contran entre ambas --que es una determinación-- la llamaremos "realización". La realidad constructiva será la realizante y la realidad obstructiva será la realizada, siendo aquella quien realiza a ésta. En fin, la función de dependencia que se establece entre los dominios (en su conjunto) y las realidades (en su conjunto), es decir, la que se establece entre dominaciones y realizaciones, es una solidaridad: una relación sintagmática de interdependencia o conmutación biplanar, a la que llamaremos "función de producción" y en la que el plano de la expresión está ocupado por dominios (sustancia de la expresión) y dominaciones (forma de la expresión) y el plano del contenido por realidades (sustancia del contenido) y realizaciones (forma de contenido).

Queda así, formalmente planteada, una de las hipótesis que en este capítulo segundo se proponen: la clasificación e identificación

descriptivas de las seis hipóstasis universal-abstractas objetivadas por nuestra moderna sociedad europea occidental extendida planetariamente: hipótesis descriptiva que ha sido heurísticamente descubierta mediante la analogía metafórica --exclusivamente retórica-- establecida entre la estructura teológica indoeuropea y la estructura formal imputada en las hipóstasis universal-abstractas --analogía mediada por la axiomática hjelmsleviana--.

De hecho, si volvemos al comienzo de este segundo capítulo y recordamos la doble verdad que se establecía en la Baja Edad Media entre verdades de fe y verdades de razón, deberemos convenir que, en aquella disyuntiva, fue la razón quien, en el llamado Renacimiento, consiguió triunfar sobre su competidora; pero entonces sucedió una cosa curiosa: mientras la fe, aunque subordinada ya a la razón y escindida en diversas iglesias, continuó siendo una entidad monolítica, dotada de una sola lógica interna, la razón, por el contrario, aunque dominante por fin sobre la fe y elevada a la categoría suprema como seña de singularidad humana, comenzó inmediatamente sin embargo a quedar dividida en razones parciales, independientes y autónomas: la razón científica, la razón de Estado, la razón del Capital, la razón artística, la razón del Juego y la razón amorosa, sectores todos ellos definidos e identificados precisamente por la diferencia específica de su razón constitutiva frente a las próximas. Ese fue pues el destino de la razón burguesa --quizá como expiación por haber derrotado a la fe feudal--: su constitución como una y trina, séxtuple y dual.

Ahora bien, afirmar lo anterior --que la razón burguesa es a la vez una sola y seis distintas: Ciencia, Estado, Capital, Arte,

Juego y Amor— implica dar por sentadas dos cosas: que tales razones autónomas se identifican una a una con las seis hipóstasis universal-abstractas objetivadas, y que todas ellas constituyen sistemas independientes pero dotados de la misma estructura formal interna --de ahí que pueda decirse que la razón burguesa es simultáneamente sextuple y única. Pero tales condiciones previas --la identificación entre hipóstasis y razón, y la homología formal entre las seis razones hipostáticas--, jamás pueden quedar demostradas: todo lo más, quizá pueda ser posible mostrar --que no demostrar-- su verosimilitud empírica, su conformidad descriptiva. Y esto es lo que va a intentarse a partir de ahora: sin el más mínimo rigor y con muy evidente superficialidad. Apresuradamente.

Pero para tal tarea ya se cuenta con todos los resultados obtenidos en el primer capítulo, donde precisamente se abordaba el problema planteado por una de esas razones hipostáticas: la del Capital. Bastaría generalizar lo allí dicho y aplicarlo al caso de las restantes razones hipostáticas: Estado, Ciencia, Arte, Juego y Amor. De hecho, el propio Marx comenzó por señalar las homologías que se establecían entre el Sistema del Estado y el Sistema del Capital: el síndrome de alienación (objetivación de unidades universal-abstractas), planteado por Feuerbach mediante su crítica de la religión cristiana, es aplicado por Marx simultáneamente tanto al Estado como al Capital. En el primer capítulo quedó anotada la insuficiencia crítica del planteamiento marxista, por lo que se refiere al Capital: y también su posible resolución mediante la axiomática hjelmsleviana. Por ello, ahora también se aplicará semejante axiomática al resto de razones hipostáticas: comenzando por el ~~Capital~~ Estado

tal y como hizo Marx. ⁽⁸⁰⁾

Comenzemos precisamente por el planteamiento marxista. La Sociedad Civil es la diversidad de particulares concretos y el Estado la unidad universal abstracta. Los individuos concretos, miembros de la sociedad civil, desiguales, heterogéneos y contrapuestos, resultan abstractamente igualados mediante su común imputación de ser sujetos de la Ley: en tanto que soberanos, es decir, sujetos-autores de la Ley, todos los ciudadanos son iguales. Esta igualación abstracta de los ciudadanos mediante su común predicado de ser igualmente sujetos de la Ley, es el equivalente político de la igualación abstracta de los trabajos simples: por ello, la alienación política es homóloga de la alienación económica. En el caso del Estado, la sustancia de la alienación es la igualación abstracta de los ciudadanos como sujetos iguales de la Ley: ¿dónde quedará objetivada esa sustancia en este caso?. La Ley, como tal texto objetivo y normativo, es la objetivación de la abstracta soberanía de los ciudadanos^s y su resultado es que todos los ciudadanos quedan sujetos a la Ley, es decir, son el objeto a quien se aplica la Ley. Así, la vía ascendente desde la sociedad civil hasta el Estado viene representada por la abstracción de los ciudadanos como sujetos de la Ley (lo cual supone la construcción de la voluntad general, unificante de los ciudadanos, mediante los mecanismos de representación: ideologías, sindicatos, partidos políticos, grupos de presión, elecciones, asambleas parlamentarias, etc); y la vía descendente desde el Estado hasta la sociedad civil viene representada por la abstracción de los ciudadanos como objetos de la Ley (lo cual supone la realización de la voluntad general, es decir, el cumplimiento coactivo de la normativa legal mediante los

distintos aparatos del Estado: Gobierno, Administración Central, Periférica y Local, Ejército, Policía, Tribunales de Justicia, Cárceles, Escuela, Enseñanza Media y Universidad, Servicios y Equipamientos Colectivos, Medicina, Medios de Comunicación del Estado, etc): lo cual implica, para la esfera estatal, el fetichismo de la Ley homólogo al fetichismo de la mercancía que se daba en la esfera del Capital. (41)

Siendo esto así, el problema se complica por la duplicación y solapamiento entre Estado y Derecho. No hace falta recordar la distinción kantiana entre el quid iuris (las determinaciones de los derechos positivos, individuales, singulares y concretos, socialmente existentes) y el quid ius (las determinaciones del Derecho ontológico, virtual, universal, abstracto y genérico), distinción que respectivamente ha dado lugar al Derecho considerado como ciencia (social) positiva y a la Filosofía (metafísica) del Derecho: ello nos sitúa de nuevo en el centro de nuestros trabajos: la abstracción de lo concreto. En cualquier caso, pensemos que la pregunta por el quid ius se relaciona con la personificación jurídico-abstracta del derecho, es decir, con la voluntad de los sujetos jurídicos; mientras que, por su parte, la pregunta por el quid iuris se relaciona con la institucionalización jurídico-concreta de los distintos derechos socio-históricos y empíricos, es decir, con la normatividad coactiva de los distintos objetos jurídicos. Pues bien, tal distinción debe articularse con las vías ascendente y descendente del Estado considerado como sistema de igualación abstracta, tal y como hemos visto hace un momento al hablar de la concepción marxista del Estado.

Vistas así las cosas, nos encontramos con que las Leyes son entidades con dos caras: por un lado expresan voluntad --la voluntad de los ciudadanos sujetos de las leyes--, y por otro contienen norma--

tividad --la normatividad a que está sometida la conducta de los ciudadanos sujetos a las leyes--. Se trata, pues, de un sistema biplanar, homólogo a los sistemas hjelmslevianos de signos, dado que la forma del plano de la voluntad (la vía ascendente) difiere de la forma del plano de la normatividad (la vía descendente): ambas formas, solidarias entre sí, contraen una función de conmutación, puesto que ciertos cambios en la forma de la voluntad pueden acarrear solidariamente cambios paralelos pero distintos en la forma de la normatividad. (42)

Naturalmente, la forma de la voluntad y la forma de la normatividad no permanecen virtuales en el cielo abstracto de los juristas sino que son manifestadas por concretas sustancias. La sustancia de la voluntad está constituida por las concretas actitudes políticas de los concretos ciudadanos, mientras que la sustancia de la normatividad está constituida por las concretas conductas sancionadas (positiva o negativamente) de los ciudadanos concretos. Siendo esto así, a la forma de la voluntad, manifestada o determinada por las concretas actitudes políticas, podemos denominarla "relaciones (y correlaciones) políticas" o, más sencillamente, "la Política"; mientras que, por su parte, la forma de la normatividad, manifestada o determinada por las concretas conductas sancionadas, puede ser denominada como "relaciones (y correlaciones) jurídicas" o, más sencillamente, ~~MMm~~ ~~Em~~ "el Derecho". Naturalmente, de la materia o sentido del plano de la voluntad (que era lo que Kant buscaba bajo la pregunta del *quid ius*), no se puede decir científicamente nada: y lo mismo cabe afirmar de la materia o sentido del plano de la normatividad.

Las funciones de dependencia que contraen entre sí las distin-

tas actitudes políticas concretas constituyen la forma del plano de la voluntad, es decir, la Política o las relaciones políticas. A su vez, las funciones de dependencia que contraen entre sí las distintas conductas sancionadas concretas constituyen la forma del plano de la normatividad, es decir, el Derecho o las relaciones jurídicas. Cabe prever que, mediante el análisis jerarquizado de tales funciones de dependencia (determinaciones, interdependencias e indeterminaciones), puedan ser aisladas en cada plano las figuras sublegales carentes de correspondencia en el plano opuesto. A las figuras sublegales del plano de la voluntad las llamaríamos "subjetividad política abstracta" y constituirían la clase de los "voluntemas políticos" o politemas. Por su parte, a las (distintas de las anteriores) figuras sublegales del plano de la normatividad las llamaríamos "objetividad jurídica abstracta" y constituirían la clase de los "normatemas jurídicos" o iuremas.

El eje sintagmático o magnitudinal del plano de la voluntad estaría constituido por todas las cadenas posibles de politemas, y el eje sintagmático o magnitudinal del plano de la normatividad estaría constituido por todas las cadenas posibles de iuremas. A su vez, el eje paradigmático o equivaluable del plano de la voluntad estaría constituido por todas las correlaciones posibles entre los politemas y entre las cadenas de politemas, y el eje paradigmático o equivaluable del plano de la normatividad por todas las correlaciones posibles entre los iuremas y entre las cadenas de iuremas.

La manifestación de las formas (política o jurídica) por las sustancias (política o jurídica) es contradictoria. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, las actitudes políticas concre

tas determinan a las relaciones políticas abstractas (es decir, la forma política o forma del plano de la voluntad está determinada por la sustancia política o sustancia del plano de la voluntad), y, al mismo tiempo, las conductas sancionadas concretas determinan a las relaciones jurídicas abstractas (es decir, la forma jurídica o forma del plano de la normatividad está determinada por la sustancia jurídica o sustancia del plano de la normatividad). Mientras que, por el contrario, desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, las actitudes políticas concretas son interdependientes respecto a las relaciones políticas abstractas (es decir, la forma y la sustancia políticas o del plano de la voluntad, contraen entre sí interdependencia paradigmática), y, al mismo tiempo, las conductas sancionadas concretas son interdependientes respecto a las relaciones jurídicas abstractas (es decir, la forma y la sustancia jurídicas o del plano de la normatividad, contraen entre sí interdependencia paradigmática). Es esta la única "contradicción fundamental" analizable en el sistema biplanar del Estado: y a ella queda reducido el problema conocido bajo el nombre de "alienación política".

Llamaremos función de Ley o función legal a la función de comunicación (relación de interdependencia que contraen las correlaciones de un plano con las correlaciones del plano opuesto) que se establece entre el Derecho y la Política, es decir, entre la forma jurídica o forma del plano de la normatividad y la forma política o forma del plano de la voluntad: tal función de Ley es homóloga con las funciones de Signo y de Valor que ya fueron vistas en el primer capítulo. Dado que las relaciones políticas (forma política de la voluntad) son distintas de las relaciones jurídicas (forma jurídica de la nor-

matividad) pero conmutables entre sí en virtud de la función de Ley, bastará proporcionar la conmutación de un sólo elemento de cualquiera de ambas formas para que, automáticamente, en virtud de la función de conmutación, quede perfectamente identificada la conmutabilidad de todos los demás elementos de ambas formas: ese tal elemento único, garante de la conmutabilidad de la función de Ley, es el shifter que también vimos para el caso de la función de Valor al final del primer capítulo. Si para la función de valor su shifter consistía en la monopolización de la "equivalencia general" por parte de una sola mercancía --el dinero--, para la función legal su shifter consistirá en "el monopolio de la violencia física legítima", como expresó Weber en su día. No obstante, cabe decir que en el caso del Estado existe un segundo shifter --la jefatura del Estado-- que no es alternativo sino que simboliza al anterior: siempre el Jefe del Estado es a la vez el jefe supremo del Ejército.

Por tanto, también existe una "contradicción secundaria" establecida entre el shifter (monopolio de la violencia) y la función de Ley (conmutación entre las relaciones políticas y jurídicas). Desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, el shifter y la función de Ley contraen indeterminación, mientras que, por el contrario, desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, el shifter determina a la función de Ley.

Y con ello finaliza la somera descripción de la razón hipostática del Estado si la consideramos homóloga respecto a los sistemas biplanares analizados por la teoría hjelmsleviana del signo: así, la Ley, de ser una hipóstasis alienada, ha pasado a ser un signo que designa dos materias o sentidos afines pero independientes: la volun

tad de los sujetos y la normatividad de los objetos o conductas. (73)

Pero vayamos ya con la siguiente hipóstasis universal-abstracta objetivada: la de la Ciencia. De hecho, aunque sí criticó ocasionalmente las posiciones epistemológicas tanto del idealismo apriorista --especialmente a Hegel-- como del que llamó materialismo vulgar --concretamente a Feuerbach, aunque sus argumentos son aplicables a todo el empirismo positivista--, Marx nunca se planteó en serio la crítica de la Ciencia: una crítica cada día más necesaria, dado el cientifismo fideísta que suele circular. (74)

Sin embargo, sería muy fácil aplicar el síndrome formal de alienación al caso de la Ciencia, lo que revelaría su naturaleza de hipóstasis universal-abstracta objetivada: la unidad universal-abstracta vendría representada por las Leyes científicas, la diversidad de particulares concretos por los hechos empíricos, la vía ascendente por la inducción científica (resultado de igualar abstractamente los datos proporcionados por la percepción sensible de los hechos empíricos) y la vía descendente por la deducción científica (resultado de aplicar las Leyes científicas hipostasiadas sobre el material empírico así homogeneizado). Con ello podría plantearse la crítica de la "alienación científica" --lo cual implica la negación de toda ciencia "verdadera"-- y la necesidad moral del derrocamiento de la Ciencia considerada como fetichismo de la legalidad científica. (75) En suma, una crítica exactamente análoga a la que Marx llevó a cabo con el Estado burgués de Derecho --dado que Estado y Ciencia son estructuras homólogas-- que condujese a la misma exigencia de la Revolución (esta vez "científica", en vez de política; es decir: anticientífica) capaz de destruir la Ciencia (burguesa). Y, en suma, una crítica aná-

loga a la que llevó a cabo Nietzsche en su teoría nihilista del conocimiento.⁽⁷⁶⁾

Pero, probablemente, tal tarea daría unos resultados tan inútiles como los que proporcionaron Marx y Nietzsche. Y no sólo debido a que la teoría de la alienación está basada en mecanismos que nunca pueden ser explicativos dado su carácter exclusivamente moral y retórico, sino, sobre todo, al propio hecho de que, aunque tal teoría tuviese alguna capacidad explicativa, sin embargo se revela incapaz de sustentar proyectos de acción relevantes: una teoría cuya única conclusión sea la de pedir la destrucción del Capital, de la Ciencia o del Estado, y que sea incapaz de contestar a la pregunta de "¿y qué hacemos luego?" --puesto que, evidentemente, ahora no se puede vivir sin Ciencia, sin Capital ni sin Estado--, ha de ser como teoría un completo y total fracaso.⁽⁷⁷⁾

¿Cómo, pues, abordar el problema planteado por la insatisfacción social generada por el cientifismo abstractizante, sin por ello caer en la retórica nihilista ni en el humanitarismo idealista, y al mismo tiempo ser capaz de explicar suficientemente los hechos de la Ciencia proporcionando relevantes proyectos de acción futura?. En opinión de quien esto escribe, mediante la introducción de un sano neonominalismo sustentado en una teoría sociológica del conocimiento. Pero ello desborda el presente trabajo. Aquí nos vamos a limitar a (co)relacionar el sistema de la Ciencia con la axiomática hjelmsleviana. Ello implica, cuando menos, un cambio en el punto de vista tradicional: un replanteamiento quizá fructífero.

Para ello, vamos a apoyarnos en una muy interesante y bien fundada intuición de Marx: la "dialéctica" (unidad de contrarios) entre

Teoría y Práctica. Pero, como es evidente, prescindiremos de su vinculación "dialéctica" y la sustituiremos por la ya conocida solidaridad conmutable hjelmsleviana: relación de interdependencia entre dos formas distintas entre sí pero conmutables mutuamente. Con ello, llamaremos "Ciencia" a todo sistema que conste de dos planos conmutables entre sí de tal modo que mientras uno es el plano de la Teoría el otro será el plano de la Práctica. Así, dentro de la que hemos llamado razón hipostática de la Ciencia, aparecerán no sólo todas las ciencias concretas ("naturales" o "humanas", físicas o sociales, teóricas o aplicadas, generales o específicas), sino además todo lo que se conoce bajo el nombre de filosofía, ideología, opinión pública, sentido común, ética, moral, dogmática religiosa, etc. En definitiva, todo lo que hace referencia al "conocimiento", a la "cognición", a "las ideas" o, como está de moda decir ahora, a "la construcción social de la realidad". Naturalmente, cada variedad de "Ciencia" --entendida en el sentido anterior-- presentará sustancias y formas específicas en cada plano; pero, sin embargo, la materia o sentido (en sentido hjelmsleviano) del plano de la Teoría será común a todas las variedades de "Ciencia" que puedan inventariarse y, al mismo tiempo, también la materia o sentido del plano de la Práctica será común a todas las variedades de "Ciencia" inventariadas. Aquí nos limitaremos a exponer las grandes líneas fundamentales subyacentes a todos los sistemas posibles de variedades de "Ciencia". (48)

En el plano de la Teoría, la sustancia será la Experiencia Sensible, es decir, las percepciones concretas. Tales percepciones aparecerán necesariamente organizadas según alguna forma abstracta. La forma del plano de la Teoría (es decir, las relaciones y correlacio-

nes, las determinaciones, interdependencias e indeterminaciones, contraídas por las percepciones concretas) recibirá la denominación de "relaciones de cognición", "relaciones teóricas" o, más sencillamente, de "Teoría" propiamente dicha. Y diremos que las relaciones de cognición (forma de la teoría) son manifestadas por las percepciones concretas (sustancia de la teoría). A su vez, en el plano de la Práctica, la sustancia será la Práctica Sensible, es decir, las realizaciones concretas. Tales realizaciones aparecerán necesariamente organizadas según alguna forma abstracta. La forma del plano de la Práctica (relaciones y correlaciones, determinaciones, interdependencias e indeterminaciones contraídas por las realizaciones concretas) recibirá la denominación de "relaciones de realidad", "relaciones prácticas" o, más sencillamente, de "Realidad" propiamente dicha: así pues, la Realidad puede definirse como el haz de funciones de dependencia que contextualmente se establecen entre las distintas realizaciones prácticas concretas. Y diremos que las relaciones de realidad (forma de la práctica) son manifestadas por las realizaciones concretas (sustancia de la práctica).

No sólo la Teoría es manifestada por las percepciones y la Realidad por las realizaciones. Además, la Teoría depende de la Realidad y ésta de aquella. A la función que contraen Teoría y Realidad (es decir, relaciones de cognición y relaciones de realidad, o relaciones teóricas y relaciones prácticas) la llamaremos "función de Verdad". La función de Verdad o función que contraen la forma de la teoría y la forma de la práctica es una solidaridad conmutable, es decir, una relación sintagmática de interdependencia y una conmutación (relación entre las correlaciones de un plano y las del opuesto).

Si vamos progresivamente analizando la sustancia de la teoría con arreglo a las funciones de dependencia que manifiesta, llegaremos mediante sucesivas divisiones a obtener las partículas elementales cuya (re)combinación permite construir ilimitadas cadenas de sustancia teórica: tales serán las figuras subverdaderas (pues su carácter elemental les impide ser conmutadas con el plano de la Práctica) del plano de la Teoría, que podemos llamar "perceptibilidad abstracta" o clase de los "cognemas"; y ello de tal modo que las relaciones de cognición no son otra cosa que el conjunto de sintagmas y paradigmas que pueden contraer entre sí los cognemas y las cadenas de cognemas. A su vez, en el otro plano de la Ciencia, si vamos progresivamente analizando la sustancia de la práctica con arreglo a las funciones de dependencia que manifiesta, llegaremos mediante sucesivas divisiones a obtener las partículas elementales cuya (re)combinación constituye las innumerables cadenas de sustancia práctica: tales serán las figuras subverdaderas del plano de la Práctica (distintas de los cognemas e ^{con}inmutables con ellos), que podemos llamar "realizabilidad abstracta" o clase de los "praxemas"; y ello de tal modo que las relaciones de realidad no son otra cosa que el conjunto o jerarquía de sintagmas y paradigmas que pueden contraer entre sí los praxemas y las cadenas de praxemas.

También en la Ciencia, su "contradicción fundamental" aparece en la función de manifestación de formas por sustancias. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal (cuya función generatriz interna es la relación o simultaneidad: función "tanto...como"), las percepciones concretas determinan la Teoría y las realizaciones concretas determinan la Realidad. En cambio, desde el punto de vista

paradigmático o equivaluable (cuya función generatriz interna es la correlación o alternatividad: función "o...o"), las relaciones de m cognición y las percepciones concretas contraen interdependencia, y las relaciones de realidad y las realizaciones concretas contraen igualmente interdependencia.

Por lo que respecta a la función de Verdad, contraída entre la Teoría y la Realidad, también nos encontraremos con paralela "contradicción secundaria". Dada la forma de la teoría, bastará conocer la conmutación de una sola de sus cadenas para que podamos deducir la totalidad de la forma de la práctica; y viceversa: es la razón para la presencia del shifter con el que tan familiarizados estamos ya. En el caso de la Ciencia, y según sus variedades inventariadas, el shifter adoptará diversas formas, siendo la lógica matemática la dominante en la actualidad (lógica que, como tal sistema de símbolos y no de signos, habrá de ser libremente interpretable, es decir, igualmente aplicable a ciencias diversas). Pues bien: desde el punto de vista sintagnático o magnitudinal, el shifter determina a la función de Verdad, mientras que, por el contrario, desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, es una indeterminación la función que contraen el shifter y la función de Verdad.

Y, hasta aquí, cuanto en este lugar podemos permitarnos decir acerca de la Ciencia. ⑦ Hasta ahora hemos descrito el sistema biplanar que hay tras una serie de construcciones: la mercancía (función de Valor), la ley política (función de Ley) y la ley científica (función de Verdad); mercancías, leyes políticas y leyes científicas, al margen del hecho de que su objetual apariencia unitaria oculte su íntima consistencia dual (funciones de Valor, Ley y Verdad), coinci

den en presentar una articulación contextual eminentemente constructiva: son construcciones sin ninguna clase de duda. Pero ahora nos toca examinar otra serie de productos, que como objetos también ocultan consistencias duales (funciones biplanares generatrices internas), pero que ya no son constructos, sino esta vez obstrucciones: las obras de arte, las competiciones y los objetos de deseo: obsesiones, obstáculos y obscenidades.

No cabe duda del carácter perverso (en el sentido no peyorativo que Freud indicó) de tales productos, de tales objetos. Pero, más allá de la perversión que supone producir tales objetos (obsesiones, obstáculos y obscenidades), subyace sin embargo una especie de finalidad no perversa: tales objetos son (perversamente) producidos para que puedan llegar a ser destruidos (consumidos no perversamente), es decir, apartados, suprimidos, negados o eliminados. Esa es la moralidad última del objeto perverso: de la instructiva obstrucción. Porque la "verdad" o la "razón" de un acto obstructivo reside, precisamente, en el acto constructivo que es su oposición, su resultado o su motivo. Los objetos obstructivos son, en definitiva, ritos de pasaje, pasiones, pruebas, enigmas dispuestos para ser superados, sufridos, aprobados o resueltos.⁽²⁰⁾ Algo, en fin, ante lo que hay que colocarse frente a frente, de tú a tú, y actuar en consecuencia respecto a ello: negándolo hasta la destrucción, si es preciso. Hegel, prototipo del artista, del jugador y del amante, sabía mucho de esto.

Es precisamente este carácter de colocación frente a frente respecto al objeto obstructivo (carácter remarcado por la elección del prefijo "ob", raíz latina que indica frontalidad; una obsesión es aquello frente a lo cual estamos sentado; un obstáculo es lo que está

puesto o colocado enfrente cerrando el paso y una obscenidad es una escena o espectáculo que se representa frente a nosotros) lo que permite rastrear la biplanaridad generatriz interna de los obstructos: cada plano será lo que se opone al otro, lo que hay puesto frente al otro. Así, como veremos, los dos planos del Arte son la Invención y el Interés, los del Juego el Agonismo y el Antagonismo y los del Amor el Ofertorio y el Anheló. Pero no vaya a pensarse que tal biplanaridad se refiere a roles sociales opuestos, de tal modo que fueran reductibles a dos sistemas monoplanares autónomos; por el contrario, cada obstructo pertenece a un solo sistema biplanar, de modo que manifiesta al mismo tiempo dos formas diferentes pero entre sí conmutables. Tal posibilidad de confusión parecerá mejor ilustrada si explicamos el caso del Arte. En efecto, la biplanaridad se descubre o se rastrea heurísticamente al pensar en cómo se oponen el artista y el espectador: la oposición de esos dos roles sociales diferentes proporciona la pista para localizar la biplanaridad del arte pero no es la biplanaridad del arte. La biplanaridad se descubre en el objeto artístico que es uno solo pero conformado con arreglo a dos formas diferentes pero entre sí conmutables. Cuando el artista fabrica el objeto artístico, tiene que estar pensando al mismo tiempo en los dos planos diferentes pero conmutables del Arte; y, cuando el espectador contempla el mismo objeto artístico anterior, también tiene que estar pensando al mismo tiempo en los dos planos diferentes pero interconmutables del arte. Así, cuando decimos que los objetos artísticos son objetos que apuntan o señalan en dos direcciones diferentes no es que una de las direcciones (el plano de la Invención) se refiera al rol social del artista y la otra (plano del Interés) al rol

del espectador, sino que, por el contrario, ambas direcciones están presentes tanto en la fabricación como en la aprehensión del objeto de arte. Y lo mismo puede decirse de los juegos y de los amores.

El problema que acaba de sancionarse aparece relacionado con la lucha de opuestos que centra la dialéctica hegeliana. Ya dijimos en su momento que no debe hablarse de "identidad" ni de "unidad" de "contrarios", sino que tales expresiones deben sustituirse por la función hjelmsleviana de conmutación: dos formas distintas que contraen relación (sintagma), interdependencia y conmutación. En tal caso, es indiferente que ambas formas sean "amigas" o "enemigas" entre sí: lo definitivo es que ambas tengan que estar simultáneamente presentes (relación sintagmática), que la una sea condición necesaria para la presencia de la otra y viceversa (interdependencia), y que las correlaciones que aparecen en una de las formas estén coordinadas a las correlaciones que aparecen en la otra (conmutación); y ello de tal modo que siempre se mantenga la tajante distinción entre una y otra forma.

Sin embargo, subsiste el hecho de que los constructos (mercancías, leyes políticas y leyes científicas) parecen presentar afinidad entre las formas de ambos planos, mientras que los obestructos (obras de arte, juegos y objetos amorosos), por el contrario, parecen presentar "oposición" entre sus formas biplanares: y ello es el resultado debido al hecho de que la función de conmutación es distinta para los constructos que para los obestructos; la conmutación en estos últimos parece basarse en la inversión mientras que no sucede así en aquellos. En cualquier caso, el problema no puede ser resuelto al nivel de superficialidad que ha quedado impuesto en estas des

cripciones. Baste saber que, en todos los casos, siempre se trata de una conmutación, al margen del problema de saber qué tipo de correlaciones en un plano queda relacionado con qué otro tipo de correlaciones en el otro plano (éste es el modo de identificar los distintos tipos posibles de conmutación, distinguiendo por analogía entre inversiones, homologías, simetrías, homotecias, etc). En cualquier caso, y a guisa de receta de cocina, podríamos decir que, mientras en los constructos la forma de un plano está diseñada de modo que favorezca la (re)construcción de la forma del otro plano, en los obstructos, por el contrario, la forma de un plano está diseñada de modo que impida la (re)construcción de la forma del plano opuesto. Pero, en ambos casos, la "razón de ser" de una forma reside en cómo sea la forma del otro plano; y viceversa: al margen de la positividad o negatividad de tal "razón de ser". En este sentido, podemos aquí limitarnos a considerar el problema del modo siguiente: si en los constructos sus dos formas conmutables se potencian respectivamente, en los obstructos sus dos formas conmutables se de-construyen (se obstruyen) recíprocamente: es decir, la forma de cada plano está diseñada para desmontar o descifrar (al modo del niño que desmonta un reloj para descifrar su mecanismo) la forma del plano opuesto.

Todo ello por lo que respecta a las dos (distintas pero conmutables) formas relacionales que debe manifestar cada objeto (constructivo u obstructivo) físicamente unitario. Ahora bien, si consideramos la descripción de la actitud que deben adoptar los sujetos al enfrentarse con tales objetos, vemos que también los obstructos plantean problemas específicos (en los constructos no hay problema: un sujeto trabaja y consume, vota y cumple la ley, percibe y realiza,

sin que nada de ello le suela plantear conflictos emocionales). En efecto, tanto en el Arte como en el Juego y el Amor, los sujetos deben enfrentarse a una peligrosa ambivalencia o, mejor dicho, a una doble actitud --correspondiente a la biplanaridad de su objeto-- que no puede ser desplegada en ausencia de tensiones puesto que todo parece indicar que, precisamente, cada una de ambas actitudes implica la destrucción de la otra. Pongamos otra vez como ejemplo el caso del Arte, y describamos el problema literariamente. Un artista proyecta in mente su obra antes de poder ponerse a realizarla; como tal proyecto, la obra imaginada como futura es imprecisa y relativamente amorfa pero presenta una fuerte identidad singular propia; sin embargo, desde el momento en que se aborda su realización concreta, progresivamente se va destruyendo aquella identidad abstracta imaginada. De hecho, para el artista su proyecto es su obsesión: y realizar tal proyecto es la forma que él tiene de exorcizar su obsesión, de eliminarla, de destruirla, de negarla, de erradicarla de su ánimo (que es el tema de la alienación y la desalienación en versión hegeliana). Por ello, paradójicamente, crear una obra de arte es en realidad destruir la: una vez creada, es decir, una vez eliminada su obsesión de la mente del artista, carece ya para él de existencia artística. Pero es que exactamente lo mismo --aunque de modo simétricamente inverso-- puede afirmarse de la actitud del espectador enfrentado a una obra de arte. Por otra parte, y como tales destrucciones, semejantes actitudes son efímeras necesariamente, y deben constantemente renovarse: nada más acabar (de eliminar) una obra, el artista comienza inmediatamente a plantearse el inicio (de la destrucción) de otra; y nada más acabar (de eliminar) la contemplación de una obra, el es-

pectador necesita inmediatamente comenzar (a eliminar) la contemplación de otra obra (o de la misma, una y mil veces vuelta a contemplar tras haberla eliminado otras tantas). Y respecto al juego o al amor podrían describirse paralelas o semejantes vivencias. Todo artista lleva dentro un espectador y todo espectador lleva dentro un artista --al igual que el jugador es rival de sí mismo y el amante desdeñoso es el mismo desdeñado amante--. Una vez más, la no menos exacta que inteligente retórica hegeliana: pero, al fin y al cabo, retórica. Repitamos, en fin, que tales "contradicciones" vienen necesariamente implicadas por los objetos obstructivos a que tales sujetos se enfrentan: por su formal biplanaridad relacional, por su conmutabilidad inversora.

Pero abordemos ya la descripción de nuestra primera hipóstasis obstructiva, la del Arte.⁽⁶¹⁾ Al igual que a Hjelmslev le resultaba inadmisibile la concepción tradicional del Signo como entidad que apuntaba un solo sentido, también debe ya resultar inadmisibile la concepción del Arte como entidad que expresa un (solo) contenido: cada forma de arte apunta a dos materias o sentidos diferentes (aunque afines): la materia o sentido de la Invención y la materia o sentido del Interés; ambos planos aparecen relacionados entre sí por la "función de Imagen". Consideremos, por ejemplo, el tan controvertido caso de la música.⁽⁶²⁾ Se ha dicho que "la música no significa nada"; pues bien, por el contrario, se puede afirmar que la música no tiene uno sino dos significados. La música consiste en una invención sonora relacionada conmutativamente con un interés temporal: la música es una forma organizada entre dos ~~sentidos~~ sentidos: el sonido o materia sonora y el tiempo o materia temporal. En ambas materias, la forma musical

conforma dos sustancias, la sustancia sonora (los sonidos concretos) y la sustancia temporal (los intervalos concretos de tiempo marcados sincrónica y diacrónicamente, es decir, armónica y rítmicamente). Pero las elementos constitutivos de la sustancia sonora y de la sustancia temporal no valen por sí mismos sino sólo por su contextualidad respecto a los otros sonidos concretos y a los otros intervalos temporales concretos; en definitiva, la sustancia sonora manifiesta una forma sonora (haz de funciones de dependencia que contraen entre sí los sonidos concretos) y la sustancia temporal manifiesta una forma temporal (haz de relaciones y correlaciones que contraen entre sí los intervalos temporales concretos). Tales formas, sonora y temporal, son entre sí distintas (como sabe todo director de orquesta o todo aficionado al jazz) pero están entre sí relacionadas no sólo interdependientemente sino además mediante la función de conmutación. Tal función podrá venir, o no, mediada por un shifter específico (la escala elegida) que garantice la continuidad de la conmutación. Y, en fin, la manifestación de formas por sustancias presentará su "contradicción fundamental" y la dependencia entre el shifter y la función de Imagen Musical podrá presentar a la "contradicción secundaria". Tal y no otro es el "secreto" de la música.

Es preciso, sin embargo, generalizar a cualquier imagen artística lo dicho para la música. Y dentro del Arte quedarán incluidos todos los sistemas de imágenes, es decir, no sólo lo que los críticos de "Arte" definen como tal, sino además todas las llamadas artes menores y populares ("de consumo") y todos los sistemas de imágenes con que se presentan diversos artefactos (como puedan ser: el culto religioso, el diseño industrial, las máquinas militares, los artefactos

tos llamados "paisajes naturales", etc): en definitiva, todas aquellas "invenciones" socialmente definidas como "interesantes" y en la misma medida de la sistematicidad relacional que presenten.

De la misma manera que toda música es una invención sonora dotada de un interés temporal, diremos en general que la función de Imagen es la relación de interdependencia conmutable que se establece entre el plano de la Invención y el plano del Interés. La sustancia del plano de la Invención está constituida por las ejecuciones concretas que, como tales, no valdrán más que por las relaciones contextuales que mantengan unas con otras; la forma del plano de la Invención será, pues, la jerarquía de funciones de dependencia que contrai- gan las ejecuciones concretas manifestantes, y recibirá el nombre de "relaciones de composición" o de "Estilo" más sencillamente. Analizando progresivamente las relaciones de composición que manifiesten las ejecuciones concretas podrá llegar a obtenerse las figuras subimaginativas del plano de la Invención, a las que podremos llamar "ejecutabilidad abstracta" o clase de los "poemas" (del griego "poiesis", acciones cuya causa final reside fuera de ellas mismas).

Por su parte, la sustancia del plano del Interés estará constituida por las apercepciones concretas que, como tales, no valdrán más que por las relaciones contextuales que mantengan unas con otras; la forma del plano del Interés será, pues, la jerarquía de relaciones y correlaciones que contraigan las apercepciones concretas, y recibirá el nombre de "relaciones de interés" o de "Gusto" (en honor a Della Volpe) más sencillamente.³³ Analizando progresivamente las relaciones de interés que son manifestadas por las apercepciones concretas podrá llegarse a obtener las figuras subimaginati-

vas del plano del Interés, a las que podremos llamar "atención abstracta" o clase de los "caliemas" (del griego "calós", bello, luminoso, brillante, digno de atención).

Toda obra de arte, por tanto, presenta al mismo tiempo una cadena de poiemas y una cadena de caliemas. La magnitud del interés de tal obra será la relación sintagmática de todos sus caliemas y la magnitud de la invención de la misma será la relación sintagmática de todos sus poiemas. Por otra parte, la equivalencia de su interés será la correlación paradigmática contraída por sus caliemas y la equivalencia de su invención será la correlación paradigmática de todos sus poiemas. Por ello, desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, las ejecuciones concretas determinarán su estilo y las apercepciones concretas determinarán su gusto, mientras que, por el contrario, desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, tanto las ejecuciones concretas y el estilo como las apercepciones concretas y el gusto serán interdependientes; y ello constituirá la "contradicción fundamental" del Arte. Caso de que exista shifter ⁸⁴ cosa muy poco frecuente en los sistemas de obstrucción artística, por mucho que aspiren a ocupar ese papel los críticos de arte), también la "contradicción secundaria" podrá ⁸⁵aprecer entre el shifter y la función de Imagen (que es la función de relación, interdependencia y comunicación contraída entre el Estilo y el Gusto, es decir, por las relaciones de invención y las relaciones de interés).

En fin, el Gusto, o relaciones de atención con que se contempla una obra artística, no sólo depende de las apercepciones concretas mediante las que se interioriza tal obra, sino además de su Estilo, o relaciones de composición con que está ejecutada por el artista.

Y, a su vez, el Estilo, o relaciones de composición con que se ejecuta una obra artística, no sólo depende de las ejecuciones concretas mediante las cuales es exteriorizada por el artista, sino además de su Gusto, o relaciones de atención con que es apercibida. O, lo que es lo mismo: el Gusto está determinado por las apercepciones concretas y es interdependiente con el Estilo; y, a la vez, el Estilo está determinado por las ejecuciones concretas y es interdependiente con el Gusto. Ese es todo el secreto de las imágenes artísticas.

Y ahora podemos ya considerar cómo se establece aquel paralelismo que páginas atrás vimos entre el Arte obstructivo y la Ciencia constructiva. ⁽⁸⁾ Pensemos nada más en que así como el problema de la ciencia se establece en la disyuntiva entre el nominalismo y el realismo (u ontologismo lógico), el problema del arte se establece en la disyuntiva entre el llamado "formalismo" y el llamado "realismo" (o entre el esteticismo y el testimonialismo, etc, etc). Ante todo hay que dejar muy claro que el arte no puede ser realista nunca, so pena de pasar a ocupar el campo constructivo de la ciencia; y el arte es obstrucción catártica, de eso no quepa duda. ^(8c)

Tales malentendidos, en ambos campos del arte y la ciencia, vienen de la confusión de considerarlos como objetivaciones unilaterales (al modo del cuerpo que señala una sola alma, la materia que señala una sola forma, la teoría que señala una sola realidad o la forma artística que señala un sólo contenido), como ya denunció Hjelmslev para el caso de la semiótica o Marx para el caso de las mercancías. Es preciso, pues, acabar de una vez por todas con semejante planteamiento, y pasar a considerar que tales objetivaciones son siempre bilaterales: que tales objetos siempre presentan dos formas distintas

aunque conmutable y sintagmáticamente interdependientes.

Pero es que, además de lo anterior, resulta que, así como la Ciencia sí presenta la función de Verdad (por lo cual es coherente que en su seno se plantee la disyuntiva nominalismo-realismo, ya que es precisamente la función de Verdad la que instituye socialmente la Realidad), el Arte lo que presenta es la función de Imagen, no la de Verdad. No es sólo cuestión de palabras, además: la conmutación que presenta la función de Verdad es una conmutación constructiva, y obstructiva, por el contrario, la que presenta la función de Imagen (según vimos páginas atrás). De ahí el carácter relativamente "permanente" de las realidades instauradas por la ciencia y el carácter relativamente "efímero" de los gustos instaurados por el arte.

Pero el parentesco del arte con la ciencia no se revela tan sólo en el hecho de que la Imagen consista en una apariencia de realidad (una re-presentación ficticia de la realidad, es decir, una presentación doble: presencia inventada y presencia interesante), sino en el hecho --ya señalado en páginas anteriores-- de que ambas se especializan en la objetivación de determinaciones: se supone que las leyes científicas expresan lo que de constante hay en cuanto de variable se produce o existe, y se supone, también, que las obras artísticas expresan lo que de constante aparece en cuanto de variable se siente o parece (la constancia apercibida en la variabilidad percibida). La ciencia expresa las "verdaderas" constancias manifestadas por las variabilidades, y el arte expresa las "imaginables" constancias manifestadas por las variabilidades: bellas o hermosas como tales. Por eso ambas están especializadas en las funciones de determinación donde lo variable manifiesta lo constante.

Sin embargo, y como ya también vimos antes, ciencia y arte se diferencian en que así como la primera expresa determinaciones sintagmáticas, la segunda se especializa en expresar las paradigmáticas. La ciencia busca magnitudes y el arte equivalencias, la ciencia mide y el arte compara, la ciencia ofrece el cuánto y la cantidad y el arte ofrece el cómo y el qué, la calidad (calidad que por su contextualidad fonética --y no por su contextualidad semántica o etimológica-- aparece relacionada con el "calós" griego del interés, la brillantez y la belleza) --todo ello en términos relativos, naturalmente--. Es por eso también que los productos científicos parezcan permanentes al lado de la apariencia efímera que los productos artísticos presentan. Y es por eso también el que, así como cada producto científico parezca valer por sí mismo, aislado de toda contextualidad (y ese es su efecto de verdad, aunque ya sabemos que no es así, sino que, por el contrario, su valor es siempre doblemente contextual: contextual respecto a su forma teórica, y contextual respecto a su forma de realidad), cada producto artístico, en cambio, sólo parece valer por los demás: en función de los otros productos artísticos con que se le puede comparar (y ese es su efecto de ficción, de imagen: de no-verdad).

En este sentido, debemos ahora pensar en el sistema productivo que es común tanto a la ciencia como al arte: el lenguaje, es decir, la lengua o la palabra. Considerado como ciencia, el lenguaje expresa las verdades de sentido común, las verdades de las ideologías, las verdades de las dogmáticas religiosas, las verdades vulgarizadas de la ciencia de los especialistas, etc. En cambio, considerado como arte --y al margen del hecho de que su forma sirva como sustancia

de una producción artística altamente especializada, la literaria—, el lenguaje expresa "invenciones interesantes" procedentes de muy di versas fuentes, siendo el chiste, los juegos de palabras, los lengua jes privados grupales o familiares y las sucesivas jergas marginales que se van poniendo de moda como innovación prestigiosa (así, aquí y ahora, la jerga "enrollada" de "los pasotas"), sus más característi- cas formas. Pues bien, si diferenciamos el lenguaje considerado como función de Verdad del lenguaje considerado como función de Imagen, advertiremos muy perfectamente aquella contraposición que intentába mos expresar: construcción y obstrucción, sintagma y paradigma, can- tidad y calidad, valor puntual de cada expresión y valor comparativo o relacional, sólida permanencia y fugacidad efímera, etc, etc.

Pero vayamos ya con la siguiente forma obstructiva: esos obstá- culos que son los juegos, bien en su versión deportiva, bien en su versión bélica. Todo lo que antes dijimos, utilizando formas artísti- cas como ejemplo, acerca de las "identidades de contrarios" y las "oposiciones de idénticos", encuentra su mas genuína y hegeliana expresión en la función de Lucha que presenta todo juego, ya sea le- talmente bélico o gratuitamente lúdico. ⁽²⁷⁾ Recordémoslo sintéticamente. Los dos planos del sistema del Juego pueden ser heurísticamente des- cubiertos al considerar la op^osición entre los dos roles sociales arquetípicos que se enfrentan en todo juego real. Sin embargo, una vez localizados o predicados ambos planos --que aquí llamaremos el plano del Agonismo y el plano del Antagonismo--, ambos se presenta- rán como coexistentes tanto en las propias objetivaciones (es decir, en los juegos considerados como ^{somechos} objetos a la doble contextualidad del Agonismo y el Antagonismo) como en las actitudes de cada uno de

los roles sociales enfrentados (es decir, que también aparece la doble contextualidad del Agonismo y el Antagonismo en cada uno de los distintos sujetos que objetiven el juego).³⁸ Ni que decir tiene que, también aquí --y nunca mejor dicho--, construir quiere decir destruir: ganar un juego quiere decir destruir al adversario y, por ello mismo, destruir las propias debilidades que pudieran impedir ganar el juego. Vencer una batalla es derrotar al enemigo, acertar una apuesta refutar a los demás apostantes, apuntarse un partido romper el juego del contrario, resolver un solitario desbaratar su azaroso artificio. En suma, vencer a alguien es en el fondo vencerse a sí mismo: vencer aquella parte de sí que pudiera dar la victoria al enemigo. Jugar es, pues, construirse un concepto del juego enemigo e inmediatamente descifrar y destruir semejante concepto en el propio interior de uno mismo: sólo así se logra esa "moral de victoria" que infaliblemente derrota al adversario --pero, es evidente, el mismo enemigo hace lo propio--. El paralelo con lo dicho del arte es preciso y nítido, por lo que no hace falta tampoco insistir en su carácter de obstrucción, de obstáculo que debe ser negado.

En definitiva, definiremos la "función de Lucha" como la interdependencia sintagmática y conmutable que contraen la forma del Agonismo y la forma del Antagonismo.³⁹ Todas las objetivaciones que hemos llamado juegos (y que ~~en~~ incluyen todo tipo de guerras, batallas, combates, luchas, deportes, juegos infantiles, resolución de pasatiempos, etc: sin que importe que haya un solo jugador, dos adversarios contrapuestos, tres o más participantes, individualidades o equipos) se presentarán como manifestaciones de ambas formas a la vez: diferenciadas entre sí pero coexistentes y conmutables.

Su esquema será el ya tan conocido resultado de aplicar la axiomática hjelmsleviana al sistema de los juegos, en este caso. En el plano del Agonismo, la sustancia consistirá en las tácticas concretas; la forma del agonismo, o jerarquía de funciones de dependencia manifestadas por las tácticas concretas, consistirá en las "relaciones tácticas" ("Relaciones de oportunidad o de agonismo"), es decir, la Estrategia ("Reto" o "Desafío"); si se analizan progresivamente las tácticas concretas según las relaciones y correlaciones que manifiestan, podrá obtenerse las figuras sublúdicas (subpugnativas) del plano del Agonismo, a las que llamaremos "oportunidad abstracta" o clase de los "tactemas" (parece tentador llamarlas "estratagemas", ardidés preparados del generalato, pero no hubiera sido correcto técnica ni lingüísticamente). La magnitud del agonismo de un juego será el conjunto de relaciones sintagmáticas que contraigan sus tactemas; la equivalencia del agonismo de un juego será el conjunto de correlaciones paradigmáticas que contraigan sus tactemas; y la forma (o "valor absoluto") del agonismo de un juego será la jerarquía de relaciones y correlaciones que contraigan sus tactemas. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, la Estrategia estará determinada por las tácticas concretas; desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, tácticas y Estrategia serán interdependientes.

Paralelamente, en el plano del Antagonismo, la sustancia consistirá en las contingencias concretas; la forma del antagonismo, o jerarquía de funciones de dependencia manifestadas por las contingencias concretas, consistirá en las "relaciones de contingencia" ("relaciones de peligrosidad o de antagonismo"), es decir, la Resistencia ("Riesgo" o "Miedo"); si se analizan progresivamente las contin

gencias concretas según las relaciones y correlaciones que manifiestan, podrá obtenerse las figuras sublúdicas (subpugnativas) del plano del Antagonismo, a las que llamaremos "peligrosidad abstracta" o clase de los "azaremas". La magnitud del antagonismo de un juego será el conjunto de relaciones sintagmáticas que contraigan sus azaremas; la equivalencia del antagonismo de un juego será el conjunto de correlaciones paradigmáticas que contraigan sus azaremas; y la forma (o "valor absoluto") del antagonismo de un juego será la jerarquía de relaciones y correlaciones que contraigan sus azaremas. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, la Resistencia estará determinada por las contingencias concretas; desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, contingencias y Resistencia contraerán interdependencia.

Vista la "contradicción fundamental", sólo queda hablar de la "secundaria". Entre la Estrategia y la Resistencia se establece una función, llamada función de Lucha (o pugna lúdica), que consiste en su relación sintagmática, su interdependencia y su mutua conmutación. ⁽⁹⁾ Tal función podrá venir mediada por algún shifter específico (el arbitraje que interpreta las reglas del juego, el derecho internacional de guerra, el fair play o el feudal código caballeresco); en tal caso, el shifter determinará a la función de Lucha desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, y ambos, shifter y función de Lucha, contraerán indeterminación desde el punto de vista equivaluable o paradigmático.

Siendo esto así, podrá apreciarse entre el Estado y el Juego el mismo paralelismo que antes veíamos entre la Ciencia y el Arte. El Juego es la conmutación entre Estrategia (Reto, Desafío) y Resis

tencia (Riesgo, Miedo). Es Estado, por su parte, es la conmutación entre Política (voluntad, actitud del sujeto) y Derecho (norma coactiva, sanción); la semejanza es patente: el reto o el desafío es la voluntad de ganar que expresa la actitud de un sujeto y el miedo o el riesgo es la sanción coactiva que puede acarrearle su gesto.

Por si fuera poco, Estado y Juego comparten una objetivación precisa: la de la violencia física, cuyo empleo constructivo se inscribe dentro del Estado en relación a la función de Ley y cuyo empleo obstructivo se inscribe dentro del Juego en relación a la función de Lucha. De hecho, la violencia física constituye una forma altamente especializada de juego: la guerra, cuya adscripción a la hipótesis del Estado o a la del Juego depende de cuál sea su resultado para el conjunto de las seis hipótesis objetivadas, si constructivo u obstructivo (lo que implicará, respectivamente, su dependencia respecto a la función de Ley o a la función de Lucha).⁽⁹²⁾ Así, lo que la lengua representaba para la pareja Ciencia-Arte representa la violencia física para la pareja Estado-Juego: por ello será útil comparar el uso sintagmático de la violencia física (magnitud, cantidad, permanencia, valor puntual, efecto de legitimidad legal), cuando es objetivada constructivamente dentro del Estado, con su uso paradigmático (equivalencia, calidad, fugacidad efímera, valor contextual o comparativo, efecto de apasionamiento lúdico) cuando es objetivada ~~ma~~ obstructivamente dentro del Juego. En este sentido, la institución militar, presente en cualquier forma histórica de sociedad, presenta esa curiosa ambivalencia que le presta el hecho de su común servicio al Estado (es decir, a la jerarquía de las distintas formas jurídico-políticas) y al Juego: por ello, las llamadas "vir-

tudes militares" son enormemente contradictorias, pues deben hacer buena la mezcla imposible de la arrogancia (desafiante, azarosa, gratuita, lúdica, suicida) propia del jugador empedernido con la disciplina (moderada, ordenancista, voluntariosa, minuciosamente sancionada, utilitaria, segura, burocrática, prudente y llena de buen sentido) propia del estadista consumado --algo así como lograr la cuadratura del círculo--.

Todo ello revela que el paralelo propuesto entre el Estado y el Juego (o, si se quiere, entre el sistema de las formas juridico-políticas y el sistema de las formas agónico-antagonistas) no es en absoluto gratuito. Lo que hay de común entre ambos --ya lo dijimos-- es su compartida especialización en las funciones de interdependencia entre constantes. Así como Ciencia y Arte buscaban expresar lo constante que emergía de lo variable (función de determinación), Estado y Juego, por su parte, buscan expresar las vinculaciones que estructuran lo constante (función de interdependencia): positiva y sólida-mente el Estado, negativa y cambiantemente el Juego. El Estado acumula las vinculaciones entre realidades constantes, permanentes, invariables pero afines, compatibles, mutuamente funcionales (propia-mente, la misión del Estado es "mantener las constantes vitales del cuerpo social", valga la metáfora); mientras que el Juego, por su parte, presenta y re-presenta incansablemente la misma oposición radical, frontal, entre arquetipos permanentes, invariables, fatal y gozosa-mente incompatibles, disonantes y dispares, recíprocamente disfuncio- nales pero trágica y lúdicamente constantes.

Sin embargo, a pesar de su compartida especialización en las funciones de interdependencia, Estado y Juego difieren en las moda-

lidades: el Estado, como hipóstasis constructiva, se subespecializa en las relaciones sintagmáticas o magnitudinales de interdependencia (en la a-cumulación repetitiva de interminables series de interdependencias), mientras que el Juego, como hipóstasis obstructiva, lo hace en las relaciones paradigmáticas o equivaluables de interdependencia (en la comparación valorativa entre interdependencias singulares). Y con ello llegamos al final de la tabla de hipóstasis que hemos predicado, es decir, al Amor como última de nuestras objetivaciones biplanares. (95)

La contradictoriedad afectiva y emocional que advertíamos en los sujetos para el caso del Arte y el Juego alcanza su culminación en el Amor. También aquí utilizaremos como pista heurística la división en dos roles sociales contrapuestos (amado-amante, apasionado-apasionante, deseado-deseante, mujer-hombre), pista que nos permitirá descubrir los dos planos independientes entre sí que estructuran el sistema del Amor, y que llamaremos "plano del Ofrecimiento" y "plano del Anhelo". Y, también aquí, las formas diferentes pero conmutables que descubramos en cada uno de ambos planos deberán hallarse presentes tanto en unos y otros sujetos como en las propias objetivaciones del Amor registrables. No hace falta extenderse más en esto. Baste con señalar que bajo el concepto de sistema del amor englobaremos una serie bastante heterogénea de diversas objetivaciones: afecto, amistad, ternura maternal y paternal, cariño filial y fraternal, fidelidad matrimonial, pasión romántica, deseo carnal, transporte místico, etc; desde el "érgape" hasta el "eros", desde el amor profano hasta el amor sacro, desde el enamoramiento hasta el suicidio amoroso, desde el flirteo hasta el incesto adúltero, desde la

masturbación privada hasta la orgía pública, desde el amor sensato hasta el amor loco, desde la mera afición hasta la devota esclavitud y desde eros hasta tánatos: todo ello debe caber en el esquema propuesto.

Llamaremos función de Trance a la conmutación sintagmática e interdependiente entre la forma del Ofrecimiento y la forma del Anheló. En el plano del Ofrecimiento, la sustancia vendrá representada por las revelaciones concretas (exhibiciones o exposiciones: tanto de sensaciones como de afectos); y la forma del ofrecimiento, o jerarquía de funciones de dependencia manifestadas por las revelaciones concretas, vendrá representada por lo que llamaremos "Grado de Apertura" (relaciones de revelación o de ofrecimiento) o, más sencillamente, Presencia. Si vamos analizando progresivamente las revelaciones concretas en función de las relaciones y correlaciones que manifiesten, llegaremos a identificar las figuras subtransitivas (sin conmutabilidad a través de la función de Trance) del plano del Ofrecimiento, a las que llamaremos "vergüenza abstracta" (revelación, exhibición o exposición abstractas) o clase de los "pudemas" (de "pudor"). La magnitud de ofrecimiento de un objeto amoroso será el conjunto de relaciones sintagmáticas que contraigan sus pudemas; la equivalencia de ofrecimiento de un objeto amoroso será el conjunto de correlaciones paradigmáticas que contraigan sus pudemas; y la forma de ofrecimiento de un objeto amoroso (su "valor absoluto" de ofrecimiento: su Presencia o grado de Apertura) será la jerarquía de relaciones y correlaciones que contraigan sus pudemas. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, las revelaciones concretas determinarán su Presencia o Grado de Apertura; mientras que, de

desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, las revelaciones concretas y su Presencia o grado de Apertura contraerán interdependencia.

Al mismo tiempo, en el otro plano del Anheló, la sustancia vendrá representada por los des-velamientos concretos (des-cubrimientos o contemplaciones: tanto de sensaciones como de afectos); y la forma del anhelo, o jerarquía de funciones de dependencia manifestadas por los desvelamientos concretos, vendrá representada por lo que llamaremos "Inminencia del Cese" (relaciones de desvelación, descubrimiento o anhelo) o, más sencillamente, Ausencia. Si vamos analizando progresivamente los desvelamientos concretos en función de las relaciones y correlaciones que manifiesten, llegaremos a identificar las figuras subtransitivas del plano del anhelo, a las que llamaremos "urgencia abstracta" (desvelación, contemplación o descubrimiento abstractos) o clase de los "urguemas" (de "urgere": urgir). La magnitud de anhelo de un objeto amoroso será el conjunto de relaciones sintagmáticas que contraigan sus urguemas; la equivalencia de anhelo de un objeto amoroso será el conjunto de correlaciones paradigmáticas que contraigan sus urguemas; y la forma de anhelo de un objeto amoroso (su "valor absoluto" de anhelo: su Ausencia o inminencia de Cese) será la jerarquía de relaciones y correlaciones que contraigan sus urguemas. Desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal, los desvelamientos concretos determinarán su Ausencia o inminencia del Cese; mientras que, desde el punto de vista paradigmático o equivaluable, los desvelamientos concretos y su Ausencia o inminencia del Cese contraerán interdependencia.

Señalada la "contradicción fundamental", pasemos a referirnos

a la "secundaria". Presencia y Ausencia, o grado de Apertura e inminencia del Cese, contraen la función de Trance (tránsito crítico, "especialmente el de la muerte"), que es una relación sintagmática de interdependencia y una conmutación (relación entre las correlaciones de la Presencia y las correlaciones de la Ausencia). Caso de que exista un shifter garante y mediador de la función de Trance (como puedan ser los códigos eróticos y pornográficos, la prostitución, la novela rosa, la jerga obscena, etc), el shifter determinará a la función de Trance desde el punto de vista sintagmático o magnitudinal y contraerá a indeterminación con ella desde el punto de vista paradigmático o equivaluable.

Hasta aquí, diríamos, "la teoría". Pero es que, precisamente, es en el Amor donde más claro resulta el carácter contradictorio de las obstrucciones (tanto del Amor como del Juego y del Arte), es decir, el hecho de que la lógica por la cual se pasa desde la sustancia del ofrecimiento (revelaciones concretas) hasta la forma del ofrecimiento (presencia, grado de apertura), es exactamente la inversa de la otra lógica por la que se pasa desde la sustancia del anhelo (desvelamientos concretos) hasta la forma del anhelo (ausencia, inminencia del cese): como si ésta fuese el negativo fotográfico de aquella. Es más: se diría que ambas sustancias fuesen la misma en ambos planos, sólo que simultáneamente sometida a dos lógicas inversas, simétricamente opuestas. Pero ya sabemos que esto no puede ser así, puesto que la sustancia no es otra cosa que la conformación de una materia o sentido por parte de una forma específica. Siendo, pues, distintas las formas, deberán serlo también las sustancias. E, igualmente, la aparente posibilidad de que ambas materias o sustan-

cias sean una sola (es decir, que tanto las revelaciones concretas como los desvelamientos concretos, sean revelaciones y desvelamientos de "lo mismo"), habrá de ser rechazada del mismo modo. Al fin y al cabo, la materia o sentido del plano del ofrecimiento es "un algo informe pero objetivable", mientras que, por el contrario, la materia o sentido del plano del anhelo, es "otro algo informe pero subjetivable". Es decir, que lo que queda conformado en el plano del ofrecimiento no es lo mismo que lo que queda conformado en el plano del anhelo: en el primer caso es algo revelable, es decir, objetivable, exteriorizable, mientras que en el segundo caso es algo desvelable, es decir, subjetivable, interiorizable; por tanto, no se trata de la misma clase de entidad en ningún modo. Pero hecha esta fundamental puntualización, es necesario confesar que todo sucede "como si", aparentemente, ambas sustancias coincidiesen: los afectos o encantos que muestra una mujer parecen ser los mismos afectos y encantos que admira en ella su amante, aunque sepamos que de hecho no es así. De igual modo, los afectos y maneras que muestra un artista, o los afectos y gestos que muestra un jugador, parecen ser los mismos afectos y maneras que admira un espectador o los mismos afectos y gestos que (ad)mira un contrincante: aunque sepamos de hecho que en ninguno de ambos casos es así.

En cualquier caso, y sea como sea, tanto los afectos como los encantos, maneras o gestos, bien sean objetivados, bien sean subjetivados, lo definitorio es que resultan biplanar e inversamente abstraídos: y ello de tal modo que las dos formas que resultan de tal abstracción en cada caso, se oponen entre sí como el positivo y el negativo fotográficos. Ambas formas aparecen como coexistentes so-

bre el mismo objeto, pero cada una de ellas puede sólo ser identificada a costa de renunciar a la posibilidad de identificar a su opuesta: si se quiere identificar el estilo debe renunciarse a identificar el gusto, si se quiere identificar el reto debe renunciarse a identificar el riesgo, si se quiere identificar la presencia debe renunciarse a identificar la ausencia --y a la inversa sucede lo mismo--. Sólo la conmutación entre ambas formas permite captar la globalidad del objeto.

Detengámonos en el caso del Amor. Como se ha dicho repetidas veces, el Amor y la Muerte aparecen estrechamente ligados⁽⁹⁴⁾ (en efecto, amar es experimentar el vértigo de la muerte, pero también lo es jugar, o hacer arte: el vértigo de lo que obstruye todo y del todo): es lo que se resume en la función de Trance, en la conmutación entre presencia y ausencia, o entre apertura y cese. Pero hablemos de cada miembro por separado. La presencia, o la apertura, expresa un desafío público, un reto avergonzado: el estilo de presentarse; consiste por tanto en el límite, el umbral, el no más aquí ni más allá en el que la persona se ofrece como presente. Ese exacto grado de apertura con el que la presencia se abre y se ofrece es, precisamente, la lógica con arreglo a la cual se estructuran las concretas revelaciones: éstas, por lo tanto, quedan entre sí relacionadas y correlacionadas con arreglo al criterio de no revelar nada más ni nada menos que lo que el grado de apertura de la presencia ofrece. Al igual que, según Aristóteles, el ser humano puede ser feliz pero el ser divino no puede serlo porque ya lo es, porque tiene que serlo siempre,⁽⁹⁵⁾ de análogo modo la presencia puede ofrecerse porque no tiene que hacerlo necesariamente; por ello la oferta jamás puede ser total, o dejaría de ser

ofrecimiento (no se "ofrece" lo que tiene que ser dado irremediablemente). Y este grado de apertura, revelación u ofrecimiento debe ser la resultante de combinar las dos opciones: el darse por entero o el no darse en ninguna medida --dos opciones que son límites sólo por reducción al absurdo, ya que nunca pueden aparecer como tales: tanto el no darse en absoluto como el darse totalmente dejarían de ser desde ese mismo momento ofrecimientos, pues sólo ofrece quien puede dar y al mismo tiempo puede no dar---. Esa necesidad de coexistencia simultánea entre un cierto grado de "poder darse" y un cierto grado de "poder no darse" es lo que constituye la apertura de la presencia en el ofrecimiento amoroso.

Por el contrario, en el plano opuesto del Anheló, las cosas suceden casi exactamente del mismo modo sólo que en sentido inverso. Describamos los hechos tal y como ~~surgen~~ se producen. Los desvelamientos concretos son apercibidos como organizados alrededor de un preciso centro de interés: la inminencia de su cese. Lo que se descubre es interpretado como si fuese a cesar inminentemente, como si fuese a desaparecer: a ausentarse. De ahí la urgencia en aprovechar la efímera fugacidad de los desvelamientos y poder descubrir la presencia entrevista en todo su interés. Por ello, lo que se anhela es lo que presenta un cierto grado de presencia y un cierto grado de ausencia, un cierto grado de apertura y un cierto grado de cierre, algo que se puede recibir pero que, al mismo tiempo, puede, de un momento a otro, no más recibirse ya. Pero el miedo, el riesgo, el azar y, al mismo tiempo, el gusto y el interés, residen precisamente en la inminencia de que deje de desvelarse lo que se anhela: de que deje de descubrirse --eso es lo que se ama porque se teme--.

Por ello la forma del desvelamiento, del descubrimiento (su lógica interna, su verdad, su razón de ser) es la de la urgencia con la que podrá, o no, desaparecer; y esa urgencia es, precisamente, la libre posibilidad de la ausencia, del cese. Es la realidad de la ausencia como posibilidad lo que hace urgente el desvelamiento de una presencia que se descubre como si fuese a cesar de forma inminente.

Así, la función de Trance es una conmutación entre dos formas opuestas y simétricas: la una organizada en torno al poder presentar se y la otra organizada en torno al poder ausentarse. La presencia es una transición desde el poder no estar hasta el poder estar mientras que la ausencia es otra transición pero desde el poder estar hasta el poder no estar. La simultaneidad interdependiente entre ambas transiciones es lo que produce el placer y el dolor del trance, que es un estar al mismo tiempo en el nacimiento y en la muerte: en un nacimiento que es un "poder llegar a ser" y a la vez en una muerte que es un "poder dejar de ser". De ahí que el deseo sea destrucción y la pasión sea muerte. (96)

De hecho, trances semejantes entre llegar a ser y dejar de ser aparecen tanto en las (funciones de) imágenes del arte como en las (funciones de) luchas del juego, sobre todo en estas últimas objetivaciones, que ya se sabe que "son cuestión de vida o muerte". Por ello, toda la minuciosa descripción anterior es perfectamente aplicable a la tensión que se establece entre el Reto y el Riesgo, entre el Desafío y el Miedo, entre la estrategia que puede conferir la victoria (que es un volver a nacer) y la resistencia que puede conferir la derrota (que es un dejar de vivir) --y, salvadas ciertas distancias innegables, lo mismo puede decirse de la tensión entre el es

tilo y el gusto que desgarran a la imagen---. En todo caso, se hace preciso volver a repetir que no es que cada uno de ambos planos sea experimentado por uno de los dos roles interlocutores de tales relaciones sociales (es decir, no es que el artista experimente el plano de la invención y el espectador el plano del interés, ni que el jugador experimente el plano del agonismo y su contrincante el del antagonismo, ni tampoco que el amado experimente el ofrecimiento y el amante el anhelo): por el contrario, ambos planos aparecen como simultáneamente presentes no sólo en el ánimo de cada uno de los dos roles interlocutores (es decir, invención e interés se dan tanto en el artista como en el espectador, agonismo y antagonismo tanto en el jugador como en su contrincante, y ofrecimiento y anhelo tanto en el amado como en el amante), sino en la propia estructura común que ambos roles interlocutores contribuyen a objetivar (es decir, en la misma obra de arte considerada como relación social, en el mismo juego considerado como relación social y en el mismo proceso amoroso considerado como relación social). Si consideramos las funciones de imagen, lucha y trance como si fuesen espejos bilunares (dotados por ambas caras de superficies reflectantes), resulta que no sólo los propios objetos artísticos, lúdicos y amorosos contienen en su interior espejos bilunares: es que, además, los propios sujetos objetivadores, en cualquiera de sus vertientes, soportan en su propio interior los mismos espejos bilunares.

En fin, para terminar con la hipóstasis del Amor, sería preciso referirse al paralelo que contrae con la hipóstasis del Capital (mucho más débil que el contraído entre Estado y Juego, y más débil todavía que el fuertemente contraído entre Ciencia y Arte). Tanto el

Capital como el Amor presentan una forma objetivada en común: la "posesión" como función de indeterminación; sintagmática o magnitudinal para el caso del Capital y paradigmática o equivalente para el caso del Amor. Por ello la posesión presentará factores diferenciados en uno y otro caso; dentro de la hipóstasis del Capital estará centrada en torno a la magnitud, la cantidad, la permanencia, el valor puntual de cada posesión, el efecto de valor económico, etc; mientras que, dentro de la hipóstasis del Amor, la posesión estará centrada en torno a la equivalencia, la calidad, la fugacidad efímera, el valor contextual o comparativo entre unas posesiones frente a las otras, el efecto de transitiva comunión, etc; en fin, todo ello derivada de la subespecialización sintagmática que presenta el Capital frente a la paradigmática presentada por el Amor, como ya vimos. Por último, sólo cabe remarcar la común especialización de ambos en las funciones de indeterminación, es decir, en la búsqueda de las cambiantes vinculaciones afines o dispares que puedan aparecer en lo que se presenta como variable por definición: la libertad del Capital (trabajo libre, empleo libre, comercio libre, consumo libre, etc) sólo encuentra parangón en la libertad del Amor, que según se dice es variable por su propia constitución. (99)

Queda, sin embargo, por describir el carácter hipostático, es decir, alienador-abstractizante, de los tres tipos de abstracciones: artísticas, lúdicas y amorosas. Por supuesto, ello ha quedado implícito al referirnos a cómo las distintas sustancias quedan conformadas mediante la abstracción. Pero, además de eso, parece preciso hablar acerca de cómo tales sistemáticas abstracciones pertenecen a la misma clase que los procesos abstractivos (alienadores, según la

versión marxista que vimos con Colletti) en que se fundan (la Ciencia) el Estado y el Capital.

Ello quedará puesto particularmente de relieve si comparamos la abstracción constructiva (científica, política o económica) con la obstructiva (artística, lúdica o amorosa). Lo característico de su correlación mutua es que, así como la abstracción constructiva se presenta con una apariencia de evidente naturalidad, la obstructiva, por el contrario, lo hace con una descarada revelación de su inequívoca artificialidad. Ciencia, Estado y Capital abstraen atributos, predicados o cualidades que parecen ser inherentes a las sustancias "por su propia naturaleza"; mientras que Arte, Juego y Amor abstraen atributos, predicados o cualidades que, lejos de parecer inherentes a las sustancias por su propia naturaleza, ha sido previamente preciso el fabricarlos artificialmente "ad hoc" a modo de marcas homogeneizadoras.

Consideremos, por ejemplo, el caso de la música, la más abstracta de todas las artes. Ya dijimos que la música es "sonido que se trans-forma en tiempo y, simultáneamente, tiempo que se trans-forma en sonido", siendo las formas del sonido y del tiempo distintas entre sí pero conmutables. Como pusieron de relieve Bergson, Husserl y Schütz, el "tiempo" cronológico de los físicos es homogéneamente continuo, mientras que el tiempo duracional (la "durée") es, per se, heterogéneamente discontinuo (la discontinuidad es la única homogeneidad que entre sí guardan los sucesivos instantes apercibidos). Entonces, parecería inherente "por su propia naturaleza" al tiempo duracional apercibido ("durée"), el que no ~~masa~~ pudiera ser abstraído, seleccionado o extraído, ningún factor común, igualador y homogenei

zante, de entre todos los puntuales instantes de tiempo sucesivamente apercibidos. Y, sin embargo, la música lo consigue. ¿Cómo?: marcando esos sucesivos instantes temporales apercibidos mediante marcas sonoras señalizantes; y, de tal modo, que, una vez marcado previamente con sonidos, el tiempo duracional ya puede ser abstractamente igualado e igualitariamente abstraído: y, precisamente, es mediante la hipóstasis de su sonoridad abstracta como el tiempo duracional puede ser reducido a un común denominador universal-abstracto.

Pues bien: ese marcar artificialmente es lo que es común a todas las obstrucciones como modo fundamental de abstraer sus sustancias formalmente. Pensemos en el caso del Amor, donde la producción de signos sensibles de deseabilidad (el sistema de la moda, la cosmética y el maquillaje, el fetichismo del calzado y la ropa interior femenina, etc) constituye una red de marcas artificiales que permiten hipostasiar, mediante su generalización homogéneamente igualada, el universal-abstracto del "encanto femenino"⁽⁹⁹⁾. O bien, dentro del Juego, la obsesión compulsiva de los uniformes, marcas artificiales, abstractamente igualadoras y homogeneizantes, que se presentan en común tanto en la lucha bélica (armamentos marcados, uniformes militares, los ritmos sonoros que marcan el paso de carga o de desfile, las propias formaciones de parada militar, los símbolos que permiten diferenciar cuerpos y armas, grados y rangos, etc), como en la deportiva (todos los juegos de mesa son sistemas de marcas como pueden ser los dados o los naipes; y, desde que el desnudo era el uniforme deportivo de los atletas helénicos, todos los deportes, desde los torneos medievales hasta los grandes espectáculos que llenan los estadios actuales, presentan indefectiblemente la distinción por mar

cas y uniformes artificiales; por último, bastará pensar en la ineludible necesidad que experimentan los niños cuando juegan o se pelean de disfrazarse: de marcarse con gestos o signos sistemática y artificialmente). Y, en fin, para qué hablar del Arte, puro fetichismo de la marca hipostasiada arti-ficialmente.⁽⁹⁹⁾ No se diría sino que el sistema de igualación abstracta, "naturalmente descubierto" en las construcciones científicas, políticas y económicas (por más que sepamos que de esa pretendida "naturalidad descubierta" no hay absolutamente nada, sino que todo es pura relación social, artificialmente construida, relacional y socialmente producida), hubiera sido utilizado para "inventarse artificialmente" las obstrucciones artísticas, lúdicas y amorosas: mediante las igualables y abstraíbles marcas.⁽¹⁰⁰⁾ Al fin y al cabo, "marca" significó en su origen la obstrucción frontera. La frontera que obstruye nuestro paso al colocarse frente a frente.

Por ello, por el carácter de hipóstasis universal-abstracta, artificialmente objetivada mediante marcas, que presentan todas las obstrucciones artísticas, lúdicas y amorosas, es por lo que se puede decir que el esteticismo de "el Arte por el Arte" es la sacralización del arte, el militarismo de "la Guerra por la Guerra" es la sacralización de la lucha bélica, el "vicio" de "el Juego por el Juego" es la sacralización del juego, la pasión de "el Deporte por el Deporte" es la sacralización del deporte, y el romanticismo de "el Amor al Amor" es la sacralización del amor. Inversión de sujeto por objeto, de sustancia por predicado, de fines por medios: es la alienación artística, lúdica o amorosa. Pero ya sabemos, con la ayuda desinteresada de Hjelmslev, que la retórica de la alienación encubre sistemas de abstracción biplanares, en los que dos sustancias independien

tes entre sí manifiestan (contradictoriamente) dos formas que si bien difieren ello no obsta para que contraigan relación sintagmática, conmutación e interdependencia.

Con esto queda cerrada la muy somera descripción de las seis hipóstasis universal-abstractas, objetivadas como "razones". Y razones en el doble sentido de, por un lado, razón lógica, o "razón de ser", "causa", verdad interna, principio formal estructurante, etc; y, por otro lado, de razón aritmética, o relación entre partes mutuamente dependientes: y esta relación, en nuestro caso, es tanto una "relación social" como una "relación de conmutación" entre dos formas interdependientes.

Así, aquella "razón" que se oponía a la "fe" en la Baja Edad Media fue progresivamente transformándose en seis "razones" diferentes pero sistemáticamente dependientes: el Capital o razón de las mercancías, el Estado o razón de las leyes, la Ciencia o razón de las verdades (leyes científicas), el Arte o razón de las imágenes (leyes artísticas), el Juego o razón de las luchas (leyes lúdicas) y el Amor o razón de los trances (leyes amorosas). No obstante, tras los cambios diacrónicos que han ido sucediéndose en todas y cada una de las seis razones (cambios que han sido tanto más profundos cuanto más variables eran las razones, por lo que quienes más han cambiado han sido el Capital y el Amor, y quienes menos la Ciencia y el Arte, desde 1500 hasta la actualidad), el sistema parece haber entrado en crisis, aparentemente agotadas las seis "racionalidades". (C)

Semejante crisis de la racionalidad occidental ha sido puesta de manifiesto tanto por Marx y Nietzsche como por Freud, Durkheim y Weber: los dos primeros con un juicio optimista acerca de la resolu-

ción de tal crisis, los tres últimos con pesimismo ausente de esperanza. Las soluciones propuestas por Marx y Nietzsche parecen totalmente intransitables, pues la abstracción nunca podrá ser suprimida, derrocada ni eliminada (y el deseo de lograrlo es muestra de pueril afán de omnipotencia prometeica)⁽¹⁰²⁾: lo concreto y singular sólo puede aparecer como presente en virtud de un marco contextual, abstracto y general, que lo identifique como tal. Otra cosa es que tales formas abstractas puedan ser cambiadas: y no "a ciegas", como ha venido siendo la norma hasta ahora, sino voluntaria, planificada y deliberadamente, es decir, con "conocimiento de causa". Ello implica el análisis minucioso del funcionamiento de las formas sociales, pues para cambiar algo es preciso conocer previamente cómo funciona si es que se quiere saber cómo se le puede cambiar.

Y así ha hecho acto de presencia en nuestra línea argumental --y precisamente para cerrar estas páginas-- el problema de esa pre-ciencia conocida bajo el nombre de "sociología". Y digo pre-ciencia porque, desde 1500, una ciencia sólo merece el nombre de tal --de acuerdo con la definición que dimos de función de Verdad-- cuando es capaz de proporcionar explicaciones predictivas, es decir, cuando es capaz de transformar la realidad obteniendo los exactos resultados previstos de antemano con proyectada intencionalidad: algo de lo cual está muy lejos tanto la "sociología" como las demás ciencias sociales o humanas (economía, politología, etc). Igual que los ingenieros son capaces de modificar el curso de un río mediante canalizaciones y represas a fin de regular el caudal de sus aguas, construir canales de riego, etc, etc, ¿cuándo será posible modificar voluntaria y controladamente el curso de las relaciones sociales?.

Al fin y al cabo, y hasta ahora, la sociología, al margen de su papel de auxiliar del Estado y el Capital, se ha limitado a suplantar a esas ciencias precientíficas que son el sentido común y la dogmática religiosa --como tantas veces se ha repetido hasta la saciedad--. Y ello no es extraño puesto que la sociología, si como ciencia ocupa un puesto determinado dentro de la hipóstasis de la Ciencia, por el objeto de que se ocupa, sin embargo, aspira precisamente a articular el sistema que forman las seis hipóstasis hasta aquí analizadas: aspiración que comparte con cualquier dogmática religiosa (parentesco entre religión y sociología que ya fue previsto por padres fundadores como Durkheim o Comte). Por ello no es extraño que cuando tras la madurez de la sociedad burguesa comienza a declinar la capacidad racionalizadora de sus seis hipóstasis objetivantes, surjan, a modo de soluciones de recambio, alternativas en forma de renacimiento religioso (esperemos que efímero) y, sobre todo, en forma de una ciencia global heredera del legado de la muerta filosofía. Quizá a modo de póstuma venganza de aquella "fe" que se vió vencida por la naciente razón burguesa en la Baja Edad Media. Al fin y al cabo, también la sociología --como los cadáveres de la fe y la filosofía pretendieron mientras vivían-- aspira a ser juez y parte: juez en tanto que ciencia "de la totalidad" y parte en tanto que una ciencia más entre todas las demás.

Pero tampoco conviene exagerar las tintas, puesto que en la recién comenzada tarea de identificar el funcionamiento de las formas sociales ya se han dado ciertos pasos que no carecen de interés bajo cualquier punto de vista. Y aquí, de entre ellos, quedarán groseramente mencionados sólo tres nombres --Durkheim, Weber y Parsons--:

y las someras descripciones que les acompañarán, tan necesariamente pobres y desiguales, deben ser consideradas tan sólo como un brevísimo desbrozamiento del terreno capaz de prepararlo a recibir futuras labores de análisis.

Antes, sin embargo, conviene hacer algunas anotaciones. La sociología tiene ante sí dos alternativas: erigirse en ciencia de los objetos sociales o erigirse en ciencia de los sujetos sociales. Ello se deriva necesariamente del conjunto de planteamientos que se han seguido hasta aquí. En efecto, las seis hipóstasis descritas consisten, cada una de ellas, en sistemas de objetos específicos, o si se quiere, en sistemas de objetivaciones-subjetivaciones. En efecto, si consideramos la biplanaridad de tales hipóstasis, comprobaremos que, siempre, uno de los planos representa la objetivación o externalización del objeto que presenta la función biplanar (y tales objetivaciones son, respectivamente, para cada una de las hipóstasis, las siguientes: el trabajo productivo en el ^{Capital} ~~Estado~~, la voluntad política en el Estado, la conceptualización teórica en la Ciencia, la ejecución estilística en el Arte, la acción estratégica en el Juego y la oferta de presencia en el Amor), mientras que, a su vez, el otro plano representa la subjetivación o internalización del objeto que presenta la función biplanar (subjetivaciones que son, respectivamente: el consumo de utilidad en el Capital, la normatividad jurídica en el Estado, la realización práctica en la Ciencia, la atención aperceptiva en el Arte, la resistencia antagónica en el Juego y el descubrimiento de lo fugaz en el Amor). Pues bien: una de las posibilidades que se le presentan a la sociología es la de analizar tales objetivaciones y subjetivaciones: es decir, dedicarse a los objetos

sociales prescindiendo por completo de los sujetos sociales. Y, más o menos, es lo que hasta ahora ha venido haciendo la mayor parte de la producción sociológica, que por ello ha solido recibir epítetos tales como "empírica", "descriptiva", "sociográfica", etc, y que le mueve a quedar dividida en compartimentos estancos (las sociologías especiales o aplicadas) correspondientes a las distintas hipóstasis aquí analizadas (y quizá, entonces, podría considerarse que la llamada "sociología general" deba estudiar el "común denominador" que pueda aparecer en el conjunto de todas las objetivaciones y todas las subjetivaciones).

Pero se le abre otra vía al análisis sociológico, y es ^{la} ~~la~~ de estudiar a los sujetos sociales prescindiendo por completo de los objetos sociales que tales sujetos contribuyen a objetivar y subjetivar. Tal sería --me parece-- el marco en que debe ser inscrita la (incipiente o fallida) "teoría de la acción social". En todo caso, ello implicaría el aplicar al conjunto formado por los distintos sujetos sociales el mismo tipo de análisis relacional, basado en la axiomática hjelmsleviana, que a lo largo de estas páginas ha sido superficialmente utilizado para describir esos objetos sociales que hemos llamado hipóstasis universal-abstractas objetivadas. En suma, se trataría de analizar, mediante las oportunas hipótesis, la jerarquía de funciones de dependencia (relaciones sintagmáticas y correlaciones paradigmáticas; y determinaciones, interdependencias e indeterminaciones) que contraen entre sí los distintos sujetos sociales; y ello con arreglo a sistemas biplanares inter-conmutables. Tal sería el proyecto de una teoría sociológica de las formas sociales. En cualquier caso, es indudable que hasta que tal teoría no haya sido prop-

puesta, fundada y convalidada, será inútil el intento de justificar teóricamente ciencias tales como la psicología que pretenden analizar sujetos presociales o asociales.

Evidentemente, semejante opción teórica no puede ser propuesta aquí. Lo que sí se puede, sin embargo, es señalar cómo podrían traducirse a la axiomática hjelmsleviana ciertos planteamientos relacionados con la teoría de la acción. En este sentido, es sintomático el caso de Durkheim. Hay que tener presente que la axiomática hjelmsleviana coincide en lo fundamental con las ideas básicas propuestas por Saussure (pero señalemos que Hjelmslev tuvo acceso a la obra de Saussure sólo después de haber propuesto él su propia teoría, muchísimo más desarrollada), ideas que Saussure extrajo directamente de Durkheim, de quien era declarado partidario. La distinción entre "langue" y "parole", y la distinción entre "forma" y "sustancia", proceden directamente de la distinción durkheimiana entre "lo social" y "lo individual"; la interdependencia entre el plano del "signifié" y el plano del "signifiant" procede directamente de la heteronomía entre lo "profano" y lo "sagrado" que tanto interesó a Durkheim. Y, en fin, la distinción entre lo sintagmático y lo paradigmático (que Saussure llamaba "asociativo" precisamente), procede directamente de la distinción durkheimiana entre solidaridad "mecánica" y solidaridad "orgánica". No parece, pues, muy descabellado el aplicar de nuevo a la sociología un esquema que procede remotamente de ella misma. (107)

Pero entremos ya directamente a abordar el caso de Weber. Podría ser defendible una traducción de las categorías sociológicas básicas de Weber a la axiomática hjelmsleviana que consistiese fundamentalmente en lo siguiente. (108) La biplanaridad se establecería entre el plano

de la acción social, como plano de la objetivación, y el plano del sentido o significado atribuido a la acción social, como plano de la subjetivación. Dentro del plano de la acción social, la sustancia serían las acciones sociales concretas (o los actos concretos), y la forma las relaciones sociales que se establecen entre dichos actos, siendo su forma sintagmática la "comunidad" y su forma paradigmática la "sociedad". Por su parte, dentro del plano del sentido, la sustancia vendría representada por los significados concretos que se atribuyen a los actos concretos, la forma por el grado de racionalidad que manifiestan esos significados y, por tanto, pudiéndose distinguir entre una racionalidad paradigmática o racionalidad propiamente dicha (respecto a fines y respecto a valores) y una racionalidad sintagmática o irracionalidad tradicional y afectiva. Así, los actos concretos serían independientes de los sentidos concretos mentados, estableciéndose su vinculación sólo a través de la conmutación que contraen sus formas respectivamente manifestadas: relaciones sociales y racionalidad, cuya conmutación interdependiente podría ser llamada "función ética".

Sin embargo, ni de Durkheim ni de Weber puede ser obtenida ninguna teoría de la acción social que sea mínimamente desarrollable, a no ser a costa de interpretar hasta la desfiguración sus afirmaciones textuales. Es, pues, necesario el referirse prácticamente en exclusiva a la obra de Parsons, primero y único que hasta la fecha se ha atrevido a intentar la elaboración específica y sistemática de una teoría de la acción social, por muy fallida que se suponga que sea. El problema reside en que existen dos Parsons: uno weberiano y nominalista, el primer Parsons de "La estructura de la acción social",

y otro durkheimiano y realista, el segundo Parsons de "El sistema social"⁽¹⁰⁶⁾. Expongámoslos sucintamente y de forma sucesiva.

El análisis del acto-unidad (tal y como aparece en "La estructura de la acción social"⁽¹⁰⁷⁾), presentaría dos planos: el plano del Actor, que sería el plano de la objetivación-externalización, y el plano de la Situación, que sería el plano de la subjetivación-internalización. Dentro del plano del Actor, la sustancia estaría representada por los fines concretos o necesidades concretas del actor y la forma por las Normas u orientaciones normativas de la acción. Por su parte, dentro del plano de la Situación, la sustancia vendría representada por las condiciones concretas de la situación y la forma por los Medios que tales condiciones ofrecen a la acción. Todo ello de tal modo que fines concretos y condiciones concretas son entre sí absolutamente independientes; que las Normas dependen a la vez tanto de los fines concretos (sustancia del plano del Actor) como de los Medios (forma del plano de la Situación), y que los Medios dependen tanto de las Normas (forma del plano del Actor) como de las condiciones concretas (sustancia del plano de la Situación). Este esquema, que está textualmente extraído de la letra de Parsons,⁽¹⁰⁸⁾ es absolutamente coherente con la axiomática hjelmsleviana y pudiera ser perfectamente desarrollable en correspondencia con ella. Sólo haría falta analizar más profundamente el problema que Parsons no supo resolver en "La estructura de la acción social" (y que le llevó a prescindir de este esquema en su obra siguiente): el de cuál sea exactamente la función de dependencia que entre sí contraen las Normas (forma del plano del Actor) con los Medios (forma del plano de la Situación). Y ya sabemos que tal función, a la que podríamos llamar función de Acto o función de Acción, deberá consistir en una relación

sintagmática de interdependencia y en una conmutación. En cambio, lo que hizo Parsons, ante el callejón sin aparente salida en que se encontraba, fue suponer que tanto las Normas como los Medios se hallaban comúnmente estructurados, y por ende interrelacionados, por "algo" (que es, evidentemente, una hipóstasis) a lo que llamó "valor".

Ello le movió a replantearse todo el esquema anterior y, por tanto, a proporcionar unos años más tarde su otro gran esquema de la acción, el que aparece en "El sistema social", obra sensiblemente superior a la anterior en todo cuanto se refiere a sistematicidad, coherencia, capacidad de análisis, profundidad de desarrollo, etc, pero sin embargo inferior --en opinión de quien esto escribe-- en todo cuanto se refiere a capacidad de penetración intuitiva y posibilidades heurísticas de desarrollo ulterior.

El análisis de la acción social ⁽⁶⁹⁾ tal y como aparece en "El sistema social" presentaría dos planos: el de la Personalidad (plano de objetivación-externalización) y el de la Cultura (plano de subjetivación-internalización). Dentro del plano de la Personalidad, la sustancia vendría representada por los motivos concretos u orientaciones motivacionales concretas del actor; las figuras sub-interactivas del plano de la Personalidad (siendo la interacción la función biplanar) vendrían representadas por las Expectativas de Rol o "motivación abstracta"; y la forma del plano de la Personalidad, o jerarquía de relaciones y correlaciones de dependencia manifestadas por el conjunto de las orientaciones motivacionales concretas, vendría representada por el Sistema de la Personalidad.

A su vez, y dentro del plano de la Cultura, la sustancia vendría representada por los valores concretos u orientaciones normati

vas o valorativas concretas del actor; las figuras sub-interactivas del plano de la Cultura vendrían representadas por las "variables-pautas", pautas culturales ("pattern-variables"), o "valoración abstracta"; y la forma del plano de la Cultura, o jerarquía de relaciones y correlaciones de dependencia manifestadas por el conjunto de orientaciones normativas concretas de valor, vendría representada por el ps Sistema de la Cultura.

Siendo ésto así, el Sistema Social será precisamente la jerarquía de relaciones y correlaciones de dependencia que entre sí contraigan el conjunto de las interacciones concretas, es decir, y traducido a nuestra axiomática, la función de dependencia que contraigan el Sistema de la Personalidad (que es la forma del plano de la Personalidad, manifestada por el conjunto de las motivaciones concretas) y el Sistema de la Cultura (que es la forma del plano de la Cultura, manifestada por el conjunto de las orientaciones concretas de valor), función de Interacción Social (o función generatriz interna del Sistema Social) que es una relación sintagmática de interdependencia y una conmutación contraídas por el Sistema de la Personalidad y el Sistema de la Cultura.

Como se ve, la coherencia de tal esquema es perfecta (como lo es, también, su aplicabilidad a la axiomática hjelmsleviana). Lástima que las orientaciones concretas de valor u orientaciones normativas concretas (es decir, la sustancia del plano de la Cultura) sean obtenidas por Parsons mediante la "igualación abstracta e hipostasiada" de las motivaciones concretas (según se desprende textualmente de la letra parsoniana), lo cual invalida por completo tal esquema, dado que no sólo las sustancias de ambos planos han de ser entre sí absolutas

absolutamente independientes, sino que, además, ninguna sustancia podrá venir nunca representada por igualaciones abstractas hipostasias --como es el caso para Parsons de la "sustancia" correspondiente al plano de la Cultura--, ya que toda sustancia ha de consistir en singularidades concretas --o¹ dejaría de ser sustancia--.

Con ello, el sistema parsoniano se transforma en un caso de vulgar alienación hipostática, como los denunciados por los nominalistas, por Nietzsche o por Marx. ⁽¹¹⁶⁾ Y ello hace, igualmente, que la función de Interacción social, que es la función generatriz interna del Sistema Social, en lugar de ser una interdependencia conmutable biplanar, pase a ser una determinación inconmutable, en el que una forma variable (el Sistema de la Personalidad) manifiesta una forma constante (el Sistema de la Cultura), con lo cual, si bien el Sistema de la Personalidad es ^{el} que ~~añ~~ determina al Sistema de la Cultura, es éste, sin embargo, el que proporciona la "razón de ser" de aquel: su forma rectora de organización, su verdad interna o su "causa" última.

En fin --y para cerrar no sólo el capítulo sino también estas páginas--, ello puede servirnos para ilustrar el núcleo del problema con el que iniciamos el recorrido por las distintas formas hipostáticas: el problema del nominalismo y su crítica de la función de verdad. Podría llegar a convenirse en que lo ilegítimo --es decir, la postura "realista"-- es predicar una función unilateral e inconmutable entre las dos formas relacionadas (como hacen quienes consideran que el valor de uso es "la verdad" del valor de cambio, el significado "la verdad" del significante, la empiria "la verdad" del concepto, los valores "la verdad" de los motivos..., o viceversa: el valor de cambio "la verdad" del valor de uso, el significante "la

(238)

verdad" del significado, el concepto "la verdad" de la empiria, los motivos "la verdad" de los valores, etc), y que, en cambio, lo legítimo --es decir, la postura nominalista--, es predicar una función bilateral y conmutable como función de verdad.

Madrid, de julio a septiembre de 1979

A handwritten signature in cursive script, appearing to read 'Enrique', written in dark ink.

firmado: Enrique Gil Calvo

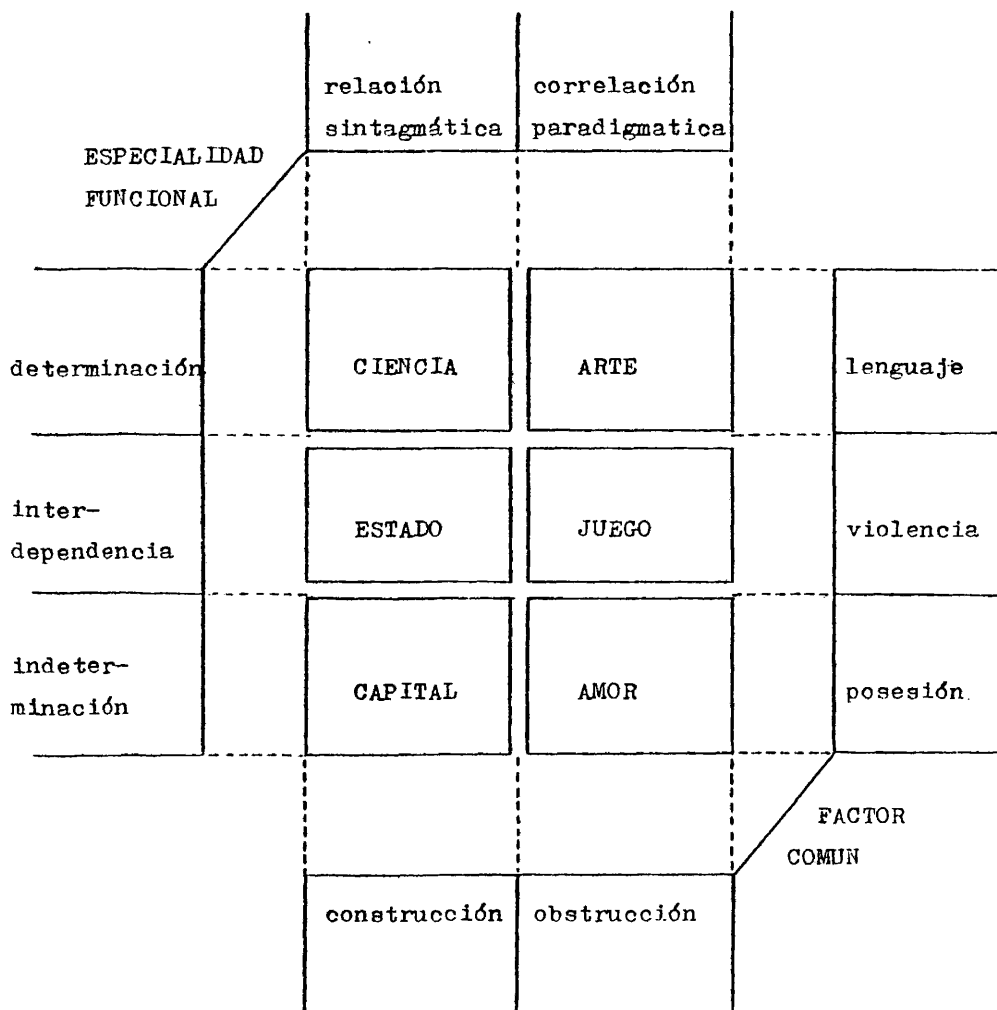


FIGURA SIETE.: El sistema de las seis hipóstasis universal-
-abstractas objetivadas.-

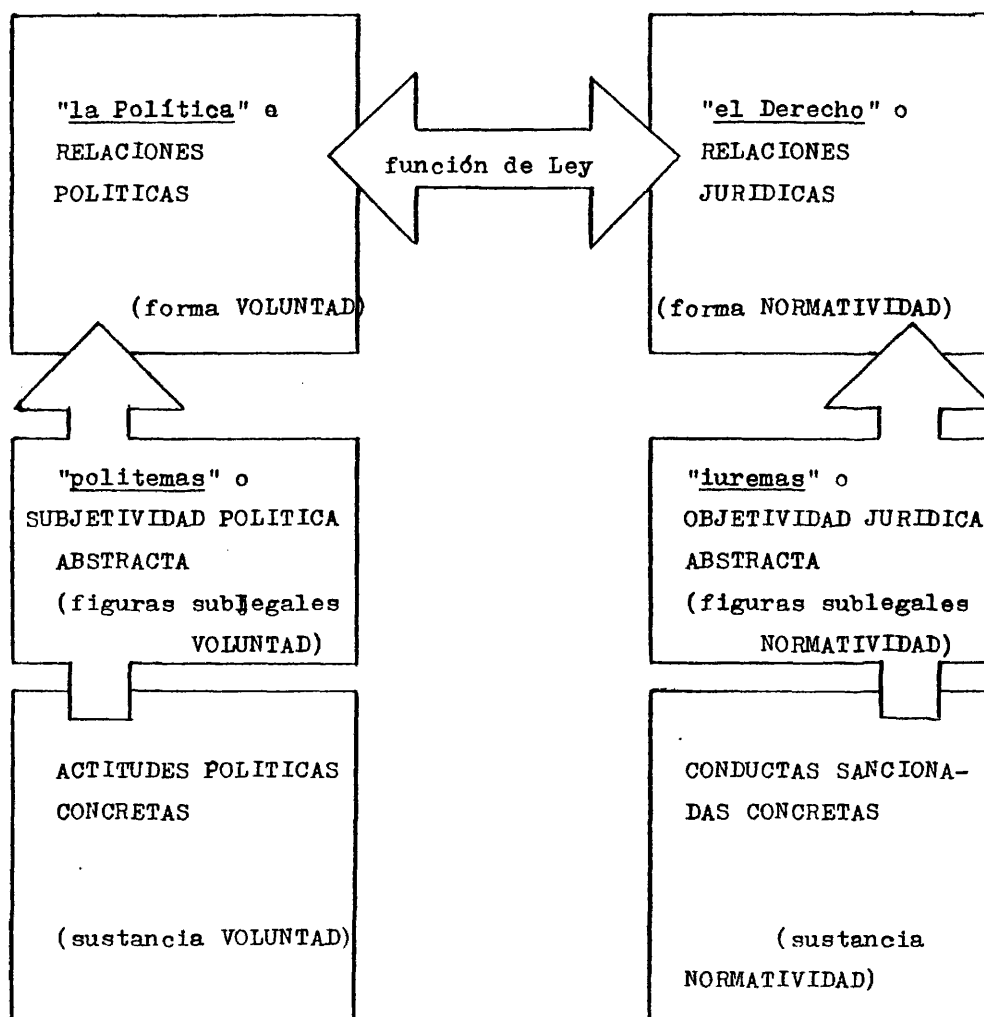


FIGURA OCHO.: La Hipóstasis del Estado como "función de Ley".-

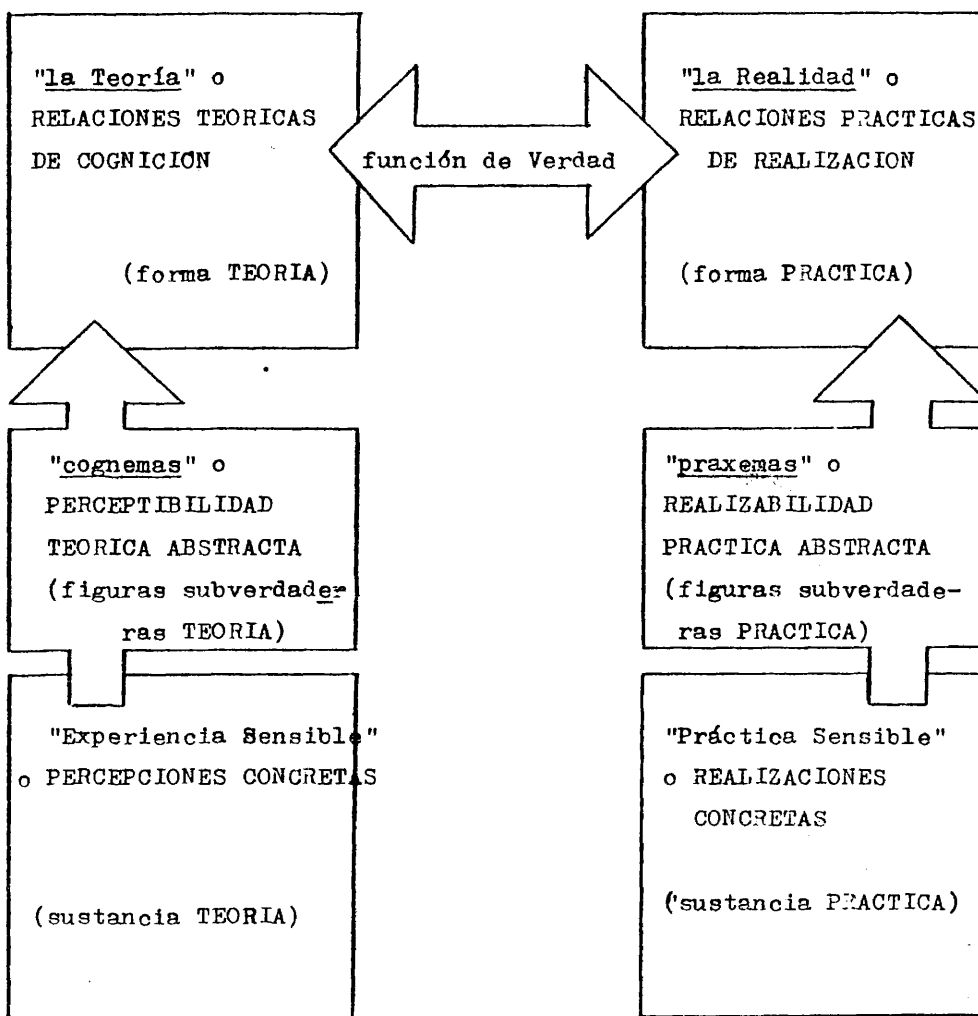


FIGURA NUEVE.: La hipótesis de la Ciencia como "función de Verdad".-

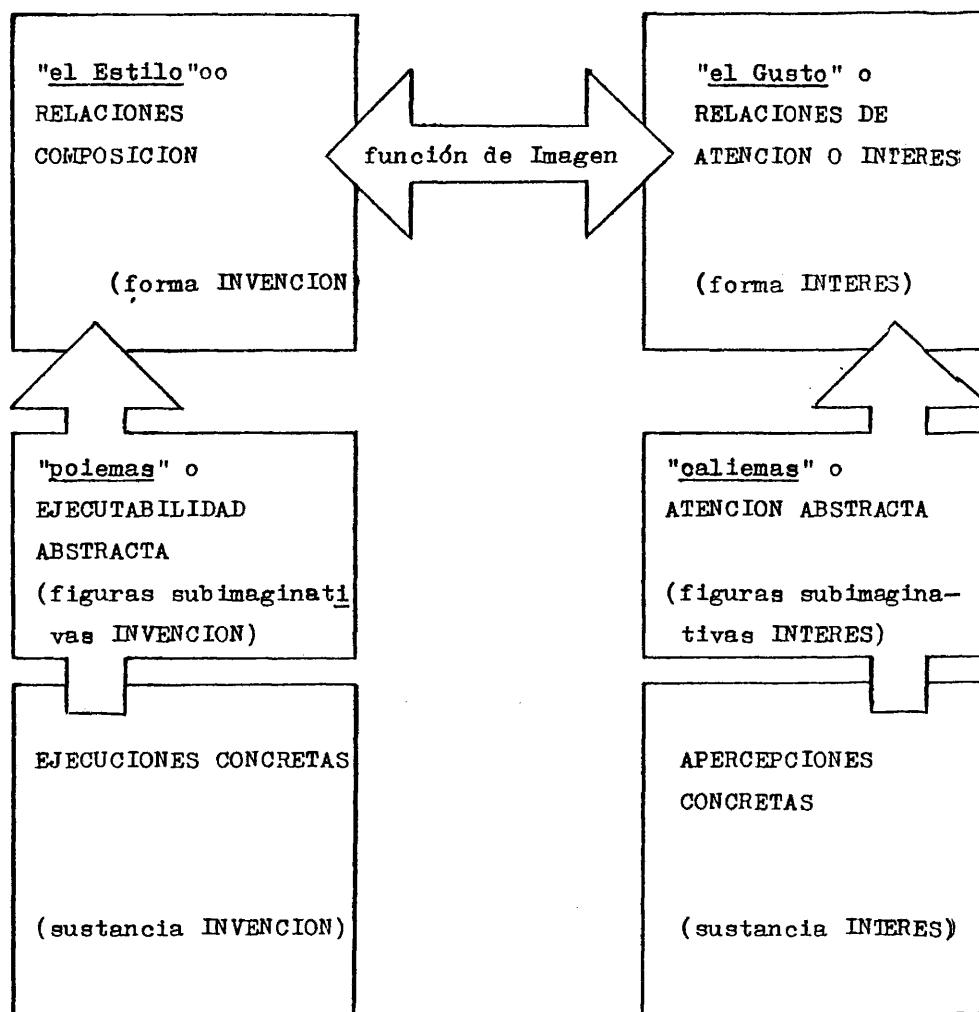


FIGURA DIEZ.: La hipóstasis del Arte como "función de Imager".-

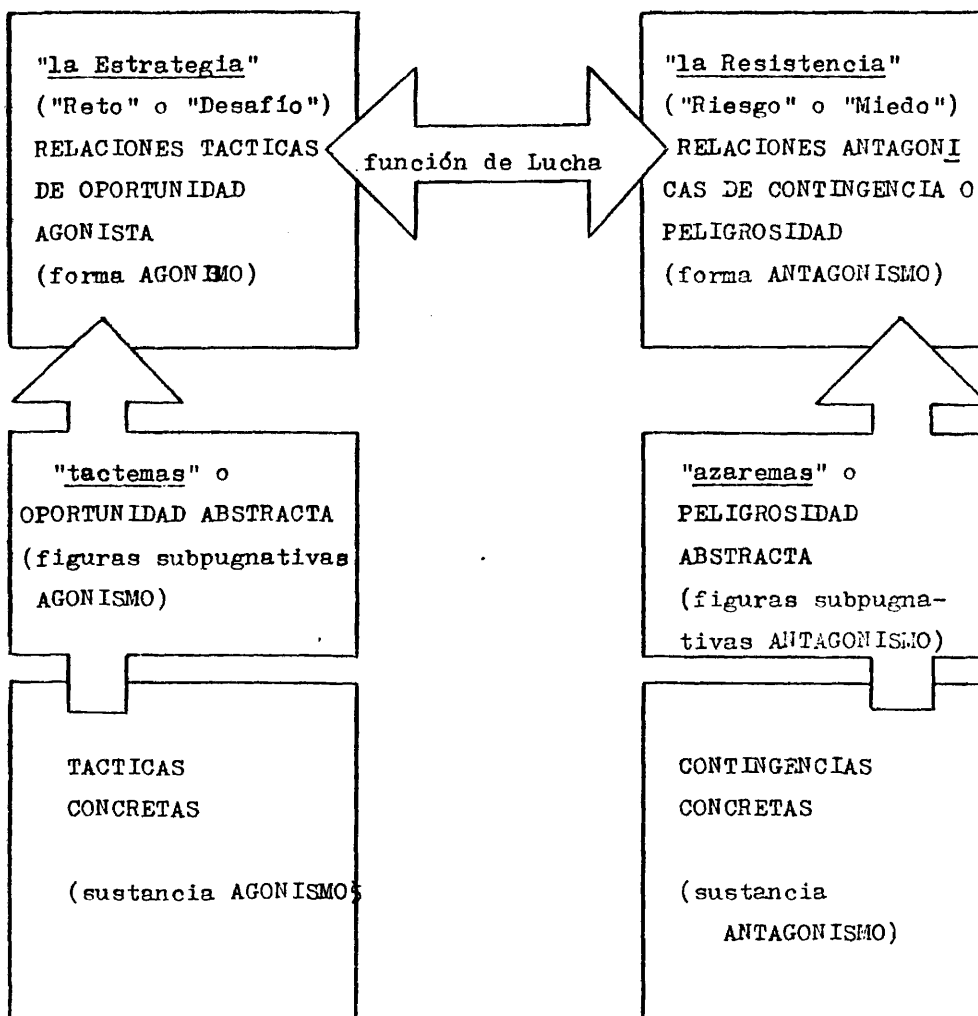


FIGURA ONCE.: La hipóstasis del Juego como "función de Lucha".-

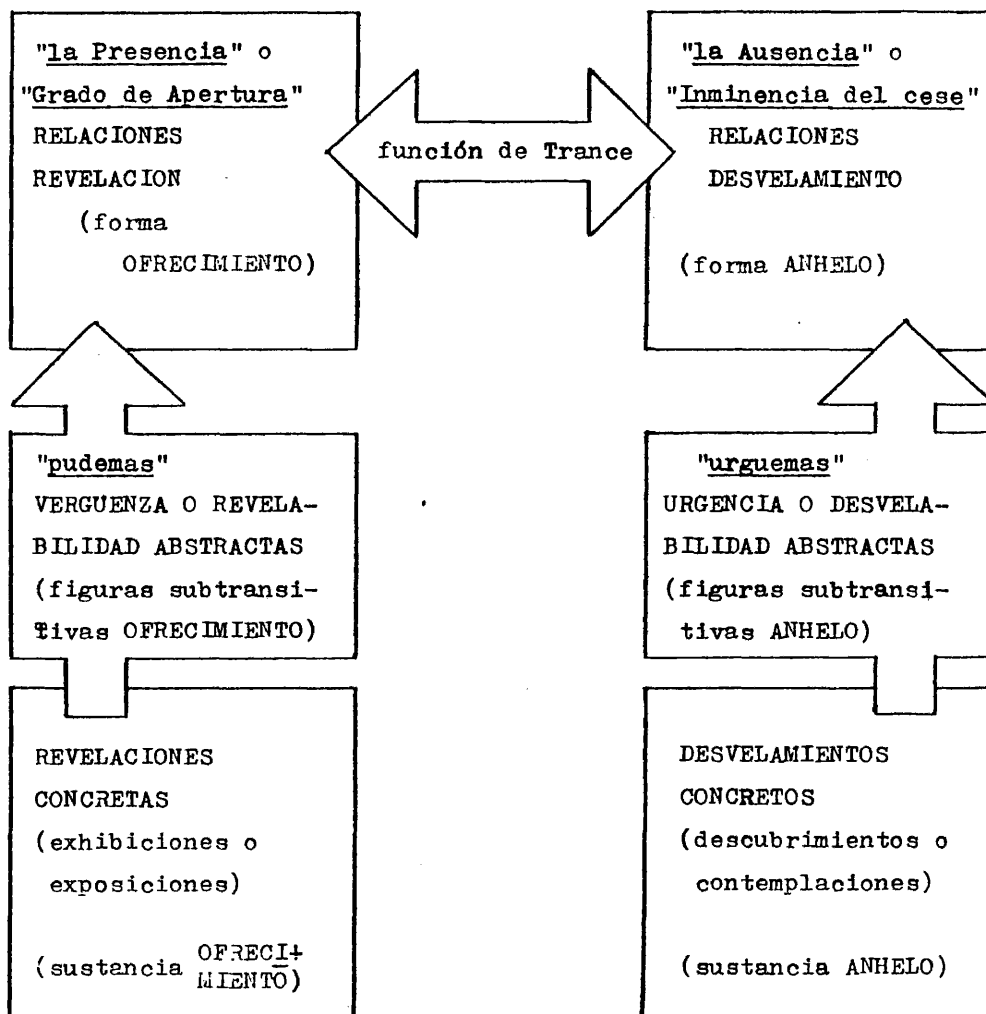


FIGURA DOCE.: La hipóstasis del Amor como "función de Trance".-

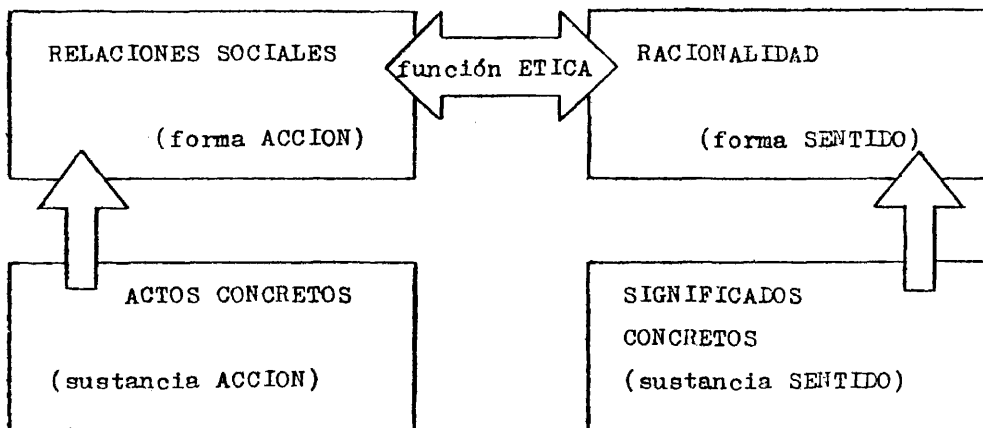


FIGURA TRECE.: Esquema hjelmsleviano de Weber.-

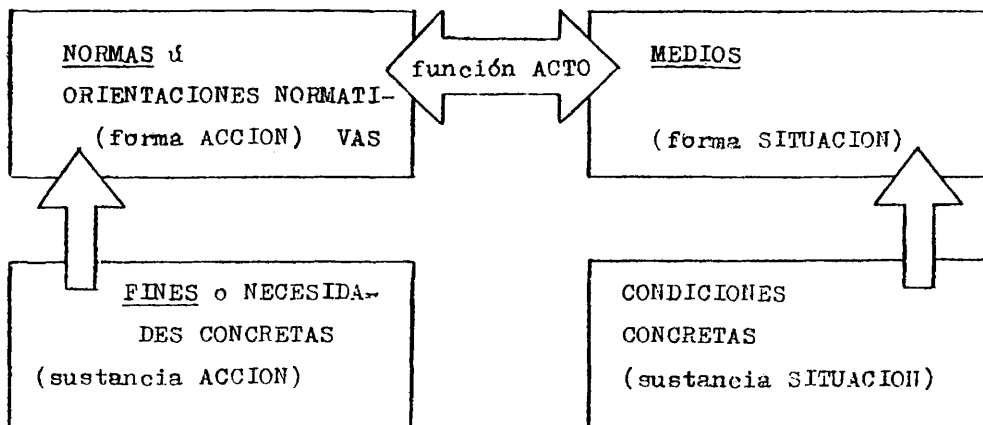


FIGURA CATORCE.: Esquema hjelmsleviano del Primer Parsons.-

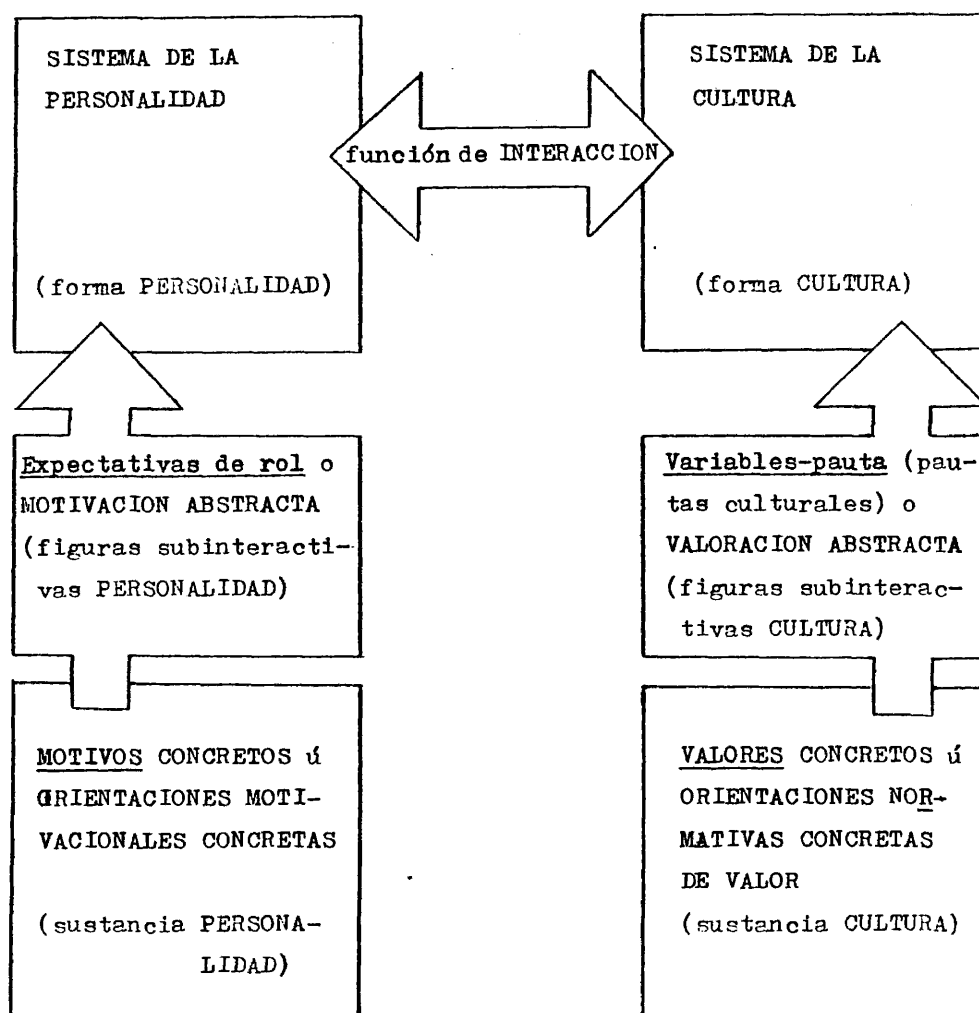


FIGURA QUINCE.: Esquema hjelmsleviano del Segundo Parsons.-

NOTAS AL SEGUNDO CAPITULO

(53).- (página 155).- Casi todo lo anterior se inspira en el libro de F. Martínez Marzosa "Historia de la Filosofía", especialmente lo referente a Bacon, extraído poco menos que al pie de la letra. Martínez Marzosa, además de ser el autor del citado libro --libro que por su gran interés ha sido aquí abundantemente utilizado--, es uno de los escasísimos autores que han sabido reconocer el mérito de Hjelmslev, mérito que para Martínez Marzosa consiste en ser el único lingüista científico que hasta el presente ha surgido. Véase su "Historia de la Filosofía", ediciones Istmo, Madrid 1973, página 481 del segundo tomo: "Los métodos de la escuela de Copenhague cuyo principal representante es L. Hjelmslev (1899-1965) han sido acusados de "apriorismo" (es decir: de "no atenerse a los hechos") por parte de los lingüistas profesionales, acusación que recuerda de un modo harto significativo las objeciones que contra Galileo hicieron los medios escolásticos de su tiempo".

(54).- (página 155).- La elección de la fecha de 1870 como expresión del máximo de la ~~mona~~ curva de expansión de la cultura burguesa, y, al mismo tiempo, su punto de inflexión, es una elección totalmente arbitraria, y podía haberse elegido cualquier otra. Sin embargo, hacia 1870 acaba de finalizar la guerra de Secesión norteamericana con el triunfo de la burguesía industrial sobre la latifundista, se van constituyendo los Estados nacionales alemán e italiano, comienza el despegue industrial de la Rusia zarista, se erige en España la primera República a la vez que nacen los nacionalismos vasco y catalán, estalla la insurrección proletaria de la Comuna parisina, etc, etc. La definitiva parcelación colonialista del planeta se desencadena al mismo tiempo que aparecen los primeros síntomas de crisis en los valores burgueses, síntomas perfectamente ejemplificados por la revolución interna que sacude las distintas artes, desde Flaubert a los primeros impresionistas. La Razón renacentista, mezcla de naturalismo, humanismo y realismo, comienza por primera vez a ser puesta en duda, y lo abstracto se escinde progresivamente de lo concreto: tanto en el mundo de las Artes como en el del Pensamiento y las Ciencias. Y, en fin, en 1870 viven a la vez los cinco grandes testigos de la crisis de la cultura burguesa: Marx, Nietzsche, Durkheim, Freud y Weber.

(55).-- (página 156).-- Han sido Galvano Della Volpe ("Lógica como ciencia positiva") y Lucio Colletti ("El marxismo y Hegel") quienes más han insistido al respecto: "En Italia, Della Volpe y su escuela fueron resueltamente antihegelianos desde el comienzo: tajantemente negativos en su evaluación de la filosofía de Hegel y positivos en su aserción de que el pensamiento de Marx fue una ruptura completa con el de Hegel. Della Volpe ubicó a Marx en un linaje que iba desde Aristóteles, pasando por Galileo, hasta Hume, todos los cuales, sostenía, habían realizado críticas de hipóstasis de su época similares a la dirigida por Marx contra Hegel. Pero fue su discípulo Colletti quien escribió el principal ataque sistemático contra el hegelianismo que se llevó a cabo en el marxismo occidental: "El marxismo y Hegel". Esta obra fue concebida como una demostración en gran escala de que Hegel era un filósofo cristiano intuitivo cuyo propósito teórico básico era la aniquilación de la realidad objetiva y la devaluación del intelecto al servicio de la religión, y que, por tanto, estaba en las antípodas de Marx. En cambio, Colletti sostenía que el verdadero predecesor filosófico de Marx fue Kant" (P. Anderson, "Consideraciones sobre el marxismo occidental", Siglo XXI, Madrid 1979, página 30).

(56).-- (página 161).-- Aquí se utiliza momentáneamente una interpretación de la "actividad crítico-práctica", que difiere de la tradicionalmente admitida. Se suele suponer que la "actividad crítica" se refiere al pensamiento, al espíritu, a la razón, a la forma abstracta, a la "teoría", en definitiva, mientras que la "actividad práctica" se refiere a la acción, a la materia, a la realidad, a la sustancia concreta, a la "práctica", en definitiva. Tal planteamiento, al que no escapaba el propio Marx, es definitivamente hegeliano. Como más adelante se verá (páginas 190 a 196), "teoría" y "práctica" no son "la forma" y "la materia" que se autocorresponden mutuamente, sino dos formas distintas aunque conmutables, manifestadas por sustancias distintas e independientes. Por tanto, como han demostrado Della Volpe y Colletti, no hay "identidad de sujeto y objeto", sino "relación entre sujeto y objeto". "Relación", es decir, "unión de cosas heterogéneas entre sí": función "tanto...como", simultaneidad, relación sin tagmática que, en nuestro caso, es una interdependencia conmutable entre dos formas (la del sujeto interpretante y la del objeto interpretado) que entre sí difieren. Es preciso advertir que Della Volpe fue otro de los escasísimos autores que advirtió la extraordinaria importancia de la axiomática de Hjelmslev que usó contra Hegel.

(57).-- (página 164).-- Recordemos de pasada que autores tan incompatibles entre sí como Hjelmslev y Althusser coinciden sin embargo por su común horror ante cualquier humanismo. Una mente que quiera ser agnóstica (pues decir "científica" sería, quizá, pecar por falta de agnosticismo) no puede admitir que el hombre sea la medida de todas las cosas, puesto que cualquier cosa --y este o aquel hombre entre ellas-- puede ser usada para medir a las demás, si así conviene o se desea. Toda proposición manifestada con voluntad teórica debe ser forzosamente extrahumanística (por no decir "antihumanista", dadas sus connotaciones fascistas); pero otra cosa, claro está, es que tales proposiciones sean expresadas con voluntad no teórica sino práctica: política o ideológica (en cuyo caso hemos atravesado el espejo pasando al otro plano de la función de verdad: conmutable pero diferente).

(58).-- (página 165).-- Tal confusión entre lo interpretante y lo interpretado resulta emparentada con la unilateralidad que ya quedó denunciada al hablar de la bilateralidad tanto del signo como de la mercancía. Lo interpretante difiere de lo interpretado como la expresión del contenido o el valor absoluto de la utilidad absoluta. En todos los casos se trata de dos formas distintas entre sí, aunque interdependientemente conmutables, que son manifestadas por sustancias distintas e independientes una de otra entre sí. Debido a su formación hegeliana, que le movía a identificar lo racional con lo real, el sujeto con el objeto y lo abstracto con lo concreto, Marx nunca pudo llegar a abandonar la ambigüedad unilateralista.

(59).-- (página 165).-- Una vez más se hace preciso referirse a cuanto queda expuesto en las páginas 190 a 196). Teoría y Práctica son dos planos, constituidos cada uno de ellos por una función de manifestación entre forma y sustancia, y cuya mutua relación de interdependencia es una función de conmutación. Por ello sus formas son distintas, según la ya vista axiomática hjelmsleviana, y no se puede decir que la una sea "la verdad" (esencia, razón de ser, etc) de la otra ni viceversa. Y, una vez más, también, nos hallamos de lleno ante el problema del nominalismo, es decir, de las relaciones entre lo nombrante y lo nombrado. Tales relaciones son o una interdependencia entre constantes o una indeterminación entre variables, pero nunca una determinación de variable a constante: ni en uno ni en otro sentido, absolutamente. La forma de la teoría está determinada por sus sustancias manifestantes (experiencia sensible) y la forma de la práctica ("Realidad") está determinada por sus sustancias manifestantes

(realizaciones concretas), pero ni la teoría determina a la práctica ni la práctica determina a la teoría: son, simplemente, simultáneas, interdependientes y conmutables. Y, por ello, como una y otra vez recuerda Hjelmslev, ambos planos deben ser analizados separadamente: cada uno por su lado y aparte. De ahí la ilegitimidad del procedimiento de Marx (tan hegelianamente realista, es decir, tan poco nominalista) por el que analiza la práctica con criterios exclusivamente aplicables al análisis de la teoría: sin advertir que ambos análisis deben ser analizados por separado puesto que deben dar por resultado análisis diferentes. Eso, y no otra cosa, es lo que intuyó en nominalismo medieval.

(60).- (página 168).- Como crítico de las hipóstasis universal-abstractas objetivadas, Marx es antihegeliano y nominalista. Pero como filósofo de la historia, Marx es teleologista, hegeliano y realista. Tan flagrante falta de autoconsistencia se mantiene a lo largo de toda su obra.

(61).- (página 168).- Pues hasta ahora no ha podido ser satisfactoriamente explicado el concreto mecanismo histórico por el que llegó a producirse la famosa "acumulación primitiva". Se trata de un problema semejante al de averiguar qué fue primero, si el huevo o la gallina: si la aparición de los trabajadores "libres" (es decir, desvinculados de toda tierra y todo señor, disponibles para su libre contratación productiva y necesitados de vender su fuerza de trabajo), o si la aparición de un capital líquido capaz de utilizar a esos trabajadores libres como capital variable. El hecho es que las tradicionales explicaciones marxistas están cada día más y más sometidas a disensión crítica hasta por los propios teóricos marxistas. En tal debate, una novedad quizá fructífera podría ser la de aplicar los análisis weberianos acerca de la "tensión ética frente al mundo" pero no a los empresarios calvinistas sino a los propios trabajadores libres desvinculados de todo señor y toda tierra.

(62).- (página 170).- Nunca se insistirá lo bastante en lo necesario y deseable que es todo "desencantamiento del mundo". Por ello, el "desencanto" que, según la opinión pública, actualmente nos invade, debe aparecer como algo enormemente positivo y fructífero --si es que queremos analizar las cosas no a un coyunturalista corto plazo sino con una cierta perspectiva histórica--. La cultura burguesa se inició con el famoso "desencantamiento del mundo" contemporáneo al leninismo: pérdida de fe vinculada a la razón nominalista. Pues bien,

¿sería mucho esperar que la crisis y decadencia de la cultura burguesa --y, por tanto, el inicio de la futura cultura postburguesa-- se viese también acompañada por otro desencantamiento del mundo, por otra pérdida de fe vinculada a la razón neonominalista que se describe en estas páginas?... Lo que, al menos, sí parece indudable, es la ineludible necesidad de que el marxismo se desencante. En efecto, actualmente nos invade una ola de desencanto que tiene al marxismo por uno de sus objetos privilegiados: pues bien, nada más saludable. Pero será preciso volver a insistir sobre esto más adelante.

(63).-- (página 171).-- Los uniformes, el ritual o la moda son estupendos ejemplos de cualidades o atributos específica y artificialmente producidos con el único y exclusivo fin de que puedan ser abstractamente igualados y, por tanto, hipostáticamente universalizados. Cada vez que nos hallemos ante hábitos uniformes ello será muestra inequívoca de que allí se manifiesta una hipóstasis universal-abstracta objetivada: las vestimentas y liturgias eclesiásticas, los uniformes y gestos realizados al unísono de las formaciones militares, las marcas cosméticas y vestimentarias que componen el sistema de la moda femenina, etc. Tal uniformidad artificial permite la igualación abstracta de lo que, si faltasen las marcas uniformes, resultaría a nivel concreto difícilmente igualable. Todo muestra por tanto una doble tarea de "poner y quitar": primero se "ponen" las marcas artificiales y uniformes sobre aquellos sujetos sometidos a la hipóstasis, y luego se "quitan" tales marcas, es decir, se abstraen y se escinden hipostáticamente a fin de igualar a los sujetos objetivamente. Y, así, lo concreto --las marcas artificialmente uniformes-- se produce como desnuda objetivación de lo abstracto --según volveremos a insistir más adelante--.

(64).-- (página 171).-- Acabamos de ver en la nota anterior (nota 63, correspondiente a la página 171), cómo lo más abstracto --las hipóstasis universal-abstractas objetivadas-- se presenta bajo la apariencia de lo más concreto --las marcas producidas artificialmente como uniformes--. Pues bien, aquí se trata de un proceso inverso: cómo lo más concreto --las individualidades singulares-- se presenta bajo la apariencia de lo más abstracto --como símbolo encarnado de la abstracción pura y desnuda--. En efecto, pensemos por ejemplo en el arte actual. Cada obra concreta es una individualidad singular e irrepetible; y, sin embargo, no puede ser apercibida más que abstracta

tracta e universalmente, como si hubiese perdido cualquier posibilidad de contacto con la llamada realidad. Pero lo mismo que se dice del arte podría decirse de tantas otras objetivaciones: el derecho, la ciencia, la guerra, etc. Ambos fenómenos --el de la presentación de lo abstracto como disfrazado de concreto, y el de la presentación de lo concreto como disfrazado de abstracto-- son muestra de la misma crisis de la cultura burguesa por la que, cada vez más, lo abstracto se escinde abismalmente de lo concreto. En efecto, hemos convenido arbitrariamente en situar en 1870 la fecha de inflexión de la cultura burguesa; así, puede decirse que, hasta 1870, lo abstracto y lo concreto aparecían como simbióticamente interpenetrados: de tal forma que no podía distinguirse entre ellos pues se confundían en una sola y misma apariencia de realidad; sin embargo, tras 1870, lo abstracto se escinde o "aliena" de lo concreto, quedando insalvablemente separado, exiliado, desterrado, a modo de irrecuperable fantasma de la realidad: y el inconsciente freudiano es buena prueba de ello. Y, así, el arte se hace abstracto, la música se hace abstracta, el derecho se hace abstracto, la guerra se hace abstracta, el deseo sexual se hace abstracto y el propio yo --la identidad individual-- se hace igualmente abstracto. Marx y Nietzsche, Durkheim, Freud y Weber, fueron los primeros y decisivos testigos críticos de ello.

(65).-- (página 172).-- En toda cultura, lo concreto es la manifestación determinante de lo abstracto. Cuando tal cultura "funciona" en su fase emergente, concreto y abstracto aparecen como fundidos en una sola y misma apariencia de realidad. Pero, cuando tal cultura accede hasta su punto culminante y comienza por tanto desde ese mismo instante su fase declinante, la crisis sobreviene y lo concreto y lo abstracto se escinden mutuamente. Esto es lo que en estas páginas se ha simbolizado con la fecha "1870" para la cultura burguesa, y esto es, también, lo que puede entenderse por la "inversión burguesa de la realidad". ¿Cómo se traduce tal fenómeno en la axiomática hjelmsleviana introducida? Toda cultura es una sistema de diversas objetivaciones biplanares --y en estas páginas se definen seis objetivaciones como constitutivas de la cultura burguesa: Capital, Estado, Ciencia, Arte, Juego y Amor--. Cada sistema de objetivación biplanar consta de una función de conmutación inter-planos y de dos funciones de manifestación, una en el interior de cada plano, por las que cada sustancia concreta manifiesta determinantemente a su respectiva forma abstracta. Pues bien, la crisis cultural, o escisión entre lo concreto y lo abstracto, consiste en la aparición de "contradicciones fun-

dementales" en el seno de las distintas funciones intra-planares por las que las sustancias manifiestan las formas (véase III.4.d: Conflicto de la manifestación, supra, página 95, donde se refiere y resume la concepción hjelmsleviana de lo que aquí hemos llamado "contradicción fundamental"). En cualquier caso, este ~~sistema~~ problema de diacronía nunca fue resuelto por Hjelmslev, como más adelante se considerará.

(66).- (página 173).- También Althusser, en su ya citado artículo fundamental ("Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado"), y a pesar de rechazar taxativamente la teoría marxista de la alienación, considera igualmente al concepto agustiniano de divinidad como la ilustración más característica de toda ideología. Es preciso señalar, una vez más, que la concepción althusseriana de la ideología como atemporalidad cabe perfectamente dentro del síndrome formal de alienación descrito en estas páginas (véase páginas 27 a 37 y figura D03, página 137). Lo que distingue la "ideología" de Althusser respecto a la "alienación" de Marx es única y exclusivamente el hecho de que mientras Marx considera que la "alienación" es una característica privativa de la cultura burguesa, y por tanto superable con ella, Althusser, por el contrario, considera hegelianamente que la "ideología" es intemporal o eterna en el sentido de que siempre habrá hipostatización de universales abstractos objetivados, adopten unas u otras formas: siendo el modelo más característico de todas esas formas la ideología del Dios Personal.

(67).- (página 174).- De Dumézil han sido consultadas las siguientes obras: "Del mito a la novela" (FCE, México, 1973), "El destino del guerrero" (Siglo XXI, México, 1971), "Los dioses de los germanos" (Siglo XXI, México, 1973) y "Mito y epopeya" (Seix Barral, Barcelona, 1977). En cualquier caso, la interpretación que aquí se propone acerca de las tesis de Dumézil es totalmente libre, siendo únicamente responsable de ella el autor de estas páginas.

(68).- (página 176).- El cuadro en el que se establece el esquema de los tipos de funciones de dependencia propuesto por Hjelmslev aparece en la página 64 de la traducción castellana de sus "Prolegómena" (Gredos, Madrid, 1974); un resumen del mismo puede leerse en la nota 33, supra, página 146. La homología entre el esquema de las funciones mitológicas indoeuropeas, el esquema de las funciones de dependencia hjelmslevianas y el esquema de las seis hipóstasis uni-

versal-abstractas objetivadas que componen el sistema de la cultura burguesa, puede confrontarse con el diagrama que aparece en la figura SIETE: "El sistema de las seis hipóstasis universal-abstractas objetivadas", página 239.

(69).- (página 179).- Parece así quedar suficientemente resuelta la paradoja que se plantea ante la lectura de Baudrillard. En efecto, como ya vimos, Baudrillard identifica la alienación con los procesos de abstracción generalizada cuyas objetivaciones son los signos y las mercancías (a los que conceptualiza como unilateralidades). Y, frente a la alienación abstractizante, Baudrillard plantea, a modo de alternativa salvadora, la posibilidad de intercambios no signícos ni mercantiles, sino "simbólicos" (precapitalistas, lúdicos, polimorfos, gratuitos, perversos, pueriles, derrochadores y ambivalentes). Y, como ejemplo de tan "progresista" intercambio "simbólico" (frente a los "reaccionarios", por alienadores, intercambios signícos y mercantiles), Baudrillard sitúa al "potlach" (todo ello puede leerse en diversas páginas de su citada "Economía política del signo"). Pues bien, ahora ya podemos decir, frente y contra Baudrillard, que tales "intercambios simbólicos" no son otra cosa que hipóstasis universal-abstractas objetivadas: el Arte, el Juego y el Amor, las funciones de los Vanes, los sistemas de abstracciones obstructivas, las obsesiones, los obstáculos y las obscenidades. Más adelante volveremos sobre ello. Baste aquí decir, para terminar con Baudrillard, que tales obstrucciones no son privativas de los idílicos paraísos perdidos donde habitaban los buenos salvajes precapitalistas, sino que, por el contrario, hoy siguen más vigentes que nunca; y que, lejos de ser concreciones puras, inmediatas, directas y "nietzscheanas" (como parece que desea creer el buen Baudrillard), no son otra cosa que meras manifestaciones de sistemas de abstracción generalizada: equiparables en todo a los sistemas de la Ciencia, del Estado o del Capital. Así que a ver si nos dejamos, ya de una vez por todas, de utopizar (la "Edad de Oro", la "Incontaminada Naturaleza", el "Buen Salvaje", la "Dionisiaca Infancia", etc, etc, etc), de sacralizar y de mitificar unos procesos sociales (los artísticos, los bélico-lúdicos y los amorosos) que son tan prosaicos, tan injustos o alienadores y tan ~~tan~~ analizables como los demás (sean cognitivos, jurídico-políticos o económicos). Es bueno que la gente esté desencantada del capitalismo, la política o la supertecnología; pero sería igualmente deseable que también se desencantase del amor, del juego y del arte, que también son objetivaciones socialmente producidas: nada menos pero nada más.

(70).- (página 184).- Colletti, Althusser, Poulantzas, Anderson, etc, coinciden en señalar que Marx carece de una auténtica teoría del Estado que merezca el nombre de tal. Sin embargo, al igual que sucede con la teoría del conocimiento (tema acerca del que Marx propone dos a modo de esbozos teóricos independientes entre sí: la teoría de la actividad crítico-práctica, relacionada con la teoría de la alienación, y la teoría de la ideología, relacionada con la teoría de la lucha de clases), Marx sí propone dos a modo de esbozos de teoría del Estado: aquel que considera el Estado como una hipóstesis universal-abstracta objetivada (esbozo teórico relacionado con la teoría de la alienación) y aquel otro que considera al Estado como un mero gestor de los intereses globales de la clase burguesa (esbozo teórico relacionado con la teoría de la lucha de clases): ni que decir tiene que el que aquí más nos interesa es el primer esbozo en exclusiva, sin ninguna clase de dudas, tal y como aparece expuesto sobre todo en "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y en "La cuestión judía". Es mérito fundamental de Lucio Colletti el haber puesto de relieve (sobre todo en su ya citada "Introducción a los primeros escritos de Marx") el exacto paralelo que se establece entre el Joven Marx como crítico de la filosofía hegeliana del Estado y como crítico del propio Estado Burgués de Derecho, y el Marx Maduro como crítico de la economía política clásica (Smith, Ricardo, Malthus) y como crítico del propio sistema económico del capitalismo: los instrumentos teóricos que el Joven Marx utiliza para criticar la teoría (hegeliana) y la práctica (burguesa) del Estado, son los mismos instrumentos teóricos que, años más tarde, utilizará el Marx maduro para criticar la teoría (ricardiana) y la práctica (burguesa) del Capital. Y tales instrumentos teóricos son, precisamente, la crítica neonominalista de los universales-abstractos objetivados. En esta tarea de reconstruir una teoría marxista del Estado, Colletti aparece como directo continuador de Galvano Della Volpe (véase su "Rousseau y Marx", Martínez-Roca, Barna, 1969); también Umberto Cerroni sigue una vía paralela (véase su "Introducción a la ciencia de la sociedad", Grijalbo, Barna, 1977, especialmente las secciones tituladas "Conocimiento científico y derecho" y "Ciencia política y sociedad"). El resto de teóricos marxistas del Estado ha solido preferir abordar la cuestión bajo la exclusiva óptica --mucho menos fructífera desde un punto de vista teórico, a pesar de sus rendimientos políticos e ideológicos-- de la dominación burguesa de clase.

(71).- (página 185).- Véase la figura DOS, página 137, cuyo diagrama representa el síndrome formal de alienación, síndrome igualmente aplicable al caso del Estado. Una más detallada aplicación del síndrome de alienación al caso del Estado, con la inclusión de un análisis acerca del papel de la nación y el nacionalismo como conformadores de la voluntad general en el seno de la vía ascendente desde ~~la~~ la Sociedad Civil hasta el Estado, aparece en el artículo del autor de las presentes páginas titulado "Sobre sionismo vasco" (Viejo Topo número 35, Barna, Agosto 79, páginas 20 a 25).

(72).- (página 186).- Véase figura OCHO, página 240. Compárese con las figuras CINCO (página 140) y SEIS (página 141).

(73).- (página 190).- La función generatriz interna del Estado es la conmutación entre la Política y el Derecho. Tal evidencia, digna de Perogrullo, suele pasar desapercibida a la mayoría de los especialistas, estancamente compartimentados en sus reductos de juristas o de politólogos. Es cierto, como recomienda Hjelmslev, que hay que analizar cada plano por separado: pero sin olvidar la función sin tagmática de conmutación que se establece entre ellos. Si se olvida la conmutación que contraen Política y Derecho se corre el riesgo de caer en cualquiera de ambos extremos: el ejemplificado por Kelsen, que se limita a analizar la forma jurídica como si sólo dependiese de la sustancia jurídica (y no, además, de la forma política) y el ejemplificado por la teoría de las élites (Michels, Pareto, Mosca, Aron, etc, así como toda la tradición del "realismo político"), que se limita a analizar la forma política como si sólo dependiera de la sustancia política (olvidando, por tanto, que la forma política depende también, y además, de la forma jurídica con quien contrae conmutación). Ha sido Cerroni uno de los pocos especialistas en teoría jurídica que ha advertido tal conmutación y ha comenzado a extraer consecuencias de ella.

Debe advertirse, además --y para terminar con la hipótesis del Estado--, que el esquema formal aquí propuesto no es sólo aplicable a cuanto sucede en el interior de un Estado Burgués de Derecho, sino también a la problemática de "la Revolución", a las llamadas "Relaciones Internacionales", y, en fin, a cualquier sistema jurídico-político anterior o posterior al Estado Burgués de Derecho: desde las tribus pretendidamente apolíticas de que habla Pierre Clastres hasta la supuesta "Sociedad sin Clases" que advendría tras el "Socialismo". Naturalmente, lo que difiere de unos sistemas a otros será la naturale

za tanto de sustancias como de formas; pero siempre y en todo caso aparecerá la conmutación entre los planos jurídico y político --entre voluntades y sanciones mutuamente independientes--, sea cual sea la forma en que cada plano se manifieste.

Por lo que respecta a "la Revolución", esa gran utopía de Marx --y sin perjuicio de volver más tarde sobre ello--, cabe decir que debería consistir en la existencia de sustancia política y sustancia jurídica sin que ninguna de ambas manifestase forma alguna: tal contradicción en los términos es cuanto se desprende de la hipotética desaparición del Estado. Frente a semejante milenarismo, cabe considerar la imposibilidad de que exista sociedad ninguna carente de forma jurídico-política. En efecto, donde existan relaciones sociales existirá conmutación biplanar entre voluntades y sanciones; pero, dadas unas concretas actitudes volitivas, y dadas unas concretas conductas sancionadas, ambas sustancias deberán manifestar sus correspondientes formas; en efecto, las concretas actitudes volitivas contraerán relaciones y correlaciones unas con otras: y tal será la forma política; por su parte, las concretas conductas sancionadas contraerán relaciones y correlaciones unas con otras: y tal será la forma jurídica; e, invetiablemente, ambas formas, jurídica y política, contraerán entre sí alguna forma de conmutación recíproca: con lo que alguna clase de Estado perdurará, reciba el nombre que se quiera que reciba. Pero, por supuesto, otra cosa muy distinta es afirmar que la actual y vigente forma jurídico-política que conocemos bajo el nombre de Estado pueda y deba cambiar hacia otra forma parcial o totalmente distinta --lo que implica el problema de que para transformar la realidad es preciso conocer previamente su analítica legalidad interna--. En fin, cabe señalar la posibilidad de que el mismo concepto de "Revolución", considerado como una objetivación social, forme directamente parte del sistema biplanar del Estado como shifter negativo legitimador; y ello sin perjuicio de que su naturaleza como tal concepto consista en una hipóstasis universal-abstracta mitológica, religante y fetichizada; respecto a tales posibilidades, véase el artículo del autor de las presentes páginas titulado "Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones" (inédito hasta la fecha pero de próxima aparición en la revista "Materiales").

(74).- (página 190).- Puede decirse que Marx tenía dos fes ciegos: creía tanto en "la Revolución" como en "la Ciencia" --ambas con sacrales y singulares mayúsculas--, si bien ésta se subordinaba ante

aquella. Lucio Colletti ha sido el primer marxista que ha puesto en duda la supuesta compatibilidad entre ambas fes. No se trata sólo del hecho de que si "la Ciencia" se pone al servicio de "la Revolución" deja por ello mismo de ser "científica". Es que, propiamente, el mismo concepto de "la Revolución" es "anticientífico" en toda la extensión de la palabra: ni con "la Dialéctica" ni con "la Alienación" se puede hacer "Ciencia", y aquellas son las únicas garantías teóricas supuestamente científicas con que "la Revolución" cuenta y se justifica. Tales aseveraciones de Colletti parecen bastante aceptables a primera vista, y ya se ha visto en la nota anterior que "la Revolución" parece ni más ni menos que un nuevo "Dios" mitologizado, sacral y fetichista: una nueva hipóstasis universal-abstracta de carácter religioso y ético-moral. Sin embargo, no parece justo criticar "la Revolución" en nombre de "la Ciencia" como hace Colletti --de igual forma que tampoco parece justo, como el mismo Colletti se encarga una y otra vez de reafirmar al criticar al hegelianismo marxista, hacer la crítica de "la Ciencia" en nombre de "la Revolución"--: al fin y al cabo, también "la Ciencia", dicha así, en singular y con mayúscula, parece una hipóstasis universal-abstracta objetivada: sacral, mitológica, religiosa y fetichista. En su artículo anteriormente citado ("Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones"), el autor de las presentes páginas ha hecho la crítica de "la Ciencia" --al igual que la crítica de "la Revolución"-- mediante la aplicación a su caso del síndrome formal de alienación; pero ello también parece teóricamente inviable --como se ha dicho repetidas veces a lo largo de estas páginas--, dada la inconsistencia autocontradictoria de la propia teoría de la alienación; de modo que en tal artículo se caía en el mismo error de Colletti: criticar acríticamente, negar a Dios en el nombre de Dios. Pero en las presentes páginas parece salvado tal inconveniente y, mediante la ayuda de la axiomática hjelmsleviana, ya parece posible hacer la crítica de "la Ciencia" considerada como una hipóstasis universal-abstracta biplanarmente objetivada.

(75).-- (página 190).-- Lo anterior, es decir, la consideración de "la Ciencia" como "alienación de las leyes científicas enajenadas o extrañadas de los hechos empíricos", podría representarse según el diagrama que aparece en la figura Dos, página 137, que simboliza el síndrome formal de alienación. Véase al respecto el artículo citado del autor que aparecerá en Materiales. Para una crítica marxista del imperante fideísmo cientifista véase el excelente artículo de Julio Rodríguez Aramberri titulado "El mito de la ciencia social" (en su libro "Los límites de la sociología burguesa", Akal, Madrid,

1977), utilizado frecuentemente en estas páginas como fuente a pesar de que su planteamiento del tema no guarde puntos de contacto con cuanto aquí se propone.

(76).- (página 191).- Sobre Nietzsche, y al margen de las dos obras básicas más importantes que son "De Hegel a Nietzsche" de Karl Löwith (Sudamericana, Buenos Aires, 1968) y "La filosofía de Nietzsche" de Eugen Fink (Alianza, Madrid, 1966), debe especialmente consultarse "La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche" de Jürgen Habermas (Teorema, Valencia, 1977) y "Repetición y Diferencia" de Gilles Deleuze (Anagrama, Barcelona, 1972). Nietzsche, como Marx, es un neonominalista: un crítico de toda idea de "Verdad", de toda hipóstasis universal-abstracta; por ello, la teoría nietzscheana de "la transvaloración de todos los valores" debe ser prácticamente identificada con la "teoría de la alienación" de Marx: cada acto cognitivo es una creación puntual ex-novo de carácter crítico-práctico, y por ello es ilegítima toda generalización cognitiva universal-abstracta objetivada: toda "Verdad" de antemano socialmente preparada. La diferencia entre las epistemologías de Marx y Nietzsche reside en el distinto carácter de las "soluciones" que uno y otro proponen para "superar" (hegelianamente) la ilegitimidad de las "verdades" sociales. Nietzsche es mucho más radical que Marx, quien parece creer en la posibilidad de unas relaciones sociales no mediadas por los universales-abstractos. Nietzsche es pesimista respecto a las relaciones sociales y las rechaza de plano precisamente porque conllevan inherentemente la necesidad de los universales-abstractos; en consecuencia, lo que Nietzsche predica es la desaparición de las mismas relaciones sociales: en la esperanza de que con ellas desaparezcan también sus inherentes y universal-abstractas "verdades". Si los individuos quedan plenamente desvinculados de toda relación social, podrán también desvincular unos de otros sus sucesivos y distintos actos cognitivos personales: así, todo universal-abstracto, de carácter social (suprapersonal) o individual (intrapersonal), desaparecerá, y cada acto cognitivo puntual, asocial e impersonal, resplandecerá en toda su pureza única e irrepetible, en toda la plenitud de su intemporal presente.

(77).- (página 191).- Según apunta Habermas en su escrito citado en la nota anterior, el punto de partida de Nietzsche es comparable al punto de llegada del segundo Wittgenstein: los conceptos carecen por sí mismos de verdad, y toda su apariencia de verdad la reciben tan sólo de la recurrencia con que median las relaciones sociales.

Pero, al igual ^{ua} que los nominalistas medievales sólo criticaban la ausencia de realidad de los conceptos universales para que mejor resplandeciese la única presencia de la realidad divina, también Nietzsche esgrime su crítica contra la ausencia de verdad en los conceptos que median las relaciones sociales con el único fin de que mejor resplandezca en toda su plenitud la profunda verdad interna de la cognición si es vivida al margen de toda relación social: si es vivida asocial e impersonalmente. Gilles Deleuze, en su escrito anteriormente citado, lo ha puesto de manifiesto. Las entidades (cogniciones puntuales) sólo pueden diferir entre sí a condición de que los actos cognitivos mediante los cuales se aprehenden sean puestos unos con otros en relación; dos cogniciones son diferentes si ambas se someten comparativamente al mismo sistema conceptual ordenador; pero si tal sistema ordenador y universal-abstracto faltase, esas dos cogniciones dejarían de ser tanto diferentes como indiferentes puesto que entre sí serían incomparables: cada una sería respecto de la otra un instante-mundo aparte; y, en tal caso, cada acto cognitivo sería absolutamente virginal, como si nada se recordase de cuantos actos cognitivos le hubieran precedido hasta entonces; es decir, en cada instante habría que volver a empezar a vivir toda una vida de golpe, indefinidamente; tarea sobrehumana, la de repetir a cada instante el mismo acto cognitivo de crear el ser en toda su plena pureza, sin prejuicio ni finalidad, sin recuerdo ni esperanza, naciendo y muriendo de nuevo en cada punto del pensar y ser: recreando desde la nada a cada momento el eterno retorno de lo incomparable; pues si cada acto cognitivo debe ser inventado y olvidado puntualmente, es que todos los actos son idénticos unos a otros puesto que son incomparables: no diferentes o indiferentes, sino repetida y atemporalmente incomparables; de ahí lo sobrehumano que sería la siempre posible tarea de vivir al margen de las verdades universal-abstractas que median las relaciones sociales confiriendo falsas apariencias de comparabilidad a nuestras asociales e impersonales cogniciones puntuales; pues, en sí mismas consideradas, las cogniciones son siempre incomparables: sólo las verdades universales-abstractas que median las relaciones sociales proporcionan la suficiente apariencia de comparabilidad entre unas y otras cogniciones como para que resulte posible fingir que se cree humanamente en las verdades: rehuyendo la sobrehumana tarea de aceptar y asumir la ausencia de verdad.

He ahí la radicalidad de la diagnosis de Nietzsche. Su exposición, siempre mito-poética y alegórica, impide por completo la extracción de consecuencias teóricas. Queda por ver la impracticabili-

dad de sus soluciones, si es que pueden ser llamadas así. Por ahora, desde luego, parece inimaginable un mundo ausente de relaciones sociales y de sus abstractas mediaciones inherentes. Es por eso que la crítica neonominalista de Marx, aunque mucho menos radical, parece más relevante que la de Nietzsche, dado que a partir de ella sí que pueden ser elaboradas alternativas teóricas procedentes. A título de ejemplo, si bien tanto Marx como Nietzsche representan el entierro definitivo del cadáver de la metafísica occidental-europea que agonizó con Hegel, al menos Marx contribuyó a fundar positivamente las ciencias sociales --especialmente con su pre-teoría de las relaciones sociales--, mientras que Nietzsche, en cambio, cierra el camino por completo a toda posibilidad de ciencia social --dado que identifica "el Mal" precisamente con la existencia de las mismas relaciones sociales--. Por lo demás, ambos ejercen el mismo tipo de denuncia moralista y profética, desbordantemente optimista y negativa --valga la paradoja, muy consecuente con sus propias exposiciones que se recrean en la proliferación exuberante de la contradicción y la anfibología--, acerca de la sociedad burguesa contemporánea. Habrá, pues, que volver sobre el carácter utópico de sus pretendidas "soluciones".

(78).-- (página 192).-- Véase figura NUEVE, "La hipóstasis de la Ciencia como "función de Verdad"", página 241.

(79).-- (página 195).-- Si en la hipóstasis del Estado el problema que plantea la función de Ley es el de su legitimidad, paralelamente, en la hipóstasis de la Ciencia el problema que plantea la función de Verdad es el de su verificabilidad. En su artículo antes citado, Julio R. Aramberri, hablando sobre Popper, observa con exactitud este paralelo entre la legitimidad política y la verificabilidad científica: el acuerdo intersubjetivo acerca de la certeza de una ley científica es análogo al pacto intersubjetivo hobbesiano o lockiano por el que se acuerda aceptar comúnmente una ley. Esto, y no otra cosa, es la "arbitrariedad" de la función hjelmsleviana de signo: la conmutación entre contenido y expresión es pura convención social, sin que haya nada inherente a la forma o a la sustancia de la expresión que exija ésa y no otra cualquiera conmutación con su equivalente en el plano del contenido --y viceversa--. De igual forma, mediante una convención social puramente arbitraria, la forma de la Teoría contrae conmutación con la forma de la Práctica: y ello

produce la verificabilidad de la función de Verdad, mediada o no por el shifter de una lógica formal; y mediante una convención social puramente arbitraria (arbitraria desde el punto de vista del sistema de la Ciencia, no desde criterios sociales externos a tal sistema), la forma del Derecho contrae conmutación con la forma de la Política, y ello provoca la legitimidad de la función de Ley, mediada o no por el shifter de una violencia institucionalizada. Tal arbitrariedad convencional es la responsable del estado de ~~crisis~~ crisis en que la verificabilidad científica y la legitimidad jurídico-política se debaten. Por ello, no es extraño que, ante tal crisis de la Ciencia y del Estado --compartida por el resto de las hipóstasis, como parece evidente--, los respectivos especialistas teorizadores hayan partido a la búsqueda de análogas alternativas capaces de renovar durablemente las decaídas credibilidades. Es sintomático el caso del Círculo de Viena, matriz del^a que próxima o remotamente nacen autores como Wittgenstein, Schumpeter, Kelsen, Von Mises, Popper, Schütz, Gödel, etc, que en los distintos campos de la filosofía de la ciencia, de la lógica, del derecho, de la economía o de la sociología, comparten todas inquietudes parecidas tendentes a formalizar la escisión entre lo abstracto y lo concreto (véase, supra, notas 63, 64 y 65), entre formas y sustancias. A su vez, y ya más modernamente, tras la crisis en la filosofía de la Ciencia (crisis ejemplificada en el caso de Popper, que evolucionó desde la "irrefutabilidad" hasta la "intersubjetividad" como criterios verificadores de las verdades científicas), especialistas como Kuhn, Price o sus seguidores han debido renunciar a proporcionar criterios internos al sistema de la ciencia capaces de verificarla y se han visto obligados a recurrir a criterios externos tales como la comunidad de especialistas, las relaciones de poder, el cuantitativismo de las publicaciones o las citas, etc, con lo que la verificabilidad específica de la función de Verdad resulta definitivamente escamoteada. Pues bien, en este sentido, también es posible establecer un exacto paralelo entre los distintos esfuerzos teóricos realizados para renovar la legitimidad de la función de Ley y la verificabilidad de la función de Verdad (y el autor de estas páginas lo ha apuntado sintéticamente en el artículo inédito citado anteriormente), como si los rotos que presentan la Ciencia y el Estado pudiesen ser ocultados con idénticos descosidos. Pero este neoneo-nominalismo de pacotilla se caracteriza por su más total irrelevancia, puesto que se revela incapaz de afirmar nada positivo acerca de la función de Ley y la función de Verdad más allá de la evidencia de su convencionalidad.

En definitiva --y para no prolongar una mera nota superficial cuyo desarrollo exigiría cuando menos un capítulo tan extenso como el dedicado a la mercancía--, al igual que sucede con la legitimidad jurídico-política, la verificabilidad de la función de Verdad que presentan las leyes científicas no puede ser despachada con un simple trámite nominalista que la remita a los arbitrarios convencionalismos descritos por la sociología empírica de la ciencia. En efecto, la función de Verdad es una arbitrariedad, una convención social, pero eso no es decir nada, pues hace falta saber en cada caso qué arbitrariedad concreta se presenta o de qué tipo específico de convención social se trata. En suma, todo consiste en la conmutación entre las correlaciones de la Teoría y las correlaciones de la Práctica y, por tanto, lo que hay que identificar --constituyendo, por tanto, el objeto específico de la filosofía de la ciencia o de la sociología teórica de la ciencia-- es, precisamente, cuáles son las correlaciones teóricas que contraen ~~una~~ relación sintagmática con cuáles correlaciones prácticas. Para ilustrar el problema puede ser planteada su analogía con la famosa interpretación freudiana de los sueños; durante la vigilia la consciencia utiliza una función de Verdad extraída del sentido común que circula socialmente por su vida cotidiana, función de Verdad que pone en conmutación sus conceptos ideológicos con sus realizaciones prácticas; pues, bien, durante el sueño, tal función de Verdad queda suspensa, y la inconsciencia pone en relación sintagmática unas correlaciones teóricas y unas correlaciones prácticas cuya conmutación es independiente de la exigida socialmente por el sentido común; por tanto, la tarea del analista de sueños es la de identificar qué tipo de conmutación específica entre las correlaciones teóricas y las correlaciones prácticas es la conmutación onírica --y ello al margen de que aceptemos, o no, la interpretación freudiana según la cual tal conmutación onírica es específica de cada una de las inconsciencias oníricas con arreglo a la estructura profunda de su personalidad individual y autónoma--: y, salvadas todas las distancias que haya que salvar, ésa, y no otra, es la actividad analítica que precisa el estudio de la verificabilidad de la función de Verdad en las leyes científicas.

(80).-- (página 196).-- En definitiva, las tres clases de obstrucciones --artísticas, lúdicas o bélicas y amorosas-- son eminentemente didácticas, pedagógicas. De ahí que sus sujetos preferentes se encuentren todavía en su infancia, juventud o adolescencia --mientras que, por el contrario, los sujetos que objetivan las tres clases de

construcciones (mercantiles, jurídico-políticas y científicas) se en encuentran preferentemente en la madurez o en la senectud—. Confróntese con la idea de Baudrillard según la cual su famoso "intercambio simbólico ~~ambiva~~ ambivalente" (no alienado) encuentra su mejor ejemplo en la "perversidad polimorfa" de la infancia.

(81).- (página 201).- Véase figura DIEZ, referente a la hipótesis del Arte como "función de Imagen", página 242.

(82).- (página 201).- "Dejamos a los especialistas de los diversos campos decidir si (...) ciertos tipos de arte, como la música, han de definirse desde este punto de vista como semióticas o no" (L. Hjelmslev, "Prolegómena", op. cit., página 158). La música ha de considerarse como un sistema de signos de una vez por todas. Además de su evidente biplanaridad entre sonido y tiempo a la que a continuación se alude, subsiste el hecho de que con "un puñado de figuras de la expresión" se obtiene un ilimitado número de cadenas signícas. En este sentido, el caso más paradigmático es el de los blues (forma ~~musical~~ musical específica de la comunidad negra norteamericana); mediante una sola estrofa de doce compases dispuestos en canon (AA AA BB AA CC AA, siendo "A" el acorde de tónica, "B" el acorde de subdominante y "C" el acorde de dominante), indefinidamente repetida, y las "blue notes" (sonidos o acordes que pertenezcan tanto al modo mayor como al modo menor, especialmente la tercera, la quinta y la séptima disminuidas) como adornos de enlace entre los acordes significativos, puede ser obtenida toda esa música que ha llegado a obtener la máxima audiencia de la sociedad burguesa contemporánea: el jazz, el ^{swing}, el rock & roll, el rhythm & blues, el soul, etc.

(83).- (página 203).- Quizá hubiera sido más conveniente llamar "Juicio" a la forma del Interés, en honor a la kantiana "Crítica del Juicio". Pero, dado que la estética de Bella Volp supone un avance hjelmsleviano sobre la más idealista de Kant, se ha preferido elegir la "Crítica del Gusto". Respecto a los demás términos aquí empleados, cabe decir que la "Invención" debe ser entendida como significando al mismo tiempo sus tres sentidos tradicionales de "ficción" (invento como falsedad o mentira), "descubrimiento" (invento como artefacto o utensilio innovador) y "originalidad singularísima" (invención como cualidad que muy pocas obras presentan), especialmente este último de raigambre renacentista; "Interés" debe ser entendido en su doble sentido de cualidad que llama poderosamente la atención de modo espontáneo e ineludible (como cuando se dice de algo que es "muy interesante", que "tiene mucho interés" o que "despierta el inte

rés"), y de capacidad anímica o intelectual que debe ser puesta en juego para poder llegar a aprehender algo particularmente inextricable (como cuando se dice que para que algo llegue a gustarnos es preciso comenzar por interesarnos por ello previamente), sin que tan poco sea de despreciar ese tercer y más común sentido del interés como motivo egoísta que impulsa hacia una acción (la apercepción de la obra artística, o incluso su posesión) que se espera como gratificante; por último, cabe decir que el término "ejecución" ha sido elegido para que no sólo denote la actividad física del artista sino que además provoque la connotación destructiva que implica su uso penal o militar (como cuando se dice que "la pena ha sido ejecutada" o que "los traidores son ejecutados mediante fusilamiento").

(84).-- (página 204).-- Las distintas convenciones arbitrarias que identifican y distinguen los distintos "géneros artísticos" constituyen el más característico shifter de la hipóstasis del Arte. La "Iconología" de Warburg y Panofsky no es más que un análisis detallado del shifter pictórico. Hay que tener en cuenta que la voz inglesa "shifter", además de significar "Transportador" (lo que traslada la forma de la expresión a la forma del contenido y viceversa), también designa al "pícaro", al que vive de la picaresca y usa y abusa de trampas y subterfugios: no es extraño puesto que todo shifter es una arbitrariedad: una convención o piadosa mentira social.

(85).-- (página 205).-- Las estrechas vinculaciones entre el Arte y la Ciencia han sido puestas de manifiesto por multitud de autores, siendo uno de los últimos ejemplos el caso del filósofo de la ciencia Feyerabend, quien preconiza una metodología esteticista o estetizante como modelo para la investigación y la verificación científicas. No es extraño que todo esto suceda; al fin y al cabo, no parece sino que Ciencia y Arte consistiesen en el mismo sistema de objetivación pero con sus respectivas biplanaridades invertidas: así, la sustancia de la expresión o de la objetivación del sistema de la Ciencia --percepciones concretas-- coincidiría hasta la identificación con la sustancia del contenido o de la subjetivación del sistema del Arte --las apercepciones concretas--, y la sustancia del contenido o de la subjetivación del sistema de la Ciencia --las realizaciones concretas-- coincidiría hasta la identificación con la sustancia de la expresión o de la objetivación del sistema del Arte --las ejecuciones concretas--. Si esto fuese así, Arte y Ciencia, en efecto, coincidirían.

"El plano de la expresión y el plano del contenido pueden describirse exhaustiva y consecuentemente como si estuviesen estructu-

rados de modo análogo, de tal manera que en ambos planos se prevén categorías que se definen de modo totalmente idéntico. Con ello se confirma de nuevo y esencialmente que es correcto concebir la expresión y el contenido como entidades coordinadas e iguales en todos los aspectos. Los términos plano de la expresión y plano del contenido y, por lo que a esto respecta, expresión y contenido, se han elegido de conformidad con nociones preestablecidas y son totalmente arbitrarios. Su definición funcional no justifica que llamemos a una de estas entidades expresión y a la otra no, o que llamemos a una contenido y a la otra no. Se definen sólo por su solidaridad" (relación sintagmática de interdependencia) "mutua, y ninguna de ellas puede identificarse de otro modo. Cada una de ellas se define por oposición y por relación, como funtivos mutuamente opuestos de una misma función" (Hjelmslev, "Prolegómena", op. cit., páginas 88 y 89). De modo que ambos planos son entre sí reversiblemente simétricos, y no importa que coloquemos la expresión-objetivación en la columna de la izquierda y la subjetivación-contenido en la columna de la derecha puesto que sería perfectamente lícito que lo hiciésemos a la inversa sin que por ello cambiasen en nada las cosas. En virtud de lo cual, bastaría invertir la colocación respectiva de los planos de uno de los dos sistemas que estamos comparando --Ciencia y Arte--, para que con toda exactitud ambos coincidieran; y ello daría la razón a quienes, como Feyerabend, parecen predicar su asimilable identificación. Pero esto no es así de ninguna de las maneras por la sencilla razón de que las sustancias comparables ("percepciones" y "apercepciones", en un caso, y "realizaciones" y "ejecuciones" en el otro) son entre sí radicalmente distintas aunque nada más fuera porque sus formas coformadoras a las que manifiestan son evidentemente distintas. Todo lo más que podría admitirse es que ambas materias o sentidos coincidiesen tomadas dos a dos; pero como las materias o sentidos sólo pueden presentarse concretamente en la realidad como manifestantes de alguna forma --es decir, como sustancias conformadas--, ello implica que ninguna identificación pueda extraerse de la hipotéticamente posible coincidencia de materias o sentidos entre el Arte y la Ciencia. Porque, en definitiva, y además, el margen del hecho de que las sustancias tengan que ser distintas puesto que los son sus formas manifestadas, subsiste la evidencia de que la función de Verdad (conmutación interplanar específica de la Ciencia) es distinta, e independiente, de la función de Imagen (conmutación interplanar específica del Arte) --por más que quizá puedan llegar a definirse como recíprocamente inversas, opuestas o "contradictorias--, siendo constructiva la primera y obstructiva la segunda.

(86).- (página 205).- Consideremos la oposición que se establece entre las estéticas de Lukacs y Della Volpe y admitamos que si la primera se centra en "la verdad artística" la segunda lo hace en "la verosimilitud". Pues bien, el problema se reduce a considerar qué función de dependencia contraen entre sí el concepto y la metáfora. Para la estética lukacsiana, la metáfora debe ir indisolublemente unida al concepto si quiere ser "artística"; ello implica que concepto y metáfora han de presentarse simultáneamente, es decir, han de contraer una relación sintagmática --que, además, será una determinación, siendo los conceptos quienes determinen a cada metáfora--. Para la estética dellavolpiana, por el contrario, concepto y metáfora deben ser entidades externas la una a la otra, si bien analógicamente interpretables ambas; ello implica que concepto y metáfora han de presentarse alternativamente, o el uno o la otra, es decir, han de contraer una correlación paradigmática --que, además, será una interdependencia, siendo los conceptos condición necesaria de posibilidad de metáforas y viceversa--. Si que decir tiene que el autor de estas páginas toma partido por la postura dellavolpiana. Cualquier realismo o racionalismo estéticos que identifique la imagen artística con la verdad real-racional, aparecerá como abocado al más absoluto de los fracasos. En este sentido, incluso Della Volpe resulta demasiado racionalista. La verosimilitud de las imágenes artísticas (que no su inexistente "verdad") no depende de su correlación paradigmática con los conceptos, como parece creer Della Volpe, sino de su doble contextualidad autónoma --como el mismo Della Volpe apunta al abordar el problema de la técnica artística--. Una obra artística es verosímil, o no lo es, según sea la posición que su "estilo" ocupe en las relaciones (sociales vigentes) de Invención (ejecución o composición) y, además, según sea la posición que su "gusto" ocupe en las relaciones (sociales vigentes) de Interés (apercepción o atención); en suma, su verosimilitud depende de su conformidad contextual tanto con la forma de la Invención como con la forma del Interés; y ello al margen de las correlaciones paradigmáticas que guarde con las vigentes funciones de verdad (correlaciones paradigmáticas que más parecen determinaciones que interdependencias, siendo las variables funciones de verdad quienes determinen a las constantes funciones de imagen). Añadamos, para completar la nota anterior, que la teoría del Arte como "reflejo de la realidad" es absolutamente inadmisibles a pesar de que el propio Feyerabend se apoye en ella (en Lenin, más concretamente) para invertirla y proponer su teoría de "la ciencia como reflejo del arte": el que ambas puedan ser analizadas en paralelo por analogía no quita para que sigan siendo objetivaciones absolu

tamente distintas, diferentes e independientes.

(87).- (página 208).- No es extraño que puedan establecerse paralelos entre el Amor y el Juego, entre el Arte y el Juego o entre el Amor y el Arte. De hecho, las seis clases de objetivaciones hipostáticas aparecen como inextricablemente interpenetradas en los procesos sociales, y buena prueba de ello son las frases hechas que el sentido común pone en circulación (el amor al arte y el arte del amor, el amor al juego y el juego del amor, el amor a la lucha y la lucha del amor, etc; y miles de expresiones semejantes que muestran que también las construcciones económicas, juridicopolíticas o científicas se encuentran por completo incrustadas de obstrucciones). La separación radical que ha quedado establecida entre las seis hipóstasis al considerarlas entre sí como autónomamente independientes sólo es válida a efectos de su análisis formal; pero en la vida social, todas ellas aparecen como mezcladas en las objetivaciones concretas que los distintos sujetos realizan. Un primer intento de análisis hipotético de tal "mezcla" de hipóstasis es el que aparece en las páginas 178 a 182, donde se proponen las funciones de dependencia que entre sí contraen las seis hipóstasis al considerarlas globalmente como formando parte de un único sistema: el de la cultura burguesa occidental-europea.

(88).- (página 209).- Al fin y al cabo, también los dos planos en que la Lengua se desglosa, el de la expresión significante y el del contenido significado, han podido ser heurísticamente descubiertos al considerar los dos roles sociales que se enfrentan en toda concreta conversación vulgar: el del hablante y el de su interlocutor, el de quien emite palabras (sonora o gráficamente) y el de quien las interpreta (oyéndolas o leyéndolas). Sin embargo, ello no quiere decir que los sujetos se clasifiquen en "locutores" e "interlocutores", bien simultánea, bien alternativamente. Por el contrario, tanto al emitir palabras como al interpretarlas es preciso atender a la vez a ambos planos del lenguaje, y los dos roles sociales que se enfrentan en una concreta conversación vulgar deben someterse consciente o inconscientemente a la misma doble contextualidad. Esto, que es válido para las seis hipóstasis, se deriva de la reversibilidad simétrica que se establece siempre y en todos los casos entre cada dos planos recíprocamente conmutables: véase para ello la cita de Hjelmslev que aparece en la nota 85.

(89).- (página 209).- Véase figura ONCE, "La hipóstasis del Juego

go como "función de Lucha", página 243.

(90).- (página 210).- "Debe entenderse que una relación social es de lucha cuando la acción se orienta por el propósito de imponer la propia voluntad contra la resistencia de la otra u otras partes" (Max Weber, "Economía y Sociedad", FCE, México, 1964, página 31 del primer volumen). De ahí que, en estas páginas, llamemos "Resistencia" a la forma del antagonismo que contrae conmutación con la voluntad agonista en la función de lucha.

(91).- (página 211).- Según una vaga tradición de raigambre más o menos marxista, la conmutación entre Estrategia y Resistencia, es decir, la función de Lucha, recibe el nombre de "correlación de fuerzas": correlación que más bien debería llamarse "relación entre correlaciones agonistas y correlaciones antagonistas".

(92).- (página 212).- No sólo la guerra; también la "lucha de clases" y la "revolución" aparecen como fenómenos que, por su formal consistencia, deben ser inscritos como pertenecientes a la hipóstasis del Juego: y ello al margen de los resultados que generen dentro de las hipóstasis del Estado, del Capital y de la Ciencia (puesto que esta última incluye las funciones de Verdad que se conocen como ideologías: bien sean políticas, religiosas, económicas, etc). Para las relaciones que se establecen entre unas hipóstasis y otras, véanse las páginas 178 a 182, la figura SIETE en la página 239 y la nota 87. En cualquier caso, el plano de la Voluntad Política, en el interior de la hipóstasis estatal, aparece íntimamente relacionado con las funciones de Lucha: como se demuestra en el caso de la guerra, de la revolución o de la lucha de clases. Pero, más generalmente, siempre que nos encontremos ante fenómenos de competición entre sujetos contrapuestos (competición política, económica, científica, artística o amorosa), ello será muestra de que nos hallamos ante fenómenos que también pueden ser analizados como funciones de Lucha dentro de la hipóstasis del Juego: y ello al margen de que, bajo otros puntos anglicados de vista, tales fenómenos puedan y deban ser analizados como funciones generatrices internas constitutivas de las otras hipóstasis distintas de la bélico-lúdica. Por lo que hace al caso de "la Revolución" --en singular y con mayúscula--, su análisis se diferencia claramente del de la lucha de clases o la guerra puesto que, al margen de su doble inscripción en las hipóstasis del Juego y del Estado, debe ser también considerada además como una ética religiosa globalmente totalizadora --con todos los problemas que ello comporta--.

(93).- (página 214).- Véase figura LOCE, "la hipóstasis del Amor como "función de Trance"", página 244.

(94).- (página 219).- La relación sintagmática entre el Amor y la Muerte, o entre el Deseo y la Muerte, ha sido subrayada, entre otros clásicos, por Sade, Hegel y Bataille. Más recientemente, Lenús de Rougemont le consagró un famoso ensayo ("El amor y Occidente", Kairós, Barcelona, 1978) donde, a partir del mito de Tristan, identifica el Amor con el Obstáculo Invencible, por lo que rastrea sus relaciones con la práctica de la guerra y, sobre todo, con la muerte. Actualmente, Eugenio Trías parece próximo a editar un libro, "Tratado de la Pasión", en que dialoga críticamente con esta concepción tanática del Amor.

(95).- (página 219).- Ejemplo tomado de Martínez Marzosa, "Historia de la filosofía", ed. cit., primer volumen, página 271 y 29%.

(96).- (página 221).- En su tesina de licenciatura, titulada "Elementos para una teoría sociológica acerca de la discriminación de la mujer" (de próxima edición bajo el título "Utero, deseo y Sexo"), el autor de estas páginas realizó un análisis relativo a la estructura cognoscitiva del Deseo donde, precisamente, la llamada "realización del Deseo" consiste en la "destrucción del objeto cognitivo de deseo construido previamente". Un resumen de tal planteamiento aparece en el artículo del mismo autor titulado "Relaciones sociales de sexualidad" (Viejo Topo númº 28, enero 1979, Barcelona, páginas 33 a 39).

(97).- (página 223).- La transición del feudalismo al capitalismo consiste en una progresiva desvinculación del trabajador respecto a la tierra y respecto al señor. De forma paralela, la transición de la mujer considerada como madre-trabajadora-doméstica a la mujer considerada como objeto amoroso consiste en su progresiva desvinculación respecto al padre-marido, respecto al hogar doméstico y respecto a su propio útero. Este paralelo entre la "liberación" de la mujer y la "liberación" del trabajador en la sociedad capitalista aparece minuciosamente analizado en los escritos citados en la nota anterior. Está claro que el "comercio amoroso" exige plena "libertad de mercado": del "Mercado del Amor".

(98).- (página 225).- En los escritos citados en las dos notas anteriores se definen los "desideremas" como aquellos elementos objetivos concretamente por la mujer con el fin de que sean abstractamente interpretados por el hombre como objetos cognitivos de deseo.

Actualmente habría que modificar tales planteamientos a fin de introducir en ellos la recién descubierta y hjelmsleviana biplanaridad. En cualquier caso, los desideremas son sistemas de marcas radicalmente artificiales destinadas única y exclusivamente a ser abstraídas, escindidas e hipostasiadas universalmente. Consideremos el caso del fetichismo del pie femenino. Todo en el pie femenino es falso y artificial: la pedicura y la laca roja de uñas, la tenue seda negra trasparente, la postura de la articulación --arqueada violentamente a fin de que sobresalga convexo el empeine--, las frágiles sandalias de salón --muy escotadas a fin de revelar las hendiduras que separan el nacimiento de los dedos y la profunda concavidad que forma la planta al arquearse el pie--. Y, sin embargo, ninguna de tales marcas, artificialmente "antinaturales", es gratuita o se produce al azar. Todas ellas, en su sistema, revelan un complejo juego de sintagmas y paradigmas. De hecho, el pie femenino, marcado así artificialmente, no es más que una precisa metáfora del cuerpo global de la mujer: del sistema que forman sus concretas sustancias erógenas. La convexidad del empeine alude a la convexidad del comienzo del esternón a la altura del primer par de costillas, de tal modo que, si se miran de perfil, la línea de la garganta ("gorge" en francés incluye desde el cuello hasta el pecho) es equivalente a la línea del pie: el cuello es el tobillo, la convexidad de las clavículas y el comienzo del esternón es la convexidad del empeine, el declive desde las clavículas hasta el comienzo de los pechos es el declive del dorso del pie desde el empeine hasta el comienzo de los dedos, la hendidura entre los pechos es equivalente a las hendiduras que separan el nacimiento de los dedos del pie, y, por fin, las yemas rojizas de los pezones son equivalentes a las yemas lacadas en rojo de los dedos del pie. Tales correlaciones paradigmáticas podrían seguir, entre los pliegues, hendiduras, concavidades y convexidades del cuerpo femenino y los pliegues, hendiduras, concavidades y convexidades de su pie, así marcado artificialmente (todo ello resumido en la tenue seda negra de la media transparente, que alude al fino cabello sedoso que oculta y revela los pliegues y hendiduras del monte de venus y de la vulva). Y, sin embargo, parece mucho más deseable la propia línea artificial del pie que la propia línea "natural" de la garganta, ¿por qué?: pues porque es mucho más abstraible, separable, escindible, hipostasiable. Las marcas artificiales pueden ser abstraídas limpia e impunemente puesto que "naturalmente" no se hallaban presentes; mientras que las precisas zonas erógenas, a las que parece pertenecerles inherentemente el deseo "por su propia naturaleza", no son por ello mismo fácilmente abstraibles, separables, escindibles e hipostasiables.

(99).- (página 226).- En contra de lo que podría parecer, es mucho más abstracta la pintura surrealista que la propiamente llamada pintura abstracta; al fin y al cabo, esta última tiene una última ex cusa naturalista o concreta, la de reproducir sintagmas de colores armonizables en la retina. La pintura surrealista, por el contrario, se dedica sistemática y despiadadamente a destrozar, partir y desmenuzar la llamada realidad: selecciona fragmentos de realidad, los a abstrae y extrae, separándolos escindidamente de su contexto "natural" original, y luego los combina de una forma abstracta, al margen por completo de su apariencia de realidad, alardeando perversamente de su impúdica antinaturalidad, para que quede bien claro que se trata de una imposible sociedad de visceras desgarradas y arrancadas de donde se implantaban. Pues bien, ¿qué otra cosa hace la erótica artificiosidad fetichista retóricamente descrita en la anterior nota?

(100).- (página 226).- Si las construcciones abstraen rasgos que ya estaban presentes en los sujetos "por su propia naturaleza" para así poder prescindir de estos sujetos (el trabajador abstracto y el ciudadano abstracto no son nadie, al prescindirse del carácter concreto --e inherente a sus sujetos-- del trabajo y de la voluntad política), las obstrucciones, por el contrario, comienzan por poner (marcar, colocar, señalar artificialmente) unos rasgos específicos --las marcas-- sobre unos sujetos que antes no los presentaban, para luego, cuando ya esos sujetos se presentan como marcados, abstraer esos rasgos presentes como marcas en los sujetos para así poder prescindir de éstos como tales sujetos concretos y poderlos considerar como si fueran nadie, es decir, como siendo sujetos iguales y abstractos. Este es, precisamente, el caso descrito retóricamente en las dos notas anteriores, especialmente en la 98. Pero el fenómeno de la "abstracción artificial" es común a todas las obstrucciones.

(101).- (página 227).- Ya se habló de cómo, a partir de "1870", la cultura burguesa entra en una crisis profunda a resultas de la progresiva separación escindida que se produce entre lo abstracto y lo concreto (véase, supra, nota 64). Quizá pueda parecer extraño que se afirme sin mayor justificación el que desde 1500 hayan cambiado mucho más las variables indeterminaciones (Capital y Amor) que las constantes determinaciones (Ciencia y Arte). Pero ello, al margen de su inmediata deducción de la hipótesis predicada aprioricamente (puesto que, dadas las funciones establecidas entre las seis hipótesis, el Capital debe ser lo más variable por ser lo más determinan

te y el Arte por ser lo más determinado debe ser lo más constante), se desprende igualmente de la consideración de los hechos empíricos sin mayores análisis. El paradigma global establecido por el Quattrocento florentino en el campo del arte y por la nuova scienza de Galileo y Newton en el campo científico no se ha visto modificado desde entonces en absoluto: las distintas sustancias sobre las que se practica la abstracción son exactamente las mismas, por más que se hayan agotado todas las distintas posibilidades formales de exagerar la abstracción hasta sus últimas consecuencias; y, si consideramos ciencia y arte desde el punto de vista de las relaciones sociales, comprobaremos que los sintagmas y paradigmas de sus roles fundamentales han permanecido constantes desde el Renacimiento hasta la fecha. Por el contrario, para el Amor y para el Capital, todo ha sufrido modificaciones fundamentales: desde las formas y las sustancias, a través del agotamiento de las distintas posibilidades de abstracción, hasta los roles y las relaciones sociales (pudiéndose decir, respecto al Estado y al Juego, que sus cambios han sido sustancialmente mayores que los producidos en el Arte y la Ciencia pero globalmente menores que los acaecidos al Amor y al Capital).

Sin embargo, se carece por completo de una teoría capaz de explicar el cambio social. En una obra de juventud, previa a su formulación de los conceptos fundamentales de su axiomatica glosemática, Hjelmslev, respecto a la diacronía, sólo afirma dos cosas: que los cambios estructurales que se producen en los sistemas lingüísticos están única y exclusivamente causados por "fuerzas" internas al sistema de cada lengua --y nunca por causas externas a tal sistema--, y que, si consideramos a la lengua bien como proceso (enclenamiento de sintagmas relacionales), bien como sistema (jerarquía de paradigmas correlacionales), la "causa" de los cambios no reside en los procesos de la lengua sino en su sistema; a partir de ahí, Hjelmslev describe minuciosamente los cambios diacrónicos, pero se muestra incapaz de explicar analíticamente, más allá de un ambiguo "principio de economía", las razones estructurales capaces de generar necesariamente tal diacronía (L. Hjelmslev: "Sistema lingüístico y cambio lingüístico", Gredos, Madrid, 1976; se trata de un ciclo de conferencias dictadas en 1934; sus "Prolegómena" aparecieron en 1943). Como se ve, se trata de un esbozo "teórico" perfectamente compatible con la "teoría" marxista del cambio social. Pero, en cualquier caso, Hjelmslev no volvió a dedicarse nunca más a los problemas planteados por la diacronía. No es extraño: ninguna ciencia social ha sabido explicar hasta ahora, suficiente y consistentemente, las causas últimas de los procesos de cambio social: de ahí que las ciencias sociales sean to-

davía ciencias "precientíficas" (se sabe describir los cambios en el sistema, pero no explicar los cambios del sistema, según frase tantas veces repetida). Y el autor de estas páginas no se halla (todavía) en condiciones de ofrecer alguna alternativa teórica a semejante callejón sin salida.

(102).- (página 228).- Quizá convendría puntualizar por última vez la crítica que en estas páginas se plantea contra Nietzsche y contra Marx. Tal y como se ha afirmado anteriormente, ambos autores son interpretables como críticos de la alienación. La postura de Nietzsche, en este sentido, podría traducirse como sigue. La acción humana se compone de actos cognitivo-volitivos que, per se, aparecen como puntuales e incomparables. Por ello, toda forma cultural (valores, ideas, etc) debe ser considerada como ilegítima, ya que siempre consiste en una generalización abstracta de tales actos puntuales concretos que per se son no generalizables. En consecuencia, la "solución" nietzscheana consiste en predicar una radical escisión entre unos y otros actos puntuales concretos: de tal forma que cada acto puntual sólo sea abstractamente generalizable respecto a sí mismo pero no respecto a los demás actos, siempre incomparables (como si cada acto estuviese regido por su propio Dios singular, su propio Valor singular, su propia Idea singular: su propio Universal-Abstracto, singular, incomparable, distinto a todos los demás y radicalmente intransferible). En definitiva, ello supone consumir la total disgregación de todas las formas culturales, de todos los universales-abstractos generalizantes, y su sustitución por un atomismo de actos puntuales inmanentes: no trascendibles ni personal (individual) ni impersonalmente (socialmente). Y tal "solución" es de toda evidencia imposible: la singularidad sólo es concebible por su relacionalidad contextual respecto a sus propios límites (es decir, respecto a las demás singularidades con las que coexiste y que, por ello, la convierten de singular en particular: en miembro de una clase formalizable).

Y la postura de Marx, traducida paralelamente, podría consistir en el siguiente resumen. La acción humana es relacional y críticamente reproducible. Cada acto concreto de cada sujeto concreto sólo se produce en relación a otro(s) acto(s) concreto(s) de otro(s) sujeto(s) concreto(s); así, cada acto concreto implica a más de un sujeto; de donde se desprende, dada la diversidad de sujetos relacionales, el que los actos concretos sean unos con otros inigualables; lo que implica, dada la singularidad de cada acto relacional, el que a la acción le sea inherente su auto-creatividad: el que cada acto sea per se la transformación de otros actos diferencialmente reproducidos ex

novo. Por ello resulta ilegítima toda generalización universal-abs-
 tracta de los actos concretos: dado que tal generalización contradi-
 ce la inherente relacionalidad (pues cada acto ya no es realizado en
 relación a otros sujetos sino en función de un objeto: el universal-
 -abstracto), diferencialidad (pues cada acto ya no es una individua-
 lidad singular dotada de identidad propia sino un elemento particular
 de una clase general: el universal-abstracto) y autocreatividad (pues
 cada acto ya no es la reproducción transformada de otros actos distin-
 tos correlacionados sino la idéntica reconstitución diferida en el
 espacio o el tiempo del mismo objeto mecánico: el universal-abstrac-
 to) de cada acto concreto. En consecuencia, la "solución" marxiana
 consiste en predicar la total disgregación de todos los universales-
 -abstractos: de tal modo que los diversos actos concretos de los di-
 versos sujetos concretos puedan relacionarse entre sí de forma direc-
 ta e inmediata sin que tales relaciones se hallen trascendidas y me-
 diatizadas por objetos autosubsistentes y necesarios. Tal "solución"
 es evidentemente imposible, pues las relaciones sociales, o los ac-
 tos relacionales de sujetos diversos, sólo se presentan como directas
 e inmediatas si se conciben al margen o separadamente respecto de
 sus propios límites (es decir, respecto a los objetos sustanciales
 que manifiestan la forma de tales relaciones sociales y respecto al
 resto de actos relaciones con los que entran en correlación): pero
 concebir las relaciones sociales prescindiendo de sus límites es, ya,
 universalizarlas abstractamente (pues el feuerbachiano "idealismo
 alemán" de Marx le impulsaba a hipostatizar los "Sujetos" --por más
 que no fueran "esenciales" sino relacionales-- aun a costa de hacer
 abstracción de los "Objetos": hegelianamente). Tal antinomia es mucho
 más manifiesta cuando desde lo abstracto descendemos hasta lo concre-
 to: "la Revolución" como disgregación práctica de los universales-abs-
 tractos. En efecto, la sociedad comunista sería esa red espontánea-
 mente automantenida de vinculaciones interpersonales directas, con-
 cretas e inmediatas --ausentes de mediaciones formales--; ¿y cómo
 se llega a tal paraíso?: mediante la revolución, es decir, mediante
 la socialización de los medios de producción, distribución y cambio,
 y mediante la destrucción del Estado; ahora bien, ¿acaso es compati-
 ble la "socialización" del trabajo y el consumo con la "destrucción"
 del Estado?: ¿acaso no haría falta otra gran hipóstasis universal-
 -abstracta de carácter jurídico-político --llámese Estado o como se
 quiera, pero hipóstasis objetivada al fin y al cabo-- para poder ra-
 cionalizar colectivamente la producción, la distribución y el cambio?
 "La Revolución" parece, cuando menos, una antinómica contradicción.

Pero el que el autor de estas páginas rechaza --incrédulo-- las "soluciones" de Marx y de Nietzsche, no significa, ni mucho menos, que desprecie el altísimo interés teórico que tienen ambos autores --interés casi desaprovechado hasta ahora--, ni que acepte acriticamente el actual estado de cosas que presenta la vigente cultura burguesa. En efecto, hay que ser escéptico respecto a las alternativas: la utopía antiburguesa no es más que una utopía --hoy por hoy, aquí y ahora--. Pero Nietzsche se encontraba cargado de razón en su total crítica de los nihilistas: la incredulidad estéril y transigente es peor que la credulidad. La cultura burguesa se halla en crisis: total. Y no existe alternativa imaginable (el "real socialismo" forma parte de la misma cultura burguesa). Pero ello no es excusa para cruzarse de brazos como si nada hubiera pasado diciendo que no hay nada que hacer. Por el contrario, sí que hay muchísimo que hacer. La cultura burguesa no sólo está en una crisis total sino que, además, resulta totalmente inadmisibile --pues como críticos, ya que no como diseñadores de soluciones, sí tenían razón Marx y Nietzsche, Freud, Weber y Durkheim--; y, por si fuera poco, no hay alternativas imaginables. Entonces, siendo esto así, ¿cómo se puede decir que "no hay nada que hacer"? ¡claro que hay que hacer!: diseñar soluciones; o, lo que es lo mismo, averiguar por qué no podemos concebir aún la alternativa.

Al fin y al cabo, y si ponemos al margen su milenarismo revolucionarista, Marx sí planteó cierta alternativa: la fundación de una ciencia social centrada en las relaciones sociales. Hasta ahora, las personas reproducimos cotidianamente las relaciones sociales de las que formamos parte: pero lo hacemos a ciegas, mediante empiricistas recetas de cocina, imprevisiblemente; tenemos, pues, que aprender a reproducirlas consciente, voluntaria, premeditada y deliberadamente: es decir, "científicamente", explicativamente. Hasta la aparición de la nuova scienza las personas reproducían y utilizaban su entorno físico-natural a ciegas, mediante empiricistas recetas de cocina, imprevisiblemente; pero, tras la construcción de la ciencia físico-natural, lo venimos haciendo predictiva y verificablemente. Pues bien, se trata de que, lo mismo que hizo la nuova scienza con el entorno físico-natural, llegue a hacerlo un día una futura nuova scienza de las relaciones sociales. Y no para oficio y beneficio de los especialistas sino para que tal saber forme parte de la previsión vital de toda la gente: para que todos los días lo apliquemos todos predictiva y verificablemente: coparticipando con "deliberación" en la reproducción de nuestras relaciones sociales. Marx no vino a decir otra cosa. Pero esa nuova scienza del entorno social está por fabricar. Todavía

(103).-- (página 229).-- Hace unos años, unos cuantos modistos de la alta costura intelectual latineuropea pusieron de moda la especie de que la crisis actual, entonces recién iniciada, suponía nada menos que una especie de reentrada en una nueva Edad Media. Pues bien, puestos a jugar a la concepción cíclica de la historia, no se trataría tanto de un reingreso en la Edad Media como de la reapertura de un Neo-Renacimiento. Algo de eso acabamos de ver en la nota anterior. El neonominalismo, la crisis de la Ciencia, del Capital, del Estado y demás universales-abstractos, el nuevo desencantamiento del mundo, la aparición de nuevos savonarolas como Wajtyla y Jomeini, el incubamiento de una nuova scienza de las relaciones sociales, etc, etc: todo parece recordar la crisis del feudalismo al final de la Baja Edad Media, es decir, la inminente resurrección de un nuevo Renacimiento, de una nueva cultura capaz de llenar el hueco vacío que va a dejar la que actualmente boquea agonizando. Por ello, nada más positivo que el desencanto y el escepticismo: desencanto de la revolución, desencanto del marxismo, desencanto del cientifismo, desencanto del capitalismo, desencanto del culturalismo... Pero tal desencantamiento del mundo no debe caer en el pesimismo, en la indiferencia ni en la estéril transigencia. La máxima gramsciana debe ser invertida: ahora hay que ser pesimista con el corazón (puesto que la crisis de la cultura burguesa no presenta ninguna clase de alternativas prácticas, y en este sentido sí que es cierto que "no hay nada que hacer") y optimista con el entendimiento (puesto que la crisis desembocará algún día en algún sitio, y para enfrentarse a ese día y a ese sitio hace falta un impetuoso esfuerzo creativo de la inteligencia y de la imaginación, y en este sentido sí que "hay mucho en que pensar").

(104).-- (página 232).-- Sobre Durkheim como crítico de la sociedad burguesa, véase Luis Rodríguez Zúñiga, "Para una lectura crítica de Durkheim", (Akal, Madrid, 1978). La razón por la cual no se ha intentado en estas páginas proporcionar una aplicación al caso de Durkheim del esquema hjelmsleviano es la de que hubiera sido preciso violentar demasiado las escasas tesis que lo hubieran posibilitado. No obstante, se puede afirmar lo siguiente. Estas páginas han pretendido traducir el síndrome formal de alienación de Feuerbach y Marx a la axiomática hjelmsleviana, y hacerlo mediante su aplicación al caso del amor, el juego, el arte, la ciencia, el Estado y, sobre todo, el capitalismo. Pues bien, si se hubiese pretendido hacerlo con el caso de la religión, no hubiese quedado otro remedio que utilizar planteamientos ~~hjelmslevianos~~ durkheimianos. La hipóstasis superior (el Dios universal-abstracto) sería el nivel de las formas conmutables; la hipóstasis inferior (las

Almas particular-concretas), el nivel de las sustancias manifestantes; la vía ascendente (la fe de los fieles), el plano de la objetivación, es decir, el plano de lo Sagrado; y la vía descendente (la ética moral de los fieles), el plano de la subjetivación, es decir, el plano de lo Profano. Así, la sustancia de lo Sagrado serían los "rituales concretos", las figuras subreligiosas de lo sagrado serían la "fe abstracta", la forma de lo Sagrado sería la "Iglesia" o "comunidad de creyentes", la forma de lo Profano sería la "Sociedad" o "comunidad de practicantes", las figuras subreligiosas de lo profano sería "el bien abstracto" y la sustancia de lo profano serían los "actos individuales concretos". Por tanto, la "función de Religión" sería la conmutación entre la "Iglesia" o "comunidad de creyentes" y la "Sociedad" o "comunidad de practicantes", es decir, la conmutación entre la forma de lo Sagrado y la forma de lo Profano. Todo ello como traducción ~~hjelmsleviana~~ del clásico durkheimiano: "Las formas elementales de la vida religiosa". Pero, en cualquier caso, ello sólo parece aplicable a las religiones formales o institucionales. Y cada vez parece más claro que tales religiones no son más que la punta del iceberg de la religión: existen formas religiosas agnósticas, carentes del plano de lo sagrado (no hay "Iglesia" ni "rituales", aunque sí haya una difusa "fe abstracta"), pero innegablemente existentes --tal y como Thomas Luckmann las describe en "La religión invisible"--, y cuya función sigue siendo la de articular la totalidad (véanse al respecto las teorías sobre sociología de la religión de Luckmann y de Berger). Pero sea como sea, y al margen del problema, todavía sin resolver, que plantea la religión, el hecho es que la conmutación ~~hjelmsleviana~~ puede ser perfectamente identificable con la "heteronomía" de Durkheim: con todas las consecuencias.

(105).- (página 232).- Véase figura TRECE, "Esquema ~~hjelmsleviano~~ de Weber", página 245. La fuente utilizada es la Primera Parte ("Teoría de las categorías sociológicas") y, dentro de ella, el primer capítulo ("Conceptos sociológicos fundamentales"), de la obra cumbre de Weber, "Economía y Sociedad" (FCE, México, 1964).

(106).- (página 234).- Las fuentes son las siguientes. Para el Primer Parsons, el Capítulo II ("La teoría de la acción") de la Primera Parte ("La teoría positivista de la acción") de su libro "La estructura de la acción social" (Guadarrama, Madrid, 1968). Y, para el Segundo Parsons, el Capítulo I ("El marco de referencia de la acción y la teoría general de los sistemas de acción: cultura, personalidad y el puesto de los sistemas sociales") de su libro "El sistema social" (Revista de Occidente, Madrid, 1966).

(107).- (página 234).- Véase figura CATORCE, "Esquema ~~hjelmsleviano~~ del Primer Parsons", página 245.

(108).- (página 234).- Quizá hubiera sido conveniente invertir simétricamente el dibujo que aparece en la figura catorce, situando en la columna de la izquierda el plano de la Situación --en vez del plano del Actor--, y en la columna de la derecha el plano de la Acción --en lugar del plano de la Situación--. En efecto, en el capítulo dedicado a Alfred Marshall de "La estructura de la acción social" (ed. cit, páginas 181 a 239), Parsons dibuja muy claramente la analogía entre las "necesidades" (o "fines") y las "utilidades" (o "consumos"), y entre los "medios" (o "esfuerzos") y las "actividades" (o "trabajos productivos"). Ello quiere decir que, para él, el plano de la objetivación (de la expresión o de la producción) es el plano de la Situación, que es donde el actor realiza su "esfuerzo" al actuar con los "medios"; mientras que el plano de la subjetivación (del contenido o de la utilidad) es el plano del Actor, que es donde el actor realiza su "beneficio" al gratificarse satisfaciendo sus "fines" o necesidades --confróntese con el primer capítulo de estas páginas, donde quedó situado el plano de la utilidad en la columna subjetivadora de la derecha y el plano del trabajo en la columna objetivadora de la izquierda--. Sin embargo, dado que ambos planos son simétricos, y es por tanto indiferente el que cada uno se coloque a la derecha o a la izquierda --véase la cita hjelmsleviana que aparece en la nota 85--, aquí se ha optado por dibujar el diagrama de tal modo que guarde relación con los esquemas tanto del segundo Parsons como de Weber: es decir, colocando el plano del Actor o de la Acción en la columna de la izquierda.

(109).- (página 235).- Véase figura QUINCE, "Esquema hjelmsleviano del Segundo Parsons", página 246.

(110).- (página 237).- El autor de estas páginas, en su artículo inmodestamente citado tantas veces ("Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones"), ha llevado a cabo una crítica contra esta concepción parsoniana, poniendo de manifiesto cómo la Cultura no es más que el universal-abstracto que se obtiene al generalizar hipostáticamente la igualación abstracta de los particular-concretos Motivos Personales, con lo que el sistema parsoniano se revela como una exacta y hegeliana aplicación acrítica del síndrome formal de alienación descrito en estas mismas páginas (véase figura 103, página 137)

B I B L I O G R A F I A

NOTA.- Sólo se incluyen aquellos libros que han sido citados o que han contribuido en alguna medida a inspirar las hipótesis propuestas en estas páginas. Se excluye el resto de literatura consultada para la preparación de los distintos temas.

- ALTHUSSER, Louis: "La Revolución Teórica de Marx", Editorial Siglo XXI, México, 1974, duodécima edición.
- ALTHUSSER, Louis: "Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado", en Louis Althusser, "Escritos", Editorial LAIA, Barcelona, 1974, páginas 105 a 170.
- ALTHUSSER, Louis: "La crisis teórica del marxismo: el problema del Estado", revista EL VIEJO TOPO número 20, mayo de 1978, Barcelona, páginas 4 a 8.
- ANDERSON, Perry: "Consideraciones sobre el marxismo occidental", Editorial Siglo XXI, Madrid, 1979.
- BARTHES, Roland: "Sistema de la Moda", Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978.
- BATAILLE, Georges: "El erotismo", Tusquets editores, Barcelona 1979.
- BATAILLE, Georges: "La literatura y el Mal", Taurus Ediciones, Madrid, 1959.
- BATAILLE, Georges: "Sobre Nietzsche", Taurus Ediciones, Madrid, 1971.
- BAUDRILLARD, Jean: "Crítica de la economía política del signo", Editorial Siglo XXI, México, 1974.
- BEDESCHI, Giuseppe: "Alienación y fetichismo en el pensamiento de Marx", Alberto Corazón Editor, Madrid, 1975.
- BERGER, Peter (con Thomas Luckmann): "La construcción social de la realidad", Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, 4ª edición.
- BERGER, Peter L.: "El cosol sagrado. Elementos para una sociología de la religión", Amorrortu editores, Buenos Aires 1972.
- CASTILLO, J. J.: "Para acabar con la alienación", en "Para acabar con la alienación", de J. J. Castillo (ed.) et al., Taller de Sociología, Madrid, 1978, páginas 9 a 39.
- CERRONI, Umberto: "La crítica de Marx a la filosofía hegeliana del derecho público", en J. R. Capella (ed.), "Marx, el Derecho y el Estado", Oikos-Tau Ediciones, Barcelona 1979, páginas 17 a 49.
- CERRONI, Umberto: "Conocimiento científico y Derecho", en Umberto Cerroni, "Metodología y ciencia social", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1971, páginas 86 a 142.

- CERRONI, Umberto: "Posibilidad de una ciencia social" y "Ciencia política y sociedad", en Umberto Cerroni, "Introducción a la ciencia de la sociedad", Editorial Critica, Grijalbo, Barcelona, páginas 11 a 39 y 166 a 235, respectivamente.
- COLLETTI, Lucio: "Ideología y sociedad", Editorial Fontanella, Barcelona, 1975.
- COLLETTI, Lucio: "El marxismo y Hegel", Editorial Grijalbo, México, 1976.
- COLLETTI, Lucio: "La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía", Editorial Anagrama, Barcelona, 1977.
- COLLETTI, Lucio: "La crisis teórica del marxismo: el problema de la dialéctica", revista EL VIEJO TOPO, número 20, mayo de 1978, páginas 8 a 15, Barcelona.
- DELEUZE, Gilles: "Nietzsche y la filosofía", Editorial Anagrama, Barcelona, 1971.
- DELEUZE, Gilles: "Repetición y diferencia", Editorial Anagrama, Barcelona, 1972.
- DELLA VOLPE, Galvano: "Rousseau y Marx", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- DELLA VOLPE, Galvano: "Lógica como ciencia positiva", Ediciones Ariel, Barcelona, 1979.
- DELLA VOLPE, Galvano: "Crítica del gusto", Editorial Seix y Barral, Barcelona, 1966.
- DELLA VOLPE, Galvano: "Problemas de una estética científica" y "Lo verosímil fílmico", en Galvano della Volpe, "Lo verosímil fílmico y otros ensayos de estética", editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1967.
- DUMÉZIL, Georges: "El destino del guerrero", Editorial Siglo XXI, México, 1971.
- DUMÉZIL, Georges: "Los dioses de los germanos", Editorial Siglo XXI, México, 1973.
- DUMÉZIL, Georges: "Del mito a la novela", Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- DUMÉZIL, Georges: "Mito y epopeya", Editorial Seix Barral, Barcelona, 1977.
- DURHEIM, Emile: "Las reglas del método sociológico", Schapire Editor, Buenos Aires, 1973.
- DURHEIM, Emile: "Las formas elementales de la vida religiosa", Editorial Schapire, Buenos Aires, 1968.
- ERNST, Bruno: "Der Zauberspiegel des M. C. Escher" ("Los espejos mágicos de M. C. Escher"), Heinz Moos Verlag, München, 1978.

- FERRATER MORA, José: "Diccionario de filosofía", Editorial Sudamericana, Barcelona 1965, quinta edición.
- FEYERABEND, Paul K.: "Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento", Editorial Ariel, Barcelona, 1974.
- FINK, Eugen: "La filosofía de Nietzsche", Alianza Editorial, Madrid, 1966.
- FOUCAULT, Michel: "Marx, Nietzsche y Freud", Anagrama ediciones, Barcelona 1970.
- GIL CALVO, Enrique: "La estructura cognitiva del deseo", en Enrique Gil, "Elementos para una teoría sociológica acerca de la discriminación de la mujer", Facultad de Sociología de la Universidad Complutense, Tesina de Licenciatura calificada con Premio Extraordinario, inédita.
- GIL CALVO, Enrique: "Relaciones sociales de sexualidad", revista EL VIEJO TOPO, número 28, enero de 1979, Barcelona, páginas 33 a 39.
- GIL CALVO, Enrique: "Sobre sionismo vasco", revista EL VIEJO TOPO, número 35, agosto de 1979, Barcelona, páginas 20 a 26.
- GIL CALVO, Enrique: "Ciencia, Sociedad, Revolución: tres abstracciones", artículo inédito de próxima publicación.
- HABERMAS, Jürgen: "La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche", Ediciones Teorema, Valencia, 1977.
- HELLER, Agnes: "Teoría de las necesidades en Marx", Ediciones Península, Barcelona, 1978.
- HJELMSLEV, Louis: "Sistema lingüístico y cambio lingüístico", Editorial Gredos, Madrid, 1976.
- HJELMSLEV, Louis: "Prolegómenos a una teoría del lenguaje", Editorial Gredos, Madrid, 1974.
- HJELMSLEV, Louis: "El lenguaje", Editorial Gredos, Madrid, 1976.
- HJELMSLEV, Louis: "Ensayos lingüísticos", Editorial Gredos, Madrid, 1972.
- ISRAEL, Joachim: "Teoría de la alienación", Ediciones Península, Barcelona, 1977.
- JASPERS, Karl: "Nietzsche, Introduction a sa philosophie", Librairie Gallimard, Paris, 1950.
- LOSSOWSKY, Pierre: "Nietzsche o el círculo vicioso", Editorial Seix Barral, Barcelona, 1972.
- KORSCH, Karl: "Marxismo y filosofía", Ediciones Era, México, 1971.
- LUHN, Thomas S.: "La estructura de las revoluciones científicas", Ediciones del Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- LEFEBVRE, Henri: "Hegel, Marx y Nietzsche", Editorial Ságlo XXI, Madrid, 1976.

- LSWITH, Karl: "De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX. Marx y Kierkegaard", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974, segunda edición.
- LUCKMANN, Thomas S.: "Las formas sociales de la religión" (capítulo de Thomas Luckmann, "La Religión Invisible. El problema de la religión en la sociedad moderna"), en Joachim Matthes, "Introducción a la sociología de la religión. I: Religión y sociedad", Alianza Editorial, Madrid, 1971, páginas 201 a 221.
- LUCKMANN, Thomas S. (con Peter Berger): "La construcción social de la realidad", Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, 4ª ed.
- LUKACS, Georg: "Teoría de la novela", Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, 1966.
- MALMBERG, Bertil: "Los nuevos caminos de la lingüística", Editorial Siglo XXI, Madrid, 1971, cuarta edición.
- MARTINES MARZOA, Felipe: "Historia de la filosofía", Ediciones Istmo, Madrid, 1973.
- MARX, Karl: "Manuscritos. Economía y filosofía", Alianza Editorial, Madrid, 1977, sexta edición.
- MARX, Karl: "Crítica de la filosofía del Estado de Hegel", Ediciones Grijalbo, 1974.
- MARX, Karl: "La cuestión judía", en Karl Marx y Arnold Ruge, "Los anales franco-alemanes", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1970, páginas 223 a 258.
- MARX, Karl: "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel", Ediciones Nuevas, Buenos Aires, 1965.
- MARX, Karl: "Tesis sobre Feuerbach", en Karl Marx, "Sociología y filosofía social" (antología a cargo de T. Bottomore y M. Rubel), Ediciones Península, Barcelona, 1978, tercera edición, páginas 87 a 90.
- MARX, Karl: "La ideología alemana", Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1974, quinta edición.
- MARX, Karl: "El método de la economía política", en la "Introducción de 1857", apéndice a Karl Marx, "Contribución a la Crítica de la Economía Política", Alberto Corazón Editor, Madrid, 1978, segunda edición, páginas 245 a 254.
- MARX, Karl: "La mercancía", capítulo primero de la sección primera ("Mercancía y dinero") del libro primero ("El proceso de producción del capital") de Karl Marx, "El capital. Crítica de la economía política", Editorial Siglo XXI, Madrid, 1975, segunda edición, páginas 43 a 102 del volumen 1.
- NIETZSCHE, Friedrich: "Obras completas", Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1966, sexta edición.

- OLLMAN, Bertell: "Alienación. Marx y su concepción del hombre en la sociedad capitalista", Amorrortu editores, Buenos Aires, 1975.
- PANNEKOEK, Anton: "Lenin, filósofo", Editorial Ayuso, Madrid, 1976.
- PANOFSKY, Erwin: "Estudios sobre iconología", Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- PARSONS, Talcott: "La estructura de la acción social", Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968.
- PARSONS, Talcott: "El sistema social", Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1976, segunda edición.
- POLE, David: "La última filosofía de Wittgenstein", con epílogo de John Wisdom, en José Ferrater Mora et al., "Las filosofías de Ludwig Wittgenstein", Ediciones Oikos-Tau, Barcelona, 1966.
- POPPER, Karl, R: "Miseria del historicismo", Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- PRICE, Derek J. de Solla: "Hacia una ciencia de la ciencia", Editorial Ariel, Barcelona, 1973..
- RODRIGUEZ ARAMBERRI, Julio: "El mito de la ciencia social", en Julio R. Aramberrí, "Los límites de la sociología burguesa", Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 15 a 89.
- RODRIGUEZ ZUÑIGA, Luis: "Para una lectura crítica de Durkheim", Akal Editor, Madrid, 1978.
- ROUGEMONT, Denis de: "El amor y Occidente", Editorial Kairós, Barcelona, 1978.
- SAVATER, Fernando: "Nietzsche", Editorial Dopesa, Barcelona, 1977.
- SCHMIDT, Alfred: "El concepto de naturaleza en Marx", Editorial Siglo XXI, Madrid, 1977, segunda edición.
- SCHMIDT, Alfred: "Historia y estructura", Alberto Corazón Editor, Madrid, 1973.
- TRIAS, Eugenio: "Pasión y deseo", revista EL VIEJO TOPO, número 33, junio de 1979, Barcelona, páginas 26 a 30. Se trata del capítulo titulado "Crítica de la concepción hegeliana del deseo" del libro de próxima publicación: Eugenio Trias, "Tratado de la Pasión".
- VERICAT, José: "Introducción" a Joseph Dietzgen, "La Esencia del Trabajo intelectual", Salamanca, 1975.
- VERICAT, José: "Ciencia, Historia y Sociedad", Ediciones Istmo, Madrid, 1976.
- VINCENT, Jean-Marie: "Fetichismo y Sociedad", Ediciones Era, México, 1977.
- WEBER, Max: "Ensayos sobre metodología sociológica", Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.

(285)

WEBER, Max: "Ensayos sobre sociología contemporánea", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1972.

WEBER, Max: "Economía y sociedad", Ediciones del Fondo de Cultura Económica, México, 1977, tercera reimpresión de la 2ª edición.



BIBLIOTECA